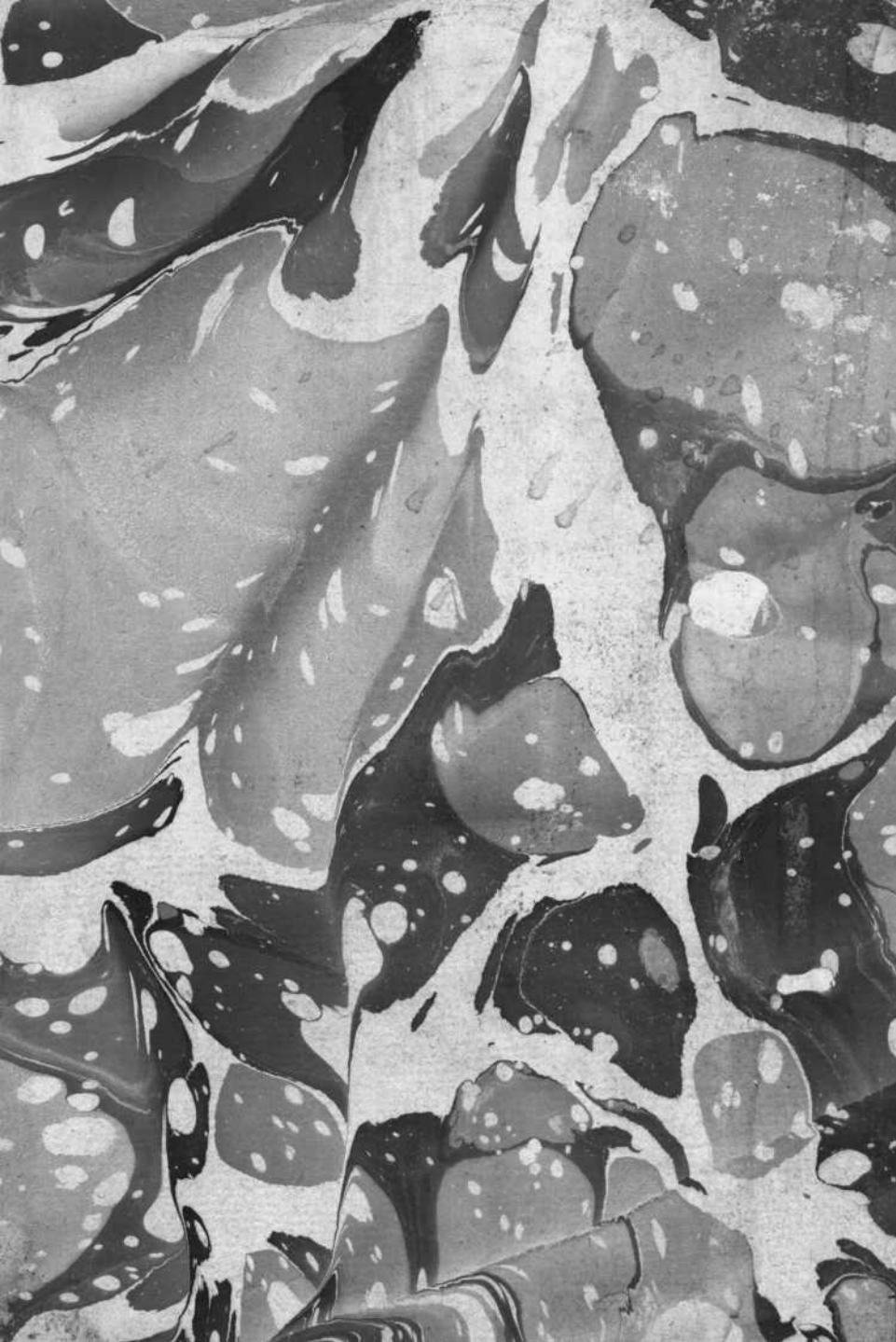


*Se hallará en la librería de Hurtado,
calle de las Carretas núm. 11.*





196. 3-

N^o 288



LA GALATEA,

DIVIDIDA EN SEIS LIBROS,

COMPUESTA

POR

MIGUEL DE CERVANTES

Saavedra.

VA AÑADIDO

EL VIAGE DEL PARNASO

DEL MISMO AUTOR.

Año

1772.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN MADRID, EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE MANUEL FERNANDEZ.

LA GALATEA.

DIVIDIDA EN SEIS LIBROS,

COMPUESTA

POR

MIGUEL DE CERVANTES

Zanobria.

VA AÑADIDO

EL VIAGE DEL PARNASO

DEL MISMO AUTOR.



1772.

Año

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN MADRID, EN LA OFICINA DE LA VIDA DE MANUEL
FERNANDEZ,

DEDICATORIA

AL ILUSTRISIMO SEÑOR ASCANIO

Colona, Abad de Santa Sofia.

HA podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremo de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores Universidades de ella, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de la Poesía se exercitan) no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella, y por ella todos hallan seguro puerto, y favorable acogimiento. Hagale V. S. I. bueno á mi deseo, el qual embio delante, para dar algun sér á este mi pequeño servicio. Y si por esto no lo mereciere, merezcalo á lo menos por haver seguido algunos años las vencedoras vanderas de aquel Sol de la Milicia, que ayer nos quitó el Cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella, que fue el Excelentisimo padre de V. S. I. Juntando á esto el efecto de reverencia que hacian en mi animo las cosas, que (como en profecía) oí muchas veces decir de V. S. I. al Cardenal de

Aquaviva , siendo yo su Camarero en Roma. Las
quales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo
el mundo que goza de la virtud , Christiandad,
magnificencia , y bondad de V. S. I. con que dá
cada día señales de la clara , y generosa estirpe do
desciende : la qual en antigüedad compite con el
principio , y Principes de la grandeza Romana , y
en las virtudes , y heroycas obras con la misma
virtud , y mas encumbradas hazañas : como nos lo
eertifican mil verdaderas historias , llenas de los
famosos hechos del tronco , y ramos de la Real
Casa Colona : debajo de cuya fuerza , y sitio , yo
me pongo ahora , para hacer escudo á los mur-
muradores que ninguna cosa perdonan : aunque si
V. S. I. perdona este mi atrevimiento , ni tendré
que temer , ni mas que desear , sino que nuestro
Señor guarde la Ilustrisima persona de V. S. con el
acrecentamiento de dignidad , y estado , que todos
sus servidores deseamos.

ILUSTRISIMO SEÑOR,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

Miguel de Cervantes Saavedra.

LA ocupacion de escribir Eglogas en tiempo que en general la Poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenido por exercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfacion á los que siguiendo el diverso guſto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente de él, estiman por trabajo, y tiempo perdido. Mas pues à ninguna toca satisfacer á ingenios que se encierran en terminos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion con mayor fundamento se mueven à no admitir las diferencias de la Poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan de ella, se mueven à publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los Autores de ellas. Para lo qual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la Poesía siempre he tenido: y la edad que habiendo apenas salido de los limites de la juventud, parece que dá licencia à semejantes ocupaciones: demás de que no puede negarse, que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: como son enriquecer el Poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la eloquencia que en ella cabe para empresas mas altas, y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los animos estrechos que en la brevedad del language antiguo quieren que se acabe la abundancia de la Lengua Castellana, entiendan que tienen campo abierto, facil, y espacioso, por el qual, con facilidad, y dulzura, con gravedad, y eloquencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves, y levantados, que en la fertilidad de los ingenios Españoles la favorable influencia del Cielo, con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de lo qual puedo ser yo cierto testigo, que conosco algunos que con justo derecho, y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias, y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines, y las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso, y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado,

he

he dado muestra de atrevido en la publicación de este libro, sino por que no sabría determinarme de estos dos inconvenientes, qual sea el mayor, ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del Cielo ha recibido temprano, se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria, y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso, y tardío, jamás acabando de contentarse de lo que hace, y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir, y comunicar sus escritos. De manera que asi como la osadía, y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede: asimismo el recelo, y la tardanza del otro, es vicioso, pues tarde, ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio, y estudio, á los que esperan, y desean ayudas, y exemplos semejantes para pasar adelante en sus ejercicios. Huyendo de estos dos inconvenientes, no he publicado antes de ahora este Libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el Principe de la Poesía Latina fue calumniado en algunas de sus Eglogas, por haverse levantado mas que en las otras, y asi no temeré mucho que alguno condene haver mezclado razones de Philosophia entre algunas amorosas de Pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo, (como en el discurso de la Obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados Pastores de ella, lo eran solo en el habito, queda llana esta objecion. Las demás que en la invencion, y en la disposicion se pudieren poner, disculpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del Autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo, y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto, y de mayor artificio.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO,

al Autor.

SONETO.

Mientras del yugo Sarraceno anduvo,
Tu cuello preso, y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fè amarrada,
A mas rigor, mayor firmeza tuviste.
Gozòse el Cielo, mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí, y desamparada
De nuestras Musas la Real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana, y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas barbaras confusas,
Descubre claro tu valor el Cielo,
Gozase el mundo en tu felice buelta,
Y cobra España las perdidas Musas.

DE D. LUIS DE VARGAS MANRIQUE.

SONETO.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes, los Dioses soberanos,
Y qual primera, dones immortales,
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales,
Diana en exceder à los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las Historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido, y Venus todos sus amores.
Apolo las Canciones concertadas,
Su Ciencia las hermanas todas nueve,
Y al fin el Dios silvestre sus Pastores.

SONETO.

S Alen del mar, y vuelven á sus senos
 Despues de una velòz larga carrera,
 Como á su madre universal primera,
 Los hijos della largo tiempo agenos.
 Con su partida no la hacen menos,
 Ni con su buelta á mas sobervia, y fiera,
 Porque tiene, quedandose allà entera,
 De su humor siempre sus estanques llenos.
 La mar sois vos, ó Galatea estremada,
 Los rios, los loores, premio, y fruto
 Con que alcanzais la mas illustre vida:
 Por mas que deis, jamás sereis menguada,
 Y menos quando os dén todos tributo,
 Con èl vendreis á veros mas crecida.

SONETO.

Hicieron muéstra en vos de su grandeza
 Gran Cervantes, los Dioses soberanos,
 Y qual primera, dones inmortales,
 Sin tasa es repario natural.
 Jove se rivo es dió, que es la viveza
 De palabras que nunca se pechinas,
 Diosa en exceder á los mortales
 En castidad de estio con preñez.
 Mercurio las Hillorias manañadas,
 Mante el fuerte vigor que el plazo os mueve,
 Cupido, y Venus todos sus amores,
 Apolo las Canciones concertadas,
 En Ciencia las hermanas todas nueve,
 Y al fin el Dios silvestre sus Pafiores.

PRIMERO LIBRO

D E

GALATEA.

Mientras que al triste lamentable acento

Del mal acorde son del canto mio,

En eco amargo del cansado aliento,

Responde el monte, el prado, el llano, el rio,

Demos al sordo, y presuroso viento

Las quejas, que del pecho ardiente, y frio

Salen à mi pesar, pidiendo en vano

Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano,

Crece el humor de mis cansados ojos

Las aguas de este rio, y de este prado,

Las variadas flores son abrojos,

Y espinas, que en el alma se han entrado:

No escucha el alto monte mis enojos,

Y el llano de escucharlos se ha cansado,

Y asi un pequeño alivio al dolor mio

No hallo en monte, en llano, en prado, en rio,

Crei que el fuego, que en el alma enciende

El niño alado, el lazo con que aprieta,

La red sutil con que à los Dioses prende,

Y la furia, y rigor de su saeta,

Que asi ofendiera como à mi me ofende,

Al sugeto sin par, que me sujeta;

Mas contra un alma, que es de marmol hecha,

La red no puede, el fuego, el lazo, y flecha.

Yo si, que al fuego me consumo, y quemo,

Y al lazo pongo humilde la garganta,

Y à la red invisible, poco temo,
 Y el rigor de la flecha no me espanta:
 Por esto soy llegado à tal estremo,
 A tanto daño, à desventura tanta,
 Que tengo por mi gloria, y mi sosiego,
 La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, quanto la fortuna, y el amor escasos: aunque los discursos del tiempo consumidor, y renovador de las humanas obras, le traxeron à terminos, que tuvo por dichosos los infinitos, y desdichados, en que se havia visto, y en los que su deseo le havian puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida. Y aunque en el pastoral, y rustico exercicio criada, fue de tan alto, y subido entendimiento, que las discretas damas en los Reales Palacios crecidas, y al discreto trato de la Corte acostumbres, se tuvieran por dichasas de parecerla en algo, asi en la discrecion, como en la hermosura, por los infinitos, y ricos dones, con que el Cielo à Galatea havia adornado. Fue querida, y con entrañable ahinco amada de muchos pastores, y ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban: entre los quales, se atreviò à quererla el gallardo Elicio, con tan puro, y sincero amor, quanto la virtud, y honestidad de Galatea permitia. De Galatea, no se entiende que aborreciese à Elicio, ni menos que le amase; porque à veces, casi como convencida, y obligada à los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al Cielo: y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes, y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia, y bondad de Galatea, para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto à Elicio: por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar à Galatea. Pareciale à Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginabase Elicio, que pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrian buen suceso sus deseos; y quando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallabase tan contento, y atrevido,

que

que mil veces quiso descubrir à Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traía. Y tal el suyo mostraba, que al enamorado Pastor se le elaban las palabras en la boca, y quedabase solamente con el gusto de aquel primer movimiento; por parecerle que à la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas, que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ella se transformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el Pastor tan mala, que à veces tuviera por bien el mal de perderla, à trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y asi un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallandose en medio de un deleytoso prado, combidado de la soledad, y del murmurio de un deleytoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurrón un pulido rabel (al son del qual sus querellas al Cielo cantando comunicaba) con voz en estremo buena cantò los versos siguientes.

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvio,
Ni ensobervezca el contento.
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfia)
No huyas el alegría,
Ni menos cierras la puerta
Al llanto que amor embia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la llesves tan corrida:
Ni subas do no se espera;
Sino muerte en la caída.
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.

Dèl naciste, y en naciendo
Pecaste, y pagalo èl,
Huyes dèl, y si pretendo
Recogerte un poco en èl,
Ni te alcanzo, ni te entiendo.
Ese buelo peligroso
Con que te subes al Cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso, y tu reposo.

Diràs, que quien bien se emplea,
Y se ofrece à la ventura,
Que no es posible que sea,
Del tal juzgado à locura,
El brio de que se arrea.
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Quanto mas si le conviene
Al alma, y al corazon.

Yo lo tengo así entendido,	Quanto mas que el amor nace
Mas quiero desengañarte,	Junto con la confianza,
Que es señal ser atrevido,	Y en ella se ceba, y paxe,
Tener de amor menos parte,	Y en faltando la esperanza
Que el humilde, y encogido.	Como niebla se deshace.
Subes tras una beldad,	
Que no puede ser mayor,	Pues tú que ves tan distante
No entiendo tu calidad,	El medio del fin que quieres,
Que puedas tener amor	Sin esperanza, y constante,
Con tanta desigualdad.	Si en el camino murieres,
	Morirás como ignorante.
Que si el pensamiento mira	Pero no se te de nada,
Un sugeto levantado,	Que en esta empresa amorosa
Contemplalo, y se retira	Do la causa es sublimada,
Por no ser caso acertado	El morir es vida honrosa,
Poner tan alta la mira.	La pena gloria estremada.

No dexára tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonáran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras, ázia el lugar donde estaba se venía. Era Erastro un rustico Ganadero; pero no le valió tanto su rustica, y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera Posesion, haciendole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la qual sus querellas (quando ocasion se le ofrecía) declaraba. Y aunque rustico, era (como verdadero enamorado) en las cosas del amor tan discreto, que quando en ellas hablaba, parecia que el mismo amor se las mostraba, y por su lengua las profería: pero con todo eso (puesto que de Galatea eran escuchadas) eran en aquella cuenta tenidas, en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro; porque entendía del ingenio de Galatea, que á cosas mas altas la inclinaba, antes tenía lastima, y embidia à Erastro. Lastima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos. Embidia por parecerle, que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdeños, ó favores de Galatea. De suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venía Erastro acompañado de sus mastines fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de

los hambrientos lobos. Holgándose con ellos , y por sus nombres los llamaba , dando á cada uno el titulo que su condicion , y animo merecía. A quien llamaba Leon , á quien Gavilán , á quien Robusto , á quien Manchado , y ellos como si de entendimiento fueran dotados , con el mover las cabezas , viniéndose para él , daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro , á donde de Elicio fue agradablemente recibido , y aun rogado , que si en otra parte no havia determinado de pasar el Sol de la calurosa siesta , pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello , no le fuese enojoso pasarla en su compañía. Con nadie , respondió Erastro , la podría yo tener mejor que contigo , Elicio : si yá ni fuese con aquella que está tan enrobrescida á mis demandas , quan hecha encina á tus continuos quexidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerva , dexando andar á sus anchuras el ganado , despuntando con los rumiadores dientes , las tiernas yervezuelas del hervoso llano. Y como Erastro por muchas , y descubiertas señales , conocia claramente que Elicio á Galatea amaba , y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo , en señal de que reconocía esta verdad , en medio de sus platicas , entre otras razones , le dixo las siguientes.

No sé , gallardo , y enamorado Elicio , si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo , y si lo ha sido , debes perdonarme , porque jamás imaginé de enojarte , ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia , ó cruda roña consume , y acabe mis retozadores chibatos , y mis ternezuelos corderillos , quando dexaren las tetas de las queridas madres ; no hallen en el verde prado para sustentarse , sino amargos truenos , y ponzoñosas adelfas , si no he procurado mil veces quitarla de la memoria , y si otras tantas no he andado á los Medicos , y Curas del Lugar , á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan , que tome no sé que bebedizos de paciencia : los otros dicen , que me encomiende á Dios , que todo lo cura , ó que todo es locura.

Permiteme , buen Elicio , que yo la quiera , pues puedes estar seguro , que si tú con tus habilidades , y estremadas gracias , y razones no la ablandas , mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido , por lo que estoy obligado á tu merecimiento : que puesto que no me la dieses , tan imposible sería dexar de amarla , como hacer que estas aguas no mojasen , ni

el Sol con sus peynados cabellos no nos alumbrase. No pudo dexar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar à Galatea le pedia: y asi le respondió. No me pesa á mí, Erastro, que tu amés à Galatea: pesame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones, y no fingidas palabras. Dete Dios tan buen suceso en tus deseos, quanto merece la sinceridad de tus pensamientos. Y de aqui adelante no dexes por mi respeto de querer à Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que yá que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan. Antes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad: pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado. Andén nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados. Tú al son de tu zampona publicarás el contento, ó pena que el alegre, ó triste rostro de Galatea te causáre. Yo al de mi rabel en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes arboles, de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré à llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al Cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen proposito, y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos arboles, y el Sol àzia el Occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al exercicio que de aqui adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro, antes con muestras de estraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampona, y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue.

E L I C I O .

Blanda, suave, reposadamente,
 Ingrato amor, me sujetaste el dia
 Que los cabellos de oro, y bella frente
 Miré del Sol, que al Sol, escurecia.
 Tu sosiego cruel, qual de serpiente,
 En las rubias madejas se escondia,
 Yo por mirar el Sol en los manojos,
 Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

At onito quedé, y embelesado,
 Como estaba sin voz de piedra dura,
 Quando de Galatea el estremado
 Donayre vi, la gracia, y hermosura,
 Amor me estaba en el siniestro lado,
 Con las saetas de oro (ay muerte dura!)
 Haciendome una puerta por do entrase
 Galatea, y el alma me robase.

ELICIO.

¿Con qué milagro, Amor, abres el pecho
 Del miserable amante que te sigue,
 Y de la llaga interna que le has hecho,
 Crecida gloria muestra que consigue?
 ¿Cómo el daño que haces es provecho?
 ¿Cómo en tu muerte alegre vida vive
 El alma que prueba estos efectos todos?
 La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
 En roto espejo, ó hecho por tal arte,
 Que si uno en él se mira, retratados
 Se vé una multitud en cada parte:
 Quantos nacen cuidados, y cuidados
 De un cuidado cruel que no se parte
 Del alma mia á su rigor vencida,
 Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve, y colorada rosa,
 Que el verano no gasta, ni el invierno,
 El Sol de dos luceros, do reposa
 El blando amor, y á do estará in eterno
 La voz, qual la de Orfeo poderosa,
 De suspender las furias del infierno,
 Y otras cosas que ví quedando ciego,
 Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
 Que tales me semejan dos mexillas,
 Y el arco de dos cejas levantadas,
 Que el de Iris no llegó á sus maravillas:
 Dos rayos, dos hileras estremadas
 De perlas entre grana, y si hay decillas,
 Mil gracias, que no tienen par, ni cuento,
 Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo, y no me abraso, vivo, y muero;
 Estoy lejos, y cerca de mí mismo,
 Espero en solo un punto, y desespero,
 Subome al Cielo, bajome al abysmo,
 Quiero lo que aborrezco, blando, y fiero;
 Me pone el amaro parasismo:
 Y con estos contrarios paso á paso,
 Cerca estoy yá del ultimo traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
 Todo quanto en la vida me ha quedado
 A Galatea, porque me bolviera
 El alma, y corazon que me ha robado:
 Y despues del ganado, le añadiera
 Mi perro Gavilán con el Manchado:
 Pero como ella debè de ser Diosa,
 El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
 Es puesto por el hado, suerte, ó sino;
 Quererle derribar por fuerza, ó arte,
 O diligencia humana, es desatino.
 Debes de su ventura contentarte,
 Que aunque mueras sin ella, yo imagino,
 Que no hay vida en el mundo mas dichosa,
 Como el morir por causa tan honrosa.

obn. Ya se aparejaba Erastro, para seguir adelante en su canto, quando sintieron por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo, y ruido: y levantandose los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzò al primero, y asiendole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el ayre quanto pudo, y un agudo puñal que sin vayna traia, se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: Recibe, ó mal lograda Leonida, la vida de este traydor, que en venganza de tu muerte sacrificio. Y esto fue con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio, y Erastro de estorvarselo, porque llegaron à tiempo que yá el herido pastor daba el ultimo aliento, embuelto en estas pocas, y mal formadas palabras. Dexarame, Lisandro, satisfacer al Cielo con mal largo arrepentimiento, el agravio que te hice, y despues quitarame la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta de estas carnes se aparta: y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las quales palabras imaginaron Elicio, y Erastro, que no con pequeña causa havia el otro pastor executado en él tan, cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntarselo al pastor homicida: pero él con tirado paso, dexando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó à entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber de él lo que deseaba, le vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dixo: Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haver hecho en vuestra presencia lo que haveis visto, porque la justa, y mortal ira, que contra ese traydor tenia concebida, no me dió lugar á mas moderados discursos. Lo que os aviso es, que si no queris enojar à la Deidad que en el alto Cielo mora, no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traydora de aquese cuerpo que delante teneis, ni á él deis sepultura, si yá aquí en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traydores: y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese, y asi se volvieron los dos con tiernas entrañas, á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo, que tan repentinamente havia acabado el curso de sus cor-

tos días. Erastro fue à su cabaña , que no lejos estaba , y trayendo suficiente aderezo, hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba , y dandole el ultimo vale , le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso , se bolvieron á sus ganados, y recogielos con alguna priesa , porque yà el Sol se entraba á mas andar por las puertas del Occidente , se recogieron á sus acostumbrados albergues , donde no su sosiego de ellos , ni el poco que sus cuidados le concedian , podian apartar á Elicio de pensar, qué causas havian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance. Y yá le pesaba de no haver seguido al pastor homicida , y saber de él si fuera posible lo que deseaba. Con este pensamiento , y con los muchos que sus amores le causaban , despues de haver dexado en segura parte su rebaño , se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el Cielo demostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante , buscando algun solitario lugar , adonde en el silencio de la noche , con mas quietud pudiese soltar la rienda à sus amorosas imaginaciones , por ser cosa yà averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa le es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes , ó alegres. Y asi yendose poco á poco , gustando de un templado Céfiro , que en el rostro le heria , lleno de suavissimo olor, que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado , al pasar por ellas blandamente robaba embuelto en el ayre delicado, oyó una voz , como de persona , que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento , porque el ruido no le estorvase de oír lo que era , sintió que de unas apretadas zarzas , que poco desviadas de él estaban , la entristecida voz salía. Y aunque interrota de infinitos suspiros , entendió que estas tristes razones pronunciaba. Cobarde, y temeroso brazo , enemigo mortal de lo que á tí mismo debes , mira que yà no queda de quien tomar venganza , sino de tí mismo. ¿De qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar , vives' engañado ; porque no hay cosa mas fuera de remedio , que nuestra desventura : pues quien la pudiera hacer buena , la tuvo tan corta , que en los verdes años de su alegre juventud , ofreció la vida al carnicero cuchillo , que se la quitase por la traycion del malvado Carino , que oy con perder la suya , havrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de

de Leonida, si en la celeste parte donde mora, puede haber deseo de venganza alguna. Ha Carino, Carino, ruego yo à los altos Cielos (si de ellos las justas plegarias son oídas) que no admitan la disculpa (si alguna dieres) de la traycion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, asi como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa, y mal lograda Leonida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lagrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento, el no acabar la vida, con el que de tu muerte recibo: pues sería poca recompensa à lo que debo, y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase. Tú verás (si de las cosas de acá tienes cuenta) como este miserable cuerpo, quedará un dia consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena, y sentimiento: bien asi, como la mojada, y encendida polvora, que sin hacer estrepito, ni levantar llama en alto, entre sí misma se consume, sin dexar de sí, sino el rastro de las consumidas cenizas. Dueleme, quanto puede dolerme, ó alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias, y honras que à tu bondad, y virtud convenian. Pero yo te prometo, y juro, que el poco tiempo (que será bien poco) que esta apasionada anima mia rigiere la pesada carga de este miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes, y amargas canciones, que de tus alabanzas, y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la qual Elicio conoció claramente, que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber de él lo que descaba. Y queriendo llegar mas cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero, si al son de él alguna cosa diría: y no tardó mucho, que con suave, y acordada voz oyó que de esta manera cantaba.

LISANDRO.

O alma venturosa,
 Que del humano velo,
 Libre al alta region viva volaste,
 Dexando en tenebrosa
 Carcel de desconsuelo
 Mi vida, aunque contigo la llevaste.

Sin tí, obscura dexaste
 La luz clara del día,
 Por tierra derribada,
 La esperanza fundada
 En el mas firme asiento de alegrías,
 En fin con tu partida,
 Quedó vivo el dolor, muerta la vida.
 Embuelto en tus despojos,
 La muerte se ha llevado
 El mas subido estremo de belleza,
 La luz de aquellos ojos,
 Que en haverte mirado
 Tenian encerrada su riqueza,
 Con presta ligereza
 Del alto pensamiento,
 Y enamorado pecho,
 La gloria se ha deshecho,
 Como la cera al Sol, ó niebla al viento,
 Y toda mi ventura
 Cierra la piedra de tu sepultura,
 ¿Cómo pudo la mano
 Inexorable, y cruda,
 Y el intento cruel, facinoroso,
 Del vengativo hermano,
 Dexar libre, y desnuda
 Tu alma del mortal velo hermoso?
 ¿Por qué tuvo el reposo
 De nuestros corazones?
 Que si no se acabaran,
 En uno se juntaran,
 Con honestas, y santas condiciones,
 ¡Ay fiera mano esquiva,
 Cómo ordenaste que muriendo vival
 En llanto sempiterno
 Mi anima mezquina,
 Los años pasará meses, y dias,

La tuya en gozo eterno,
 Y edad firme, y continua,
 No temerá del tiempo las porfías,
 Con dulces alegrías
 Verás firme la gloria,
 Que tu loable vida
 Te tuvo merecida,
 Y si puede caber en tu memoria
 Del suelo no perderla,
 De quien tantos te amó debes tenerla.

Mas, ó quan simple he sido!

Alma bendita, y bella,
 De pedir que te acuerdes, ni aun burlando;
 De mí que te he querido,
 Pues sé que mi querella,
 Se irá con tal favor eternizando,
 Mejor es, que pensando
 Que soy de ti olvidado,
 Me apriete con mi llaga,
 Haga que se deshaga,
 Con el dolor la vida que ha quedado;
 Con tan estraña suerte,
 Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro,

Con otras almas santas,
 Alma de aquel seguro bien eterno;
 Alto rico tesoro,
 Mercedes gracias tantas,
 Que goza el que no huye el buen sendero.
 Allí gozar espero,
 Si por tus pasos guio,
 Contigo en paz entera
 De eterna primavera,
 Sin temor, sobresalto, ni desvío;
 A esto me encamina,
 Pues será hazaña de tus obras dina.

Y

Y pues vosotras, celestiales almas, a. I
 Veis el bien que deseo, libro V
 Creced las alas á tan buen deseo.

Aqui cesó la voz; pero no los suspiros del desdichado que cantado havia, y lo uno, y lo otro, fue parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quien era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo, á manera de teatro, de espesísimas, é intrincadas matas estaba ceñido, en el qual vió un pastor, que con estremado brio estaba con el pie derecho delante, y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas havia hecho, pensando ser alguna fiera (de la qual convenia defenderse el pastor del bosque) se havia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su postura su intento, antes que le efectuase, le dixo. Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aqui viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lagrimas, y turbar el alivio, que de estar solo se te podría seguir. Con estas blandas, y comedidas palabras de Elicio, se sosegó el pastor, y con no menos blandura, le respondió diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco qualquiera que tu seas, comedido pastor, pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras, y quejas, que esta noche te he oído, muestras bien claro la poca, ó ninguna que tienes, pero no menos satisfacerás mi deseo, con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos: y así la fortuna te los dé en lo que desees, que no me niegues lo que te suplico, si yá el no conocerme no lo impide: aunque para asegurarte, y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto, que es razon las miserias que me contares. Esto te digo, porque sé que no hay cosa mas escusada, y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides: así, porque no imagines, que de poco, y acobardado animo nacen las quejas

jas, y lamentaciones, que dices que de mí has oído, como por que conozcas que aun es muy poco el sentimiento que nuestro, á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haver pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentandose los dos sobre la verde yerva, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podía; el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir de esta manera.

En las riberas de Betis, caudalosisimo Rio, que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio) y de tan nobles padres, qual pluguiera al Soberano Dios, que en mas baja fortuna fuera engendrado: porque muchas veces la nobleza del linage, pone alas, y esfuerza el animo à levantar los ojos, adonde la humilde suerte no osará jamás levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder à menudo semejantes calamidades, como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi Aldéa una pastora, cuyo nombre era Leonida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra (segun yo imagino) pudiera hallarse. De no menos nobles, y ricos padres nacida, que su hermosura, y virtud merecian. De do nació, que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del Lugar, y estar en ellos el mando, y gobernacion del Pueblo, la embidia (enemiga mortal de la sosegada vida) sobre algunas diferencias del gobierno del Pueblo, vino á poner entre ellos zizaña, y mortalissima discordia. De manera, que el Pueblo fue dividido en dos parcialidades, la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leonida. Con tan arraygado rencor, y mal animo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del vando contrario, y fue mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas vendido, y sujeto. Poniaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorvaban, como eran el mucho

valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas, ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento. Y con todo esto, quando ponía los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leonida, qualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes, para llegar al fin de mis amorosos, y honestos pensamientos.

Haviendo, pues, por muchos dias combatido conmigo mismo, por vér si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con qual podria dár á entender á Leonida el secreto amor de mi pecho. Y como los principios en qualquier negocio, sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son (por la mayor parte) dificultosissimos: hasta que el mismo amor, quando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y asi se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar, que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora, que era en grande extremo amiga de Leonida, y muchas veces la una á la otra, en compañía de sus padres, en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente, que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarria, y aspereza de costumbres, le havian dado renombre de cruel, y asi de todos los que le conocian, el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas, ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido, y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del qual, y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes, y dadas, forjé la amistad (al parecer) posible, á lo menos de parte de Silvia fue mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos, y favores, que ella con limpias entrañas me hacia (obligada de mis continuos servicios) tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe, sino con mi daño, y de allí á muchos dias, y yá que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia. Un dia, ofreciendose comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga

de

de mi lastimado pecho, diciendole, que aunque era tan profunda, y peligrosa, no la sentía tanto, solo por imaginar que en su solitud estaba el remedio de ella, advirtiendole asimismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legitimo matrimonio con la bella Leonida: y que pues era causa tan justa, y buena, no se havia de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dixese, que ella, vencida de ellas, y mas por la pena que ella, como discreta, por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio, y decir á Leonida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo quanto su fuerza, é industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa tal empresa, por la inimizia grande que entre nuestros padres conocía, aunque por otra parte imaginaba poder dár principio al fin de sus discordias, si Leonida conmigo se casase. Movida, pues, con esta buena intencion, y enternecida con lagrimas, que yo derramaba, como yá he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurriendo consigo, qué entrada tendría para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la qual ella se ofrecía á darla quando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le embiè una, que por haver sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria: puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste, como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leonida. No, dixo Elicio, (atajando las razones de Lisandro) no es justo que me dexes de decir la carta que á Leonida embiaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazón, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria, y el gusto que por ella grangeaste, no me lo niegues ahora en no decirmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado, y temeroso, como ahora descontento, y desesperado, y por esta razon me parece, que no acerté á decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leonida las creyese las que en la carta iban. Yá que tanto deseas saberlas, decía de esta manera.

LISANDRO A LEONIDA.

Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor) resistir con las propias fuerzas à la amorosa llama, que por tí, ó hermosa Leonida, me abrasa, jamás he tenido ardimiento (temeroso del subido valor, que en tí conozco) de descubrirte el amor que te tengo. Mas yá que es consumida aquella virtud, que hasta aqui me ha hecho fuerte, hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero, y ultimo remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el ultimo está en tu mano, de la qual espero la misericordia que tu hermosura promete, y mis honestos deseos merecen. Los quales, y el fin adonde se encaminan conocerás de Silvia, que ésta te dará. Y pues ella se ha atrevido (con ser quien es) à llevartela, entiende que son tan justos, quanto á tu merecimiento se deben.

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro: el qual prosiguiendo la historia de sus amores, dixo: No pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leonida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la qual, junto con darsela, le dixo tales cosas, que con ellas templó en gran parte la ira, y alteracion que con mi carta Leonida havia recibido. Como fue decirle, quanto bien se seguiría, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa: y que el fin de tan buena intencion la havia de mover á no desechar mis deseos: quanto mas que no se debía compadecer con su hermosura, dexar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba: añadiendo à estas otras razones, que Leonida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta, que ahora te diré.

LEONIDA A LISANDRO.

Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento havia nacido de mi poca honestidad, en mí misma executára la pena que tu culpa merece. Pero por asegurarme de esto, lo que yo

de mí conozco, vengo á conocer, que mas ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados. Y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediarlos, como á Silvia para creerlos. De la qual tengo mas queja, por haverme forzado à responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra, que con tus vanidades.

Esta fue la respuesta de Leonida, la qual, junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo aspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar à Silvia con infinitos mensajes, presentes, y servicios: mas era tan fuerte, y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamás pudo mover à la de Silvia, á que un pequeño favor le diese. De lo qual estaba tan desesperado, é impaciente, como un agarrochado, y vencido toro. Por causa de sus amores havia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, haviendo los dos sido primero mortales enemigos: Porque en cierta lucha que un día de una grande fiesta, delante de todo el Pueblo, los Zagales mas diestros del Lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo, y maltratado. De manera, que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo. Y no menos lo tenía contra otro hermano mio, por haverle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor, y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como à un mismo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese. Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia. Y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leonida venia à casa de Silvia, Carino la acompañaba. Por la qual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta (pues era mi amigo) de los amores que yo con Leonida trataba, que en aquella sazón andaban yá tan vivos, y venturosos (por la buena intercesion de Silvia) que yá no esperabamos sino tiempo, y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos. Los quales sabidos de Carino, me tomó por

instrumento para hacer la mayor traycion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo , y dandole á entender que tenia en mas su amistad que la honra de su parienta) le dixo , que la principal causa por que Silvia no le amaba , ni favorecía , era por estár de mí enamorada , y que él lo sabía infaliblemente: y que yá nuestros amores iban tan al descubierto , que si él no hubiera estado ciego de la pasion amorosa , en mil señales lo hubiera yá reconocido. Y que para certificarse mas de la verdad que le decía , que de alli adelante mirase en ello , porque vería claramente como (sin empacho alguno) Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo , como pareció por lo que de ellas sucedió. De alli adelante Crisalvo traía espías , por vér lo que yo con Silvia pasaba. Y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella , para tratar , no de los amores que él pensaba , sino de lo que á los míos convenía ; eranle á Crisalvo referidas , con otros favores , que (de limpia amistad procedidos) Silvia á cada paso me hacía. Por lo que vino Crisalvo á terminos tan desesperados , que muchas veces procuró matarme , aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion , sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser él hermano de Leonida , tenía yo mas cuenta con guardarme , que con ofenderle , teniendo por cierto , que si yo con su hermana me casaba , tendrian fin nuestras enemistades , de lo que él estaba bien ageno , antes se pensaba que por serle yo enemigo havia procurado tratar amores con Silvia , y no porque yo bien la quisiese. Y esto le acrecentaba la colera , y enojo de manera , que le sacaba de juicio ; aunque él tenía tan poco , que poco era menester para acabarse-lo. Y pudo tanto en él este mal pensamiento , que vino á aborrecer á Silvia tanto , quanto la havia querido , solo porque á mí me favorecía , no con la voluntad que él pensaba , sino como Carino le decía. Y así en qualesquier corrillos , y juntas que se hallaba , decía mal de Silvia , dandole titulos , y renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion , y la bondad de Silvia , daban poco , ó ningun credito à sus palabras. En este medio havia concertado Silvia con Leonida , que los dos nos desposasemos : y que para que mas á nuestro salvo se hiciese , sería bien que un dia , que con Carino Leonida viniese á su casa , no bolviese por aquella noche á las de sus padres , sino que desde

alli en compañía de Carino se fuese á una Aldéa, que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes míos vivían, en cuya casa con mas quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leonida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente, sería mas facil el concertarse. Tomado, pues, este apuntamiento, y dando cuenta de él á Carino, le ofreció (con muestras de grandísimo animo) que llevaria á Leonida á la otra Aldéa, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dixe, los abrazos que le dí, me parece que bastáran á deshacer en un corazon de acero qualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traydor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras, y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traycion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme á la que Silvia le havia dicho, ordenó que la primera noche que (por las muestras del día) entendiesen que havia de ser obscura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciendose de nuevo á guardar el secreto, y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oído, se fue á Crisalvo (segun despues acá he sabido) y le dixo, que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche havia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra Aldéa, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios havia hecho, en mí por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le havia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dexaba. De tal manera le supo encarecer, y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazon, no tan cruel como el suyo, moviera á qualquier mal pensamiento. Llegado, pues, yá el día (que yo pensé que fuera el de mi mayor contento) dexando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que havia de hacer, me fui á la otra Aldéa á dár orden como recibir á Leonida. Y fue el dexarla encomendada á Carino, como quien dexa á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ò la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilán que la despedace. Ay amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé como tengo fuerzas para sostener la vi-

da, ni pensamiento para pensarlo, quanto mas lengua para decirlo. Ay mal aconsejado Lisandro, ¿cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino? ¿Mas quien no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay mal lograda Leonida, quan mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogermé por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino havia de traer consigo á Leonida á la Aldéa, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, (que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion) el qual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la Aldéa, que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo, y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidiöse Leonida de Silvia con estrechos abrazos, y amorosas lagrimas, como presaga que havia de ser la última despedida. Debia de considerar entonces la sin ventura la traycion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba. Y quan mala cuenta daba de la buena opinion, que de ella en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la traxese. Quantas veces se viene á la memoria (llegando á este punto) lo que soñé el dia, que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida. Acuerdome, que saliendo del Aldéa un poco antes que el Sol acabase de quitar sus rayos de nuestro Orizonte, me senté al pie de un alto fresno en el mismo camino por donde Leonida havia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme, y recibirla, y sin saber como, y sin yo quererlo, me quedé dormido; y apenas huve entregado los ojos al sueño, quando me pareció que el arbol, donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recisimo viento que soplabá, desarraigando las hondas raíces de la tierra, sobre mi cuerpo se caía, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una, y á otra parte me rebolvía: y estando en esta pesadumbre, me pareció vér una blanca cierva junto á mí, á la qual yo ahincadamente supplicaba, que como mejor pudiese, apartase de mis hombros la pesada carga: y que queriendo ella, movida de compasion, hacerlo,

al mismo instante salió un fiero Leon del bosque , y cogiendola entre sus agudas uñas , se metia con ella por el bosque adelante ; y que despues que con gran trabajo me havia escapado del grave peso , la iba á buscar al monte , y la hallaba despedazada , y herida por mil partes : de lo qual tanto dolor sentia , que el alma se me arrancaba , solo por la compasion que ella havia mostrado de mi trabajo : y asi comencé á llorar entre sueños , de manera que las mismas lagrimas me despertaron ; y hallando las mexillas bañadas del llanto , quedè fuera de mí , considerando lo que havia soñado ; pero con la alegria que esperaba tener de ver à mi Leonida , no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me havia de suceder. A la sazón que yo despertè , acababa de cerrar la noche con tanta obscuridad , con tan espantosos truenos , y relampagos , como convenia para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Asi como Carino salió de casa de Silvia con Leonida , se la entregò à Libeo , diciendole , que se fuese con ella por el camino de la Aldèa que he dicho : y aunque Leonida se alteró de ver à Libeo , Carino la aseguró , que no era menor amigo mio Libeo que él propio , y que con toda seguridad podia ir con èl poco à poco , en tanto que èl se adelantaba à darme à mí las nuevas de su llegada. Creyò la simple (en fin , como enamorada) las palabras del falso Carino , y con menor recelo del que convenia , guiada del comedido Libeo , tendia los temerosos pasos para venir à buscar el ultimo de su vida , pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos , como yà te he dicho , y vino à dar aviso à Crisalvo de lo que pasaba , el qual , con otros quatro parientes suyos , en el mismo camino por donde havian de pasar (que todo era cerrado de bosque , de una , y otra parte) escondidos estaban ; y dixoles como Silvia venia , y solo yo que la acompañaba , y que se alegrasen de la buena ocasion , que la suerte les ponía en las manos para vengarse de la injuria que los dos le haviamos hecho , y que èl sería el primero que en Silvia (aunque era parienta suya) probase los filos de su cuchillo. Aperci bieronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos , que tan sin cuidado de traycion semejante por el camino se venian ; los quales llegados á do lo celada estaba , al instante fueron con ellos los perfidos homicidas , y

cerraronlos enmedio : Crisalvo se llegó á Leonida, pensando ser Silvia, y con injuriosas, y turbadas palabras, con la infernal colera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dexó tendida en el suelo, à tiempo que yá Libeo por los otros quatro (creyendo que à mí me las daban) con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra : Carino que vió quan bien havia salido el traydor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traydores contentisimos, como si huvieran hecho alguna famosa hazaña, se bolvieron à su Aldèa, y Crisalvo se fue à casa de Silvia à dár èl mismo à sus padres la nueva de lo que havia hecho, por acrecentarles el pesar, y sentimiento : diciendoles, que fuesen à dár sepultura à su hija Silvia, à quien él havia quitado la vida, por haver hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos, Silvia que sintiò lo que Crisalvo decia (dandole el alma lo que havia sido) le dixo como ella estava viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no huviese muerto á quien le doliese mas su muerte, que perder èl mismo la vida. Y con esto le dixo, que su hermana Leonida se havia partido aquella noche de su casa en trage no acostumbrado. Atonito quedó Crisalvo de vér à Silvia viva, teniendo èl por cierto que la dexaba yá muerta, y con un pequeño sobresalto acudió luego à su casa, y no hallando en ella à su hermana, con grandisima confusion, y furia, volvió él solo à vér quien era la que havia muerto, pues Silvia estava viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estava yo con una ansia estraña esperando à Carino, y Leonida; y pareciendome que yá tardaban mas de lo que debian, quise ir à encontrarlos, ò à saber si por algun caso aquella noche se havian detenido, y no anduve mucho por el camino, quando oí una lastimada voz, que decia : O Soberano hacedor del Cielo, encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma, que presto te darà cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay Lisandro, Lisandro, y como la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haverla yo por tí perdido ! ¡Ay cruel hermano ! ¿Es posible que sin çir mis disculpas, tan presto me quisiste dár la pena de mi verro ? Quando estas razones oí, en la voz, y en ellas conocí luego ser Leonida la que las decia. Y présago de mi desventura, con el sentido turbado, fui à tiento à dár adonde Leonida estava embuelta en su pro-
pia

pia sangre, y haviendola conocido luego, dexandome caer sobre el herido cuerpo (haciendo los estremos de dolor posible) le dixen : ¿Qué desdicha es esta, bien mio? Anima mia, ¿qual fue la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fui conocido de Leonida; y levantando, con gran trabajo, los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas, y mal pronunciadas razones, me dixo solas estas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la qual te dé Dios à tí, Lisandro mio, largos, y felices años, y á mí me dexen gozar en la otra del reposo que aqui me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, haviendo cerrado los labios para darme el primero, y ultimo beso, al abrirlos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Quando yo lo sentí, abandonandome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido. Y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Piramo, y Tisbe traxera à la memoria. Mas despues que volví en mí, abriendo yá la boca para llenar el ayre de voces, y suspiros, sentí que ázia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos: y llegando cerca, (aunque la noche hacia obscura) los ojos del alma me dieron à conocer, que el que alli venia era Crisalvo, como era la verdad: él tornaba à certificarse, si por ventura era su hermana Leonida la que havia muerto. Y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué à él como sañudo leon, y dandole dos heridas, di con él en tierra: y antes que acabase de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traía, (que era el mismo con que ella havia muerto) ayudandole yo á ello, tres veces se le hincó por el corazon. Y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme, tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leonida, y llevéle à la Aldéa donde mis parientes vivian. Y contandoles el caso, les rogué le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo, el qual, por haverse ausentado de nuestra Aldéa, se ha tardado hasta oy que le hallé á la salida de este bosque, despues de haver seis meses que ando en su demanda: él ha hecho yá el fin que su traycion merecia: y á mí no me queda yá de quien tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, Pastor, la causa de do proceden los lamentos

que

que me has oído. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dexo que lo considere. Y con esto dió fin á su platica, y principio á tantas lagrimas, que no pudo dexar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio havian desfogado con tiernos suspiros, el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó, con las mejores razones que supo, á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo, como por el suceso de él havia visto: y entre otras cosas que le dixo, y la que á Lisandro mas le quadró, fue decirle: que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno; y que pues de la honestidad, y noble condicion de Leonida se podria creer (segun él decia) que de dulce vida gozaba: antes debia alegrarse del bien que ella havia ganado, que no entristecerse por el que él havia perdido. A lo qual respondió Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones, para hacerme creer que son verdaderas: pero no que la tienen (ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere) para darme consue'lo alguno: en la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la qual se acabará quando yo la torne á ver: y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la qual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciendole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció quanto fue posible: y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavia lo huvo de hacer, forzado de su importunacion: y asi los dos se levantaron, y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero yá que la blanca Aurora dexaba el lecho del zeloso marido, y comenzaba á dár muestras del venidero dia, levantandose Erastro, comenzó de poner en orden el ganado de Elicio, y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio combidó á Lisandro á que con él se viniese; y asi viniendo los tres Pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera, oyeron el sonido de una suave zampona, que luego por los dos enamorados Elicio, y Erastro fue conocido, que era Galatea quien la sonaba, y no tardó mu-

cho, que por la cumbre de la cuesta se comenzaron à descubrir algunas ovejas, y luego trás ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que sería mejor dexarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de Serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo Sol parecia tener envidia, porque hiriendolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz, si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo Sol semejante. Estaba Erastro fuera de sí mirandola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Quando Galatea vió que el rebaño de Elicio, y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel día compañía, llamó à la borrega mansa de su manada, á la qual siguieron las demás, y encaminòla á otra parte diferente de la que los Pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegando á do la Pastora estaba, le dixo: Dexa, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que mas te agradare, que no por tu ausencia dexarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo que nací para servirte, tendré mas cuenta de ellas, que de las mias propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que segun el viage que traías, à la Fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino: y si esto es asi como pienso, dime adonde quieres oy, y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamás el mio. Yo te prometo, Elicio, respondiò Galatea, que no por huir de tu compañía, ni de la de Erastro, he buuelto del camino que tu imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar oy la siesta en el Arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allà me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar oy allí nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomò el camino de las Pizarras, como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes, y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haver dado yo disculpa á tu sospecha. Ay Galatea! replicó Elicio, y quan bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tu quieres: ora vayas al Arroyo de las Palmas, al Soto del Concejo, ò á la Fuente de las Pizarras, tén por cierto que no has de ir

sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por vér la primera alma, y así no tengo culpa si no he remediado ninguna. No sè como puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas (pues á mugeres no son concedidas) haya herido á nadie. Ay, discreta Galatea, dixo Elicio, como te burlas con lo que de mi alma sientes, á la qual invisiblemente has llegado, y no con otras armas que con las de tu hermosura. Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazón llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba, y los dexaba, le dixo: ¿Adonde vás, ó de quien huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros que te adoramos te alejas, ¿quien esperará de ti compañía? Ay, enemiga, quan al desgayre te vás, triunfando de nuestras voluntades. El Cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tu estimas las mias. ¿Rieste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado ázia el Arroyo de las Palmas, y bajando desde lejos la cabeza, en señal de despedirse, los dexó: y como se vió sola, en tanto que llegaba á donde su amiga Florisa creyó que estaria, con la estremada voz que el Cielo plugo darle, fue cantando este soneto.

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el yelo, y flecha

De amor que abrasa, aprieta, enfria, y yere;

Que tal llama mi alma no la quiere,

Ni queda del tal nudo satisfecha.

Consuma, ciña, yele, mate, estrecha

Tengo otra voluntad quanto quisiere,

Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere

Tener la mia en su color desecha.

Su fuego enfriará mi casto intento,

El nudo romperè por fuerza, ó arte,

La nieve deshará mi ardiente celo.

La flecha embotará mi pensamiento, la rojo del sol
 Y así no temeré en segura parte,
 De amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los arboles, y juntar las piedras á escuchar el suave canto, y dulce harmonía de Galatea, que quando á la Citara de Orfeo, Lira de Apolo, y musica de Anfion, los muros de Troya, y Tebas, por sí mismos se fundaron, sin que Artifice alguno pusiese en ellos las manos: y las hermanas negras, moradoras del hondo Caos, á la estremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea, y llegar adonde Florisa estaba fue todo á un tiempo, de la qual fue con alegre rostro recibida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dexaron ir á su alvedrio sus ganados, á que de la verde yerva paciesen, combidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros: (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano, y enfadoso artificio con que los suyos martyrizan las damas, que en las grandes Ciudades se tienen por mas hermosas) tan hermosas quedaron despues de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haver llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mexillas encendidas, y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos Griegos pintaban desnudas, por mostrar entre otros efectos, que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este exercicio andaban ocupadas las dos hermosas Pastoras, quando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una Pastora de gentil donayre, y postura, de que no poco se admiraron, porque las pareció que no era Pastora de su aldéa, ni de las otras comarcas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venia poco á poco ázia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venia tan enbebida, y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió, hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y buel-

tos los ojos al Cielo, daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas intimo de sus entrañas parecian arrancados; torcía asimismo sus blancas manos, y dexaba correr por sus mexillas algunas lagrimas, que liquidas perlas semejaban. Por los estremos de dolor que la Pastora hacia, conocieron Galatea, y Florisa que de algun interno dolor traía el alma ocupada, y por vér en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí, con curiosos ojos, miraban lo que la Pastora hacia: la qual, llegando al margen del arroyo, con atentos ojos, se paró á mirar el agua que por él corria, y dexandose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la qual, lavandose los humedos ojos, con voz baja, y debilitada, dixo: ¡Ay claras, y frescas aguas, quan poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas sientol! Mal podré esperar de vosotras (ni aun de todas las que contiene el gran mar Oceano) el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, hariades el mismo efecto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que mas su llama acrecienta. ¡Ay tristes ojos! causadores de mi perdicion; ¡y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay fortuna! enemiga de mi descanso, con quanta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay cruda hermana! ¿Cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde, y amorosa presencia, de Artidoro? ¿Qué palabras te pudo decir él para que le diceses tan aceda, y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si asi fuera, á fé que tú te mostrarás tan humilde, quanto él á tí sujeto. Todo esto que la Pastora decía mezclaba con tantas lagrimas, que no hubiera corazon que escuchandola no se enterneciera: y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su proposito una copla antigua, con suave, y delicada voz, cantó esta glosa.

Yà la esperanza es perdida,

Y un solo bien me consuela,

Que tiempo que pasa, y buela

Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor

Con que su gusto se alcanza,

Deseo de lo mejor,

Es la otra la esperanza

Que pone esfuerzo al temor:

Las dos hicieron manida

En mi pecho, y no las veo,

Antes en la alma afligida,

Porque me acabe el deseo

Yá la esperanza es perdida,

Si el deseo desfallece,

Quando la esperanza mengua;

Al contrario en mí parece,

Pues quanto ella mas desmengua

Tanto mas él se engrandece.

Y no hay usar de cautela

Con las llagas que me atizan,

Que en esta amorosa escuela

Mil males me martyrizan,

Y un solo bien me consuela,

Apenas hubo llegado

El bien á mi pensamiento,

Quando el Cielo, suerte, y hado

Con ligero movimiento

Le han del alma arrebatado.

Y si alguno hay que se duela

De mi mal tan lastimero,

Al mal amayna la vela,

Y al bien pasa mas ligero

Que el tiempo que pasa, y buela.

Quien hay que no se consuma

Con estas ansias que tomo,

Pues en ellas se vé en suma

Ser los cuidados de plomo,

Y los placeres de pluma.

Y aunque vá tan de caída
 Mi dichosa nueva andanza,
 En ella este bien se anida,
 Que quien llevó la esperanza
 Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la Pastora, pero no las lágrimas con que lo solemnizaba. De las quales movidas á compasion Galatea, y Florisa, salieron de donde escondidas estaban, y con amorosas, y corteses palabras, à la triste Pastora saludaron, diciendole entre otras razones: Asi los Cielos, hermosa Pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y de ellos alcances lo que desees, que nos digas, si no te es enojoso: ¿Qué ventura, ó qué destino te ha traído por esta tierra, que segun la práctica que nosotras tenemos de ella, jamás por estas riberas te havemos visto? Y por haver oido lo que poco há cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que ha menester, y por las lagrimas que has derramado (de que dan indicio tus hermosos ojos) en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera Pastora, hermosas Zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, sino es con callar, y agradecerlo, y estimarlos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisieredes, puesto que me sería mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos, daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro, y gentil postura, respondió Galatea, que el Cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues huvieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista, y palabras en tan poco ha hecho esta impresion en nosotras, que yá te tenemos por discreta, muestranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la Pastora, en un igual andan entrambas, si yá no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, quanto de ellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediarlos. Y porque la experiencia

os desengañe , si quisieredes oírme , bellas Zagalas , yo os contaré con las mas breves razones que pudiere , como del mucho entendimiento que juzgais que tengo , ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa , discreta Zagala , satisfarás mis nuestros deseos , respondió Florisa , que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos , pues , dixo la Pastora , de este lugar , y busquemos otro donde sin ser vistas , ni estorvadas , pueda deciros lo que me pesa de haveros prometido , porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion , que con vosotras he cobrado , que quanto tarde en descubrir mis pensamientos , si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Descosas de que la Pastora cumpliese lo que prometia , se levantaron luego lastres , y se fueron à un lugar secreto , y apartado , que yà Galatea , y Florisa sabian , donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos , sin ser vistas de alguno , podian todas tres estar sentadas , y luego con estremado donayre , y gracia , la forastera Pastora comenzó á decir de esta manera.

En las riberas del famoso Henares (que al vuestro dorado Tajo , hermosisimas Pastoras , dá siempre fresco , y agradable tributo) fui yo nacida , y criada , no en tan baja fortuna , que me tuviese por la peor de mi Aldéa : mis padres son Labradores , y á la labranza del campo acostumbrados , en cuyo exercicio los imitaba , trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concegiles de nuestra Aldea , acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me havia puesto , que ninguna cosa me daba mas gusto , que ver multiplicar , y crecer mi ganado , sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas fructíferos , y abundosos pastos , claras , y frescas aguas que hallar pudiese ; no tenia , ni podia tener mas cuidados , que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras , en cuya soledad muchas veces combidada de la suave harmonía de los dulces pajarillos , despedía la voz á mil honestos cantares , sin que en ellos mezclase suspiros , ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. Ay quantas veces solo por contentarme á mí misma , y por dár lugar al tiempo que se pasase , andaba de ribera en ribera , de valle en valle , cogiendo aqui la blanca azucena , allí el cardeno lirio , acá la colorada rosa , acullá la olorosa clavellina ,

haciendo de todas suertes de odoríferas flores una texida guirnalda, con que adornaba, y recogia mis cabellos, y despues, mirandome en las claras, y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haverme visto, que no trocará mi contento por otro alguno: y quantas hice burla de algunas Zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentian, con abundancia de lagrimas, y suspiros, los secretos enamorados de su alma me descubrian. Acuerdome ahora, hermosas Pastoras, que llegó á mí un dia una Zagala, amiga mia, y echandome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dixo: Ay, hermana Teolinda, (que este es el nombre de esta desdichada) y como creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian. Yo entonces, admirada de los extremos que la veía hacer, creyendo que algun mal le havia sucedido de pérdida de ganado, ó de muerte de padre, ó hermano, limpiandole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dixese ¿qué mal era el que tanto la aquejaba? Ella, prosiguiendo en sus lagrimas, y no dando tregua á sus suspiros, me dixo: qué mayor mal quieres, ó Teolinda, que me haya sucedido, que el haverse ausentado, sin decirme nada, el hijo del Mayoral de nuestra Aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haver visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del Rabadán Lisalco, una cinta encarnada, que yo havia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenía de los amores, que el traydor con ella trataba. Quando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas, y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme, y decirle: Mia fé, Lidia, que asi se llamaba la sin ventura, ¿pensé que de otra mayor llaga venías herida segun te quejabas? Pero ahora conozco quan fuera de sentido andais vosótras, las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿quanto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harías de tener cuenta con tu honra, y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas, segun veo, sino menoscabo de nuestras honras, y sosiego. Quando Lidia oyó de mí tan con-

traria respuesta, de la que esperaba de mi boca, y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lagrimas á lagrimas, y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo al cabo de poco trecho el rostro, me dixo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera, que cuentes tu pena á quien la estime, y sienta en el grado que tú has hecho la mia, y con esto se fue, y yo me quedé riyendo de sus desvarios. ¡Mas ay desdichada! y como á cada paso conozco, que me vá alcanzando bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena à quien se dolerá poco de haverla sabido. A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia, y agradable conversacion, dulces Pastoras, respondió Teolinda, me hace esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro: mas suceda lo que sucediere, que al fin havré de contaros lo que os he prometido. Con la libertad que os he dicho, y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre, y sosegadamente, que no sabía que pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava, creo que aun no está pagado, ni satisfecho. Acaeció, pues, que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo, y las ocasiones no huvieran traído tal su descuento á mis alegrías) viniendo yo con otras Pastoras de nuestra Aldea á cortar ramos, y á coger juncia, y flores, y verdes espadañas para adornar el Templo, y calles de nuestro Lugar (por ser el siguiente dia solemnissima Fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro Pueblo por promesa, y voto à guardarla) acertamos á pasar todas juntas por un deleytoso bosque, que entre la Aldea, y el Rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados Pastores, que á la sombra de los verdes arboles pasaban el ardor de la caliente siefta, los quales, como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos, qual primo, y qual hermano, y qual pariente nuestro, y saliendoños al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevabamos, con corteses palabras nos persuadieron, y forzaron á que adelan-

te no pasasemos, porque algunos de ellos traerian los ramos, y flores por que ibamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, y luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus ozinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscabamos. Nosotras, que seis eramos, nos juntamos donde los demás Pastores estaban, los quales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un Pastor forastero que alli estaba, que de ninguna de nosotras fue conocido, el qual era de tan gentil donayre, y brio, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada, y rendida. No sé que os diga, Pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazon, y comenzó á discurrir por todas mis venas un yelo que me encendia, y sin saber como, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido Pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me havia; luego quisiera quejarme de él, si el tiempo, y la ocasion me dieran lugar á ello. En fin yo quedé, qual ahora estoy, vencida, y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. Ay quantas veces en aquella sazón me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba, y decirle: Perdoname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro dia, porque te hago saber, que yá tengo mas experiencia del mal que te quejabas, que tu misma. Una cosa me tiene maravillada de como quantas alli estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; y debiólo de causar, que todos los Pastores se volvieron al forastero, y le rugaron que acabase de cantar una canción que havia comenzado antes que nosotras llegasemos, el qual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan estremada, y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban transportados en oírla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí mas voluntad, que si no la huviera tenido para cosa alguna en mi vida, y puesto que yo estaba mas suspensa que todos, escuchando la suave harmonía del Pastor, no por eso dexé de poner grandisima atención á lo que en sus versos cantaba, porque me tenía yá el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que yá tenía ocupados

dos sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los míos en lo que deseaban; mas lo que entonces cantó, no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado, y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciendome que si el Pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo, que en otra cosa que en ensalzar, y alabar la causa de sus tristezas, ó contentos se gasta. Ved, amigas, en quan poco espacio estaba yá la maestra en la escuela de amor. El acabar el Pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian, fue todo á un tiempo: los quales á quien de lejos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo, que con todos sus arboles se movia, segun venian pomposos, y enramados, y llegando yá cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno, y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento, y alegría llegaron mas presto de lo que yo quisiéra, porque me quitaron la que yo sentía de la vista del Pastor. Descargados, pues, de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas, y agradables flores, las quales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el Aldéa: mas agradeciendoles nosotras su buen comendimiento, llenas de alegría, queriamos dár la buelta al Lugar, quando Eleuco, un anciano Pastor que allí estaba, nos dixo: Bien será, hermosas Pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros Zagales han hecho, con dexarnos las guirnaldas, que demasiadas llevais de lo que á buscar veniades; pero ha de ser con condicion, que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedaréis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta, y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este exemplo, dieron las suyas á diferentes Zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo ultimo quebaba, y que allí deudo alguno no tenía, mostrando hacer de la desembuelta, me llegué al forastero Pastor, y poniendole la guirnalda en la cabeza, le díxe: Esta

te doy , buen Zagal , por dos cosas ; la una , por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto ; la otra , porque en nuestra Aldéa se usa honrar á los estrangeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacía ; pero qué os diré yo de lo que mi alma sintió viendome tan cerca de quien me la tenía robada , sino que diera qualquiera otro bien que acertára á desear en aquel punto fuera de quererle , por poder ceñirle con mis brazos al cuello , como le ceñí las sienes con la guirnalda. El Pastor se me humilló , y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacía , y al despedirse de mí , con voz baja (hurtando la ocasion á los muchos ojos que alli havia) me dixo: Mejor te he pagado de lo que piensas , hermosa Pastora , la guirnalda que me has dado , prenda llevas contigo , que si la sabes estimar , conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle ; pero la prisa que mis compañeras me daban era tanta , que no tuve lugar de responderle. De esta manera me bolví al Aldéa , con tan diferente corazon del con que havia salido , que yo misma , de mí misma me maravillaba. La compañía me era enojosa , y qualquiera pensamiento que me viniese , que á pensar en mi Pastor no se encaminase , con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria , como indigno de ocupar el lugar , que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sè como en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro sér del que tenía , porque yo yá no vivia en mí , sino en Artidoro , que asi se llama la mitad de mi alma , que ando buscando : do quiera que bolvia los ojos , me parecia vér su figura ; qualquiera cosa que escuchaba , luego sonaba en mis oídos su suave musica , y armonía : á ninguna parte movia los pies , que no diera por hallarle en ella mi vida , si él la quisiera : en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto , ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin todos mis sentidos estaban trocados del sér que primero tenían , ni el alma obraba por ellos , como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda , que en mí havia nacido , y en contemplar las gracias del Pastor , que impresas en el alma me quedaron , se me pasó todo aquel día , y la noche antes de la solemne Fiesta , la qual venida , fue con grandísimo regocijo , y aplauso de todos los moradores de nuestra Aldéa , y de los circunvecinos Lugares solemnizada : y despues de acabadas en el Templo las Sacras Oblaciones , y cumplidas las debidas ceremonias,

nias, en una ancha plaza, que delante del Templo se hacía, á la sombra de quatro antiguos, y frondosos alamos, que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del Pueblo, y haciendose todos un corro, dieron lugar á que los Zagales vecinos, y forasteros se exercitasen por honra de la Fiesta en algunos pastoriles exercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen numero de dispuestos, y gallardos Pastores: los quales, dandoles alegres muestras de su juventud, y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza, é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos, que los Mayorales del Pueblo tenian puestos para los mejores, que en tales exercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos, que callo por no ser prolija, ninguno de quantos alli estaban, vecinos, y comarcanos, llegó á punto que mi Artidoro, el qual con su presencia quiso honrar, y alegrar nuestra Fiesta, y llevarse el primero honor, y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, Pastoras, su destreza, y gallardía, las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensobervecía, y un desusado contento en el pecho me retozaba, solo en considerar quan bien havia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se havia de partir presto de nuestra Aldéa, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba (que era el alma) qué vida sería la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena, si quiera con quejarme, pues no tenia de quien, sino de mí misma. Estando yo, pues, en estas imaginaciones, se acabó la fiesta, y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los Pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron, que por los dias que havia de durar el octavario de la Fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra de mas gusto no se lo impedía. Ninguna me la puede dár á mí mayor, graciosos Pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto, y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio, que pocos dias há falta de nuestra Aldéa, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello; todos se lo agradecieron

mucho, y quedaron contentos de su quedada, pero mas lo quede yo, considerando, que en aquellos ocho dias no podia dexar de ofrecerse me ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bayles, y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que haviamos visto hacer á los Pastores aquel dia, diciendo: Fulano bayló mejor que fulano, puesto que el tal sabia mas mudanzas que el tal: Mingo derribó á Brás, pero Brás corrió mas que Mingo, y al fin, todas concluían, que Artidoro, el Pastor forastero, havia llevado la ventaja á todos, loandole cada una en particular sus particulares gracias: las quales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la Fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el Sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de Pastoras, de las más miradas del Pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gayta, y de una zampoña, haciendo, y deshaciendo intrincadas bueltas, y bayles, nos salimos de la Aldéa á un verde prado, que no lejos de ella estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban. Y la ventura, que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó, que en aquel mismo prado hallasemos todos los Pastores del Lugar, y con ellos á Artidoro, los quales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo, con el de nuestras zampoñas, con el mismo compás, y bayle nos salieron á recibir, mezclandonos unos con otros confusa, y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos el bayle, de manera, que fue menester que las Pastoras nos desasiesemos, y diesemos las manos á los Pastores, y quiso mi buena dicha, que acerté yo á dár la mia á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, sino es deciros, que me turbé de manera, que no acertaba á dár paso concertado en el bayle, tanto, que le convenia á Artidoro llevarme con fuerza trás sí, porque no rompiese, soltandome, el hilo de la concertada danza; y tomando de ello ocasion, le dixé: ¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que así la aprietas? El me respondió con voz, que de ninguno pudo ser oída. ¿Mas qué te ha hecho á tí mi alma, que así la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya, ni la

veo , ni podrá verse. Y aun ahí está el daño , replicó Artidoro , que tengas vista para hacer el mal , y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones , porque los bayles cesaron , quedando yo contenta , y pensativa de lo que Artidoro me havia dicho : y aunque consideraba que eran razones enamoradas , no me aseguraban , si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los Pastores , y Pastoras sobre la verde yerva , y habiendo reposado un poco del cansancio de los bayles pasados , el viejo Eleuco , acordando su instrumento , que un rabel era , con la zampona de otro Pastor , rogó á Artidoro que alguna cosa cantase , pues él mas que otro alguno lo debia hacer , por haverle dado el Cielo tal gracia , que seria ingrato si encubrir la quisiese. Artidoro , agradeciendo á Eleuco las alabanzas que le daba , comenzó luego á cantar unos versos , que por haverme puesto en mi sospecha , aquellas palabras que antes me havia dicho , los tomé tan en la memoria , que aun hasta ahora no se me han olvidado ; los cuales , aunque os dé pesadumbre de oírlos , solo porque hacen al caso , para que entendáis punto por punto , por los que me ha traído el amor á la ocasion en que me hallo , os los havré de decir , que son estos.

En aspera cerrada obscura noche,

Sin vér jamás el esperado dia,

Y en continuo crecido amargo llanto,

Ageno de placer , contento , y risa,

Merece estár , y en una viva muerte,

Aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la mas alegre vida,

Sino una sombra de una breve noche,

O natural retrato de la muerte,

Si en todas quantas horas tiene el dia

Puesto silencio al congojoso llanto,

No admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor , vive la risa,

Y adonde muere , muere nuestra vida,

Y el sabroso placer se buelve en llanto,

Y en tenebrosa sempiterna noche

La clara luz del sosegado dia,

Y es vivir sin él amargamente.

Los rigurosos trances de la muerte

No huye el amador , antes con risa

Desea la ocasion , y espera el dia

Donde puede ofrecer la cara vida,

Hasta vér la tranquila ultima noche

Al amoroso fuego , al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto , llanto;

Ni su muerte llamarse debe muerte,

Ni á su noche dár titulo de noche,

Ni su risa llamarse debe risa,

Y su vida tener por cierta vida,

Y solo festejar su alegre vida.

¡O venturoso para mí este dia

Do pudo poner freno al triste llanto,

Y alegrarme de haver dado mi vida

A quien darmela puede , ó darme muerte!

¿Mas qué puede esperarse sino es risa

De un rostro que al Sol vence , y buelve en noche?

Bueltohá mi obscura noche en claro dia

Amor , y en risa mi crecido llanto,

Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos , hermosas Pastoras , que con maravillosa gracia , y no menos satisfacion de los que le escuchaban , aquel dia cantó mi Artidoro , de los cuales , y de las razones que antes me havia dicho , tomé yo ocasion de imaginar , si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro havia causado , y no me salió tan vana mi sospecha , que él mismo no me lo certificase al volvernòs à la Aldéa. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda , quando las Pastoras sintieron grandisimo estruendo de voces de Pastores , y ladridos de perros , que fue causa para que dexasen la comenzada platica , y se pasasen á mirar por entre unas ramas lo que era ; y asi vieron , que por un verde llano , que á su mano derecha estaba , atravesaba una multitud de perros , los cuales venian siguiendo una temerosa liebre , que á toda furia à las espesas matas venia á guarecerse ; y no tardó mucho , que por el mismo lugar donde las Pastoras estaban , la vieron entrar , y irse derecha al lado de Galatea , y allí , vencida del cansancio de la larga carrera , y casi co-

mo segura del cercano peligro, se dexò caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que faltaba poco para dár el espíritu. Los perros por el olor, y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las Pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorvó su vengativo intento à los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dexaba de defender à quien de ella havia querido valerse. De allí à poco llegaron algunos Pastores, que en seguimiento de los perros, y de la liebre venian; entre los quales venia el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa, y Teolinda le salieron à recibir con la debida cortesía. El, y los Pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda, y con deseo de saber quien fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó de esta llegada à Galatea, y Florisa, por el gusto que les havia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la qual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por vér si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estár algun dia en esta ribera: y así por esto, como por no dexar imperfecto mi comenzado cuento, havré de hacer lo que me mandais. Galatea, y Florisa la abrazaron, y la ofrecieron de nuevo su amistad, y de servirla en quanto sus fuerzas alcanzasen. En este entretanto, habiendo el padre de Galatea, y los otros Pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gavanés, y sacado de sus zurronez algunos rusticos manjares, combidaron á Galatea, y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el combite, y sentandose luego, desecharon la hambre, que por ser yá subido el dia comenzaba à fatigarles. En estos, y en algunos cuentos, que por entretener el tiempo los Pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al Aldéa. Y luego Galatea, y Florisa, dando buelta à sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda, y de los otros Pastores, ázia el Lugar poco à poco se encaminaron, y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana havian topado à Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el qual era un Pastor, en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y de esto vivia él tan alegre, y satisfecho, que en qualquiera conversacion, y junta de Pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal de Amor, y de los enamorados, y todos sus

cantares à este fin se encaminaban , y por esta tan estraña condicion que tenía , era de todos los Pastores de todas aquellas comarcas conocido , y de unos aborrecido , y de otros estimado: Galatea , y los que alli venian , se pararon á escuchar , por vér si Lenio ; como de costumbre tenía , alguna cosa cantaba , y luego vieron , que dando su zampona á otro compañero suyo , al son de ella comenzó á cantar lo que se sigue.

L E N I O .

En vano descuidado pensamiento
 Una loca altanera fantasía,
 Un no sè qué , que la memoria cria
 Sin sér , sin calidad , sin fundamento;
 Una esperanza que se lleva el viento,
 Un dolor con renombre de alegría,
 Una noche confusa do no hay dia,
 Un ciego error de nuestro entendimiento;
 Son las raíces propias de do nace
 Esta quimera antigua celebrada,
 Que Amor tiene por nombre en todo el suelo;
 Y el alma que en amor tal se complace,
 Merece ser del suelo desterrada,
 Y que no la recojan en el Cielo.

A la sazón que Lenio cantaba lo que haveis oído , havian yá llegado con sus rebaños Elicio , y Erastro , en compañía del lastimado Lisandro , y pareciendole à Elicio , que la lengua de Lenio , en decir mal del amor , á mas de lo que era razon se estendia , quiso mostrarle á la clara su engaño , y aprovechandose del mismo concepto de los versos que él havia cantado , al tiempo que yá llegaba Galatea , Florisa , y Teolinda , y los demás Pastores , al son de la zampona de Erastro , comenzó à cantar de esta manera.

E L I C I O .

Merece quien en el suelo Que lo desechen del Cielo,
 En su pecho á amor encierra, Y no le sufra la tierra.

Amor què es virtud eterna, Y el que tuviere recelo
 Con otras muchas que alcanza, De amor que tal bien encierra,
 De una en otra semejanza Merece no verle el Cielo,
 Sube á la causa primera. Y que le trague la tierra.
 Y merece el que su zelo
 De tal amor le destierra, Bien se conoce que Amor
 Que le desechen del Cielo, Está de mil bienes lleno,
 Y no le acoja la tierra. Pues hace del malo bueno,
 Y del que es bueno mejor.
 Un bello rostro, y figura, Y así el que discrepa un pelo
 Aunque caduca, y mortal, En limpia amorosa guerra,
 Es un traslado, y señal Ni merece vér el Cielo,
 De la divina hermosura. Ni sustentarse en la tierra,
 Y el que lo hermoso en el suelo
 Desama, y echa por tierra, El Amor es infinito,
 Desechado sea del Cielo, Si se funda en ser honesto,
 Y no le sufra la tierra. Y aquel que se acaba presto,
 Amor tomado en sí solo, Y al que sin alzar el buelo
 Sin mezcla de otro accidente, Con su voluntad se cierra,
 Es al suelo conveniente Matele rayo del Cielo,
 Como los rayos de Apolo. Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados Pastores de vér
 quan bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamo-
 rado Lenio dexó de estár firme en su opinion, antes queria de
 nuevo volver à cantar, y à mostrar en lo que cantase de quan po-
 co momento eran las razones de Elicio, para obscurecer la verdad
 tan clara, que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Gala-
 tea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dixo: No te fatigues
 por ahora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo
 que en tu corazon sientes, que el camino de aquí á la Aldéa es
 breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas,
 para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer.
 Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te
 juntarás tú, y Elicio con otros Pastores en la Fuente de las Pizar-
 ras, ó Arroyo de las Palmas, donde con mas comodidad, y so-
 siego podais arguir, y aclarar vuestras diferentes opiniones. La

que Elicio tiene es opinion, (respondió Lenio) que la mia no es sino ciencia averiguada, la qual en breve, ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligó á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, mas aparejado para este efecto. Ese. procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar, y subir de punto, como es el limpio, y verdadero amor de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afectadas, y sophisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudase. Tan malo es, dixo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oído decir á mis mayores, que de sabios es tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, quando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia, y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aqui me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, quanto la tuya falsa. Si se castigasen los hereges de amor, dixo á esta sazón Erastro, desde ahora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasáran por el mayor herege, y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues, y eres del vando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar de él con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. ¿Pues parecete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion, y entendimiento, son propios para ser ministros suyos: porque quien es cojo, con el mas minimo traspie dá de ojos; y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la vadera de este vuestro valeroso capitan; yo tengo para mí, que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron, dexaron de serlo. Grande fue el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dixo, y así le respondió: Pareceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras, mas yo espero, que algun dia pagarás lo que ahora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dixeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dexarian de darme temor tus amenazas, mas como se que te quedas tan atrás en lo uno, como vas adelan-

lante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro, y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera à Lenio con las manos, porque yà su lengua, turbada con la colera, apenas podía usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los Pastores, y más de la colera, y enojo, que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio, y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la question fue acabada, todos con regocijo se encaminaron á la Aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa, al son de la zampoña de Galatea, cantó este soneto.

F L O R I S A.

Crezcan las simplés ovejuelas mias

En el cerrado bosque, y verde prado,

Y el caluroso estio, è invierno helado,

Abunde en yervas verdes, y aguas frias.

Pase en sueños las noches, y los dias,

En lo que toca al pastoral estado,

Sin que de Amor un minimo cuidado

Sienta, ni sus ancianas niñerías.

Este mil bienes del amor pregonas,

Aquel publica dèl vanos cuidados,

Yo no sé si los dós andan perdidos.

Ni sabré al vencedor dár la corona,

Sé bien que son de Amor los escogidos,

Tan pocos, quanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los Pastores el camino, engañados, y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la qual no dexó el canto, hasta que estuvieron bien cerca del Aldea, y de las cabañas de Elicio, y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiendose primero del venerable Aurelio, de Galatea, y Florisa, que con Teolinda al Aldea se fueron, y los demás Pastores cada qual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para bolverse á su

tierra, ó adonde pudiese, conforme á sus deseos, acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio, con todas las razones que supo decirle, y con infinitisimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamás pudo acabar con él que en su compañía, siquiera algunos dias, se quedase, y así el sin ventura Pastor, abrazando á Elicio con abundantes lagrimas, y suspiros, se despidió de él, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviere, y haviendole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornandose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba, y así se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia, para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba, la qual, despues que llegó á su Aldéa, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella, y Florisa, y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada Pastora prosiguió su cuento, como se verá en el segundo libro.

FIN DEL PRIMERO LIBRO
de Galatea.

SEGUNDO LIBRO DE GALATEA.



Ibres yá , y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados havian de hacer , procuraron recogerse , y apartarse con Teolinda en parte donde , sin ser de nadie impedidas , pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba . Y asi se fueron à un pequeño jardin , que estaba en casa de Galatea , y sentandose las tres debajo de una verde , y pomposa parra , que intrincadamente por unas redes de palo se entrete- xia , tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que an- tes havia dicho , prosiguió diciendo : Despues de açabado nues- tro bayle , y el canto de Artidoro (como yá os he dicho bellas Pastoras) á todos nos pareció volvernòs al Aldéa á hacer en el Templo los solemnes sacrificios , y por parecernos asimismo que la solemnidad de la Fiesta daba en alguna manera licencia ; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento , con mas liber- tad nos holgasemos , y por esto todos los Pastores , y Pastoras en monton confuso , alegre , y regocijadamente , al Aldéa nos volvi- mos , hablando cada uno con quien mas gusto le daba . Ordenó , pues , la suerte , y mi diligencia , y aun la solicitud de Artidoro , que sin mostrar artificio en ello , los dos nos apareamos , de manera que à nuestro salvo pudieramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos , si cada uno por sí no tuviera respeto á lo , que à sí mismo , y al otro debia . En fin yo por sacarle à barrera (como decirse suele) le dixé : Años se te harán , Artidoro , los días que en nuestra Aldéa estuvieres , pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte , que te deben de dár mas gusto . Todo el que yo puedo esperar en mi vida trocará (respondió Artidoro) por- que fueran no años , sino siglos , los días que aqui tengo de estár , pues en acabandose , no espero tener otros , que mas contento me

hagan. Tanto es el que recibes, respondi yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las Pastoras de vuestra Aldéa. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas Zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aquí sobran: de manera, que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, ó Artidoro, respondi yo: porque bien sé, que en este Pueblo no hay ninguna que tanto se avéntaje, como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una, y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dixé yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la misma manera, respondió él, que á tí te veo, y estoy mirando ahora, la he mirado, y visto á ella, y yo me holgaria de haverme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesará á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada, y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. ¿Pues qué perderias tú, respondi yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé, de lo que he de perder estoy incierto, y temeroso. Bien sabes hacer del enamorado, dixé yo, ó Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, ò Teolinda, respondió él: A esto le dixé: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tu desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiéncia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la misma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el Mayoral, y dixo con voz alta. Ea, gallardos Pastores, y hermosas Pastoras, haced que sientan en el Aldéa nuestra venida, entonando vosotras, Zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos: porque vean los del Pueblo quanto hacemos al caso los que aqui vamos para alegrar nuestra Fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dexaba de ser obedecido, luego los Pastores me dieron á mí la mano para que comenzase, y así, sirviendome de la ocasion, y aprovechandome de lo que con Artidoro havia pasado, dí principio á este villancico.

En los estados de Amor	El que es honesto, y secreto.
Nadie llega á ser perfecto,	
Sino el honesto, y secreto.	Es yá caso averiguado,
Para llegar al suave	Que no se puede negar,
Gusto de Amor, si se acierta,	Que á veces pierde el hablar
Es el secreto la puerta,	Lo que el callar ha ganado.
Y la honestidad la llave:	Y el que fuere enamorado
Y esta entrada no la sabe,	Jamás se verá en aprieto,
Quien presume de discreto,	Si fuere honesto, y secreto.
Sino el honesto, y secreto.	
	Quanto una parlera lengua,
Amar humana verdad	Y unos atrevidos ojos
Suele ser reprehendido,	Suelen causar mil enojos,
Si tal Amor no es medido	Y poner al alma en mengua,
Con razon, y honestidad:	Tanto este dolor desmengua,
Y Amor de tal calidad	Y se libra de este aprieto,
Luego le alcanza en efecto	El que es honesto, y secreto.

No sé si acerté, hermosas Pastoras, en cantar lo que haveis oído; pero sé muy bien que se supo aprovechar de ello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra Aldéa estuvo (puesto que me habló muchas veces) fue con tanto recato, secreto, y honestidad, que los ociosos ojos, y lenguas parleras, ni tuvieron, ni vieron que decir cosa, que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia (que acabado el termino, que Artidoro havia prometido de estar en nuestra Aldéa, se havia de ir á la suya) procuré, aunque á costa de mi verguenza, que no quedase mi corazon con lastima de haver callado lo que despues fuera escusado decirse, estando Artidoro ausente. Y asi, despues que mis ojos dieron licencia, que los suyos hermosisimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dexaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos havian bien claramente manifestado. En fin sabreis, amigas mias, que un dia, hallandome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor, y comedimiento, me descubrió el verdadero, y honesto amor que me tenia: y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada, y melindrosa, porque temia (como yá os he dicho) que él se partiese, no quise desdeñarle, ni

despedirle: y tambien por parecerme, que los sinsabores que se dan, y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen, y dexen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados: y por esto le di respuesta tal, qual yo deseaba darsela: quedando, en resolucion, concertados en que él se fuese á su Aldéa, y que de alli á pocos dias con alguna honrosa terceria me embiase á pedir por esposa á mis padres: de lo que él fue tan contento, y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia, en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir, que no trocàra mi contento por ningun otro, que imaginar pudiera, por estàr segura, que el valor, y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que haveis oído, Pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos, ó tres dias á la partida de Artidoro, quando la fortuna (como aquella que jamás tuvo termino en sus cosas) ordenó, que una hermana mia, de poco menos edad que yo, á nuestra Aldéa tornase de otra adonde algunos dias havia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba. Y porque consideréis, señoras, quan estraños, y no penosos casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa, que creo no os dexará de causar alguna admiracion estraña. Y es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces havia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donayre, y brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres, muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera, que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola (á lo que yo creo) nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana mas aspera de lo que mi contento havia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al Aldéa, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral exercicio suyo, madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fue al prado, y aunque yo quise seguirla, por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé que ocasion mi Madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fue el ultimo de

mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dixo, como en secreto, que tenía necesidad de decirme una cosa, que mucho me importaba. Yo que qualquiera otra pudiera pensar de la que me dixo, procuré que presto á solas nos viesemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir. No sé hermana mía lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dexar de decirte, por vér si me dás alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes: y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que oy he visto hallarás la disculpa de lo que te dixere. Quando yo de esta manera la oí hablar, no sabía que responderle, sino decirle, que pasase adelante con su platica. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el Alameda del Concejo, salió á mí un Pastor, que con verdad osaré jurar que jamás le he visto en estos nuestros contornos: y con una estraña desemboltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con verguenza, y confusa, sin saber que responderle, y él no escarmentado del enojo, que (à lo que yo creo) en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciendome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, ultimo refugio de esta anima que os adora? Y faltó poco que no me tomó las manos para besarmelas, añadiendo á lo que he dicho un catalogo de requiebros, que parecía que los traía estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha, que si vos, hermana, jamás le hubierades visto, ni familiarmente tratado, no fuera posible tener el atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo qual tomé tanto enojo, que apenas podía formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecía, y qual à mí me pareció que estabades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablará, y si no fuera porque en aquel instante llegó la Pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haverme dicho las tuyas. Y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si

con vos misma estuviera hablando. En fin él se fue llamandome ingrata, desagradecida, y de poco conocimiento. Y à lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, à fé, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber, es, quien es este Pastor, y què conversacion ha sido la de entrambos, de do nace, que con tanta desemboltura él se atreviese à hablaros. A vuestra mucha discrecion dexo, discretas Pastoras, lo que mi alma sentiria, oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin, disimulando lo mejor que pude, le dixè: La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que así se llamaba la turbadora de mi descanso, en haverme quitado con tus asperas razones el fastidio, y desasosiego que me daban las importunas de ese Pastor que dices: el qual es un forastero, que havrá ocho dias que está en esta nuestra Aldéa, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia, y locura, que do quiera que me vè, me trata de la manera que has visto: dandose à entender que tiene grangeada mi voluntad, y aunque yo le he desengañado, quizá con mas asperas palabras de las que tú le dixiste, no por eso dexa él de proseguir en su vano proposito: y à fé, hermana, que deseo que venga yà el nuevo dia para ir à decirle, que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin de ella, que mis palabras siempre le han significado. Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque yà fuera el alva quanto pedirseme pudiera: solo por vér ir à mi Artidoro, y desengañarle del error en que havia caido, temerosa que con la aceda, y desabrida respuesta, que mi hermana le havia dado, él no se desdenase, y hiciese alguna cosa, que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso Diciembre no dieron mas pesadumbre al amante, que del venidero dia algun contento esperase, quanto à mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba la nueva luz, para ir à vér à la luz por quien mis ojos veian. Y así antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir à apacentar las ovejas, salí del Aldéa, y dando mas prisa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al Lugar adonde otras veces solía hallar à Artidoro, el qual hallè solo, y sin ninguno que de èl noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi advinó el mal que

le estaba guardado. Quantas veces (viendo que no le hallaba) quise con mi voz herir el ayre, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: Vén, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que à sí te quiere, y ama; sino que el temor que de otro, que de él fuesen mis palabras oídas, me hizo tener mas silencio del que quisiera. Y así, despues que huve rodeado una, y otra vez toda la ribera, y el soto del manso Henares, me senté cansada al pié de un verde sauce, esperando que del todo el claro Sol con sus rayos por la faz de la tierra estendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza, ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscando. Mas apenas havia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, quando luego se me ofreció à los ojos un cortecido alamo blanco, que delante de mí estaba, en el qual, y en otros muchos, ví escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro allí fijadas, y levantandome con priesa á vér lo que decian, ví, hermosas Pastoras, que era esto.

Pastora, en quien la belleza,
 en tanto extremo se halla,
 que no hay á quien comparalla,
 sino á tu misma crudeza:
 Mi firmeza, y tu mudanza,
 han sembrado á mano llena
 tus promesas en la arena,
 y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginàra yo,
 que cupiera en lo que ví
 trás un dulce alegre Sí,
 tan amargo, y triste No.
 Mas yo no fuera engañado,
 si pusiera en mi ventura,
 así como en tu hermosura,
 los ojos que te han mirado.

Pues quanto tu gracia estraña,
 promete, alegra, y conierta,
 tanto turba, y desconierta

mi desdicha, y enmaraña.
 Unos ojos me engañaron,
 al parecer piadosos:
 ¡Ay ojos falsos, hermosos!
 ¿los que os vén, en qué pecaron?

Dime, Pastora cruel,
 ¿á quien no podrá engañar
 tu sabio honesto mirar,
 y tus palabras de miel?
 De mí yá està conocido,
 que con menos que hicieras,
 dias há que me tuvieras
 preso, engañado, y rendido.

Las letras que fijaré
 en esta aspera corteza,
 crecerán con mas firmeza,
 que no ha crecido tu
 La qual pusiste en la boca,
 y en vanos prometimientos,
 no firme al mar, y à los vientos,
 como bien fundada roca.

Tan terrible, y rigurosa,
 como vivora pisada,
 tan cruel como agraciada,
 tan falsa como hermosa:
 Lo que manda tu crueldad,
 cumpliré sin mas rodeo,
 pues nunca fué mi deseo
 contrario à tu voluntad.

Yo moriré desterrado,
 porque tú vivas contenta,
 mas mira que amor no sienta
 del modo que me has tratado:
 Porque en la amorosa danza,
 aunque amor ponga estrechez

sobre el compás de firmeza,
no se sufre hacer mudanza.

Asi como en la belleza

pasas qualquiera muger,
creí yo que en el querer
fueras de mayor firmeza:

Mas ya sé por mi pasion,
que quiso pintar natura
un Angel en tu figura,
y el tiempo en tu condicion.

Si quieres saber do voy,

y el fin de mi triste vida,
la sangre por mí vertida
te llevará donde estoy.

Y aunque nada no te cale
de nuestro amor, y concierto,
no niegues al cuerpo muerto
el triste, y ultimo vale.

Que bien serás rigurosa,

y mas que un diamante dura,
si el cuerpo, y la sepultura
no te vuelven piadosa.

Y en caso tan desdichado,
tendré por dulce partido,
si fui vivo aborrecido,
ser muerto, y por tí llorado.

Qué palabras serán bastantes, Pastoras, para daros à entender el estremo de dolor que ocupó mi corazon, quando claramente entendí, que los versos que havia leído, eran de mi querido Artidoro. Mas no hay para qué encarecerosle, pues no llegó al punto, que era menester para acabarme la vida, la qual desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria, ni me podría venir mayor gusto, que perderla. Los suspiros que entonces di, las lagrimas que derramé, las lastimas que hice, fueron tantas, y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara.

En fin , yo quedè tal , que sin acordarme de lo que á mi honra debia , propuse de desamparar la cara Patria , amados Padres , y queridos Hermanos , y dexar con la guardia de si mismo al simple ganado mio: Y sin entretenerme en otras cuentas , mas que en aquellas , que para mi gusto entendí ser necesarias , aquella misma mañana , abrazando mil veces la corteza , donde las manos de mi Artidoro havian llegado , me partí de aquel lugar , con intencion de venir á estas riberas , donde sé que Artidoro tiene , y hace su habitacion , por vér si ha sido tan inconsiderado , y cruel consigo , que haya puesto en execucion lo que en los últimos versos dexó escrito : que si asi fuese , desde aqui os prometo , amigas mias , que no sea menor el deseo , y presteza con que le siga en la muerte , que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. ¡Mas ay de mí ! y cómo creo , que no hay sospecha que en mi daño sea , que no salga verdadera , pues há ya nueve dias , que à estas frescas riberas he llegado , y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo ; y quiera Dios , que quando las sepa , no sean las ultimas que sospecho.

Veis aqui , discretas Zagalas , el lamentable suceso de mi enamorada vida. Yá os he dicho quien soy , y lo que busco , si algunas nuevas sabeis de mi contento , así la fortuna os conceda el mayor que deseais , que no me lo negueis. Con tantas lagrimas acompañaba la enamorada Pastora las palabras que decia , que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea , y Florisa , que naturalmente eran de condicion piadosa , no pudieron detener las suyas , ni menos dexaron con las mas blandas , y eficaces razones que pudieron de consolarla , dandole por consejo , que se estuviese algunos dias en su compañía , quizá haría la fortuna , que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese: pues no permitiría el Cielo , que por tan extraño engaño acabase un Pastor tan discreto , como ella le pintaba , el curso de sus verdes años ; y que podría ser que Artidoro , haviendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso , y proposito su pensamiento , bolvièse á vér la deseada Patria , y dulces Amigos ; y que por esto , allí mejor que en otra parte , podia tener esperanza de hallarle. Con estas , y otras razones , la Pastora algo consolada , llegó de quedarse con ellas , agradeciendoles la merced que le hacían , y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazón , la serena noche , aguijando por el Cielo el estrellado carro , daba señal

ñal que el nuevo día se acercaba; y las Pastoras, con el deseo, y necesidad de reposo, se levantaron, y del fresco jardín á sus estancias se fuéron. Mas apenas el claro Sol havia con sus calientes rayos deshecho, y consumido la cerrada niebla, que en las frescas mañanas por el ayre suelen estenderse, quando las tres Pastoras, dexando los ociosos lechos, al usado exercicio de apacentar su ganado se bolvieron, con harto diferentes pensamientos, Galatea, y Florisa, del que la hermosa Teolinda llevaba, la qual iba tan triste, y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por vér si podría en algo divertirla, le rogó, que puesta á parte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda. Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguára, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia, que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo solemniza, haré lo que quisieres, pues en ello, sin ir contra mi deseo, satisfaré el tuyo. Y luego la Pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este Soneto.

TEOLINDA.

Sabidohe, por mi mal, adonde llega

La cruda fuerza de un notorio engaño,

Y como amor procura con mi daño

Darme la vida, que el temor me niega:

Mi alma de las carnes se despega,

Siguiendo aquella, que por hado extraño

La tiene puesta en pena, en mal tamaño,

Que el bien la turba, y el dolor sosiega.

Si vivo, vivo en fé de la esperanza,

Que aunque es pequeña, y débil, se sustenta,

Siendo á la fuerza de mi amor asida.

¡O firme comenzar, fragil mudanza,

Amarga suma de una dulce cuenta,

Como acabais por terminos la vida!

No havia bien acabado de cantar Teolinda el Soneto que haveis oido, quando las tres Pastoras sintieron á su mano derecha,

por la ladera de un fresco valle, el son de una zampoña, cuya stravidad era de suerte, que todas se suspendieron, y pararon, para con mas atencion gozar de la suave harmonía. Y de allí à poco oyeron, que al son de la zampoña, el de un pequeño rabèl se acordaba, con tanta gracia, y destreza, que las dos Pastoras, Galatea, y Florisa, estaban suspensas, imaginando, qué Pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron, que ninguno de los que ellas conocían (si Elicio no) era en la Musica tan diestro. A esta sazón, dixo Teolinda, si los oídos no me engañan, hermosas Pastoras, yo creo que teneis oy en vuestras riberas à los dos nombrados, y famosos Pastores, Tirsi, y Damon, naturales de mi Patria; à lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, Villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fue nacido; y Damon, su intimo, y perfecto Amigo, si no estoy mal informada, de las Montañas de Leon trae su origen; y en la nombrada Mantua Carpentanea fue criado: tan aventajados los dos en todo genero de discrecion, ciencia, y loables exercicios, que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos; pero por todo el de la tierra conocidos, y estimados. Y no penseis, Pastoras, que el ingenio de estos dos Pastores solo se estiende en saber lo que al pastorál estado le conviene: porque pasa tan adelante, que lo escondido del Cielo, y lo no sabido de la tierra, por terminos, y modos concertados, enseñan, y disputan; y estoy confusa en pensar, qué causa les habrá movido á dexar Tirsi su dulce, y querida Fili; y á Damon su hermosa, y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon tan amadas, que no hay en nuestra Aldea, ni en los contornos de ella persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente, ó rio, de que sus encendidos, y honestos amores no tengan entera noticia. Dexa por ahora, Teolinda, dixo Florisa, de alabarnos estos Pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz, que en la musica de los instrumentos. Pues qué direis, replicó Teolinda, quando veais que todo eso sobrepuya la excelencia de su Poesía, la qual es de manera, que al uno yá le ha dado renombre de Divino, y al otro de mas que humano. Estando en estas razones las Pastoras, vieron que por la ladera del valle, por donde ellas mismas iban, se descubrian dos Pastores de gallarda disposicion, y estremo brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque

pastorilmente, que mas parecian en su talle, y apostura bizarros cortesanos, que Serranos ganaderos. Traía cada uno un bien tallado pellico de blanca, y finisima lana, guarnecidos de leonado, y pardo, colores á quien sus Pastoras eran mas aficionadas: pendian de sus hombros sendos zurrone, no menos vistosos, y adornados que los pellicos: venian de verde laurél, y fresca yedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos: no traían compañía alguna, y tan embevecidos en su musica venian, que estuvieron gran espacio sin vér á las Pastoras, que por la misma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donayre, y gracia de los Pastores, los quales, con concertadas voces, comenzando el uno, y replicando el otro, esto que se sigue cantaban.

DAMON. TIRSI.

Dam. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
 Con atrevido paso, aunque forzoso,
 De aquella luz con quien el alma dexas;
 ¿Cómo en son no te dueles doloroso
 Pues hay tanta razon para que xarte
 Del fiero turbador de tu reposo?
Tirs. Damon, si el cuerpo miserable parte
 Sin la mitad del alma en la partida,
 Dexando de ella la mas alta parte;
 ¿De qué virtud, ó sér será movida
 Mi lengua, que por muerta yá la cuento;
 Pues con el alma se quedó la vida?
 Y aunque muéstro que veo, oygo, y siento,
 Fantasma soy por el amor formada,
 Que con sola esperanza me sustento.
D. O Tirsi venturoso, y què invidiada
 Es tu suerte de mí, con causa justa,
 Por ser de las de amor mas estremada:
 A tí sola la ausencia te disgusta,
 Y tienes el arrimo de esperanza,
 Con quien el alma en sus desdichas gusta;
 Pero ay de mí, que adonde voy me alcanza
 La fria mano del temor esquiva,
 Y del desdén la rigurosa lanza.

Tén la vida por muerte, aunque mas viva
 Se te muestre, Pastor, que es qual la vela,
 Que quando muere, mas su luz aviva.
 Ni con el tiempo que ligero buela,
 Ni con los medios que el ausencia ofrece
 Mi alma fatigada se consuela.

T. El firme, y puro amor jamás descrece

En el discurso de la ausencia amarga,
 Antes en fé de la memoria crece.

Asi que en el ausencia corta, ó larga,
 No vé remedio el Amador perfecto
 De dár alivio á la amorosa carga,

Que la memoria puesta en el objeto,
 Que amor puso en el alma, representa
 La amada imagen viva al intelecto.

Y alli en blanco silencio le dá cuenta
 De su bien, ó su mal, segun la mira,
 Amorosa, ó de amor libre, y esenta.

Y si ves que mi alma no suspira,
 Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
 De modo que á cantar me llama, y tira.

D. Si en el hermoso rostro algun despecho
 vieras de Fili, quando te partiste
 Del bien, que asi te tiene satisfecho:

Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
 Vinieras como yo cuitado vengo,
 Que vi al contrario de lo que tú viste.

T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
 Y el estremo del mal de ausencia templo,
 Y alegre voy, si voy, si quedo, ó vengo.

Que aquella que nació por vivo exemplo
 De la inmortal belleza acá en el suelo,
 Digna de marmol, de corona, y templo:

Con su rara virtud, y honesto zelo,
 Asi los ojos codiciosos ciega,

Que de ningun contrario me recelo.

La estrecha sujecion que no le niega
 Mi alma al alma suya, el alto intento,
 Que solo en la adorar pára, y sosiega.

El tener de este amor conocimiento

Fili, y corresponder á fé tan pura,

Destierran el dolor, traen el contento.

D. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,

De la qual goces siglos prolongados

En amoroso gusto, en paz segura.

Yo, á quien los cortos implacables hados

Truxeron á un estado tan incierto;

Pobre en el merecer, rico en cuidados.

Bien es que muera, pues estando muerto,

No temeré á Amarili rigurosa,

Ni del ingrato amor el desconcierto.

O mas que el Cielo, ó mas que el Sol hermosa,

Y para mí mas dura que un diamante,

Presta á mi mal, y al bien muy perezosa.

¿Qual Abrego, qual Cierzo, qual Levante

Te sopló de aspereza, que así ordenas,

Que huyga el paso, y no te esté delante?

Yo moriré, Pastora, en las agenas

Tierras, pues tú lo mandas, condenado

A hierros, muertes, yugos, y cadeas.

T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,

Damon amigo, el piadoso Cielo,

De un ingenio tan vivo, y levantado.

Templa con él el llanto, templa el duelo,

Considerando bien, que no contino

Nos quema el Sol, ni nos enfria el yelo;

Quiero decir, que no sigue un camino

Siempre con pasos llanos reposados,

Para darnos el bien nuestro destino.

Que alguna vez por trances no pensados,

Lejos al parecer de gusto, y gloria,

Nos lleva á mil contentos regalados.

Revuelve, dulce amigo, la memoria

Por los honestos gustos, que algun tiempo

Amor te dió por prendas de victoria.

Y si es posible, busca un pasatiempo,

Que al alma engañe, en tanto que se pasa

Este desamorado ayrado tiempo.

D. Al yelo, que por terminos me abrasa,
 Y al fuego, que sin termino me yela,
 ¿Quien le pondrá, Pastor, termino, ó tasa?
 En vano cansa, en vano se desvela
 El desfavorecido, que procura
 A su gusto cortar de amor la tela,
 Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aqui cesó el estremado canto de los agraciados Pastores; pero no en el gusto que las Pastoras havian recibido en escucharle, antes quisieran que tan presto no se acabàra, por ser de aquellos, que no todas veces suelen oirse. A esta sazón los dos gallardos Pastores encaminaban sus pasos ázia donde las Pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser de ellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea, que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea, que Tirsi á Damon decia: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo, y particular amigo tuyo, á quien dè la ventura tal suceso en sus amores, quánto merecen sus honestos, y buenos deseos. Yo há muchos dias que no sé en qué terminos le trae su suerte; pero segun he oído decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aína debe de estár quejoso, que satisfecho. No me maravillaria yo de esto, respondió Damon, porque con quantas gracias, y particulares dones con que el Cielo enriqueció á Galatea, al fin la liizo muger, en cuyo fragil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura es la vida. Lo que yo he oído decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea, sin salir del termino que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no dá muestras de querer, ni de aborrecer á Elicio, y asi debe de andar el desdichado sugeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo, y la fortuna (medios harto perdidos) que le alarguen, ò acorten la vida, de los quales está mas cierto el acortarla, que el entretenerla. Hasta aqui pudo oír Galatea de lo que de ella, y de Elicio los Pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia in-

ten-

tencion se debía; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion à que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros Pastores, con vagarosos pasos, poco á poco ázia el Aldèa se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso Pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fue una de las causas por que ellos havian dexado sus rebaños, y al Lugar de Galatea se venían; pero yá que les faltaba poco del camino, á la mano derecha de él, sintieron el son de un rabél, que acordada, y suavemente sonaba, y parandose Damon, travó à Tirsi del brazo, diciendole: Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oídos no me mienten, el son que á ellos llega, es el del rabél de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas, y diversas habilidades, quanto las oirás si le escuchas, y conocerás, si le tratas. No creas Damon, respondió Tirsi, que hasta ahora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que días hà que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla ahora, y escuchemos si canta alguna cosa, que del estado de su vida nos dé algun manifesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oygamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo, que sin ser vistos de él, de mas cerca le escuchemos: hicieronlo asi, y pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dixo, ó cantó, dexó de ser de ellos oída, y aun notada. Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba, por el entretenimiento, y gusto, que de su buena conversacion recibía, y todos, ó los mas ratos del dia, en cantar, y tañer se les pasaba; y á este punto, tocando su rabél Elicio, y su zampona Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

E L I C I O.

Rendido á un amoroso pensamiento,
 Con mi dolor contento,
 Sin esperar mas gloria,
 Sigo la que persigue mi memoria,
 Porque continuo en ella se presenta,
 De los lazos de amor libre, y esenta.
 Con los ojos del alma aun no es posible

Ver el rostro apacible
 De la enemiga mia,
 Gloria, y honor de quanto el Cielo cria,
 Y los del cuerpo quedan solo en vella
 Ciegos, por haver visto el Sol en ella.
 ¡O dura servidumbre, aunque gustosa,
 O mano poderosa
 De amor, que asi pudifte
 Quitarme (ingrato) el bien que prometiste,
 De hacerme quando libre me burlaba
 De tí, del arco tuyo, y de tu aljaba.
 Quanta belleza, quanta blanca mano
 Me mostraste tyrano,
 Quanto te fatigaste,
 Primero que á mi cuello el lazo echaste,
 Y aun quedáras vencido en la pelea,
 Si no hubiera en el mundo Galatea.
 Ella fue sola la que sola pudo
 Rendir el golpe crudo
 De corazon esento,
 Y avasallar el libre pensamiento,
 El qual, si á su querer no se rindiera,
 Por de marmol, ó acero le tuviera.
 ¿Qué libertad puede mostrar su fuero
 Ante el rostro severo,
 Y mas que el Sol hermoso
 De la que turba, y causa mi reposo?
 ¡Ay rostro que en el suelo
 Descubres quanto bien encierra el Cielol
 ¿Cómo pudo juntar naturaleza
 Tal rigor, y aspereza,
 Con tanta hermosura,
 Tanto valor, y condicion tan dura?
 Mas mi dicha consiente
 En mi daño juntar lo diferente.
 Esle tan fácil á mi corta suerte,
 Ver con la amarga muerte
 Junta la dulce vida,
 Y estár su mal á do su bien anida:

Que entre contrarios veo,

Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado Pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi, y Damon, antes haciendo gallarda, é improvisa muestra, ázia donde estaba Elicio se fueron, el qual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increíble alegría le salió á recibir, diciendole: ¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos há que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traído á verte, ó Elicio, cosa que yo estimo en tanto, quanto es el deseo, que de ello tenía, y la larga ausencia, y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria, y honor del Castellano suelo. Quando Elicio oyó decir, que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibendole con mucha cortesía, le dixo: Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor, y discrecion en las cercanas, y apartadas tierras la parlera fama pregona. Y así, á mí, á quien tus escritos han admirado, é inclinado á desear conocerte, y servirte, puedes de oy mas tener, y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaria la fama, lo que la aficion que me tienes te hace decir, que de mí pregona; si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el numero de tus amigos, y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser escusadas, cesen las nuestras en este caso, y dén las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será continuo de servirte, replicó Elicio, como lo verás, ó Tirsi, si el tiempo, ó la fortuna me ponen en estado, que valga algo para ello, porque el que ahora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me dexa con libertad de ofrecer el deseo: teniéndolo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dixo Damon, por locura tendria procurar bajarle á cosa que menos fuese; y así, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que quando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas embidia, que lastima. Bien parece, Damon, dixo Elicio, que há muchos dias que faltas de estas riberas, pues no sabes lo que

en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer; ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si de ella tuvieses noticia, trocarías en lastima la embidia, que de mí tendrías. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea, respondió Damon. Si la esada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú Damon conocerás, y verás en ella, y oírás en otras como andan en igual balanza su crueldad, y gentileza: estremos que acaban la vida al que su desventura traxo á terminos de adorarla. En las riberas de nuestro Henares, dixo á esta sazón Tirsi, mas fama tenía Galatea de hermosa, que de cruel; pero sobre todo se dice, que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nace el conocerse, y de conocerse, estimarse, y de estimarse, no querer perderse, y del no querer perderse, viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, quan mal corresponde á tus deseos, dás nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrias en lo que has dicho, ó Tirsi, replicó Elicio, quando mis deseos se desviaran del camino, que á su honra, y honestidad conviene; pero si ván tan medidos, como á su valor, y credito se debe, ¿de qué sirve tanto desden? ¿Tan amargas, y desabridas respuestas? ¿Y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? ¡Ay Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, y como te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos, no sé yo como viene bien lo que tú ahora dices, con lo que un tiempo decias, quando cantabas: *Ay de quan ricas esperanzas vengo al deseo mas pobre, y encogido*, con lo demás que á esto añadiste. Hasta este punto havia estado callando Erastro, mirando lo que entre los Pastores pasaba, admirado de vér su gentil donayre, y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenía. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se havian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dixo: Bien creo, discretos Pastores, que la larga experiencia os havrá mostrado, que no se puede reducir á continuado termino la condicion de los enamorados corazones, los quales, como se gobiernan por voluntad agena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y así tú, famoso

Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por exemplo aquello que él dice que cantabas, ni menos lo que sé yo que cantaste, quando dixiste: *La amarillez, y la flaqueza mia*, donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseías; porque de allí á poco llegaron á nuestras Cabañas las nuevas de tu contento, solemnizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo, comenzaban: *Sale la Aurora, y de su fertil mano*. Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos; y como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que oy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llore el que oy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la esperanza, y desdén zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado, y medido deseo, como el que has mostrado, ó Pastor, respondió Damon, renombre mas que desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes; pero dime, Pastor, así ella te la conceda. ¿Es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, Amigo Damon, dixo Elicio, porque el valor de Galatea no dá lugar á que de ella otra cosa se desee, ni se espere, y aun esta es tan dificil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza, y á mí se enfria de manera, que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte, que el cumplimiento de ella. Mas porque no es razon recibir tan honrados huespedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quedense ellas aqui, y recojamonos al Aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustaredes, entendereis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el qual, y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañía de los dos Pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, ázia el Aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer, y cantar; y así por esto, como por el deseo que tenia de saber, si los dos nuevos Pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos, y com-

bidarlos à que otro tanto hiciesen, rogó à Elicio, que su rabél tocase, al son del qual asi comenzó à cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos,
 Que al Sol dãn luz con que dà luz al suelo;
 Mi alma asi se enciende, que recelo,
 Que presto tendrá muerte sus despojos.
 Con la luz se conciertan los manojos
 De aquellos rayos del señor de Delo:
 Tales son los cabellos de quien suelo
 Adorar su beldad, puesto de hinojos,
 O clara luz, ò rayos del Sol claro,
 Antes el mismo Sol, de vos espero
 Solo que consintais que Erastro os quiera.
 Si en esto el Cielo se muestra avaro,
 Antes que acabe del dolor que muerdo
 Haced, ó rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el Soneto à los Pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy estremadas, no dexaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del exemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampona, al son de la qual este Soneto dixo,

ELICIO.

Ay que al alto designio que se cria
 En mi amoroso firme pensamiento
 Contradicen el Cielo, el fuego, el viento;
 La agua, la tierra, y la enemiga mia:
 Contrarios son de quien temer debria,
 Y abandonar la empresa el sano intento:
 ¿Mas quién podrá estorvar lo que el violento
 Hado implacable quiere? amor porfia:
 El alto Cielo, amor, el viento, el fuego,
 La agua, la tierra, y mi enemiga bella,
 Cada qual con fuerza, y con mi hado,

Mi bien estorve, esparza, abraze, y luego
 Deshaga mi esperanza, que aun sin ella,
 Imposible es dexar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon, al son de la misma zampoña de Erastro, de esta manera comenzó à cantar.

DAMON.

Mas blando fui, que no la blanda cera,
 Quando imprimí en mi alma la figura
 De la bella Amarili, esquivá, y dura,
 Quan duro marmol, ó silvestre fiera.
 Amor me puso entonces en la esfera
 Mas alta de su bien, y su ventura,
 Ahora temo que la sepultura
 Ha de acabar mi presuncion primera.
 Arrimóse el amor à la esperanza,
 Qual vid al olmo, y fue subiendo apriesa,
 Mas faltóle el humor, y cesó el buelo:
 No el de mis ojos que por larga usanza
 Fortuna sabe bien que jamás cesa
 De dár tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres Pastores à cantar este Soneto.

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
 Rompió mi fé, y à tal punto he llegado,
 Que no embidio el mas alto, y rico estado,
 Que encierra humana venturosa suerte.
 Todo este bien nació de solo verte,
 Hermosa Fili, ó Fili, à quien el hado
 Dotó de un sér tan raro, y estremado,
 Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
 Como amansa el rigor de la sentencia,
 Si el condenado el rostro del Rey mira,

Y es ley que nunca tuerce su derecho.

Así ante tu hermosísima presencia

La muerte huye, el daño se retira,

Y dexa en su lugar vida, y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los Pastores formaron tan agradable musica, que causaba grande contento à quien la oía, y mas ayudandoles, de entre las espesas ramas, mil suertes de pintados pajarillos, que con divina harmonia parece que como à coros les iban respondiendò. De esta suerte havian caminado un trecho, quando llegaron à una antigua Hermita, que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dexase de oírse el son de una harpa, que dentro, al parecer, tañian, el qual oído por Erastro, dixo. Deteneos, Pastore, que segun pienso oy oíremos todos lo que ha dias que yo deseo oír, que es la voz de un agraciado mozo, que dentro de aquella Hermita havrá doce, ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas aspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aqui he pasado, he sentido tocar una harpa, y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado à punto, que èl le ponía en su canto: y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, y ofreciendole à su servicio todo lo que valgo, y puedo, ninguna he podido acabar con él que me descubra quien es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad, y estrechez. Lo que Erastro decia del mozo, y nuevo Hermitaño, puso en los Pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y así acordaron de llegarse á la Hermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba, antes que llegasen á hablarle, y haciendolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde sin ser vistos, ni sentidos, oyeron que al son de la harpa el que estaba dentro semejantes versos decia.

Si han sido el Cielo, Amor, y la fortuna,

Sin ser de mí ofendidos,

Contentos de ponerme en tal estado,

En vano al ayre embío mis gemidos:

En vano hasta la Luna

Se vió mi pensamiento levantado.
 O rigoroso hado,
 Por qué estrañas desusadas vias
 Mis dulces alegrías
 Han venido à parár en tal estremo,
 Que estoy muriendo, y aun la vida temo.

Contra mí mismo estoy ardiendo en ira,
 Por ver que sufro tanto,
 Sin romper este pecho, y dár al viento
 Esta alma, que en mitad del duro llanto
 Al corazon retira
 Las ultimas reliquias del aliento,
 Y alli de nuevo siento
 Que acude la esperanza á darme fuerza,
 Y aunque fingida á mi vivir esfuerza,
 Y no es piedad del Cielo, porque ordena
 A larga vida dár mas larga pena.

Del caro amigo el lastimado pecho
 Enterneció este mio,
 Y la empresa difícil tomé á cargo,
 ¡O discreto fingir de desvario,
 O nunca visto hecho,
 O caso gustosísimo, y amargo!
 ¡Quan dadivoso, y largo
 Amor se mostró por bien ageno,
 Y quan avaro, y lleno
 De remor, y lealtad para conmigo!
 Pero á mas nos obliga un firme amigo.

Injustas pagas, voluntades justas
 A cada paso vemos
 Dadas por mano de fortuna esquivá,
 Y de tí, falso Amor, de quien sabemos,
 Que te alegras, y gustas
 De que un firme amador muriendo viva,
 Abrasadora, y viva
 Llama se encienda en tus ligeras alas,

Y las buenas, y malas
 Saetas en cenizas se resuelvan,
 O al dispararlas contra ti se buelvan.

¿Por qué camino, con fraude, y maña,
 Por qué extraño rodeo
 Entera posesion de mí tomaste?
 ¿Y como en mi piadoso alto deseo,
 Y en mis limpias entrañas
 La sana voluntad falso trocaste?
 Juicio havrà que baste
 A llevar en paciencia el ver perjuero,
 Que entre libre, y seguro
 A tratar de tus glorias, y tus penas,
 Y ahora al cuello siento tus cadenas.

Mas no de tí, sino de mí sería
 Razon que me quejase,
 Que à tu fuego no hice resistencia,
 Yo me entregué, yo hice que soplase
 El viento que dormia
 De la ocasion con furia, y violencia:
 Justisima sentencia
 Ha dado el Cielo contra mí que muera;
 Aunque solo se espera
 De mi infelice hado, y desventura,
 Que no acabe mi mal la sepultura.

O amigo dulce, ó dulce mi enemiga,
 Tímbrio, y Nisida bella,
 Dichosos juntamente, y desdichados
 ¿Qual dura iniqua, inexorable estrella
 De mi daño enemiga,
 Qual fuerza injusta de implacables hados
 Nos tiene casi apartados?
 O miserable, humana, fragil suerte
 Quan presto se convierte
 En subito pesar una alegría,
 Y sigue obscura noche al claro dia.

De la inestabilidad de la mudanza
 De las humanas cosas,
 ¿Qual será el atrevido que se fie?
 Con alas buela el tiempo presurosas,
 Y tras sí la esperanza
 Se lleva del que llora, y del que rie,
 Y yá que el Cielo embie
 Su favor, solo sirve al que con zelo
 Santo levanta al Cielo
 El alma en fuego de su amor deshecha,
 Y al que no mas le daña que aprovecha.
 Yo como puedo, buen Señor, levanto
 La una, y otra palma,
 Los ojos, la intencion al Cielo santo,
 Por quien espera el alma
 Ver buelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la Hermita estaba; y sintiendo los Pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto, y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un toscó buriel, con los pies descalzós, y una aspera sogá ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la tunica que sobre el corazon caía, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado, y por verle de esta manera, y por no haver hecho movimiento al entrar de los Pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias, muchas veces á semejante termino le conducia. Llegóse á él Erastro, y travandole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las quales muestras de dolor no pequeño le causaron á los que lo veían, y luego Erastro le dixo. ¿Qué es esto, señor, que es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dexéis de decirlo, que presentes tencis quien no reusarán fatiga alguna por dár remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los ultimos que

que yo acertase á servir, si pudiese; pero hame traído la fortuna á terminos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo, que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dexas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él, á pesar nuestro, echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demás Pastores le rogaron, que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió, y dió á entender, que no hay mal en esta vida, que con ella su remedio no se aicanzase, si yá la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos, y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que de él saber deseaban, y asi les dixo. Puesto que á mí me fuera mejor (ó agradable compañía) vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y háverme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavia por no mostrarme esquivo á la voluntad que me haveis mostrado, determino de contaros todo aquello, que entiendo bastará, y los terminos por donde la mudable fortuna me ha traído al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es yá algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, sería posible que antes de contaroslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la Aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenía determinado, y esto me es forzoso pues de vuestra Aldea soy proveído de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudieremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo Hermitaño decia, y poniendole en medio de ellos, con vagarosos pasos, tornaron á seguir el camino de la Aldea, y luego el afligido Hermitaño, con muestras de mucho dolor, de esta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua, y famosa Ciudad de Xeréz, cuyos moradores de Minerva, y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso Caballero, del qual, si sus virtudes, y generosidad de animo huviere de contar, á difícil empresa me pondria. Basta saber, que no se si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las

estrellas, que à ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude serle particular amigo, y fueme en esto el Cielo tan favorable, que casi olvidandose á los que nos conocian el nombre de Timbrio, y el de Silerio (que es el mio) solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conservacion, y amigables obras, que tal opinion no fuese vana. De esta suerte los dos, con increíble gusto, y contento, los mozos años pasabamos, ora en el campo en el exercicio de la caza, ora en la Ciudad en el del honroso Marte, entreteniendonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos, que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho vér) le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso Caballero, vecino de la misma Ciudad. Llegó á termino la question, que el Caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fue forzoso ausentarse, por dár lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dexando escrita una carta á su enemigo, dandole aviso que le hallaría en Italia en la Ciudad de Milán, ò en Napoles, todas las veces que, como Caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los vandos entre los parientes de entrambos, y ordenòse, que á igual, y mortal batalla el ofendido Caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla, se avisase á Timbrio. Ordenò mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió, yo me hallase tan fako de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el qual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargandome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la Ciudad de Napoles le hallaría, dexandome con mas pena que yo sabré ahora significaros: mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con más brevedad, y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de quatro galeras, que en la famosa Isla de Cadiz de partida para Italia puestas, y aparejadas estaban. Embarqueme en una de ellas, y con prospero viento, en tiempo breve, las riberas Catalanas descubrimos, y habiendo dado fondo en un Puerto de ellas, yo que algo fatigado de la mar venia, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí

no partian) me desembarqué con solo un amigo, y un criado mio; y no creo que debia de ser la media noche, quando los Marineros, y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del Cielo, calma, ó prospero viento señalaba (por no perder la buena ocasion que se les ofrecia) à la segunda guardia hicieron la señal de partida, y zarpando las anclas, dieron con mucha presteza los remos al sesgo mar, y las velas al sosegado viento, y fue, como digo, con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo, y así me huve de quedar en la marina, con el enojo que podrá considerar quien por semejantes, y ordinarios casos havrá pasado, porque quedaba mal acomodado de todas las cosas, que para seguir mi viage por tierra eran necesarias: mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como Ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Xeréz, ó á Sevilla con la paga de ello. Amaneciome en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efecto, aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del Pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: llegaos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabreis lo que deseais. Hicelo así, y lo primero en que puse los ojos fue un alto Crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia, todo lo que certificó la voz del pregonero, que declaraba, que por haver sido salteador, y vandolero, la Justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el qual venia á pie con unas esposas á las manos, y una sogá á la garganta, los ojos enclavados en el Crucifijo, que delante llevaba, diciendo, y protestando à los Clerigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dár en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante los ojos tenia, que nunca en todo el discurso de su vida havia cometido cosa por donde públicamente mereciese recibir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los Jueces le diesen algun termino para probar quán inocente estaba de lo que le acusaban. Considerese aqui (si tanto la consideracion pudo levantarse) qual quedaria yo al horrendo espectáculo, que á los

ojos se me ofrecia: no sé que os diga, señores, sino que quedé tan embelesado, y fuera de mí, y de tal modo quedé ageno de todos mis sentidos, que una estatua de marmol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero yá que el confuso rumor del Pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los Sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo, me huvieron buelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dár ayuda al desmayado corazon, y despertado en él la colera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponía, sino al de Timbrio, por vér si podia librarle, ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por enmedio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el qual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se havian desembaynado, con perplexo, y angustiado animo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dixé: ¿Adonde está, ó Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿Qué esperas? ¿O qué aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasion presente? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mia hace escudo á la sinrazon, que, segun creo, aqui te es hecha. Estas palabras mías, y el conocerme Timbrio, fue parte para que olvidado todo temor, rompíese las ataduras, ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco, si los Sacerdotes, de compasion movidos, no ayudáran su desseo, los quales, tomándole en peso, á pesar de los que estorvarlo querian, se entraron con él en una Iglesia, que allí junto estaba, dexandome á mí enmedio de toda la Justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas, no fue poderosa la sola mia de resistirlas. Y con mas ofensa, que (á mi parecer) mi pecado merecía, á la carcel pública, herido de dos heridas, me llevaron; el atrevimiento mio, y el haverse escapado Timbrio aumentó mi culpa, y el enojo en los Jucces; los quales, condenando bien el exceso por mí cometido, pareciendoles ser justo que yo muriese, y luego, la cruel sentencia pronunciaron, y para otro día guardaban la execucion. Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la Iglesia donde estaba; y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le havia dado la de su muerte; y por libramiento de ella, de nuevo se ofrecía á entregarse otra vez en poder de la

Justicia; pero los Sacerdotes le aconsejaron, que servía de poco aquello, antes era añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no sería parte el entregarse él, para que yo fuese suelto, pues no lo podía ser, sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la Justicia; pero sosegóse con proponer en su animo de hacer otro día por mí, lo que yo por él havia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fué avisado por un Clerigo, que á confesarme vino, con el qual le embié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era, que él se salvase, y procurase, que con toda brevedad el Virrey de Barcelona supiese todo el suceso, antes que la Justicia de aquel Pueblo la executase en él. Supe tambien la causa por que mi amigo Timbrio llevaba al amargo suplicio, segun me contó el mismo Sacerdote que os he dicho; y fue, que viniendo Timbrio caminando por el Reyno de Cataluña, á la salida de Perpiñan, dieron con él una cantidad de vandoleros, los quales tenian por señor, y cabeza á un valeroso Caballero Catalán, que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel Reyno, quando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella, y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa agena de toda christiandad, y digna de toda lastima. Sucedió, pues, que al tiempo que los vandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazón el señor, y caudillo de ellos, y como en fin era Caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; antes pareciendole hombre de valor, y prendas, le hizo mil cortesés ofrecimientos, rogandole, que por aquella noche se quedase con él en un Lugar allí cerca, que otro día por la mañana le daría una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino, hasta salir de aquella Provincia. No pudo Timbrio dexar de hacer lo que el cortés Caballero le pedía, obligado de las buenas obras de él recibidas: fueronse juntos, y llegaron á un pequeño Lugar, donde por los del Pueblo alegremente recibidos fueron. Mas la fortuna, que hasta entonces con Timbrio se havia burlado, ordenó, que aquella misma noche diesen con los vandoleros una Compañía de Soldados, solo para este efecto juntada, y haviendolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no

puieron prender al Caudillo, prendieron, y mataron à otros muchos, y uno de los presos fue Timbrio, à quien tuvieron por un famoso salteador, que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar, sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demás presos, que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los Jueces, que sin más averiguaciones lo sentenciaron à muerte; la qual fuera puesta en efecto, si el Cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenára que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase, para hacer lo que hasta ahora os he contado que hice. Estabase Timbrio en la Iglesia, y yo en la carcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo, que esperando estaba en què pararía la furia de los ofendidos Jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio, y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ojalá fuera servido el Cielo, que en mí solo se executára la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño, y desventurado Pueblo, que à los filos de mil barbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello. Poco mas de media noche sería, hora acomodada á facinorosos insultos, y en la qual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, quando improvisamente por todo el Pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: Al arma, al arma, que Turcos hay en la tierra. Los ecos de estas tristes voces, quien duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes animos de los varones. No sé que os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó à arder con tanta gana, que no parecia, sino que las mismas piedras con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego, que todo lo consumía. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los barbaros alfanges, y parecerse las blancas tocas de la Turca gente, que encendida con segures, ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de christianos despojos salian cargados. Qual llevaba la fatigada madre, y qual el pequenuelo hijo, que con cansados, y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba, y alguno sé que hubo, que con sacrilega mano estorvó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recién desposada virgen, y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos, ó quizá vió coger el fruto de que el sin

ventura pensaba gozar en termino breve. La confusion era tanta, tantos los gritos, y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera, y endiablada canalla, viendo quan poca resistencia se les hacia, se atrevieron à entrar en los Sagrados Templos, y poner las descomulgadas manos en las santas Reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojandolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al Sacerdote su santimonia, y al Frayle su retrainimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreídos perros; los quales, despues de abrasadas las casas, robados los Templos, desflorado las Virgenes, muerto los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimento alguno, se volvieron á sus bageles, haviendolos yá cargado de todo lo mejor que en el Pueblo havia, dexandole desolado, y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra à la montaña se havia recogido. ¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos, y enjutos los ojos? Mas ay que está tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo christianos corazones que se alegraron; y estos fueron los de aquellos que en la carcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el Pueblo, rompieron las puertas de la prision, y en libertad se pusieron, procurando cada uno, no de ofender à los contrarios, sino de salvar à si mismos; entre los quales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no havia quien hiciese rostro à los enemigos, por no venir á su poder, ni tornar al de la prision, desamparando el consumido Pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que havia visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí à un hombre que me dixo: que seguramente me llevaria á un Monasterio, que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas sería curado, y aun defendido, si de nuevo prenderme quisiesen: seguile en fin como os he dicho, con deseo de saber qué havia hecho la fortuna de mi amigo Timbrio: el qual, como despues supe, con algunas heridas se havia escapado, y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino à parar al Puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso havia sido el mio, y que

en fin, sin saber nuevas algunas, se partió en una nave, y con prospero viento llegó à la gran Ciudad de Napoles. Yo volví à Barcelona, y allí me acomodè de lo que menester havia. Y despues, yà sano de mis heridas, torné à seguir mi viage, y sin sucederme revès alguno, llegué à Napoles, donde hallè enfermo á Timbrio; y fue tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me siento con fuerzas para encarécerosle por ahora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos havia sucedido; però todo este placer mio se aguaba con vér à Timbrio, no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo, y de una enfermedad tan estraña, que si yo à aquella sazón no llegára, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solemnizar las alegrías de su vista. Despues que èl huvo sabido de mí todo lo que quiso, con lagrimas en los ojos, me dixo. Ay, amigo Silerio, y como créo que el Cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dandome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de servirlos. Palabras fueron estas de Timbrio, que me enternecieron, mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí, y lo que èl mas replicó: solo os dirè, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una Señora principal de aquella Ciudad, cuyos padres eran Españoles, aunque ella en Napoles havia nacido: su nombre era Nisida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir, que la naturaleza cifró en ella el estremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad, y belleza, que lo que à la una encendía, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido Cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas bajo de la tierra abatía. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, quan rico de pensamientos; y sobre todo falto de salud, y en terminos de acabar la vida sin descubrirlos. Tal era el temor, y reverencia que havia cobrado á la hermosa Nisida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y huve visto á Nisida, y considerado la calidad, y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida, y la honra, y mas, si mas tuviera, y pudiera; y así usé de un artificio el mas estraño que hasta oy se havrà oído, ni leído, y fue, que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nisida, que por

ser (como yá he dicho) sus padres de los principales de la Ciudad , de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo à Timbrio , y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas , y diferentes galas , y en vistiendome , comencè à ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio , que no poco reía de verme tan truhanamente vestido ; y por vér si la habilidad correspondia al habito , me dixo , que haciendo cuenta que él era un gran Principe , y que yo de nuevo venia à visitarle , le dixese algo. Y si yo no me acuerdo mal , y si vosotros , señores , no os cansais de escucharme , direos lo que entonces le canté , con ser la primera vez. Todos dixeron , que ninguna cosa les daria mas contento , que saber por extenso todo el suceso de su negocio , y que así le rogaban , que ninguna cosa , por de poco momento que fuese , dexase de contarles. Pues esa licencia me dais , dixo el Hermitaño , no quiero dexaros de decir cómo comencé à dár muestras de mi locura , que fue con estos versos , que á Timbrio canté , imaginando ser un gran Señor à quien los decía.

SILERIO.

De Principe , que en el suelo

Vá por tan justo nivèl,

¿Qué se puede esperar de él,

Que no sean obras del Cielo?

No se vé en la edad presente,

Ni se vió en la edad pasada

República gobernada

De Principe tan prudente.

Y del que mide su celo

Por tan Christiano nivèl,

¿Qué se puede esperar de él,

Que no sean obras del Cielo?

Del que trae por bien ageno

Sin codiciar mas despojos,

Misericordia en los ojos,

Y la justicia en el seno.

Del que lo mas de este suelo,

Es lo menos que hay èl,

¿Qué se puede esperar dél,

Que no sean obras del Cielo?

La liberal fama vuestra,

Que hasta el Cielo se levanta,

De que teneis alma santa

Nos dà indicio, y clara muestra.

Del que no discrepa un pelo

De ser al Cielo fiel,

¿Qué se puede esperar dél,

Que no sean obras del Cielo?

Del que con christiano pecho

Siempre en el rigor se tarda,

Yà la justicia le guarda

Con clemencia su derecho.

De aquel que levanta el buelo

Do ninguno llega à èl,

¿Qué se puede esperar dél,

Que no sean obras del Cielo?

Estas, y otras cosas de mas risa, y juego canté entonces à Timbrio, procurando acomodar el brio, y donayre del cuerpo á que en todo diese muestras de exercitado truhan; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fui conocido de toda la mas gente principal de la Ciudad, y la fama del truhan Español, por toda ella volaba. Hasta tanto que yá en casa del padre de Nisida me deseaban vér, el qual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardára á ser rogado. Mas en fin no me pude escusar, que un dia de un banquete allá no fuese, donde ví mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de parecer, y la que el Cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Ví á Nisida, à Nisida ví para no vér mas, ni hay mas que vér despues de haverla visto. ¡O fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras, y es posible que en un punto, en un momento los reparos, y pertrechos de mi lealtad pusieses en terminos de dár con todos ellos

por tierra! Ay que si se tardára un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Tímbrio debía, el mucho valor de Nisida, y el afrentoso habito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo, y amoroso deseo, que en mi havia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina, ó buelve atrás en los enamorados principios. En fin, ví la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procuré grangear el amistad de sus padres, y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso, y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion, y gracia á mí posible. Y rogandome un Caballero, que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nisida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos, que muchos dias antes, para otra ocasion casi semejante, yo havia hecho, y sirviendome para la presente, los dixé, que eran estos.

SILERIO.

Nisida, con quien el Cielo
 Tan liberal se ha mostrado,
 Que en daros á vos, dió al suelo
 Una imagen, y traslado
 De quanto encubre su velo.
 Si él no tuvo mas que os dár,
 Ni vos mas que desear,
 Con facilidad se entiende,
 Que lo posible pretende
 Quien os pretende loar.
 De esa beldad peregrina
 La perfeccion soberana,
 Que al Cielo nos encamina,
 Pues no es posible la humana,
 Cante la lengua divina.
 Y diga, bien se conviene,
 Que al alma que en sí contiene
 Sér tan alto, y milagroso,
 Se le diése el velo hermoso,

Mas que el mundo tuvo, ó tiene.

Tomó del Sol los cabellos,
 Del sesgo Cielo la frente,
 La luz de los ojos bellos
 De la estrella mas luciente,
 Que yá no dá luz ante ellos.
 Como quien puede, y se atreve
 A la grana, y á la nieve
 Robó las colores bellas,
 Que lo mas perfecto dellas
 A tus mexillas se debe.

De marfil, y de coral
 Formó los dientes, y labios
 Do sale rico caudal
 De agudos dichos, y sabios,
 Y harmonía celestial,
 De duro marmol ha hecho
 El blanco, y hermoso pecho,
 Y de tal obra ha quedado
 Tanto el suelo mejorado,
 Quanto al Cielo satisfecho.

Con estas, y otras cosas, que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nisida, que me ofrecieron todo lo que menester huviese, y me rogaron, que ningun día dexase de visitarlos. Y asi, sin descubrirse, ni imaginarse mi industria, vine à salir con mi primero designio, que era facilitar la entrada en casa de Nisida, la qual gustaba en extremo de mis desembolturas. Pero yá que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me moltraban, huvieron quitado algunas sombras al demasiado temor, que de descubrir mi intento à Nisida tenía, determiné vèr à do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Más ay de mí, que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la agena; porque el donayre, belleza, discrecion, y gravedad de Nisida havian hecho en mi alma tal efecto, que no estaba en menos extremo de dolor, y

de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dexo el imaginar lo que podia sentir un corazon, á quien de una parte combatían las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas, y la razon le pedían; las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos, y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud agena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco, y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban, eran los padres de Nisida; y un ella misma, con limpias, y christianas entrañas, me rogó muchas veces, que la causa de mi enfermedad le dixese, ofreciendome todo lo necesario para el remedio de ella. Ay, decia yo entre mí, quando Nisida tales ofrecimientos me hacia, y con quanta facilidad, hermosa Nisida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho; pero precíome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio, como le tengo por imposible, é incierto sería que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasia, no acertaba á responder á Nisida cosa alguna; de lo qual ella, y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discrecion, y hermosura que Nisida) estaban maravilladas, y con mas deseo de saber el origen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban, que nada de mi dolor les encubriese. Viendo, pues, yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efecto lo que hasta aquel punto mi industria havia fabricado; una vez, que acaso la bella Nisida, y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dixi: No penseis, señoras, que el silencio que hasta ahora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues yá se sabe, que si algun bien mi habitado estado en esta vida tiene, es haver grangeado con él venir á terminos de conoceros, y como criado servirlos: solo ha sido la causa imaginar, que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lastima, viendo quan lejos está el remedio de ella; pero yá que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta Ciudad está un Caballero natural de mi misma Patria, á quien tengo por señor, por amparo, y por ami-

go, el mas liberal, discreto, y gentil hombre, que en gran parte hallarse pueda, el qual está aqui ausente de la amada Patria, por ciertas quçstiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta Ciudad, creyendo que si allá en la suya dexaba enemigos, acá en la agena no le faltàran amigos; mas hale salido tan al revés su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo (sin saber como) aqui se ha procurado, le tiene puesto en tal estremo, que si el Cielo no le socorre, con acabar la vida, acabará sus amistades, y enemistades. Y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del Caballero, cuya desgracia os voy contando) y sé lo que perderà el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo, doy las muestras de sentimiento que haveis visto, y aun son pocas, segun à lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que deseareis saber, señoras, quien es el enemigo, que à tan valeroso Caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal estremo; pero tambien sé que en diciendosle, no os maravillareis sino de como no le tiene yà consumido, y muerto. Su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos, y bienandanzas. Este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas. En entrando en esta Ciudad vió Timbrio una hermosa dama, de singular valor, y hermosura: mas tan principal, y honesta, que jamás el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, quando Nisida me dixo: Por cierto, Astor, (que entònces era este el nombre mio) que no sé yo si crea que ese Caballero sea tan valeroso, y discreto, como dices, pues tan facilmente se ha dexado rendir à un mal deseo tan reciennacido, entregandose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque à mí se me alcanza poco de estos amorosos efectos, todavia me parece que es simplicidad, y flaqueza dexar, el que se vé fatigado de ellos, de descubrir su pensamiento à quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginar se puede, porque ¿qué afrenta se le puede seguir à ella de saber que es bien querida, ó à él, qué mayor mal de su aceda, y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no sería bien que por tener un Juez fama de riguroso, dexase alguno de alegar de su derecho. Pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado, y temeroso como ese tu amigo: dime, ¿llamarías tú cruel à la dama de quien estaba enamorado? No

por cierto, que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligación procurar saberla para remediarla. Asi que, Astor, perdoname, que las obras de ese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le dás. Quando yo oí à Nisida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendía la bondad, y llaneza con que ella las hablaba, huve de detenerme, y esperar mas sola, y mejor coyuntura, y asi le respondí. Quando los casos de amor, hermosa Nisida, con libres ojos se miran; tantos desatinos se vén en ellos, que no menos de risa, que de compasion son dignos: pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan travados, y tan fuera de su propio ser, que la memoria solo sirve de tesorera, y guardadora del objeto que los ojos miraron: y el entendimiento en escudriñar, y conocer el valor de la que bien ama: y la voluntad de consentir de que la memoria, y entendimiento en otra cosa no se ocupen. Y asi los ojos vén como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza quando son favorecidos, ora el temor quando desechados: y asi sucede á muchos lo que à Timbrio ha sucedido, que pareciendoles à los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle, pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma. ¿Quién sabe? ¿Podria ser? Y con esto anda la esperanza (como decirse suele) entre dos aguas, la qual si del todo les desamparase, con ella huiria el amor. Y de aqui nace andar entre el temor, y osar el corazón del amante afligido, que sin aventurarse à decirla, se recoge, y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quien, el remedio de que se vé tan apartado. En este mismo estremo he yo hallado à Timbrio, aunque todavia á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la qual me dió para que la diese, y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria: encargóme asimismo que buscasse orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo menos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasión para darla. Veámosla, dixo Nisida, porque deseo vér como escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos dias antes estaba escrita, es-

perando ocasion de que Nisida la viese , y ofreciendome la ventura esta , se la mostré , la qual , por haverla yo leído muchas veces , se me quedó en la memoria , cuyas razones eran estas.

TIMBRIO A NISIDA.

Determinado havia , hermosa señora , que el fin desastrado mió os diese noticia de quien yo era , pareciendome ser mejor , que alabarades mi silencio en la muerte , que no que vituperarades mi atrevimiento en la vida ; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse de este mundo en gracia vuestra , porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido , os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto , que es tal , que á poder significarle , no procurara su remedio , pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor estremado vuestro , del qual , y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros , ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.

Con mucha atencion estuvo Nisida escuchando esta carta , y en acabandola de oír , dixo : No tiene de qué agravarse la dama á quien esta carta se embia , si yá de puro grave no dá en ser melindrosa , enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas de esta Ciudad ; pero con todo eso no dexes , Astor , de darsela , pues como yá te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta , que no sea peor que el que ahora dices que tu amigo padece. Y para mas animarte , te quiero asegurar , que no hay muger tan recatada , y tan puesta en atalaya para mirar por su honra , que le pese mucho de ver , y saber que es querida , porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene , lo qual sería al revés , si viese que de nadie era solicitada. Bien sé , señora , que es verdad lo que dices , respondí yo ; mas tengo temor que el atreverme á darla , por lo menos me ha de costar negarme de alli adelante la entrada en aquella casa , de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio. No quieras , Astor , replicó Nisida , confirmar la sentencia que aun el Juez no tiene dada. Muestra buen animo , que no es riguroso trance de batalla este á que te aventuras. Pluguiera al Cielo , hermosa Nisida , respondí yo , que en ese termino me viera , que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro , y rigor de mil contrapuestas armas , que no la

mano á dár esta amorosa carta , à quien temo , que siendo con ella ofendida , ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece ; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir , señora , el consejo que me has dado : puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como ahora : y en este entretanto te suplico , que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se embia , me des alguna respuesta que lleve à Timbrio , para que con este engaño él se entretenga un poco , y á mí el tiempo , y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar , respondió Nisida , por que puesto caso que yo ahora diese en nombre ageno alguna blanda , ó esquivá respuesta , no ves que el tiempo , descubridor de nuestros fines , aclarará el engaño , y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfecho. Quanto mas , que por no haver dado hasta ahora respuesta á semejantes cartas , no querria comenzar à darlas mentirosa , y fingidamente : mas aunque sepa ir contra lo que á mí misma debo , si me prometes de decir quien es la dama , yo te diré que digas à tu amigo , y cosa tal que él quede contento por ahora ; y puesto que despues las cosas sucedan al revés de lo que él pensáre , no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes , ó Nisida , respondi yo , porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre , como me pondria el darle á ella la carta : basta saber que es principal , y que sin hacerte agravio alguno , no te debe nada en la hermosura , que con esto me parece que la encarezco sobre quantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de mí , dixo Nisida , pues los hombres de vuestra condicion , y trato , lisongear es su propio oficio. Mas dexando todo esto á una parte , porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo , te aconsejo que le digas que fuiste á dár la carta à su dama , y que has pasado con ella todas las razones que conmigo , sin faltar punto , y como leyó tu carta , y el animo que te daba para que á su dama la llevases , pensando que no era ella à quien venia , y que aunque no te atreviste á declarar del todo , que has conocido de ella , que quando sepa ser ella para quien la carta venia , no le causará el engaño , y desengaño mucha pesadumbre. De esta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo , y despues al descubrir tu intencion á su dama puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiére , pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira , y la verdad de lo que sucede-

diere , sin que haga al caso el engaño de ahora. Admirado quedé de la discreta traza de Nisida , y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio. Y así besándole las manos por el buen aviso , y quedando con ella , que de qualquiera cosa que en este negocio sucediere le havia de dár particular cuenta , vine á contar á Timbrio todo lo que con Nisida me havia sucedido , que fue parte para que la tuviese en su alma la esperanza , y volviese de nuevo á sustentarle , y desterrar de su corazon los nublados del frio temor , que hasta entonces le tenian ofuscado , y todo este gufio se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso , que los míos no serian dados sino en servicio suyo , y que otra vez que con Nisida se hallase , sacaría el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros , que en todo el tiempo que con Nisida , y su hermana estuve hablando , jamás la menor hermana habló palabra , sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mias. Y seos decir , señores , que si callaba , no era por no saber hablar con toda discrecion , y donayre , porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede , y vale ; y con todo esto no sé si os diga , que holgára que me huviera negado el Cielo la ventura de haverlas conocido , especialmente á Nisida , principio , y fin de toda mi desdicha ; pero qué puedo hacer si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorvarse. Yo quise , quiero , y querré bien á Nisida , tan sin ofensa de Timbrio , quanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua , que jamás la habló , que en favor de Timbrio no fuese , encubriendo siempre , con mas que ordinaria discrecion , la pena propia por remediar la agena. Sucedió , pues , que como la belleza de Nisida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron , no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto , quando solo , ó apartado alguna vez me hallaba , con algunas amorosas , y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre. Y así una noche , pensando que ni Timbrio , ni otro alguno me escuchaba , por dár alivio un poco al fatigado espíritu en un retirado aposento , solo de un laud acompañado , canté unos versos , que por haverme puesto en una confusion gravissima , os los havré de decir , que eran estos.

SILERIO.

¿Qué laberinto es este do se encierra

Mi loca levantada fantasía?

¿Quien ha buuelto mi paz en cruda guerras,

Y en tal tristeza toda mi alegría?

¿O qual hado me traxo á vér la tierra

Que ha de servir de sepultura mia?

¿O quien reducirá mi pensamiento

Al termino que pide un sano intento?

Si por romper este mi fragil pecho,

Y despojarme de la dulce vida

Quedase el suelo, y Cielo satisfecho,

De que à Timbrio guardé la fé debida,

Sin que me acordára el crudo hecho,

Yo fuera de mí mismo el homicida;

Mas si yo acabo, en èl acaba luego

La amorosa esperanza, y crece el fuego.

Lluevan, y caygan las doradas flechas

Del ciego Dios, y con rigor insano

Al triste corazon vengán derechas,

Disparadas con fiera ayrada mano,

Que aunque ceniza, y polvo queden hechas

Las heridas entrañas, lo que gano

En encubrir su dolorosa llaga

Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno à mi cansada lengua

Pondrá la ley de la amistad sincera,

Por cuya sin igual virtud desmengua

La pena que acabar jamás espera;

Mas aunque nunca acabe, y ponga en mengua

La honra, y la salud será qual era

Mi limpia fé, mas firme, y contrastada,

Que roca enmedio de la mar ayrada.

Del humor que derraman estos ojos,
 Y de la lengua el piadoso oficio.
 Del bien que se le debè à mis enojos,
 Y de la voluntad el sacrificio.
 Lleve los dulces premios, y despojos
 El caro amigo, y muestrese propicio
 El Cielo à mi deseo, que pretende
 El bien ageno, y à sí mismo ofende.
 Socorre, ó blando amor, levanta, y guia
 Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
 Y al esperado punto esfuerzo embia
 Al alma, y à la lengua temerosa:
 La qual podrá, si lleva su osadía,
 Facilitar la mas difícil cosa,
 Y romper contra el hado, y desventura
 Hasta llegar à la mayor ventura.

El estár tan transportado en mis continuas imaginaciones, fue ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido que estorvara que de Timbrio no fueran escuchados, el qual asi como los oyó, le vino al pensamiento que el mio, ni estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nisida, segun se podia colegir de mi canto. Y aunque èl alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche, é irse adonde de ninguno fuese hallado, solo por dexarme comodidad de que solo á Nisida sirviese. Todo esto supe yo de un Page suyo, sabidor de todos sus secretos, el qual vino à mi muy angustiado, y me dixo. Acudid, señor Silerio, que Timbrio, mi señor, y vuestro amigo, nos quiere dexar, y partirse esta noche, y no me ha dicho donde, sino que le apareje no sé que dineros, y que á nadie diga que se parte, principalmente me dixo, que à vos no lo dixese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé qué versos, que poco há cantabades; y segun los estremos que le he visto hacer, creo que vá à desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio, que á obedecer su mandado, os lo vengo à decir, co-

mo á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado proposito. Con extraño sobresalto escuché lo que el Page me decia, y fui Juego á vér à Timbrio en su aposento, y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el qual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lagrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz, y mal formadas razones, me pareció que estas decia. Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud, y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad dexar de dár gusto à tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte, que pues tú de ella me libraste, quando con tanto amor, y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo ahora te pague en parte tan buena obra, con dár lugar á que sin el impedimento que mi presencia causar te puede, goces de aquella en quien cifró el Cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento. De una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida, mas admite por disculpa el ser tú la causa de ella. O Nisida, Nisida, y quan cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve à mirarla, con la pena de morir por ella. Silerio la vió, y si no quedàra qual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto. Mas pues mi ventura asi lo ha querido, sepa el Cielo, que no soy menos amigo de Silerio, que èl lo es mio: y para muestras de esta verdad, apartese Timbrio de su gloria, destierrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio, y de Nisida, dos verdaderas, y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantò del lecho, y abrió la puerta, y hallandome alli me dixo: Què quieres, amigo, à tales horas? Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque huviera menos no me pesara. En fin por no cansaros mas, yo llegué á tales terminos con èl, que le persuadí, y dí à entender ser su imaginacion falsa, no en quanto estaba yo enamorado, sino en el de quien, porque no era Nisida, sino de su hermana Bianca, y supelo decir esto de manera que èl lo tuvo por verdadero: y porque mas credito à ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias antes yo mismo havia hecho à otra dama del mismo nombre, y dixele que para la hermana de Nisida las havia compuesto, las cuales vi-

nieron tan á proposito, que aunque sea fuera del decir las, ahora no las quiero pasar en silencio, que fueron estas:

SILERIO.

O Blanca, á quien rendida está la nieve,

Y en condicion mas que la nieve helada,

No presumais ser mi dolor tan leve,

Que esteis de remediarle descuidada.

Mirad que si mi mal no ablanda, y mueve

Vuestra alma en mi desdicha conjurada,

Se volverá tan negra mi ventura,

Quanto sois Blanca en nombre, y hermosura.

Blanca gentil, en cuyo blanco pecho

El contentó de amor se anida, y cierra:

Antes que el mio en dagrimas deshecho

Se vuelva polvo, y miserable tierra,

Mostrad el vuestro en algo satisfecho

Del amor, y dolor que el mio encierra,

Que esta será tan caudalosa paga,

Que á quanto mal padezcó satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria

De oro el mas finisimo ducado:

Y por tan alta posesion tendria

Por bien perder la del mas alto estado.

Pues esto conoceis, ó Blanca mia,

Dexad ese desdén de enamorado;

Y haced, ó Blanca, que el amor acierte

A sacar, si sois vos Blanca, mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallará,

Que tan sola una Blanca poseyera?

Si ella fuerades vos no me trocará

Por el mas rico que en el mundo huviera:

Y si mi sér en aquel sér tornara

De Juan de espera en Dios, dichoso fuera,

Si al tiempo que las tres Blancas buscase,

A vos, ó Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, y si no lo estorvára el son de muchas zampoñas, y acordados caramillos, que á sus espaldas se oía, y volviendo la cabeza, vieron venir ázia ellos hasta una docena de gallardos Pastores, puestas en dos hileras, y en medio venía un dispuesto Pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traía un bastón en la una mano, y con grave paso, poco á poco se movía, y los demás Pastores con el mismo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable, y estraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el Pastor, que en medio traían, y los demás ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las cuales asimismo Tirsi, y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado de aquella manora ázia la Aldéa se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida havia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la Aldéa la pasasen, donde sería servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazón llegó el montón de alegres Pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi, y á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la musica, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino, y ya que llegaban junto al Aldéa, llegó á sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la estremada condicion suya, y así como Lenio los vió, y conoció, sin interrromper el suave canto, de esta manera cantando ázia ellos se vino.

L E N I O.

Que quieres, amor, que me enseñes
 Y tanto, Por bienaventurada,
 Por llena de contento, y alegría,
 Será por mí juzgada,
 Tan dulce compañía,
 Si no siente de amor la tiranía.
 Y besaré la tierra
 Que pisa aquel que de su pensamiento,
 El falso amor de la tierra,

Y tiene el pecho esento
De esta furia cruel, de este tormento;
Y llamaré dichoso
Al rustico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.
De este tal las corderas,
Antes que venga la sazón madura,
Seràn yà parideras,
Y en la ocasión mas dura
Hallaràn claras aguas, y verdura.
Si estando amor ayrado
Con él, pusiere en su salud desvío,
Llevarè su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio;
Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al Cielo,
A quien decirle pienso
Con pío, y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo.
O Cielo santo, y justo,
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende,
No lleve este tyrano
Los despojos á tí solo debidos,
Antes con larga mano,
Y premios merecidos,
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los Pastores cortesadamente recibido; el qual como oyese nombrar à Damon, y à Tirsi, (à quien él solo por fama conocía) quedó admirado en vér su estremada presencia, y así les dixo. ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores, que en la eloquencia pudieran hallarse, à poder levantar, y encarecer el valor vuestro, famosos Pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclàran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero pues yá estais ethicos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar, y alabar vuestra rara discrecion, os pague lo que os debè, imposible serà que yo dexè de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria, y alabanza, que por ninguna otra sutileza, ó discrecion que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos, y tan obstinados enemigos poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aqui estàn, que ni aun burlando la contradixeran, y en esto podrás vér, Lenio, quan fuera vas de ella, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fé, dixo Lenio, que no te salve á tí la tuya, ó Elicio, si no digalo el ayre, á quien continuo acrecientas consuspiros, y la yerva de estos prados, que vá creciendo con tus lagrimas, y los versos que el otro dia cantaste, y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas, y en mí vituperas. No quedàra Lenio sin respuesta, si no vieran venir ázia donde ellos estaban á la hermosa Galatea, con las discretas Pastoras Florisa, y Teolinda, la qual, por no ser conocida de Damon, y Tirsi, se havia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron, y fueron de los Pastores con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio, y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal de él, sin mandarselo alguno, hizo señas á Elicio, que su zampona tocasse, al son de la qual, con alegres, y suaves acentos, cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
 Deste Sol que estoy mirando,
 Y si se van apartando,
 Vayase el alma trás ellos.
 Sin ellos no hay claridad,
 Ni mi alma no la espere,
 Que ausente dellos no quiere
 Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
 Que no es posible alaballos,
 Mas ha de dar por mirallos
 De la vida los despojos.
 Yo los veo, y yo los ví,
 Y cada vez que los veo
 Les doy un nuevo deseo
 Tras el alma que les dí.

Yá no tengo mas que dár,
 Ni imagino mas que dé,
 Si por premio de mi fé
 No se admite el desear.
 Cierta está mi perdicion,
 Si estos ojos do el bien sobra
 Los pusieron en la obra,
 Y no en la sana intencion.

Aunque durase este dia
 Mil siglos como deseo,
 A mí, que tanto bien veo,
 Un punto me parecía.
 No hace el tiempo ligero
 Curso en alterar mi edad,
 Mientras miro la beldad
 De la vida por quien muero.

En esta vista reposa

Mi alma , y halla sosiego,

Y vive en el vivo fuego

De su luz pura , y hermosa.

Y hace amor tan alta prueba

Con ella , que en esta llama

A dulce vida la llama,

Y qual fenix la renueva.

Salgo con mi pensamiento

Buscando mi dulce gloria,

Y al fin hallo en mi memoria

Encerrado mi contento.

Allí está , y allí se encierra,

No en mandos , no en poderíos,

No en pompas , no en señoríos,

Ni en riquezas de la tierra.

Aqui acabó su canto Erastro , y se acabó el camino de llegar al Aldéa , adonde Tirsi , Damon , y Silerio en casa de Elicio se recogieron , por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas Pastoras Galatea , y Florisa , ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio , dexaron á los Pastores , y todos , ò los mas , con el desposado se quedaron , y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche , solicitado Silerio de su amigo Erastro , y por el deseo que le fatigaba de bolver á su Hermita , dio fin al suceso de su historia , como se verá en el siguiente libro.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

de Galatea.

TERCERO LIBRO DE GALATEA.



L regocijado alboroto, que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el Aldéa havia, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damon, y Erastro dexasen de acomodarse en parte donde, sin ser de alguno estorvados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia, el qual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió de esta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dixé, quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nisida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion, que de mí havia tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo olvidado del mio, no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los quales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion, como yo quisiera, para descubrir á Nisida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba, cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenía yá alguna noticia de ellos. A lo que yo le dixé, que todavia el temor de ofenderla no me dexaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo qual Nisida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde, y de poca discrecion, añadiendo á esto, que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentía el dolor que yo de él publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decía. Todo esto fue parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba, la qual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo, como mejor pude, le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenía, el qual era tan fuerte, que me havia movido á mí tomar tan abatido exercicio, como era el de truhan, solo por tener lugar de de-

cirle lo que decia , añadiendo á estas otras razones , que á Nisida le debió parecer que lo eran , mas no quiso mostrar entonces por palabras , lo que despues con obras no pudo tener cubierto , antes con gravedad , y honestidad estraña reprehendió mi atrevimiento , acusó mi osadía , afecò mis palabras , y desmayò mi confianza ; pero no de manera que me desterrase de su presencia , que era lo que yo mas temí , solo concluyò con decirme , que de allí adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado , y procurase , que el artificio de mi mentiroso habito no se descubriese. Conclusion fue esta , que cerrò , y acabò la tragedia de mi vida , pues por ella entendí que Nisida daría oídos á las quejas de Timbrio. En qué pecho pudo caber , ni puede el estremo de dolor que entonces en el mio se encerraba , puel el fin de su mayor deseo , era el remate , y fin de su contento. Alegrobame el buen principio , que al remedio de Timbrio havia dado , y esta alegria en mi pesar redundaba , por parecerme , como era la verdad , que en viendo á Nisida en poder ageno , el propio mio se acababa. ¡O fuerza poderosa de verdadera amistad ! á quanto te estienes , y á quanto me obligaste , pues yo mismo , forzado de tu obligacion , afilé con mi industria el cachillo , que havia de degollar mis esperanzas , las quales , muriendo en mi alma , vivieron , y resucitaron en la de Timbrio , quando de mí supo todo lo que con Nisida pasado havia ; pero ella andaba tan recatada con él , y conmigo , que nunca de todo punto diò á entender , que de la solicitud mia , y amor de Timbrio se contentaba , ni menos se desdenò de suerte , que sus sinsabores , y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que habiendo llegado á noticia de Timbrio , como su enemigo Pransiles (aquel Caballero á quien él havia agraviado en Xeréz) deseoso de satisfacer su honra le embiaba á desafiar , señalándole campo franco , y seguro , en una tierra del Estado del Duque de Gravina , dándole termino de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla. El cuidado de este aviso , no fue parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenía , antes con nueva solicitud mia , y servicios suyos , vino á estár Nisida de manera , que no se mostraba esquiva , aunque la mirase Timbrio , y en casa de sus padres visitase , guardando en todo tan honesto decoro , quanto á su valor era obligada. Acercandose yá el termino del desafio , y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada , determinó de partir

se, y antes que lo hiciese escribiò à Nisida una carta tal, que acabò con ella en un punto, lo que yo en muchos meses atrás, y en muchas palabras no havia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dexaré de decir, que así decía.

TIMBRIO A NISIDA.

Salud te embia aquel que no la tiene,
 Nisida, ni la espera en tiempo alguno,
 Si por tus manos mismas no le viene.
 El nombre aborrecible de importuno
 Temo me adquiriràn estos renglones
 Escritos con mi sangre de uno en uno.
 Mas la furia cruel de mis pasiones
 De tal modo me turban, que no puedo
 Huir las amorosas sinrazones.
 Entre un ardiente osar, y un frio miedo
 Arrimado á mi fé, y al valor tuyo,
 Mientras esta recibes, triste quedo:
 Por vér que en escribirte me destruyo,
 Si tienes á donayre lo que digo,
 Y entregas al desdén lo que no es suyo.
 El Cielo verdadero me es testigo,
 Si no te adoro desde el mismo punto
 Que ví ese rostro hermoso, y mi enemigo.
 El verte, y adorarte llegó junto,
 Porque ¿quién fuera aquel que no adorára
 De un Ángel bello el sin igual trasunto?
 Mi alma tu belleza, al mundo rara,
 Vió tan curiosamente, que no quiso
 En el rostro parar la vista clara.
 Allá en el alma tuya un paraíso
 Fue descubriendo de bellezas tantas,
 Que dán de nueva gloria cierto aviso.
 Con estas ricas alas te levantas
 Hasta llegar al Cielo, y en la tierra
 Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
 Dichosa el alma que tal bien encierra,

Y no menos dichoso el que por ella
 La suya rinde à la amorosa guerra.
 En deudasoy á mi fatal estrella,
 Que me quiso rendir á quien encubre
 En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
 Tu condicion , señora , me descubre
 El desengaño de mi pensamiento,
 Y de temor à mi esperanza cubre.
 Pero en fé de mi justo honroso intento,
 Hago buen rostro á la desconfianza,
 Y cobro al postrer punto nuevo aliento.
 Dicen, que no hay amor sin esperanza,
 Pienso que es opinion que yo no espero,
 Y del amor la fuerza mas me alcanza.
 Por sola tu bondad te adoro , y quiero,
 Atraído tambien de tu belleza,
 Que fue la red que amor tendió primero.
 Para atraer con rara sutileza
 Al alma descuidada libre mia,
 Al amoroso nudo , y su estrechez;
 Sustenta amor su mando , y tyranía
 Con qualquiera belleza en algun pecho,
 Pero no en la curiosa fantasía.
 Que mida , no de amor , el brazo estrecho,
 Que tiende en los cabellos de oro fino,
 Dexando al que los mira satisfecho.
 Ni en el pecho á quien llama alabastrino,
 (Quien del pecho no pasa mas adentro)
 Ni en el marfil del cuello peregrino.
 Sino del alma el escondido centro,
 Mira , y contempla mil bellezas puras,
 Que le acuden , y salen al encuentro.
 Mortales , y caducas hermosuras
 No satisfacen á la inmortal alma,
 Si de la luz perfecta no anda á obscuras.
 Tu sin igual virtud lleva la palma,
 Y los despojos de mis pensamientos,
 Y á los torpes sentidos tiene en calma.
 Y en esta sujecion están contentos,

Porque miden su dura amarga pena
 Con el valor de tus merecimientos.
 Aro en el mar , y siembro en el arena,
 Quando la fuerza es traña del deseo
 A mas que á contemplarte me condena.
 Tu alteza entiendo , mi bajeza veo,
 Y en estremos , que son tan diferentes,
 Ni hay medio que esperar , ni le poseo.
 Ofrecense por esto inconvenientes
 Tantos à mi remedio , quantas tiene
 El Cielo estrellas , y la tierra gentes.
 Conozco lo que al alma le conviene,
 Sé lo mejor , y à lo peor me atengo,
 Llevado del amor que me entretiene.
 Mas yà , Nisida bella , al paso vengo
 De mí con mortal ansia deseado,
 Do acabaré la pena que sostengo.
 El enemigo brazo levantado
 Me espera , y la feròz aguda espada
 Contra mí con tu saña conjurado.
 Presto serà tu voluntad vengada
 Del vano atrevimiento de esta mia,
 De tí , sin causa alguna , desechada.
 Otro mas duro trance , otra agonía,
 Aunque fuera mayor que de la muerte,
 No turbàra mi triste fantasía.
 Si cupiera en mi corta amarga suerte
 Verte de mis deseos satisfecha,
 Asi como al contrario puedo verte:
 La senda de mi bien hàllola estrecha,
 La de mi mal tan ancha , y espaciosa,
 Qual de mi desventura ha sido hecha.
 Por esta corre ayrada , y presurosa
 La muerte en tu desdèn fortalecida,
 De triunfar de mi vida descosa.
 Por aquella mi bien và de vencida
 De tu rigor , señora , perseguido,
 Que es el que ha de acabar mi corta vida.
 A terminos tan tristes conducido

Me tiene mi ventura , que yá temo
 Al enemigo ayrado, y ofendido,
 Solo por vér el fuego en que me quemó
 Es yelo en ese pecho, y esto es parte
 Para que yo acobarde al paso estremo:
 Que si tú no te muestras de mi parte,
 ¿A quién no temerá mi flaca mano,
 Aunque mas le acompañe esfuerso, y arte?
 Pero si me ayudáras, ¿qué Romano,
 O Griego Capitan me contrastára,
 Que al fin su intento no saliera vano?
 Por el mayor peligro me arrojára,
 Y de las fieras manos de la muerte
 Los despojos seguro arrebatará.
 Tú sola puedes levantar mi suerte
 Sobre la humana pompa, ó derribarla
 Al centro do no hay bien con que se acierte.
 Que si como ha podido sublimarla
 El puro amor, quisiera la fortuna
 En la difícil cumbre sustentarla,
 Subido sobre el Cielo de la Luna
 Se viera mi esperanza, que ahora yace
 En lugar do no espera en cosa alguna.
 Tal estoy yá, que yá me satisface
 El mal que tu desdén ayrado esquivo
 Por tan estraños terminos me hace,
 Solo por vér que en tu memoria vivo,
 Y que te acuerdas, Nisida, siquiera
 De hacerme mal, que yo por bien recibo.
 Con mas facilidad contar pudiera
 Del Mar los granos de la blanca arena,
 Y las Estrellas de la octava esfera,
 Que no las ansias, el dolor, la pena
 A que el fiero rigor de tu aspereza,
 Sin haverte ofendido, me condena.
 No midas tu valor con mi bajeza,
 Que al respeto de tu sèr famoso
 Por tierra quedará qualquier alteza.
 Asi qual soy te amo, y decir oso,

Que me adelanto en firme enamorado
 Al mas subido termino amoroso.
 Por esto no merezco ser tratado
 Como enemigo, antes me parece
 Que debria ser remunerado.
 Mal con tanta beldad se compadece
 Tamaña crueldad, y mal asienta
 Ingratitud do tal valor florece.
 Quisierate pedir, Nisida, cuenta
 De un alma que te di ¿donde la echaste,
 O como estando ausente me sustenta?
 Ser Señora de un alma no acetaste,
 Pues qué te puede dar quien mas te quiera,
 Quan bien tu presuncion aqui mostraste.
 Sin alma estoy desde la vez primera
 Que te vi por mi mal, y por bien mio,
 Que todo fuera mal si no te viera.
 Allí el freno te di de mi alvedrio,
 Tu me gobiernas, por tí sola vivo,
 Y aun puede mucho mas tu poderío.
 En el fuego de amor puro me avivo,
 Y me deshago, pues qual fenix luego
 De la muerte de amor vida recibo.
 En fé de esta mi fé te pido, y ruego
 Solo que creas, Nisida, que es cierto
 Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
 Y que tú puedes yá despues de muerto
 Reducirme á la vida, y en un punto
 Del Mar ayrado conducirme al puerto.
 Que está para conmigo en tí tan junto
 El querer, y el poder, que es todo uno
 Sin discrepar, y sin faltar un punto,
 Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones de esta carta, ó las muchas que yo antes á Nisida havia dicho, asegurandole el verdadero amor que Timbrio la tenia, (ó los continuos servicios de Timbrio, ó los Cielos que asi lo tenían ordenado) movieron las entrañas de Nisida, para que en el punto que la acabó de leer, me llamase, y con la-

grimas en los ojos me dixese. Ay Silerio, Silerio, y como creo, que á costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo. Hagan los hados, que á este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas, y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el Cielo, al qual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas ay quan liviano descargo es este para tan pesada culpa, pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que ahora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nisida, y mas el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dixo, que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Qual yo quedé, Pastores, oyendo lo que Nisida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se estiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mi impossibilitado de tener jamàs contento, pues estaba, y está claro, que ni podia, ni puedo vivir sin Nisida, á la qual, como otras veces he dicho, viendola en agenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fue parte para que no llegase á un mismo punto mi muerte, y la declaracion de la voluntad de Nisida. Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo qual ella me respondió, que ya no havia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera que no podia, ni le convenia dexar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio, buscasse algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiendole yo ser eso imposible sin quedar deshonado, se sosegó, y quitandose del cuello unas preciosas Reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó asimismo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres havian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella, y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el animo de estar presente al riguroso trance de Timbrio,

que

que ella fingiría estar mal dispuesta, con la qual ocasión se quedaría en una casa de placer donde sus padres havian de posar, que media legua estaba de la Villa, donde se havia de hacer el combate, y que allí esperaría su mala, ó buena suerte, segun la tuviese Timbrio. Mandòme tambien, que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese me la atase al brazo, y bolviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabia por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento, ó el fin de su vida. Prometile de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las Reliquias, y la toca, me despedí de ella con la mayor tristeza, y el mayor contento que jamás tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nisida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento, y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciendole que en ser favorecido de su señora, aun la misma muerte contrastar no le podría. Paso ahora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido à lo que á mi solicitud debia; porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un Caballero Español, y otro Napolitano. Y à la fama de este particular duelo se movió á verlo infinita gente del Reyno, yendo tambien allà los padres de Nisida, llevando con ellos á ella, y á su hermana Blanca: y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar, que no en la ventaja de ellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho, y así las que escogió fueron espada, y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al termino señalado, quando de la Ciudad de Napoles se partieron, con otros muchos Caballeros, Nisida, y su padre, habiendo llegado primero ella, acordandome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto: pero mi cansada memoria, que jamás sirvió sino de acordame solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nisida me havia dicho, quanto vió que convenia para quitarme la vida, ó à lo menos para ponerme en el miserable estado en que ahora me veo. Con grande atencion estaban los Pastores escuchando lo que Silerio contaba, quando inter-

rompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado Pastor, que entre unos arboles cantando estaba, y no tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dexase de oirse todo lo que decía. La voz era de suerte, que puso silencio á Silerio, el qual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó à los demás Pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de mi cuento quedaba, tiempo havia de acabarlo. Hicierasese de mal esto á Tirsi, y Damon, si no les dixera Elicio: Poco se perderá, Pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el Pastor que canta, y á quien ha traído la fortuna á terminos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar, dixo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la Pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? Pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio, pero con Silveria mas havia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: quanto mas, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio, y Erastro dixeron, creció el deseo en los Pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y así rogó Silerio, que mas no se hablase, y todos con atento oído se pararon à escucharle, el qual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro día con Daranio se desposaba, con la rabia, y dolor que le causaba este hecho, se havia salido de su casa, acompañado de solo su rabel, y combidandole la soledad, y silencio de un pequeño pradecillo, que junto á las paredes de la Aldèa estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharía, se sentó al pie de un arbol, y templando su rabel, de esta manera cantando estaba.

Cielo sereno, que con tantos ojos
 Los dulces amorosos hurtos miras,
 Y con tu curso alegras, ó enristeces
 A aquel que en tu silencio sus enojos
 A quien los causa dice, ó al que retiras
 De gusto tal, y espacio no le ofreces,
 Si acaso no careces

De tu benignidad para conmigo,
 Pues yá con solo hablar me satisfago,
 Y sabéis quanto hago,
 No es mucho que ahora escuchés lo que digo,
 Que mi voz lastimera
 Saldrà con la doliente anima fuera.
 Yà mi cansada voz, yà mis lamentos,
 Bien poco ofenderàn al ayre vano,
 Pues á termino tal soy reducido,
 Que ofrece amor à los ayrados vientos
 Mis esperanzas, y en agena mano
 Ha puesto el bien que tuve merecido.
 Serà el fruto cogido
 Que sembró mi amoroso pensamiento,
 Y regaron mis lagrimas cansadas
 Por las afortunadas
 Manos, à quien faltó merecimiento,
 Y sobró la ventura,
 Que allana lo difícil, y asegura.
 Pues el que vé su gloria convertida
 En tan amarga dolorosa pena,
 Y tomando su bien qualquier camino,
 ¿Por qué no acaba la enojosa vida?
 Porque no rompe la vital cadena
 Contra todas las fuerzas del destino,
 Poco à poco camino
 Al dulce trance de la amarga muerte,
 Y asi atrevido, aunque cansado brazo,
 Sufrid el embarazo
 Del vivir, pues ensalza nuestra suerte,
 Saber que à amor le place,
 Que el dolor haga lo que el hierro hace.
 Cierta mi muerte está, pues no es posible
 Que viva aquel que tiene la esperanza
 Tan muerta, y tan ageno está de gloria;
 Pero temo que amor haga imposible
 Mi muerte, y que una falsa confianza
 Dé vida (à mi pesar) á la memoria.

¿Mas qué? Si por la historia
 De mis pasados bienes la poseo,
 Y miro bien que todos son pasados,
 Y los graves cuidados,
 Que triste ahora en su lugar poseo,
 Ella será mas parte
 Para que de ella, y del vivir me aparte.

Hay bien unico, y solo al alma mia,
 Sol que mi tempestad aserenaste,
 Termino del valor que se desea,
 ¿Serà posible que se llega el dia
 Donde he de conocer que me olvidaste?
 ¿Y que permita amor que yo le vea?
 Primero que esto sea,
 Primero que tu blanco hermoso cuello
 Esté de agenos brazos rodeado,
 Primero que el dorado
 (Oro es mejor decir) de tu cabello
 A Daranio enriquezca
 Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fé te tuvo merecida
 Mejor que yo, mas veo que es fé muerta
 La que con obras no se manifiesta.
 Si se estimára el entregar la vida
 Al dolor cierto, y á la gloria incierta,
 Pudiera yo esperar alegre fiesta.
 Mas no se admite en esta
 Cruda ley, que amor usa, el buen deseo,
 Pues es proverbio antiguo entre amadores,
 Que son obras amores,
 Y yo que (por mi mal) solo poseo
 La voluntad de hacellas,
 ¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?
 En tí pensaba yo que se rompiera
 Esta ley, del avaro amor usada,
 Pastora, y que los ojos levantaras

A una alma de la tuya prisionera;
 Y à tu propio querer tan ajustada,
 Que si la conocieras la estimáras.
 Pensé que no trocarás
 Una fé que dió muestras de tan buena,
 Por una que quilata sus deseos
 Con los vaños arreos
 De la riqueza de cuidados llena,
 Entregáste al oro,
 Por entregarme á mi continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora

Desto dolor que me atormenta el alma,

Aquel te loa, que jamás te mira:

Turbóse en vér tu rostro, mi Pastora, *¡ay!*

A su amor tu esperanza puso en calma,

Y así por no encontrarte el pie retira.

Mal contigo se aspira

A conseguir intentos amorosos;

Tu derribas las altas esperanzas,

Y siembras mil mudanzas

En mugeriles pechos codiciosos;

Tú jamás perficionas

Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan

La vista mas aguda, si se ceba

En la vana apariencia del provecho.

A liberales manos no se niegan

Las que gustan de hacer notoria prueba

De un blando codicioso hermoso pecho.

Oro tuerce el derecho

De la limpia intencion, y fé sincera,

Y mas que la firmeza de un amante

Acaba un diamante,

Pues su dureza buelve un pecho ceja

Por mas duro que sea,

Pues se le dá con él lo que desea.

De tí me pesa , dulce mi enemiga,
 Que tantas tuyas perfecciones
 Con una avara muestra has afeado,
 Tanto del oro te mostraste amiga
 Que echaste á las espaldas mis pasiones;
 Y al olvido entregaste mi cuidado.
 ¡En fin que te has casado!
 ¡Casado te has , Pastora! El Cielo haga
 Tan buena tu elección como querrias,
 Y de las penas mias
 Injustas , no recibas justa paga;
 May ay que el Cielo , amigo,
 Dé premio à la virtud , y al mal castigo.

A qui dió fin à su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor , que le causò á todos los que le escuchaban , principalmente á los que le conocian , y sabían sus virtudes , gallarda disposicion , y honroso trato. Y despues de haver dicho entre los Pastores algunos discursos sobre la estraña condicion de las mugeres , en especial sobre el casamiento de Silveria , que olvidada del amor , y bondad de Mireno , à las riquezas de Daranio se havia entregado. Deseosos de que Silerio diese fin á su cuento , puesto silencio à todo , sin ser menester pedirselo , él comenzò à seguir , diciendo. Llegando , pues , el dia del riguroso trance , haviendose quedado Nisida media legua antes de la Villa en unos jardines , como conmigo havia concertado , con escusa que dió à sus padres de no hallarse bien dispuesta , al partirme de ella me encargó la brevedad de mi tornada , con la señal de la toca , porque en traerla , ó no , ella entendiese el bueno , ó el mal suceso de Timbrio. Torneselo à prometer , agraviandome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí de ella , y de su hermana , que con ella se quedaba. Y llegado al pueſto del combate , y llegada la hora de començarle , despues de haver hecho los padrinos de entrambos las ceremonias , y amonestaciones que en tal caso se requieren , puestos los dos Caballeros en la estacada , al temeroso son de una ronca trompeta , se acometieron con tanta destreza , y arte , que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor , ó la razon , que es lo mas cierto , que à Timbrio favorecia , le dió tal esfuerzo , que aunque á costa de algunas heridas , en poco espacio puso

à su contrario de suerte, que teniendole á sus pies horido, y de sangrado, le importunaba, que si queria salvar la vida, se rindiese. Pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas facil à él, y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una. Mas el generoso animo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni menos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dixese, y conociese que era tan bueno Timbrio como él: lo qual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes, que entendieron lo que Timbrio con su enemigo havia pasado, lo alabaron, y estimaron en mucho. Y apenas huve yo visto el feliz suceso de mi amigo, quando con alegria increíble, y presta ligereza volví á dár las nuevas à Nisida. Pero ay de mí, que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de ahora. O memoria, memoria mia, ¿por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegria fuese el remate, y fin de todos mis contentos. Yo volví á vér á Nisida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nisida que con crecido deseo estaba esperandò, y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viendome volver sin la toca, entendió que algun siniestro revés á Timbrio havia sucedido, y creyòlo, y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltandole todos los espiritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: quando yá yo llegué, hallé à toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil estremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nisida. Quando yo la ví en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera de él no diese, ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dár las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me huviesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo, y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo huviesen sido mas otros, que la triste nueva á los padres de Nisida llevasen, certificandoles cierto, que de un agudo parasismo havia quedado muerta. Debió de oír esto Timbrio, y debió de quedar qual yo quedé, si no quedò peor: solo sé decir, que quando llegué á do

pensaba hallarle, era yá algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro, y por la posta se havia partido á Napoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido, y deshonorado salido huviera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y puseme luego en camino para seguirle: y antes que á Napoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nisida no era muerta, sino que le havia dado un desmayo que le duró veinte y quatro horas, al cabo de las quales havia vuelto en sí con muchas lagrimas, y suspiros. Con la certidumbre de esta nueva me consolè, y con mas contento llegué á Napoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fue así, porque el Caballero con quien él havia venido, me certificó, que en llegando á Napoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte, solo imaginaba, que segun le vió triste, y melancolico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse huviese ido. Nuevas fueron estas que me tornaron á mis primeras lagrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó, que al cabo de pocos dias llegasen á Napoles los padres de Nisida, sin ella, y sin su hermana: las quales, segun supe, y segun era publica voz, entrambas á dos se havian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Napoles, sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedè con esto que no sabia qué hacerme, ni decirme: y estando puesto en esta confusión tan estraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el Puerto de Gaeta en una gruesa nave, que para España iba, se havia embarcado, y pensando que podia ser verdad, me vine luego á España, y en Xeréz, y en todas las partes que imaginé que podria estár, le he buscado, sin hallar de él rastro alguno: finalmente he venido á la Ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nisida; y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haver sabido nuevas de sus hijas. Viendome, pues, yo ausente de Timbrio, ageno de Nisida, y considerando que yá que los hallase, ha de ser para gusto suyo, y perdicion mia: cansado yá, y desengañado de las cosas de este falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda en servicio del que estima los deseos, y las obras en el punto que merecen. Y así he escogido este habito que veís, y la Hermita que haveis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos, y encamíne mis obras á mejor paradero: puesto que como

viene de tan atrás la corrida de las malas inclinaciones que hasta aqui he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representandome las pasadas cosas; y quando en estos puntos me veo, al son de aquella harpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el Cielo le tenga, y se acuerde de llamarme à mejor vida.

Este es, Pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contarosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dexéis volver á mi Hermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á terminos, que ninguna cosa me dá mas gusto que la soledad. Y de aqui entenderéis la vida que paso, y el mal que sustentó. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lagrimas con que muchas veces le havia acompañado. Los Pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon, y Tirsi, los quales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabia imaginar, pues no era posible, sino que tras tanta fortuna aserenase el Cielo, del qual se debía esperar, que no consentiria que la falsa nueva de la muerte de Nisida á noticia de Timbrio, con mas verdadera relacion, no viniese antes que la desesperacion le acabase. Y que de Nisida se podia creer, y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se havia partido en su busca; y que si entonces la fortuna, por tan estraños accidentes los havia apartado, ahora por otros no menos estraños sabia juntarlos. Todas estas razones, y otras muchas que le dixeron, le consolaron algo; pero no de manera, que despertase en la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que havia escogido, era la que mas le convenia. Gran parte era yá pasada de la noche, quando los Pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el qual se havian de celebrar las bodas de Daranio, y Silveria. Mas apenas havia dexado la blanca Aurora el enfadoso lecho del zeloso marido, quando dexaron los suyos todos los mas Pastores de la Aldéa, y cada qual, como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Qual trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y qual con su tamborino, y flauta les daba la madrugada, acullá se oía la regocijada gayta, acá sonaba el acor-

dado rabél, allí el antiguo salterio, aquí los cursados alboques, quien con coloradas cintas adornaba sus calzañetas para los esperados bayles, quien pulía, y repulía sus rusticos aderezos para mostrarse galán à los ojos de alguna su querida Pastorcilla, de modo, que por qualquier parte del Aldéa que se fuese, todo sabia à contento, placer, y fiesta. Solo el triste, y desdichado Mireno era aquel à quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el qual, haviendose salido de la Aldéa, por no vér hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela, que junto al Aldéa estaba; y allí sentandose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mexilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó à imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y quan, sin poderlo estorvar, ante sus ojos havia de vér coger el fruto de sus deseos. Y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna, y amargamente, que ninguno en tal trance le viera, que con lagrimas no le acompañara. A esta sazón, Damon, y Tirsi, Elicio, y Erastro, se levantaron, y asomandose à una ventana, que al campo salía, lo primero en quien pusieron los ojos, fue en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecía; y movidos à compasion, determinaron todos de ir à consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dexaran ir solo, porque imaginaba, que por ser Mireno tan amigo suyo, con él mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los Pastores se lo concedieron, y yendo allà Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor transportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo qual visto por Elicio, hizo señal à los demás Pastores que viniesen: los quales temiendo algun estraño accidente à Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allà, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejava, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon, y Erastro no volvió de su estraño embelesamiento, sino fue, que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes comenzó á decir. ¿Tú eres Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria. ¿Pues quien soy yo, desdichado? ó quien eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno,

por-

porque tú no has querido ser Silveria , á lo menos la Silveria que ser debias , y yo pensaba que fueras. A esta sazón alzó los ojos ; y como vió al rededor de sí los quatro Pastores , y conoció entre ellos á Elicio , se levantó , y sin dexar su amargo llanto , le echó los brazos al cuello , diciendole. Ay verdadero amigo mio , y como ahora no tendrás ocasion de embidiar mi estado , como le embidiabas quando de Silveria me veías favorecido : pues si entonces me llamaste venturoso , ahora puedes llamarme desdichado ; y trocar todos los titulos alegres que en aquel tiempo me dabas , en los de pesar que ahora puedes darme. Yo sí que te podré llamar dichoso , Elicio , pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido , que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes , ó Mireno , respondió Elicio , de ver los estremos que haces por lo que Silveria ha hecho , sabiendo que tiene padres , á quien ha sido justo haver obedecido. Si ella tuviera amor , replicó Mireno , poco inconveniente era la obligacion de los padres para dexar de cumplir con lo que al amor debia ; de do vengo à considerar , ó Elicio , que si me quiso bien , hizo mal en casarse ; y si fue fingido el amor que me mostraba , hizo peor en engañarme , y ofrecerme el desengaño à tiempo que no puede aprovecharme , sino es con dexar en sus manos la vida. No está en terminos la tuya , Mireno , replicó Elicio , que tengas por remedio el acabarla , pues podría ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad , sino en la fuerza de la obediencia de sus padres ; y si tú la quisiste limpia , y honestamente donçella , tambien la puedes querer ahora casada , correspondiendo ella ahora , como entonces á tus buenos , y honestos deseos. Mal conoces á Silveria , Elicio , respondió Mireno , pues imaginas de ella que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta misma razon que has dicho te condena , respondió Elicio : pues si tú , Mireno , sabes de Silveria , que no hará cosa que mal le esté , en la que ha hecho no debe de haver errado. Si no ha errado , respondió Mireno , ha acertado à quitarme todo el buen suceso , que de mis buenos pensamientos esperaba : y solo en esto la culpo , que nunca me advirtió de este daño , antes temiendome de él , con firme juramento me aseguraba , que eran imaginaciones mias , y que nunca á la suya havia llegado pensar con Darnio casarse , ni se casaría , si conmigo : no con él , ni con otro alguno , aunque aventurára en ello quedar en perpetua desgracia con

sus padres , y parientes : y debajo de este seguro , y prometimiento , faltar , y romper la fé ahora de la manera que has visto , ¿qué razon hay que tal consienta ? ó qué corazon que tal sufra ? Aqui tornó Mireno à renovar su llanto , y aquí de nuevo le tuvieron lastima los Pastores. A este instante llegaron dos Zagales adonde ellos estaban , que el uno era pariente de Mireno , y el otro criado de Daranio , que á llamar á Elicio , Tirsi , Damon , y Erastro venia , porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesaba les á los Pastores de dexar solo á Mireno , pero aquel Pastor su pariente se ofreció á quedar con él ; y aun Mireno dixo á Elicio , que se queria ausentar de aquella tierra , por no vér cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le lod su determinacion , y le encargó , que do quiera que estuviese , le avisase de como le iba. Mireno se lo prometió ; y sacando del seno un papel , le rogó , que en hallando comodidad se le diese à Silveria. Y con esto se despidió de todos los Pastores , no sin muestras de mucho dolor , y tristeza : el qual no se huvo bien apartado de su presencia , quando Elicio , deseoso de saber lo que en el papel venia , viendo que pues estaba abierto , importaba poco leerle , le descogió , y combidando á los otros Pastores á escucharle , vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO A SILVERIA.

El Pastor que te ha entregado	Que llegan tarde las quejas
Lo mas de quanto tenia,	De mi temprana passion.
Pastora , ahora te embia	
Lo menos que le ha quedado,	Tiempo fue yá que escucharas
Que es este pobre papel,	El cuento de mis enojos,
Adonde claro verás	Y aun si lloráran mis ojos
La fé que en tí no hallarás,	Las lagrimas enjugáras.
Y el dolor que queda en él.	Entonces era Mireno
Pero poco acaso hace	El que era de tí mirado,
Darte de esto cuenta estrecha,	Mas ay como te has trocado
Si mi fé no me aprovecha,	Tiempo bueno , tiempo bueno.
Y mi mal te satisfáce.	Si durára aquel engaño,
No pienses que es mi intencion	Templárase mi disgusto,
Quejarme porque me dexas,	Pues mas vale un falso gusto,

Que

Que un notorio, y cierto daño. Pues tus palabras el viento
 Pero tú, por quien se ordena Llevó, y las obras quien sabes.
 Mi terrible mala andanza,
 Has hecho con tu mudanza ¿Eres tú la que jurabas,
 Falso el bien, cierta la pena. Que se acabasen tus dias,
 Si à Mireno no querias
 Tus palabras lisongeras, Sobre todo quanto amabas?
 Y mis credulos oídos, Eres tú, Silveria, quien
 Me han dado bienes fingidos, Hizo de mí tal caudal,
 Y males que son de veras. Que siendo todo tu mal,
 Los bienes con su apariencia Me tenias por tu bien.
 Crecieron mi sanidad;
 Los males con su verdad
 Han doblado mi dolencia. ¡O que títulos te diera
 De ingrata, como mereces,
 Si como tu me aborreces
 Por esto juzgo, y discierno Tambien yo te aborreciera!
 Por cosa cierta, y notoria, Mas no puedo aprovecharme
 Que tiene el amor su gloria Del medio de aborrecerte,
 A las puertas del Infierno. Que estimo mas el quererte
 Y que un desdén acarrea, Que tu has hecho el olvidarme.
 Y un olvido en un momento
 Desde la gloria al tormento
 Al que en amar no se emplea. Triste gemido á mi canto
 Ha dado tu mano fiera
 Invierno á mi primavera,
 Y á mi risa amargo llanto.
 Con tanta presteza has hecho Mi agasajo ha vuelto en luto,
 Este mudamiento extraño, Y de mis blandos amores
 Que estoy yá dentro del daño, Cambio en abrojos las flores,
 Y no salgo del provecho. Y en veneno el dulce fruto.
 Porque imagino que ayer
 Era quando me querias,
 O á lo menos lo fingías,
 Que es lo que se ha de creer. Y aun dirás, y esto me daña,
 Que es el haver te casado,
 Y el haverme asi olvidado
 Y el agradable sonido Una honesta honrosa hazaña,
 De tus palabras sabrosas, Disculpa fuera admitida
 Y razones amorosas, Si no te fuera notorio
 Aun suenan en el oido. Que estaba en tu desposorio
 Estas memorias suaves El fin de mi triste vida.
 al fin me dán mas tormento,

Mas en fin tu gusto fue	Yá te contemplo casada,
Gusto, pero fue justo,	Y de serlo arrepentida,
Pues con premio tan injusto	Porque yá es cosa sabida
Pagó mi inviolable fé,	Que no estarás firme en nada!
La qual por ver que se ofrece	Procura alegre llevallo
De mostrar la fé que alcanza,	El yugo que echaste al cuello
Ni lá muda tu mudanza,	Que podrás aborrecello,
Ni mi mal la desfallece.	Y no podràs desechallo.

Quien esto vendrá à entender,	Mas eres tan inhumana,
Cierto estoy que no se asombre,	Y de tan mudable sér,
Viendo al fin que yo soy hombre	Que lo que quisiste ayer
Y tú, Silveria, muger.	Has de aborrecer mañana.
Adonde la ligereza	Y así (por estraña cosa)
Hace de continuo asiento,	Dirá aquel que de tí hable,
Y adonde en mí el sufrimiento	Hermosa, pero mudable,
Es otra naturaleza.	Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno à los Pastores, sino la ocasion à que se havian hecho, considerando con quanta presteza la mudanza de Silveria le havia traído à punto de desamparar la amada Patria, y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mismo le sucediese. Entrados, pues, en el Aldéa, y llegados adonde Daranio, y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre, y regocijadamente, quanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se havian visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos Pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas Pastoras de toda la ribera, acudieron à sus bodas toda, ó la mas Pastoría de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos Pastores, y hermosas Pastoras, y entre los que à los demás en muchas, y diversas habilidades se aventajaron, fueron el triste Orompo, y el zeloso Orfenio, el ausente Crisio, y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Liseta: y al zeloso Orfenio la insufrible rabia de los zelos, siendo enamorado de la hermosa Pastora Eandra: al ausente Crisio, el verse apartado de Claraura, bella, y discreta Pastora, à quien él por unico bien suyo tenia: y al desesperado Marsilio, el desamor que para con él en el pecho de Belisa

lisa se encerraba. Eran todos amigos, y de una misma Aldea, y la pasión del uno, el otro no la ignoraba, antes en dolorosa competencia muchas veces se habían juntado à encarecer cada qual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podía, que su dolor à qualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado, y tenían todos tal ingenio, ó por mejor decir, tal dolor padecían, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginar se podía: por estas disputas, y competencias, eran famosos, y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habían puesto deseo à Tirsi, y à Damon de conocerlos, y viendolos allí juntos, unos á otros se hicieron cortesías, y agradables recibimientos, principalmente todos con admiración miraban á los Pastores Tirsi, y Damon, hasta allí de ellos solamente por fama conocidos. A esta sazón salió el rico Pastor Daranio, á la serranía vestido, traía camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaraguelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una quarterada caperuzá. No menos salió bien aderezada su esposa Silveria, porque venía con saya, y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul, y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argenteria (invencion de Galatea, y Florisa que la vistieron), garbin turquesado, con flucos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea (como Sol tras el Aurora) y su amiga Florisa, con otras muchas, y hermosas Pastoras, que por honrar las bodas, à ellas habían venido, entre las quales también iba Teolinda, con cuidado de hurtar el rostro à los ojos de Damon, y Tirsi, por no ser de ellos conocida: y luego las Pastoras, siguiendo à los Pastores que guiaban (al son de muchos pastoriles instrumentos) ázia el Templo se encaminaron: en el qual espacio le tuvieron Elicio, y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durára aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises, y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dixo: ¿Qué miras, Pastor, si á Galatea no miras? ¿Pero cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mexillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello, y el marmol de su

pecho? Todo eso he podido vér, ó Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de quantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias, y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dixo Erastro, pero todavía no me podrás negar, que à no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada; y à no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo qualquier dolor, y pesadumbre no nazca de la privacion, y falta de aquello que deseamos: mas juntamente te quiero decir, que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que à Galatea querias, porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecer, pues no havrà ningun hombre, por rustico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que està, trae consigo el hacer desear. Asi que à este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el Cielo, le tuvieramos merecido: mas yá ves, Erastro, ser esto tan al revés, como nuestra verdadera Ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura, y belleza sea una principal parte para atraernos à desearla, y à procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por ultimo bien suyo, sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva, y este se puede llamar (aun en las cosas de acá) perfecto, y verdadero amor, y es digno de ser agradecido, y premiado; como vemos que premia conocida, y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas, aquellos que sin moverles otro interese alguno, de temor, de pena, ó de esperanza de gloria, le quieren, le aman, y le sirven, solamente por ser bueno, y digno de ser amado, y esta es la ultima, y mayor perfeccion, que en el amor Divino se encierra: y en el humano tambien quando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haver error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y asi amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, ó Erastro, que si tú quieres, y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto para el fin de tu deseo, sin pasar adelante à querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida,

da, y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba, pero estorvólo el son de la zampona del desamorado Lenio, el qual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto, y así puesto delante de los desposados, en tanto que al Templo llegaban, al son del rabél de Eugenio estos versos fue cantando.

L E N I O.

Desconocido, ingrato amor, que asombras

A veces los gallardos corazones,

Y con vanas figuras, vanas sombras

Pones al alma libre mil prisiones:

Si de ser Dios te precias, y te nombras,

Con tan subido nombre no perdones

Al que rendido al lazo de Himéneo

Rindiere á nuevo nudo su deseo,

En conservar la ley pura, y sincera

Del santo Matrimonio pon tu fuerza,

Descoge en este campo tu bandera,

Haz á tu condicion en esto fuerza.

Qué bella flor, qué dulce fruto espera

Por pequeño trabajo el que se esfuerza

A llevar este yugo como debe,

Que aunque parece carga, es carga leve.

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos,

Y de tu condicion tan desabrida,

Hacer alegres talamos, y lechos,

Do el yugo conjugal á dos anida,

Encierrate en sus almas, y en sus pechos

Hasta que acabe el curso de su vida,

Vayan á gozar como se espera

De la agradable eterna primavera.

Dexa las pastoriles cabañuelas,

Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
 Buela mas alto yà, pues tanto buelas,
 Y aspira á mejor grado, y exercicio.
 En vano te fatigas, y desvelas,
 En hacer de las almas sacrificio,
 Si no las rindes con mejor intento
 Al dulce de Himeneo ayuntamiento;

Aqui puedes mostrar la poderosa
 Mano de su poder maravilloso,
 Haciendo que la nueva tierna esposa
 Quiera, y que sea querida de su esposo,
 Sin que aquella infernal rabia zelosa
 Les turbe su contento, y su reposo,
 Ni el desdén sacudido, y zahareño
 Les prive del sabroso, y dulce sueño.

Mas si, perfido Amor, nunca escuchadas
 Fueron de tí plegarias de tu amigo;
 Bien serán estas mias desechadas,
 Que te soy, y seré siempre enemigo.
 Tu condicion, tus obras mal miradas,
 De quien es todo el mundo buen testigo,
 Hacén que yo no espere de tu mano
 Contento alegre, venturoso, y sano.

Yá se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de vér con quanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamandole Dios, y de mano poderosa: cosa que jamás le havian oïdo decir: mas haviendo oïdo los versos con que acabó su canto, no pudieron dexar de reirse, porque yà les pareció que se iba colorizando, y que si adelante en su canto pasára, él pusiera al amor como otras veces solía; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al Templo, y hechas en él por los Sacerdotes las acostumbres ceremonias, Daranio, y Silveria quedaron en perpetuo, y estrecho nudo ligados, no sin embidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos, que la hermosura de Silveria codiciaban; pero à todo dolor sobrepujàra el que sintiera el sin ventura Mireno, si à este espectáculo se hallára presente. Vuelto
 pues

pues los desposados del Templo, con la misma compañía que havian llevado, llegaron à la Plaza de la Aldéa, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer publicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el Pueblo un generoso, y suntuoso combite. Estaba la Plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta pareció, entretexidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del Sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas, y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí, pues, con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete, al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen menos gusto, que el que suelen dár las acordadas musicas, que en los Reales Palacios se acostumbra; pero lo que mas autorizó la fiesta, fue vér que en alzandose las mesas, en el mismo lugar, con mucha presteza, hicieron un tablado, para efecto de que los quatro discretos, y lastimados Pastores, Orompo, Marsilio, Crisio, y Orfenio, por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi, y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una Egloga, que ellos mismos, de la ocasion de sus mismos dolores havian compuesto. Acomodados, pues, en sus asientos todos los Pastores, y Pastoras que allí estaban, despues que la zampona de Erastro, y la lira de Lenio, y los otros instrumentos, hicieron prestar á los presentes un sosegado, y maravilloso silencio; el primero que se mostró en el humilde teatro, fue el triste Orompo, con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo box en la mano, el remate del qual era una fea figura de la muerte: venía con hojas de funesto ciprés coronado, insignias todas de la tristeza que en él reynaba, por la inmadura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una, y á otra parte huvó tendido, con muestras de infinito dolor, y amargura, rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho custado,
 Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
 Y si los suspiros os tienen atadas,
 Abrid, y romped el siniestro costado.

El ayre os impide, que está yá inflamado
 Del fiero veneno de vuestros acentos,
 Salid , y siquiera os lleven los vientos,
 Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perdereis en veros perdidas,

Pues yá os ha faltado el alto sugeto,

Por quien en estilo grave, y perfecto

Hablabades cosas de punto subidas:

Notadas un tiempo, y bien conocidas

Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,

Ahora por tristes amargas llorosas,

Sereis de la tierra, y del Cielo tenidas.

Pero aunque salgais palabras temblando,

¿Con cuales podreis decir lo que siento?

Si es incapáz mi fiero tormento

De irse qual es al vivo pintado.

Mas ay que me falta el cómo, y el quando

De significar mi pena, y mi mengua,

Aquello que falta, y no puede la lengua,

Suplan mis ojos continuo llorando.

O muerte que atajas, y acortas el hilo

De mil pretensiones gustosas humanas,

Y en un bolver de ojos las sierras allanas,

Y haces iguales á Henares, y al Nilo:

¿Por qué no templaste, traydora, el estilo

Tuyo cruél? ¿Por qué á mi despecho

Probalte en el blanco, y mas lindo pecho

De tu fiero alfange la furia, y el filo?

¿En qué te ofendian, ó falsa, los años

Tan tiernos, y verdes de aquella cordera?

¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?

¿Por qué en el suyo creciste mis daños?

¡O mi enemiga, y amiga de engaños!

¿De mí, que te búscó, te escondes, y ausentas?

Y quieres, y travas razones, y cuentas

Con el que mas teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta

Pudiera mostrar su fuerza crecida,

Y no descargar la dura herida

En quien del vivir ha poco que gusta.

Mas esa tu hoz, que todo le ajusta,

Y mando, y ruego jamás la doblega,

Asi con rigor la flor tierna siega

Como la caña húdosa, y robusta.

Quando á Listea del suelo quitaste,

Tu sér, tu valor, tu fuerza, tu brio,

Tu ira, tu mando, tu señorío,

Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.

Llevando á Listea, tambien te llevaste

La gracia, el donayre, belleza, y cordura

Máyor de la tierra, y en su sepultura

Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado

Mi vida penosa, que tanto se alarga,

Que es insufrible á mis hombros su carga,

Que es muerte la vida del que es desdichado.

Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,

Ni espero en el tiempo, ni espero en el Cielo,

Ni tengo de quien espere consuelo,

Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

O vos que sentís, qué cosa es dolores,

Venid, y tomad consuelo en los míos,

Que en viéndo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,

Vereis que los vuestros son mucho menores.

¿Do estais ahora, gallardos Pastores?

¿Crisio, Marsilio, y Orfenio, qué haceis?

¿Por qué no venis? ¿Por qué no teneis

Por mas que los vuestros mis daños mayores?

Mas quien es aquel que asoma, y que quiebra

Por la encrucijada de aqueste sendero?
 Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
 Belisa es la causa, á quien siempre celebra,
 A este le roe la fiera culebra
 Del crudo desdén el pecho, y el alma,
 Y pasa su vida en tormenta sin calma,
 Y aun no es qual la mia su suerte tan negra.

El piensa que el alma, que el alma le aqueja,
 Es mas que el dolor de mi desventura.
 Aqui será bien que entre esta espesura
 Me esconda, por vér si acaso se queja.
 Mas ay, que á la pena que nunca me deja
 Pensar igualarla es gran desatino,
 Pues abre la senda, y cierra el camino
 Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte

Me llevais paso á paso,
 Forzoso he de acusar vuestra pereza,
 Seguid tan dulce suerte,
 Que en este amargo paso
 Está mi bien, y en vuestra ligereza:
 Mirad qué la dureza
 De la enemiga mia
 En el ayrado pecho
 Contrario á mi provecho,
 En su entereza está qual ser solía:
 Huigamos, si es posible,
 Del aspero rigor suyo terrible.

A qué apartado clima,

A qué región incierta

Iré á vivir, que pueda asegurarme

Del mal que me lastima,

Del ansia triste, y cierta,

Que no se ha de acabar hasta acabarme,

Ni estár quedo, ó mudarme
 A la arenosa Libia,
 O al lugar donde habita
 El fiero, y blanco Scita,
 Un solo punto mi dolor alivia,
 Que no está mi contento
 En hacer de lugares mudamiento.

Aqui, y alli me alcanza
 El desdén riguroso
 De la sin par cruel Pastora mia;
 Sin que Amor, ni esperanza,
 Un termino dichoso
 Me pueda prometer en tal porfia.
 Belisa, luz del dia,
 Gloria de la edad nuestra,
 Si valen yà contigo
 Ruegos de un firme amigo,
 Templa el rigor ayrado de tu diestra,
 Y el fuego de este mio
 Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas sorda à mi lamento,
 Mas implacable, y fiera,
 Que á la voz del cansado Marinero
 El riguroso viento,
 Que el mar turba, y altera,
 Y amenaza á la vida el fin postrero.
 Marmol, diamante, acero,
 Alpestre, y dura roca,
 Robusta antigua encina,
 Roble que nunca inclina
 La altiva rama al cierzo que le toca:
 Todo es blando, y suave
 Comparado al rigor que en tu alma cabe.
 Mi duro amargo hado
 Mi inexorable estrella,
 Mi voluntad que todo lo consiente,
 Me tienen condenado

Belisa ingrata, y bella,
 A que te sirva, y ame eternamente.
 Aunque tu hermosa frente
 Con riguroso ceño,
 Y tus serenos ojos
 Me anuncien mil enojos,
 Seràs desta alma conocido dueño,
 En tanto que el suelo
 La cubriere mortal corporeo velo.

¿Hay bien que se le iguale
 Al mal que me atormenta?
 Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
 El uno, y otro sale
 De toda humana cuenta,
 ¿Y aun yo sin ella en viva muerte vivo.
 En el desdén avivo
 Mi fé, y allí se enciende
 Con el helado frío.
 Mirad que desvarío,
 Y el dolor desusado que me ofende,
 Y si podrá igualarse
 Al mal que mas quisiere aventajarse.
 ¿Mas quien es el que mueve
 Las famas intrincadas
 Deste acopado mirto, y verde asiento?
Orompo. Un Pastor que se atreve
 Con razones fundadas
 En la pura verdad de su tormento,
 Mostrar que el sentimiento
 De su dolor crecido
 Al tuyo se aventaja,
 Por mas que tú le estimes,
 Levantes, y sublimes.
Mars. Vencido quedaràs en tal baraja,
 Orompo, fiel amigo,
 Y tú mismo seràs dello testigo:
 Si de las ansias mias,

Si de mi mal insano
 La mas minima parte conocieras,
 Cesáran tus porfias,
 Orompo , viendo llano,
 Que tu penas de burla , y yo de veras.
Orompo. Haz , Marsilio , quimeras
 De tu dolor estraño,
 Y al mio menoscaba,
 Que la vida me acaba,
 Que yo espero sacarte deste engaño,
 Mostrando al descubierto,
 Que el tuyo es sombra de mi mal que es cierto.
 Pero la voz sonora
 De Crisio oygo que suena,
 Pastor , que en la opinion se te parece:
 Escuchemosle ahora
 Que su cansada pena,
 No menos que la tuya le engrandece.
Mars. Oy el tiempo me ofrece
 Lugar , y coyuntura
 Donde pueda mostraros
 A entrambos , y enteraros
 De que sola la mia es desventura,
Orompo. Atiende ahora , Marsilio,
 La voz de Crisio , y lamentable estila,

CRISIO.

¡Ay dura , ay importuna , ay triste ausencia!
 ¡Quan fuera debió estár de conogerte
 El que igualó tu fuerza , y violencia
 Al poder invencible de la muerte!
 Que quando con mayor rigor sentencia,
 ¡Qué puede mas su limitada suerte,
 Que deshacer el nudo , y recia liga,
 Que à cuerpo , y alma estrechamente liga?

Tu duro alfange á mayor mal se estiende,
 Pues un espíritu en dos mitades parte,

¡O milagros de amor que nadie entiende,
 Ni se alcanza por ciencia, ni por arte!
 Que dexé su mitad con quien la entiende
 Allá mi alma, y trayga acá la parte
 Mas fragil, con la qual mas mal me siente,
 Que estár mil veces de la vida ausente.

Ausente estoy de aquellos ojos bellos,
 Que serenaban la tormenta mia,
 Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
 Si de allí no pasó la fantasía,
 Que verlos, y pensar de merecellos,
 Es loco atrevimiento, y demasia,
 Yo los ví desdichado, y no los veo,
 Y matame de verlos el deseo.

Deseo (y con razon) vér dividida
 (por acortar el termino à mi daño)
 Esta antigua amistad, que tiene unida
 Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
 Que siendo de las carnes despedida,
 Con ligereza presta, y buelo extraño,
 Podrá tornar á vér aquellos ojos,
 Que son descanso, y gloria à sus enojos.

Enojos son la paga, y recompensa,
 Que amor concede al amador ausente,
 En quien se cifra el mayor mal, y ofensa,
 Que en los males de amor se encierra, y siente;
 Ni poner discrecion à la defensa,
 Ni un querer firme levantado ardiente
 Aprovecha à templar deste tormento
 La dura pena, y el furor violento.
 Violento es el rigor de esta dolencia,
 Pero junto con esto es tan durable,
 Que se acaba primero la paciencia,
 Y aun de la vida el curso miserable.
 Muertes, desvíos, zelos, inclemencia
 De ayrado pecho condicion mudable,

No atormentan así, ni dañan tanto

Como este mal, que el nombre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero,

Dolores tan mortales no causara,

Pero todos son flacos, pues no muero

Ausente de mi vida dulce, y cara.

Mas cese aquí mi canto lastimero,

Que à compañía tan discreta, y rara,

Como es la que allí veo, será justo

Que muestre al verla mas sabroso el gusto.

Orompo. Gusto nos dà, buen Crisio, tu presencia,

Y mas viniendo à tiempo, que podremos

Acabar nuestra antigua diferencia.

Cris. Orompo, si es tu gusto, comencémos,

Pues que Juez de la contienda nuestra

Tan recto aquí en Marsilio le tendrémos.

Mars. Indicio dais, y conocida muestra

Del error en que os trae tan embebidos

Esa vana opinion notoria vuestra.

Pues quereis que à los míos preferidos

Vuestros dolores tan pequeños sean,

Harto llorados, mas que conocidos.

Mas porque el suelo, y Cielo juntos vean

Quanto vuestro dolor es menos grave,

Que las ansias que el alma me rodean.

La mas pequeña que en mi pecho cabe,

Pienso mostrar en vuestra competencia,

Asi como mi ingenio torpe sabe.

Y dexaré à vosotros la sentencia,

Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte,

Que el riguroso de la larga ausencia.

O el amargo espantoso de la muerte,

De quien entrambos os quejais sin tiento,

Llamando dura, y corta à vuestra suerte.

Orompo. De eso yo soy, Marsilio, muy contento,

Pues la razon que tengo de mi parte,

El triunfo le asegura à mi tormento.

Cris. Aunque de exagerar me falta el arte,
 Vereis, quando yo os muestre mi tristeza,
 Como quedan las vuestras á una parte.

Mars. Qué ausencia llega á la inmortal dureza
 De mi Pastora? que es, con ser tan dura,
 Señora universal de la belleza.

Orompo. ¡O á qué buen tiempo llega, y coyuntura,
 Orfenio! véisle asomado? Estad atentos,
 Oíreisle ponderar su desventura,

Zelos es la ocasion de sus tormentos,
 Zelos, cuchillo, y ciertos turbadores
 De las paces de Amor, y los contentos.

Cris. Escuchad, que yá canta sus dolores.

ORFENIO.

O sombra obscura que continuo sigues

A mi confusa triste fantasía,
 Enfadosa tiniebla siempre fria,

Que á mi contento, y á mi luz persigues.

Quando será que tu rigor mitigues,

Monstruo cruel, y rigurosa harpía,

Qué ganas en turbarme el alegría?

O qué bien en quitarme lo consigues?

Mars. Si la condicion de que te arreas

Se estiende á pretender quitar la vida,

Al que te dió la tuya, y te ha engendrado;

No me debe admirar que de mí seas,

Y de todo mi bien fiero homicida,

Sino de verme vivo en tal estado.

Orompo. Si el prado déleytoso,

Orfenio, te es alegre qual solía

En tiempo mas dichoso,

Vén, pasarás el dia

En nuestra lastimada compañía.

Con los tristes el triste

Bien ves que se acomoda facilmente,

Vén, que aqui se resiste

Par de esta clara fuente,

Del levantado Sol el rayo ardiente.
 Vén, y el usado estilo
 Levanta, y como sueles te defiende
 De Crisio, y de Marsilio,
 Que cada qual pretende
 Mostrar, que solo es mal en que le ofende.

Yo solo en este caso,
 Contrario havré de ser à tí, y à ellos,
 Pues los males que paso,
 Bien podré encarecellos,
 Mas no mostrar la mayor parte dellos.

Orfenio. No al gusto le es sabrosa,
 Asi à la corderuela desabrida
 La yerva, ni gustosa
 Salud restituida
 Aquel que yá la tuvo por perdida,
 Como es á mí sobroso
 Mostrar en la contienda que se ofrece,
 Que el dolor riguroso,
 Que el corazon padece,
 Sobre el mayor del suelo se engrandece.

Calle su mal sobrado
 Orompo, encubra Crisio su dolencia,
 Marsilio esté callado;
 Muerte, desdeñ, ni ausencia,
 No tengan con los zelos competencia.

Pero si el Cielo quiere
 Que oy salga á campo la contienda nuestra
 Comience el que quisiere,
 Y dé á los otros muestra
 De su dolor con torpe lengua, ó diestra
 Que no está la elegancia,
 Y modo de decir el fundamento,
 Y principal sustancia
 Del verdadero cuento,
 Que en la pura verdad tiene su asiento.

Cris. Siento, Pastor, que tu arrogancia mucha
 En esta lucha de pasiones nuestras
 Dará mil muestras de tu desvario.

Orfen. Templa ese brio, ò muestralo à su tiempo,
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja,
Que el alma que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.

Cris. Es mi tormento tan extraño, y fiero,
Que presto espero que tú mismo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.

Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.

Orompo. Aun engendrado pienso que no estaba,
Quando sobraba en mí la desventura.

Orfen. En mí se apura la mayor desdicha.

Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio.

Mars. Opuesto al brio de mi mal extraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.

Orompo. Esta maraña quedará muy clara,
Quando á la clara mi dolor descubra:

Ninguno encubra ahora su tormento,

Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron	De su bien la confianza.
Sembradas en parte buena,	
Dulce fruto prometieron,	Pues si á termino he llegado,
Y quando darle quisieron,	Que de tener gusto, ó gloria,
Convirtiòle el Cielo en pena.	Vivo yá desesperado,
Vi su flor maravillosa	De que yo soy mas penado,
En mil muestras, deseosa	Es cosa cierta, y notoria.
De darme una rica suerte,	Que la esperanza asegura
Y en aquel punto la muerte	En la mayor desventura
Cortómela de embidiosa.	Un dichoso fin que viene:

Yo quedé qual labrador,	Cerrada en la sepultura.
-------------------------	--------------------------

Que del trabajo còntino

De su espaciosa labor,

Fruto amargo de dolor

Le concede su destino:

Y aun le quita la esperanza

De otra buena nueva andanza,

Porque cubrió con la tierra

El Cielo donde se encierra

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos

Siempre derramado ha sido

En lugar donde han nacido

Cien mil espinas, y abrojos,

Que el corazon me han herido.

Yo si soy el desdichado,

Pues

Pues con nunca haver mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedára al fin satisfecho.

Porque viera que valía
Mi enamorada porfia
Con quien es tan desabrida,
Que á mi yelo está encendida,
Y á mi fuego helada, y fria.

Pués si es el trabajo vano
De mi llanto, y suspirar,
Y dél no pienso cesar,
¿A mi dolor inhumano,
Qual se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas entereza,
Quando mas me desconcierta.

CRISIO.

Yo que teniendo en sazón
El fruto que se debía
A mi continua pasión,
Una subita ocasion
De gozarla me desvía.
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo parecer
Adonde el alma he dexado,

Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio se convierte,
Y un corazon duro, y fuerte
El tiempo suele ablandallo.
Mas en ausencia se siente,
Con un estraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Zelos, muertes, y desdén,
Que esto, y mas teme el ausente:

Quando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza.
En las ansias desiguales
El remedio de los males,
Es el no esperar remedio,
Mas carecen deste medio
Las de ausencia mas mortales.

ORFENIO.

El fruto que fue sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazón llegado
Fue con prospero destino
En mi poder entregado.
Y apenas pude llegar
A terminos tan sin par,
Quando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.

Yo tengo el fruto en la mano;
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga

La roe un fiero gusano. Con la verdad mas me engaño,
 Aborrezco lo que quiero, Y en ausencia, y en presencia
 Y por lo que vivo muero, Vá creciendo un mal tamaño.
 Y yo me fabrico, y pinto No hay esperanza que acierte
 Un rebuelto laberinto A remediar mal tan fuerte,
 De do salir nunca espero. Ni por estár, ni alejarme
 Busco la muerte en mi daño, Es imposible apartarme
 Que ella es vida á mi dolencia, De esta triste viva muerte.

O R O M P O.

¿No es error conocido
 Decir que el daño que la muerte hace,
 Por ser tan estendido
 En parte satisface,
 Pues la esperanza quita
 Que el dolor administra, y solicita?
 Si de la gloria muerta
 No se quedára viva la memoria,
 Que el gusto desconcierta,
 Es cosa yá notoria,
 Que el no esperar tenella
 Templá el dolor en parte de perdella.

Però si está presente la memoria,
 La memoria del bien yá fenecido
 Mas viva, y mas ardiente,
 Que quando poseído,
 ¿Quién duda que esta pena
 No está mas que otras de miserias llena?

M A R S I L I O.

Si á un pobre caminante
 Le sucediese por estraña via
 Huirsele delante
 Al fenecer del dia

El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,

Quedaría, sin duda,
Confuso del temor que allí le ofrece
La obscura noche, y muda,
Y mas si no amanece,
Que el Cielo á su ventura
No concede la luz serena, y pura.

Yo soy el que camino
Para llegar á un albergue venturoso,
Y quando mas vecino
Pienso estár del reposo,
Qual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Qual raudó, y hondo río
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve, y frío,
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante:

Tal mi contento impide
Esta penosa, y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veó quien remediára mis enojos.

Y el vér de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Quanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
 Un rico albergue de mil bienes lleno,
 Triunfé de su conquista,
 Y quando mas sereno,
 Se me mostraba el hado,
 Vile en obscuridad negra cambiado.

Allí donde consiste
 El bien de los amantes bien queridos,
 Allí mi mal asiste,
 Allí se vén unidos
 Los males, y desdenes
 Donde suélen estar todos los bienes.

Dentro de esta morada
 Estoy, de do salir nunca procuro;
 Por mi dolor fundada
 De tan estraño muro,
 Que pienso que le abaten
 Quantos le quieren, miran, y combaten.

OROMPO.

Antes el Sol acabará el camino,
 Que es propio suyo, dando buelta al Cielo;
 Despues de haver tocado en cada síno.
 Que la parte menor de nuestro duelo
 Podamos declarar como se siente
 Por mas que el bien hablar levante el buelo:
 Tú dices, Crisio, que el que vive ausente
 Muere, yo que estoy muerto, pues mi vida
 A muerte la entregó el hado inclemente.
 Y tú, Marsilio, afirma que perdida
 Tienes de gusto, y bien toda esperanza,
 Pues un fiero desdén es tu homicida.
 Tú repites, Orfenio, que la lanza

Aguda de los zelos te traspasa,
No solo el pecho, que hasta el alma alcanza.

Y como el uno lo que el otro pasa

No siente ; su dolor solo exagera,

Y piensa que al rigor del otro pasa.

Y por nuestra contienda lastimera,

De tristes argumentos está llena

Del caudaloso Tajo la ribera.

Ni por esto desmengua nuestra pena,

Antes por el tratar la llaga tanto

A mayor sentimiento nos condena.

Quanto puede decir la lengua , y quanto

Pueden pensar los tristes pensamientos,

Es ocasion de renovar el llanto.

Cesen, pues, los agudos argumentos,

Que en fin no hay mal que no fatigue, y pene,

Ni bien que dé seguros los contentos.

Harto mal tiene quien su vida tiene

Cerrada en una estrecha sepultura,

Y en soledad amarga se mantiene.

Desdichado del triste sin ventura,

Que padece de zelos la dolencia

Con quien no valen fuerzas , ni cordura.

Y aquel que en el rigor de larga ausencia

Pasa los tristes miserables dias,

Llegado al flaco arrimo de paciencia.

Y no menos aquel que en sus porfias

Siente , quando mas arde , en su Pastora

Entrañas duras , é intenciones frias.

Cris. Hagase lo que pide Orompo ahora,

Pues ya de recoger nuestro ganado

Se vá llegando á mas andar la hora.

Y en tanto que al albergue acostumbrado

Llegamos, y que el Sol claro se aleja,

Escondiendo su faz del verde prado:

Con voz amarga, y lamentable queja,

Al son de los acordés instrumentos

Cantémos el dolor que nos aqueja.

Mars. Comienza, pues, ó *Crisio*, y tus acentos

Lleguen à los oídos de Claraura,
Llevados mansamente de los vientos;
Como á quien todo su dolor restaura. Y

CRISIO.

MARSILIO.

Al que ausencia viene á dár	En mi terrible pesar,
Su caliz triste à beber,	Yá faltan por mas enojos
No tiene mal que temer,	Las lagrimas á los ojos,
Ni ningun bien que esperar.	Y el aliento al suspirar.

En esta amarga dolencia	La ingratitud, y desdén
No hay mal que no esté cifrado,	Me tienen yá de tal suerte,
Temor de ser olvidado,	Que espero, y llamo á la muerte,
Zelos de agena presencia:	Por mas vida, y por mas bien.
Quien la viniere á probar,	Poco se podrá tardar,
Luego vendrá á conocer,	Pues faltan en mis enojos
Que no hay mal de que temer,	Las lagrimas á los ojos,
Ni menos bien que esperar.	Y el aliento al suspirar.

OROMPO.

ORFENIO.

Ved si es mal el que me aqueja	Zelos, á fé si pudiera,
Mas que muerte conocida,	Que yo hiciera por mejor,
Pues forma quejas la vida	Que fueran zelos amor,
De que la muerte la deja.	Y que el amor zelos fuera.

Quando la muerte llevó	Deste truco grangeára
Toda mi gloria, y contento,	Tanto bien, y tanta gloria,
Por darme mayor tormento	Que la palma, y la victoria
Con la vida me dexó.	De enamorado llevará.
El mal viene, y el bien se aleja	Y aun fueran de tal manera
Con tan ligera corrida,	Los zelos en mi favor,
Que forma quejas la vida	Que á ser los zelos amor,
De que la muerte la deja.	El amor yo solo fuera.

Con esta ultima cancion del zeloso Orfenio dieron fin á su Eglega los discretos Pastores, dexando satisfechos de su discrecion á todos los que escuchado los havian: especialmente á Damon,

y á Tirsi, que gran contento en oírlos recibieron, pareciendoles, que de mas de pastoril ingenio parecían las razones, y argumentos, que para salir con su proposito, los quatro Pastores havian propuesto. Pero habiendose movido contienda entre muchos de los circunstantes, sobre qual de los quatro havia alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos, con el que dió el discreto Damon, diciendoles: Que él para sí tenía, que entre todos los disgustos, y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los zelos; y que no se podian igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: la causa es, dixo, que no cabe en razon natural, que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad, y deseo de alcanzar lo imposible, claro está, que quanto mas el deseo le sobrase, tanto mas el entendimiento le faltaría: y por esta misma razon digo, que la pena, que Orompo padece, no es sino una lastima, y compasion del bien perdido: y por haverle perdido de manera, que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabé: Que puesto que el humano entendimiento, no puede estar tan unido siempre en la razon, que dexé de sentir la pérdida del bien, que cobrar no se puede, y que en efecto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lagrimas, ardientes suspiros, y lastimosas palabras: so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto, que por hombre racional sería tenido: en fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al revés en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parecele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto, que cosas que son tan menos como un poco de agua, ó tierra, le impidan su felicidad, y gloria. Juntase asimismo esta pena, el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura; sin duda alguna que es extraño el rigor, y aspereza, con que trata al alma del desdichado

ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puedese llevar con algun alivio su tormento: y si sucediere ser la ausencia de manera, que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como en el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mismo que yo padezco, y por esta causa me havia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dexaré de decir lo que la razon me muestra, antes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer, y no ser querido; pero mayor sería amar, y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiasemos por lo que la razon, y la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en qualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, antes en ellos mas se confirma, y fortalece: asi que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, vá fuera de todo razonable termino; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciendole, que está obligada á amarme, porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza, y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso, y de obligacion, que corresponda del todo, y por todo á los deseos de su amante: que si esto asi fuese, mil enamorados importunos havia, que por su sollicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas, que la muevan, é inclinen á quererme. Y asi no está obligada, como yá he dicho á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdenado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias, que al conocimiento de su seña pudieran mover á bien quererle; y asi debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las exercitadas virtudes; adobar, y enmendar en él la falta, que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoy por afirmar, que será imposible dejar de ser amado, el que con tan justos medios procurare grangear la voluntad de su señora; y pues este mal del desdén, tiene el bien de este remedio, consue-

lese Marsilio, y tenga lastima al desdichado, y zeloso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor, que en las de amor imaginar se puede. ¡O zelos turbadores de la sosegada paz amorosa! Zelos, cuchillo de las mas firmes esperanzas. No sé yo qué pudo saber de linages el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al revés, que por el mismo caso dexará el amor de serlo, si tales hijos engendrará. ¡O zelos, hypocritas, y fementidos ladrones! Pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviendoos de su color, y aun procurais usurparle el mando, y señorío que tiene. Y de aqui nace, que como os vén tan unidos con el amor, puestas que por vuestros efectos dais á conocer, que no sois el mismo amor, todavía procurais que entienda el ignorante, que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil, y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginations, crecidos entre vilisimas embidias, sustentados de chismes, y mentiras. Y porque se vea la destruición que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos zelos; en siendo el amante zeloso, conviene, con paz sea dicho, de los zelosos enamorados; conviene, digo, que sea como lo es, traydor, astuto, reboltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado. Y á tanto se estiende la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso, que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oídos para oír, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, sobervia, y malacondicionada; y aun á veces desea (apretado de esta pasion diabolica) que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los zelos en los animos de los amantes zelosos. Al revés de las virtudes que el puro, y sencillo amor multiplica en los verdaderos, y comedidos amadores; porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentia, liberalidad, comedimiento, y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza de este crudo veneno, que no hay antidoto que le perserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le quadre: todo esto cabe en el enamorado zeloso, y mas; qualquiera sombra le espanta,

qualquiera niñería le turba, y qualquiera sospecha falsa, ó verdadera, le deshace. Y à toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los zelos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo zeloso admitirlas, siguese, que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demás debe anteponerse. Y así es mi parecer, que Orfenio es el mas penado; pero no el mas enamorado: porque no son los zelos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma, y mal dispuesta. Y así el enamorado zeloso tiene amor, mas es amor enfermo, y malacondicionado; y tambien el ser zeloso, es señal de poca confianza del valor de sí mismo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto, y firme enamorado, el qual, sin llegar á la obscuridad de los zelos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas que le oscurezcan el Sol de su contento, ni de ellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito, y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por sobervio, y demasiadamente confiado: porque como dice un comun proverbio nuestro: quien bien ama, teme, y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en estremo buena, ó à él pareció serlo, no parezca lo mismo à los ojos de quien la mirare; y por la misma causa se engendra el amor en otro que pueda, y venga à turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrían ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza: y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle. Y hace tan contrarios efectos este temor, del que los zelos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor, si pudiesen, de procurar con toda solícitud, que los ojos de su amada, no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrandose liberales, comedidos, galanes, limpios, y bien criados: y tanto quanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto, y mas es digno que los zelos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos, que escuchado le havian, dexando à todos satisfechos de la verdad, que con tanta llaneza les

havía mostrado. Pero no se quedára sin respuesta, si los Pastores, Orompo, Crisio, Marsilio, y Orfenio huvieran estado presentes á su platica: los quales, cansados de la recitada Egloga, se havian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, yá que los bayles, y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la Plaza entraban tres dispuestos Pastores, que luego de todos fueron conocidos; los quales eran, el gentil Francenio, el libre Lauso, y el anciano Arsinido, el qual venia en medio de los dos Pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la Plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, y todos los mas principales Pastores estaban, á los quales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron de ellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo, y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsinido en Damon, y en Tirsi, comenzó á hablar de esta manera. La fama de vuestra sabiduria, que cerca, y lejos se estiende, discretos, y gallardos Pastores, es la que á estos Pastores, y á mí nos trae á suplicaros, querais ser jueces de una graciosa contienda, que entre estos dos Pastores ha nacido; y les, que la fiesta pasada Francenio, y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas Pastoras, entre las quales, por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos, ordenaron el que se llama de los propositos: sucedió, pues, que llegando la vez de proponer, y comenzar á uno de estos Pastores, quiso la suerte, que la Pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta, y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegandose, pues, al oído, le dixo: Huyendo vá la Esperanza. La Pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en publico lo que al otro havia dicho en secreto; hallóse que la Pastora havia seguido el proposito, diciendo. Tenerla con el deseo. Fue celebrada por los que presentes estaban la agudeza de esta respuesta; pero el que mas la solemnizó, fue el Pastor Lauso, y no menos le pareció bien á Francenio: y asi cada uno, viendo que lo propuesto, y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosarlos; y despues de haverlo hecho, cada qual procurar que su Glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse de esto, me quisieron hacer

Juez de ello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejeles que à vosotros viniesen, de cuya estremada ciencia, y sabiduría, questions de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, Pastores, vieredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los Pastores, que fue agradecerle la buena opinion que de ellos tenia; y ofrecerse de ser Juez desapasionado en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó à repetir los versos, y á decir su Glosa, que era esta:

Huyendo vá la esperanza, Que del temor perseguida
Tenerla con el deseo. Huyendo vá la esperanza.

G L O S A. Huyé, y llevase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Quando me pienso salvar Dexando por mas castigo
En la fé de mi querer, Las llaves de mi cadena
Me vienen luego á faltar En poder de mi enemigo.
Las faltas del merecer, Tanto se aleja que creo
Y las sobras del pesar. Que presto se hará invisible,
Muerese la confianza, Y en su ligereza veo,
No tiené pulsos la vida, Que ni puedo, ni es posible,
Pues se vé en mi mala andanza, Tenerla con el deseo.

Dicha la Glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia.

En el punto que os miré, Y aunque me dexa, y se vá
Como tan hermosa os ví, Con tan estraña corrida,
Luego temí, y esperè; Por milagro se verá,
Pero en fin tanto temí, Que se acabará mi vida,
Que con el temor quedé. Y mi amor no acabará,
De veros esto se alcanza Sin esperanza me veo,
Una flaca confianza, Mas por llevar el trofeo,
Y un temor acobardado, De amor sin interese,
Que por no verle á su lado, No querria; aunque pudiese,
Huyendo vá la esperanza, Tenerla con el deseo.

En acabando Lauso de decir su Glosa, dixo Arsindo. Veis aqui famosos Damon, y Tirsi, declarada la causa sobre qué es la contienda de estos Pastores: solo resta ahora, que vosotros deis la guirnalda á quien viereis que con mas justo titulo la merece, que Lauso, y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede, ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna de estas discretas Glosas: lo que yo sé decir de ellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es, que igualmente en ambas son buenas, y que la guirnalda se debe dár á la Pastora, que dió la ocasión á tan curiosa, y loable contienda. Y si de este parecer quedais satisfechos, pagadnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizandolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos Pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las Pastoras, y Pastores, que á Lauso conocían, se maravillaban de vér la libre condición suya en la red amorosa embuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua, y en la contienda que con Francenio havia tomado, que no estaba su voluntad tan esenta como solía, y andaba entre sí imaginando, quien podría ser la Pastora, que de su libre corazón triunfado havia. Quien imaginaba que la discreta Belisa, y quien que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviendoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas de estas Pastoras, y ser cada una de ellas para sujetar con su gracia, valor, y hermosura, otros tan libres corazones, como el de Lauso: Y de esta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado Pastor, apenas de sí mismo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del Pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable musica; pero viendo que yá el Sol apresuraba su carrera ázia el Ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi havia prometido, en el espacio que havia desde la Plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampona de Erastro estos versos fue cantando.

A R S I N D O .

Haga señales el Cielo	Logren siempre su semilla
De regocijo, y contento,	En el campo, y en la Villa
En tan venturoso día	Cogida à tiempo, y sazón:
Celebrense en todo el suelo	No éntre en sus viñas pulgon;
Este alegre casamiento	Ni en su trigo la neguilla.
Con general alegría.	Y dos hijos presto tengan
Cambiese de oy mas el llanto	Tan hechos en paz, y amor,
En suave, y dulce canto,	Quanto pueden desear:
Y en lugar de los pesares,	Y en siendo crecidos vengan
Vengan gustos á millares,	A ser el uno Doctor,
Que destierren el quebranto.	Y otro Cura del Lugar.
Todo el bien suceda en colmo	Sean siempre los primeros
Entre desposados tales,	En virtudes, y dineros,
Tan para en uno nacidos,	Que sí seràn, y aun Señores;
Peras les ofrezca el olmo,	Si no salen fiadores
Cerezas los carrascales,	De agudos alcavaleros.
Guindas los mirtos floridos.	Mas años que Sarra vivan
Hallen perlas en los riscos,	Con salud tan confirmada,
Uvas les dén los lentiscos,	Que de ello pese al Doctor,
Manzanas los algarrobos,	Y ningun pesar reciban,
Y sin temor de los Lobos	Ni por hija mal casada,
Ensanchen mas su apriscos.	Ni por hijo jugador.
Y sus machorras ovejas	Y quando los dos estén
Vengan è ser parideras,	Viejos, qual Matusalén,
Con que doblen su ganancia,	Mueran sin temor de daño,
Las solicitas abejas,	Y haganles su cabo de año
En los surcos de sus héras	Por siempre jamás amen.
Hagan miel en abundancia.	

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los quales mas se alargára, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio: el qual combidanido á todos los que con èl venian, se quedó en ella; sino fué que Galatea, y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi, y Damon no fuesse conocida,

no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio , y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa , pero no fue posible que lo consintiese , y asi se huvieron de quedar con sus amigos : y ellas se fueron cansadas de los bayles de aquel dia. Y Teolinda con mas pena que nunca , viendo que en las solemnes bodas de Daranio , donde tantos Pastores havian acudido , solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea , y Florisa , que con mas libres , y desapasionados corazones la pasaron , hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el Libro que se sigue.



FIN DEL TERCERO LIBRO de Galatea.

QUARTO LIBRO DE GALATEA.



ON gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea, y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste, y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado Pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, quando el Sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lagrimas en sus ojos pidió licencia á las dos Pastoras para proseguir su demanda: las cuales con muchas razones la persuadieron, que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciendole Galatea de embiar algun Pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser. Teolinda agradeció sus ofrecimientos; pero no quiso hacer lo que le pedian, antes despues de haver mostrado, con las mejores palabras que supo, la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida, las obras que de ellas havia recibido; y abrazandolas con tierno sentimiento les rogaba, que una sola hora no la detuviesen. Viendo, pues, Galatea, y Florisa quan en vano trabajaban en pensar detenerla, la encargaron, que de qualquiera suceso bueno, ó malo, que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificandola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recibirian. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha traxese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y así sería escusado que de ella saber se pudiesen. Con esta promesa de Teolinda, se satisficieron Galatea, y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del Lugar. Y así, tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveído el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salic-

lieron con ella de la Aldéa , á tiempo que yá los rayos del Sol mas derechos, y con mas fuerzas comenzaban á herir la tierra. Y havien-dola acompañado casi media legua del Lugar , al tiempo que yá querian volverse , y dejarla , vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada de ellas estaba, quatro hombres de á caballo, y algunos de á pie, que luego conocieron ser cazadores en el habito, y en losalcones, y perros que llevaban: y estandolos con atencion mirando por vér si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos Pastoras de gallardo talle, y brio: traían los rostros rebozados con dos blancos lienzos: y alzando la una de ellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los quales asi lo hicieron; y llegandose entrambas á uno de ellos, que en su talle, y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres Pastoras pudiesen oír palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron, que á poco espacio que con él hablaron, el Caballero se apeó, y haviendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban, que se volviesen, quedando solo un mgzo con el caballo, travó á las dos Pastoras de las manos, y poco à poco comenzó à entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo qual visto por las tres Pastoras Galatea, Florisa, y Teolinda, determinaron de vér, si pudiesen, quien eran las disfrazadas Pastoras, y el Caballero que las llevaba. Y así acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo, para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciendolo asi, como pensado lo havian, atajaron al Caballero, y à las Pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, vió, que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo mas espeso del bosque. Y luego por sus mismas pisadas les fueron siguiendo, hasta que el Caballero, y las Pastoras, pareciendoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo, que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea, y sus compañeras, se llegaron tan cerca, que sin ser vistas, ni sentidas, veían todo lo que el Caballero, y las Pastoras hacian, y decian: las quales, haviendo mirado á una, y otra parte, por vér si podrian ser vistas de alguno, aseguradas de esto, la una se quitó el rebozo, y apenas se le huyo quitado, quando de Teolinda fue conocida; y llegandose al oído de

Galatea, le dixo con la mas baja voz que pudo: *Es trañisima ventura es esta, porque si no es que con la pena que traygo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella Pastora que se ha quitado el rebozo, es la bella Rosaura, hija de Roselio, Señor de una Aldéa, que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje, y á dexar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran.* Mas ay desdichada, añadió Teolinda, que el Caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra Aldéa tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco: pero calla, y sosiegate, que presto veremos con qué intento ha sido aqui su venida. Quietóse con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacia, la qual, llegando al Caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada, y ayra lo semblante, le comenzó á decir: *En parte estamos, fementido Caballero, donde podré tomar de tu desamor, y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aqui, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aqui que ha mudado el traje por buscarte, la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato, y desamorado, que la que apenas en su casa, y con sus criadas sabia mover el paso, ahora por tu causa anda de valle en valle, y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía. Todas estas razones, que la bella Rosaura decia, las escuchaba el Caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte, que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su platica. Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no há mucho tiempo que enjugó tus lagrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ¿O por suerte entiendes tú, que eres aquel á quien parecian cortos, y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian, para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel, cuyas infinitas lagrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tú eres, que yá te veo, y yo soy, que yá me conozco. Pero si tú eres Grisaldo el que yo creo, y yo soy Rosaura la que tú imaginas, cumpléme la palabra que me diste, dartehe*

yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mismo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede vér por lo que he hecho, por venir á estorvar el cumplimiento de ella. Y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dexo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos yá, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quien engañas, á quien dexas, y á quien olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades, dexas á quien ha dexado á su honra, y á sí misma por seguirte, olvidas á la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del animo, y en la firmeza de la fé. Cumpleme, señor, la que me diste, si te precias de Caballero, y no te desprecies de Christiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al Cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al ayre que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen. Mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos, en quanto la vida me durare: y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fermentido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos. Advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo, lo que en negarlo pierdes. Mueve ahora tu lengua para desengañarme, de quantas la has movido para ofenderme. Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á vér lo que Grisaldo respondía; el qual levantando el rostro, que hasta allí inclinado havia tenido, encendido con la verguenza que las razones de Rosaura le havian causado, con sosegada voz, le respondió de esta manera. Si yo quisiese negar, ò Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaría asimismo que la luz del Sol es clara, y aun diría que el fuego es frio, y el ayre duro. Así que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga: pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido, y tu riguroso desden imposibilitado. Y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí misma, como á quien tan bien sabe

quan-

quantas veces, y con quantas lagrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de setlo te havia dado. Y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que á tal execucion se llegase, antes de dia en dia me ibas entreteniendo, y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto, con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos, y honrosos casamientos que tú sabes, y como yo con mil escusas me apartaba de sus importunaciones, dandotelas siempre á tí para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenia, y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dixé un dia, que la voluntad de mi padre era, que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dixiste, que mas no te hablase, y que me casase enhorabuena con Leopersia, ò con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces, que dexases aquellos zelosos devaneos, que yo era tuyo, y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas, ni condescender con mis ruegos, antes perseverando en tu obstinacion, y dureza, y en favorecer á Artandro, me embiaste á decir que te daría gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ò á lo menos desposaréme mañana, que asi está concertado entre sus parientes, y los míos. Porque veas, Rosaura, quan disculpado estoy de la culpa que me pones, y quan tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aqui adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea el casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida, y la honra. En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lagrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia: pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo, y doloroso suspiro, le dixo: Como no puede caber en tus verdes años tener, ò Grisaldo, larga, y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo, que un pequeño desden mio te haya puesto en la

libertad que publicas. Pero si tú conocieras que los zelosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban. Mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mias. Y en tal manera que me dices, que mañana te casas con Leopersia: pero yo te certifico que antes que à ella llesves al talamo: me has de llevar á mi á la sepultura, si yá no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto: y porque claro conozcas, y veas, que la que perdió por tí su honestidad, y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida: este agudo puñal que aqui traygo, pondrá en efecto mi desesperado, y honroso intento, y será testigo de la crueldad, que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto, sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo, y la rebozada Pastora su compañera no aguijara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo, y la Pastora primero que quitasen à Rosaura la daga de las manos, la qual á Grisaldo decia: Dexame, traydor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustaràs tú por mi ocasion, replicò Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes á la palabra, que por mi à Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo. Sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mismo no sabrà desear otra cosa que la que fuere de tu contento. Con estas enamoradas razones de Grisaldo, resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiendole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mismo, y echandole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lagrimas. La Pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que havia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea, y Florisa; pero mas lo fue Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo. ¿O Cielos, y qué

es lo que veo? ¿No es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es sin duda alguna: y sin mas detenerse, salió de donde estaba, y con ella Galatea, y Florisa: y como la otra Pastora vieje à Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una à la otra, admiradas de haverse hallado en tal lugar, y en tal sazón, y coyuntura. Viendo, pues, Grisaldo, y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que havian sido descubiertos de las Pastoras Galatea, y Florisa, con no poca vergüenza de que los huviesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lagrimas, con disimulacion, y comedimiento recibieron á las Pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que (quizà) de su vista los dos enamorados Pastores havian recibido, con aquel donayre con que ella todas las cosas decia, les dixo. No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo, y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viesemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el Cielo los ha traído á termino tan dichoso, en satisfaccion de ella asegurad vuestros pechos, y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea (respondió Grisaldo) dexó de dár gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligacion à tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda, y Teolinda pasaban, las quales, despues de haverse abrazado una, y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lagrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirandolas en todos los que alli estaban, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una misma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea, y Florisa no supieran diferenciarlas. Y entonces vieron con quanta razon Artidoro se havia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa, que el Sol estaba ázia la mitad del Cielo, y que sería bien buscar alguna sombra, que de sus rayos las defendiese, ó á lo menos volverse á la Aldea, pues faltandoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debían estarse tanto en el prado, dixo à Teolinda, y à Leonarda:

Tiem-

Tiempo havrá , Pastoras , donde con mas comodidad podais satisfacer nuestros desos , y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos , y por ahora busquemos á do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza , ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atrás de xamos , ó tornandonos á la Aldea , donde será Leonarda tratada con la voluntad , que tú , Teolinda , de Galatea , y de mí conoces . Y si á vosotras , Pastoras , hago solo este ofrecimiento , no es porque me olvidé de Grisaldo , y Rosaura , sino porque me parece que á su valor , y merecimiento , no puedo ofrecerles mas del deseo . Ese no faltará en mí mientras la vida me durare , respondió Grisaldo , de hacer , Pastora , lo que fuere en tu servicio , pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras . Mas por parecerme que será bien hacer lo que dices , y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí , y Rosaura ha pasado , no quiero deteneros , ni detenerme en referirlo : solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra Aldéa , en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean ; y porque Rosaura quede libre de sospecha , y no la pueda tener jamàs de la fé de mi pensamiento , con voluntad considerada mia , siendo vosotras testigos de ella , le doy la mano de ser su verdadero esposo , y diciendo esto tendió la suya , y tomó la de la bella Rosaura , y ella quedó tan fuera de sí , de vér lo que Grisaldo hacía , que apenas pudo responderle palabra , sino que se dexó tomar la mano , y de allí á un pequeño espacio dixo . A terminos me havia traído el amor , Grisaldo , señor mio , que con menos que por mí hicieras , te quedàra perpetuamente obligada ; pero pues tú has querido corresponder antes á ser quien eres , que no à mí merecimiento , haré yo lo que en mí es , que es darte de nuevo el alma , en recompensa de este beneficio , y despues el Cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga . No mas , dixo à esta sazón Galatea , no mas , señores , que adonde andan las obras tan verdaderas , no han de tener lugar los demasiados comedimientos . Lo que resta es , rogar al Cielo que trayga à dichoso fin estos principios , y que en larga , y saludable paz goceis vuestros amores . Y en lo que dices , Grisaldo , que Rosaura venga á nuestra Aldéa , es tanta la merced que en ello nos haces , que nosotras mismas te lo suplicamos . De tan buena gana iré en vuestra compañía , dixo Rosaura , que no sé con que lo encarezca , mas que con deciros , que

no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dixo Florisa, que el Aldea es lejos, y el Sol mucho, y nuestra tardanza de volver à ella notada. Vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y à estas una Pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dixo Grisaldo; y tomando à Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos, que otro dia embiaría Grisaldo un Pastor de los muchos de su padre á avisar à Rosaura de lo que havia de hacer: y que embiando aquel Pastor, sin ser notado, podria hablar á Galatea, ó á Florisa, y dár la orden que mas conviniere. A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el Caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiendose de las Pastoras, se fue acompañado de lagrimas, y de los ojos de Rosaura, que nunca de él se apartaron, hasta que le perdieron de vista. Como las Pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda, con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura asimismo fue contando á Galatea, y á Florisa, la ocasion que la havia movido á tomar el habito de Pastora, y à venir á buscar á Grisaldo, diciendo: No os causàra admiracion, hermosas Pastoras, el verme à mí en este trage, si supierades hasta do se estiende la poderosa fuerza de amor, la qual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad, y el alma, de la manera que mas es de su gusto, y huviera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion de este trage no me huviera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el Aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo, con intencion de estar-se alli algunos dias, ocupado en el sabroso exercicio de la caza. Y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hizolo asi: y la venida de Grisaldo à mi casa, fue para sacarme à mí de ella. Porque en efecto, aunque sea á costa de mi verguenza, os havré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber como, á pocos dias que él alli estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fue tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha, que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender,

con muchas; y muy verdaderas señales. Enterada, pues, yo en esta verdad, y viendo quan bien me estaba tener à Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y à poner en efecto los mios. Y asi con la intercesion de una doncella mia, en un apartado corredor, nos vimos Grisaldo, y yo muchas veces, sia que nuestra estada solos á mas se estendiese que á vernos, y à darme èl la palabra, que oy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado à dár. Ordenó, pues, mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimismo á visitar á mi padre un valeroso Caballero Aragonés, que Artandro se decia, el qual vencido, à lo que él mostró, de mi hermosura (si alguna tengo) con grandissima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Havia en este medio procurado Grisaldo traer á efecto su proposito, y mostrandome yo algo mas dura de lo que fuera menester, le iba entreteniendo con palabras, con intencion que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa, pero no queria èl hacer esto, porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica, y hermosa Leopersia, que bien debeis donocerla por la fama de su riqueza, y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé ocasion de pedirle zelos, aunque fingidos, solo por hacer prueba de la entereza de su fé; y fui tan descuidada (ó por mejor decir tan simple) que pensando que grangeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artandro, lo qual visto por Grisaldo muchas veces me significó la pena que recibia de lo que yo con Artandro pasaba, y aun me avisó, que si no era mi voluntad, de que él me cumpliese la palabra que me havia dado, que no podia dexar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones, y avisos, respondí yo sin ninguno, llena de soberbia, y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura havian echado al alma de Grisaldo, no podrian tan facilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra qualquiera belleza. Mas salióme tan al revés mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el qual cansado de mis necios, y esquivos desdenes, tuvo por bien de dexarme, y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo èl partido de mi Aldèa, y apartado de mi presencia, quando yo conocí el error en que havia caido, y con tanto ahinco me comencó á fatigar el ausencia de Grisaldo, y los zelos de Leopersia, que el ausencia de él me acababa, y los zelos de ella me consumian. Consi-

derando, pues, que si mi remedio se dilatava, havia de dexar en las manos del dolor la vida: determiné de aventurar á perder lo menos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y asi, con escusa que dí á mi padre de ir à ver una tia mia, señora de otra Aldéa, á la nuestra cercana, salí de mi casa, acompañada de muchos criados de mi padre: y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este habito, y viniese à hablar á Grisaldo, certificandole, que si yo misma no venia, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió, con condicion que traxese à Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba: y embiando por ella à nuestra Aldéa, y acomodandome de estos vestidos, y advirtiendonos de algunas cosas, que las dos haviamos de hacer, nos despedimos de ella havrá ocho dias. Y habiendo seis que llegamos á la Aldéa de Grisaldo, jamás hemos podido hallar lugar de hablarle á solas, como yo deseaba, hasta esta mañana, que supe que venia á caza, y le aguardé en el mismo lugar adonde él se despidió. Y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, haveis visto. Del qual venturoso suceso quedo tan contenta, quanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, Pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en cantarosla, echad la culpa al deseo que teniades de saberla, y al mio, que no pudo hacer menos de satisfáceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirla, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dexando esto á parte, volved los ojos, Pastoras, y vereis los de Teolinda, y Leonarda tan llenos de lagrimas, que moverán á los vuestros à no dexar de acompañarlos en ellas. Volvieron Galatea, y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decía. Y lo que el llanto de las dos hermanas causaba, era, que despues de haver dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura havia contado à Galatea, y à Florisa, le dixo. Sabrás, hermana, que asi como tú faltaste de nuestra Aldéa, se imaginó que te havia llevado el Pastor Artidoro, que aquel mismo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera. Confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro havia pasado, en la floresta. Con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca, y de

Artidoro, y en efecto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera à nuestra Aldéa un Pastor, que al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas à mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la Justicia adonde el Pastor estaba, al qual le preguntaron si te conocia, ó adonde te havia llevado. El Pastor negó con juramento, que en toda su vida te havia visto, ni sabia que era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de vér que el Pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el Pueblo, y hablado, y baylado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron à la prision, donde estuvo algunos dias, sin que ninguno le hablase, al cabo de los quales, yendole à tomar su confesion, tornó à jurar que no te conocia, y que en toda su vida havia estado mas de aquella vez en nuestra Aldéa, y que mirasen, (y esto otras veces lo havia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser èl, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto estremo como descubriría la verdad, quando les mostrase que se havian engañado, teniendo à èl por Artidoro; porque èl se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural de la Aldéa de Grisaldo; y en efecto tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que èl no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian, que tal maravilla como la de pareernos yo á tí, y Galercio à Artidoro, no se havia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir à verle muchas veces á do estaba preso; y fue la vista de suerte, que quedè sin ella, á lo menos para mirar cosas que me dén gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es, que èl se fue de la Aldéa sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decirselo, y asi me quedé con la pena que imaginar se puede, hasta que la tia de Rosaura me embió á pedir á mi por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recibí sumo contento, por saber que veniamos á la Aldéa de Galercio, y que allí le podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que há quatro dias que estamos en su Aldéa, y nunca le he visto, aunque he preguntado por èl, y me dicen que està en el campo con su ganado. He preguntado tam-

bien por Artidoro, y hanme dicho, que de unos dias á esta parte no parece en el Aldéa; y por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del qual podria ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demás que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la Aldéa. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero quando llegó á saber que en el Aldéa de Artidoro no se sabia de él nueva alguna, no pudo tener las lagrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabia nuevas de su hermano; y asi determinó de ir otro dia á buscar á Galercio do quiera que estoviese; y haviendole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le havia sucedido, despues que en busca de Artidoro andaba, abrazandola otra vez, se volvió adonde las Pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos arboles que del calor del Sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le havia dicho con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio, y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dixo Galatea: Quien vé la semejanza tan estraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse, aunque otras vea, pues ninguna (á lo que yo creo) á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro, y Galercio es tanta, que si á la nuestra excede, á lo menos en ninguna cosa se quedará atrás. Quiera el Cielo, dixo Florisa, que asi como los quatro os semejais unos á otros, asi os acomodeis, y parezcáis en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo el mundo embidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicára á estas razones Teolinda, si no lo estorvára la voz que oyeron, que dentro los arboles salia, y parandose todas á escucharla, luego conocieron ser del Pastor Lauso, de que Galatea, y Florisa grande contento recibieron, porque en estremo deseaban saber de quien andaba Lauso enamorado, y creyeron que de esta duda las sacaria lo que el Pastor cantase, y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el Pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solós sus pensamientos, y de un pequeño rabel, al son del qual de esta manera cantaba.

L A U S O .

Si yo dixere el bien del pensamiento,
 En mal se buelva quanto bien poseo;
 Que no es para decirse el bien que siento.
 De mí mismo se encubra mi deseo,
 Enmudezca la lengua en esta parte,
 Y en silencio ponga su trofeo.
 Pare aquí el artificio, cese el arte
 De exagerar el gusto que en una alma
 Con mano liberal amor reparte.
 Baste decir que en sosegada calma
 Paso el mar amoroso, confiado
 De honesto triunfo, y vencedora palma.
 Sin saberse la causa, lo causado
 Se sepa, que es un bien tan sin medida,
 Que solo para el alma es reservado,
 Yá tengo nuevo sér, yá tengo vida,
 Yá puedo cobrar nombre en todo el suelo,
 Dé ilustre, y clara fama conocida.
 Que el limpio intento, el amoroso zeló,
 Que encierra el pecho enamorado mio,
 Alzarme pueda al mas subido Cielo.
 En tí, Silena, espero, en tí confio,
 Silena, gloria de mi pensamiento,
 Norte por quien se rige mi alvedrío:
 Espero que el sin par entendimiento
 Tuyo, levantes á entender que valgo
 Por fé lo que no está en merecimiento.
 Confio que tendrás, Pastora, en algo
 (Despues de hacerte cierta la experiencia)
 La sana libertad de un pecho hidalgo.
 ¿Qué bienes no asegura tu presencia?
 ¿Qué males no destierra? ¿Y quién sin ella
 Sufrirá un punto la terrible ausencia?
 O mas que la belleza misma bella,
 Mas que la propia discrecion discreta
 Sol á mis ojos, y à mi mar estrella.

No la que fue de la nombrada Creta

Robada por el falso hermoso toro,

Iguale á tu hermosura tan perfecta.

Ni aquella que en sus faldas granos de oro

Sintió llover, por quien despues no pudo

Guardar el virginal rico tesoro.

Ni aquella que con brazo ayrado, y crudo

En la sangre castisima del pecho

Tiñó el puñal en su limpieza agudo.

Ni aquella que à furor movió, y despécho

Contra Troya los Griegos corazones,

Por quien fue el Ilion roto, y deshecho.

Ni la que los Latinos esquadrones

Hizo mover, contra la Teucra gente

A quien Jano causó tantas pasiones.

Ni menos la que tiene diferente

Fama de la certeza, y el trofeo,

Con que su honestidad guardó excelente.

Digo que aquella que lloró à Siqueo,

Del Mantuano Titiro notada,

De vano antojo, y no cabal deseo.

No en quantas tuvo hermosas la pasada

Edad, ni la presente tiene ahora,

Ni en la de por venir será hallada,

Quien llegase ni llegue à mi Pastora

En valor, en saber, en hermosura,

En merecer del mundo ser señora.

Dichoso aquel que con firmeza pura

Fuere de tí, Silena, bien querido,

Sin gustar de los zelos la amargura.

Amor que à tanta alteza me has subido,

No me me derribes con pesada mano

A la bajeza obscura del olvido:

Sé conmigo señor, y no tyrano.

No cantó mas el enamorado Pastor, ni por lo que cantado havia pudieron las Pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró à Silena en su canto, por este nombre no fue la Pastora conocida: y asi imaginaron que co-

mo Lauso havia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia, y Europa, que alguna Pastora forastera sería la que havia rendido la libre voluntad suya. Mas volviendo à considerar, que le havian visto pocos dias atrás triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre, celebraba alguna conocida Pastora, à quien havia hecho señora de sus pensamientos: y así sin satisfacerse en su sospecha, se fueron ázia la Aldéa, dexando al Pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no huvieron andado mucho, quando vieron venir desde lejos algunos Pastores, que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio, y Marsilio, con todos los mas principales Pastores de la Aldéa, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los quales salian à tener la siesta à la Fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las entrincadas ramas de los espesos, y verdes arboles; y antes que los Pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda, y Rosaura, de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi, y Damon no fuesen conocidas. Los Pastores llegaron haciendo cortesés recibimientos á las Pastoras, combidandolas á que en su compañía la siesta pasar quisiesen: mas Galatea se escusó con decir, que aquellas forasteras Pastoras que con ella venian, tenían necesidad de ir à la Aldéa: con esto se despidió de ellos, llevando trás sí las almas de Elicio, y Erastro, y aun las encubiertas Pastoras los deseos de conocerlas de quantos allí estaban. Ellas se fueron á la Aldéa, y los Pastores á la fresca Fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su Hermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, le rogaron, que por aquel día con ellos se quedase, jamás lo pudieron acabar con él, antes abrazandolos á todos se despidió, encargando, y rogando á Erastro, que no dexase de verle todas las veces que por su Hermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su Hermita, y dexando á los Pastores, no sin dolor de vér la estrechez de vida, que en tan verdes años havia escogido; pero mas se sentía entre aquellos que le conocian, y sabian la calidad, y valor de su persona. Llegados los Pastores à la Fuente, hallaron en ella á tres Caballeros, y á dos hermosas damas que de camino venian, y

fatigados del cansancio, y combidados del ameno, y fresco lugar, les pareció ser bien dexar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos algunos criados, de manera, que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los Pastores, así como los vieron, dexarles el lugar desocupado; pero uno de los Caballeros (que el principal parecia) viendo que los Pastores, de comedidos se querian ir á otra parte, les dixo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos Pastores, pasar la siesta en este deleytoso sitio, no os lo estorve nuestra compañía, antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposicion, y manera; y siendo el lugar, como lo es, tan acomodado, para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí, y á estas damas, si no venís en lo que yo en su nombre, y el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro deseo, que por ahora no se estendia á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torcieramos solo por hacer lo que pedís. Obligado quedo, respondió el Caballero, á muestras de tanta voluntad, y para mas certificarme, y obligarme con ella, sentaos, Pastores, al rededor de esta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto havian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces: pero viendo que los Pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan estraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciendoles que despues de la de Galatea, no podia haver en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una de ellas (que de mas edad parecia) á la mas pequeña en cierto donayre, y brio se aventajaba. Sentados, pues, y acomodados todos, el segundo Caballero, que hasta entonces ninguna cosa havia hablado, dixo. Quando me paro á considerar, agradables Pastores, la ventaja que hace al cortesano, y sobervio trato, el pastoral, y humilde vuestro, no puedo dexar de tener lastima á mí mismo, y á vosotros honesta embidia. ¿Por qué dices eso, amigo Darintho? dixo el otro Caballero. Digolo, señor, replicó estotro, porque veo con quan-

quanta curiosidad vos, y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y quan poco viene à lucirnos, pues la pura, el oro, el brocado, los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares comidos à deshoras, y tan costosos como mal gastados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos à los ojos de quien nos mira. Todo lo qual puedes vér diferente en los que siguen el rustico exercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los quales podria ser (y aun es asi) que se huviesen sustentado, y sustentan de manjares simples, y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud, que la blancura quebrada de los nuestros, y quan bien les está à sus robustos, y sueltos miembros, un pellico de blanca lana, una caperuza parda, y unas antiparas de qualquier color que sean; y con esto à los ojos de sus Pastoras, deben de parecer mas hermosos, que los bizarros cortesanos à los de las retiradas damas. ¿Qué te diría, pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto, lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaria la mia con ella. En deuda te estamos todos los Pastores, dixo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir, que hay en la rustica vida nuestra tantos resbaladeros, y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dexar de venir en lo que dices, replicó Darintho, porque yá se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra. Pero en fin, en la pastoral hay menos, que en la Ciudadana, por estar mas libre de ocasiones que alteren, y desasosieguen el espíritu. Quan bien se conforma con tu opinion, Darintho, dixo Damon, la de un Pastor amigo mio, que Lauso se llama, el qual despues de haver gastado algunos años en cortesanos exercicios, y algunos otros en los trabajos del duro Marte, al fin se ha reducido à la pobreza de nuestra rustica vida, y antes que à ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una Cancion, que compuso, y embió al famoso Larsileo, que en los negocios de la Corte tiene larga, y exercitada experiencia, y por haverme à mi parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dixera, si imaginàra que à ello me diera lugar el tiempo, y à

vosotros no os cansàra el escucharla. Ninguna otra cosa a nos darà mas gusto, que escucharte, discreto Damon, respondió Darintho, llamando á Damón por su nombre (que yá le sabía, por haverle oído nombrar á los otros Pastores sus amigos) y así yo de mi parte te ruego, nos digas la Cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices á mi proposito, y tú la has tomado de memoria, imposible serà que dexes de ser buena. Comenzaba Damon à arrepentirse de lo que havia dicho, y procuraba escusarse de lo prometido, mas los Caballeros, y Damas se lo rogaron tanto, y todos los Pastores, que èl no pudo escusar el decirlo. Y así, haviendose sosegado un poco, con gentil donayre, y gracia dixo de esta manera.

D A M O N.

El vano imaginar de nuestra mente,

De mil contrarios vientos arrojada,

Acá, y allá con curso presuroso,

La humana condicion flaca doliente:

En caducos placeres ocupada,

Do busca sin hallarle algun reposo:

El falso, el mentiroso mundo,

Prometedor de alegres gustos:

La voz de sus Sirenas,

Mal escuchada apenas,

Quando cambia su gusto en mil disgustos:

La Babylonia, el Caos que miro, y leo

En todo quanto veo:

El cauteloso trato cortesano,

Junto con mi deseo,

Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, Señor, que allí llegàra

Do llega mi deseo, el corto buelo

De mi grosera mal cortada pluma,

Solo para que luego se ocupàra

En levantar al mas subido buelo

Vuestra rara bondad, y virtud suma.

Mas quien hay que presume

Echar sobre sus hombros tanta carga,

Sino es un nuevo Atlante
 En fuerzas tan bastante,
 Que poco el Cielo le fatiga, y carga,
 Y aún le será forzoso que se ayude,
 Y el grave peso mude
 Sobre los brazos de otro Alcides nuevo,
 Y aunque se encorve, y sude,
 Yo tal fatiga por descanso apruebo.
 Yá que á mis fuerzas esto es imposible,
 Y el inutil deseo doy por muestra
 De lo que encierra el justo pensamiento,
 Veamos si quizá será posible
 Mover la flaca mal contenta diestra
 A mostrar por enigma algun contento.
 Mas tan sin fuerzas siento
 Mi fuerza en esto, que será forzoso
 Que apliqueis los oidos
 A los tristes gemidos
 De un desdeñado pecho congojoso,
 A quien el fuego, el ayre, el mar, la tierra,
 Hacen contigo guerra,
 Todos en su desdicha conjurados,
 Que se remata, y cierra
 Con la corta ventura de sus hados.
 Si esto no fuera, fácil cosa fuera
 Tender por la region del gusto el paso,
 Y reducir cien mil á la memoria
 Pintando el monte, el rio, y la ribera,
 No amor, el hado, la fortuna, y caso
 Rindieron á un Pastor toda su gloria.
 Mas esta dulce historia
 El tiempo triunfa, y solo queda della
 Una pequeña sombra,
 Que ahora espanta, asombra
 Al pensamiento que mas piensa en ella.
 Condicion propia de la humana suerte
 Que el gusto nos convierte
 En pocas horas en mortal disgusto,

Y nadie habrá que acierte
 En muchos años con un firme gusto.
 Vuelva, y revuelva en alto, suba, ó baje
 El vano pensamiento al hondo abysmo,
 Corra en un punto desde Tile à Batro,
 Que él dirà quanto mas sude, y trabaje,
 Y del termino salga de sí mismo,
 Puesto en la esfera, ó en el cruel Baratro,
 O una, y tres, y quatro,
 Cinco, y seis, y mas veces venturoso
 El simple ganadero,
 Que con un pobre apero
 Vive con mas contento, y mas reposo,
 Que el rico Creso, ó el avariento Mida,
 Pues con aquella vida
 Robusta, pastoral, sencilla, y sana
 De todo punto olvida
 Esta misera falsa cortesana.
 En el rigor del erizado invierno,
 Al tronco entero de robusta encina
 (De Vulcano abrasada) se calienta.
 Y allí en sosiego trata del gobierno
 Mejor de su ganado, y determina
 Dar de sí al Cielo no intrincada cuenta.
 Y quando yá se auyenta
 El encogido esteril, yerto frio;
 Y el gran señor de Delo
 Abrasa el ayre, el suelo
 En el margen sentado de algun rio,
 De verdes sauces, y alamos cubierto,
 Con rustico concierto
 Suelta la voz, ó toca el caramillo,
 Y á veces se vé cierto
 Las aguas detenerse por oíllo.
 Poco allí se fatiga el rostro grave
 Del privado que muestra en apariencia
 Mandar allí do no es obedecido,

Ni el alto exagerar con voz suave
 Del falso adulator, que en poca ausencia
 Muda opinion, señor, vando, y partido,
 Ni el desdèn sacudido
 Del sutil Secretario le fatiga,
 Ni la altivéz honrada
 De la llave dorada,
 Ni de los varios principes la liga,
 Ni del manso ganado un punto parte,
 Porque el furor de Marte
 A una, y à otra parte suene ayrado,
 Regido por tal arte,
 Que apenas su sequaz se vè medrado.

Reduce à pocos pasos sus pisadas
 Del alto monte al apacible llano.
 Desde la fresca fuente al claro rio,
 Sin que por ver las tierras apartadas
 Las mobiles campañas del Océano
 Are cón loco antiguo desvarío.
 No le levanta el brio
 Saber que el gran Monarca invicto vive
 Bien cerca de su Aldea,
 Y aunque su bien desea,
 Poco disgusto en no verle recibe.
 No como el ambicioso entremetido,
 Que con seso perdido
 Anda tras el favor, tras la privanza,
 Sin nunca haver teñido
 En Turca, ó Mora sangre espada, ó lanza,

No su semblante, ó su color se muda,
 Porque mude color, mude semblante
 El señor à quien sirve, pues no tiene
 Señor que fuerce á que con lengua muda
 Siga qual Clicie à su dorado amante
 El dulce, ó amargo gusto que le viene.
 No le vereis que pene
 De temor, que un descuido, una nonada,

En el ingrato pecho
 Del señor el derecho,
 Borre de sus servicios, y sea dada
 De breve despedida la sentencia,
 No muestra en apariencia
 Otro de lo que encierra el pecho sano,
 Que la rústica ciencia
 No alcanza el falso trato cortesano.
 ¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
 ¿Quién no dirá que aquella sola es vida,
 Que al sosiego del alma se encamina?
 El no tenerla el cortesano en precio
 Hace que su bondad sea conocida
 De quien aspira al bien, y al mal declina,
 O vida do se afina
 En soledad el gusto acompañado,
 O pastoral bajeza
 Mas alta que la alteza
 Del cetro mas subido, y levantado.
 O flores olorosas, ó sombríos
 Bosques, ó claros ríos,
 Quien gozaros pudiera un breve tiempo,
 Sin que los males míos
 Turbasen tan honesto pasatiempo.
 Cancion, à parte vas do seràn luego
 Conocidas tus faltas, y tus obras:
 Mas dí, si aliento cobras,
 Con rostro humilde enderezado á ruego:
 Señor perdon, porque el que acá me embia,
 En vos, y en su deseo se confia.

Esta es, señores, la Cancion de Lauso, dixo Damon en acabandola: la qual fue tan celebrada de Lariseo, quanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, respondió Darintho, pues la verdad, y artificio suyo, es digno de justas alabanzas. Estas Canciones son las de mi gusto, dixo à este punto el desamorado Lenio, y no aquellas, que à cada paso llegan á mis oídos llenas de mil simples conceptos amorosos,

tan mal dispuestos , é intrincados , que osaré jurar , que hay algunas , que ni las alcanza quien las oye , por discreto que sea , ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dár alabanzas à Cupido , y en exagerar su poder , su valor , sus maravillas , y milagros , haciendole Señor del Cielo , y de la tierra , dandole otros mil atributos de potencia , de mando , y señorío ; y lo que mas me cansa á mí de los que las hacen , es , que quando hablan de amor , entienden de un no sé quien , que ellos llaman Cupido , que la misma significacion del nombre nos declara quien es él , que es un apetito sensual , y vano , digno de todo vituperio. Habló el desamorado Lenio , y en fin hubo de parar en decir mal de amor ; pero como todos los mas que allí estaban conocían su condicion , no repararon mucho en sus razones , sino fue Erastro que le dixo : ¿Piensas , Lenio , por ventura , que siempre estás hablando con el simple Erastro , que no sabe contradecir tus opiniones , ni responder à tus argumentos? ¿Pues quierote advertir , que te será sano callar por ahora , ó á lo menos tratar de otras cosas , que de decir mal de amor , si yà no gustas que la discrecion , y ciencia de Tirsi , y de Damon , te alumbren de la ceguedad en que estás , y te muestren á la clara lo que ellos entienden , y lo que tú debes entender del amor , y de sus cosas. ¿Qué me podrán ellos decir , que yo no sepa? dixo Lenio ; ¿ó qué les podrè yo replicar , que ellos no ignoren? Sobervia es esa , Lenio , respondió Elicio , y en ella muestras quan fuera vàs del camino de la verdad de amor , y que te riges mas por el norte de tu parecer , y antojo , que no por el que debias regir , que es el de la verdad , y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras , respondió Lenio , le soy tan contrario como maestro , y mostraré mientras la vida me durare. ¿En qué fundas tu razon? dixo Tirsi : ¿En què , Pastor? respondió Lenio : En que por los efectos que hacen , conozco quan mala es la causa que los produce. ¿Quales son los efectos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los dirè , si con atencion me escuchas , dixo Lenio ; pero no querria que mi platica enfadase los oídos de los que están presentes , pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ninguna cosa havrá que sea mas del nuestro , dixo Darintho , que oír tratar de esta materia , especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion , y asi por mi parte (si la de estos Pastores no lo estorva) te ruego , Lenio , que si-

gás adelante la comenzada plática. Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella quanta razon me fuerza à seguir la opinion que sigo, y à vituperar qualquiera otra que á la mia se opusiere. Comienza, pues, ó Lenio, dixo Damon, que no estarás mas en ella, de quanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazón, yà que Lenio se preparaba à decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos Pastores, y con él asimismo venian Galatea, y Florisa, con las tres rebozadas Pastoras, Rosaura, Teolinda, y Leonarda, á las quales, habiendolas topado à la entrada de la Aldea, y sabiendo de ellas la junta de Pastores, que en la Fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras Pastoras en que por sus rebozos no serían de alguno conocidas. Levantaronse todos à recibir á Aurelio, y à las Pastoras, las quales se sentaron con las Damas, y Aurelio, y los Pastores con los demás Pastores. Pero quando las Damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podían apartar los ojos de mirarla. No lo fue menos Galatea de la hermosura de ellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó quando supieron lo que entre el discreto Tirsi, y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en estremo deseaba ver aquella junta, y oír aquella disputa, y mas entonces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y así, sin mas esperar, sentandose Lenio en un tronco de un demochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, de esta manera comenzó á decir.

L E N I O .

Yá casi adivino, valerosa, y discreta compañía, como yà en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido, y temerario, pues con el poco ingenio, y menos experiencia, que puede prometer la rustica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta, con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas Academias, y cuyos bien sabidos estudios, no pueden asegurar en mi pretension, sino segura pérdida. Pero confiado que à las veces la fuerza del natural

ingenio adornado con algun tanto de experiencia , suele descubrir nuevas sendas , con que facilitan las ciencias por largos años sabidas : quiero atreverme oy à mostrar en público las razones que me han movido à ser tan enemigo de amor , que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado. Y aunque otra cosa no me moviera à hacer esto , sino vuestro mandamiento , no me escusara de hacerlo : quanto mas , que no será pequeña la gloria que de aqui he de grangear , aunque pierda la empresa , pues al fin dirá la fama , que tuve animo para competir con el nombrado Tirsi : y asi con este presupuesto , sin querer ser favorecido , sino es de la razon que tengo , à ella solo invoco , y ruego , dé tal fuerza à mis palabras , y argumentos , que se muestre en ellas , y en ellos la que tengo , para ser tan enemigo del amor como público.

Es , pues , amor (segun he oido decir à mis mayores) un deseo de belleza : y esta difinicion le dan (entre otras muchas) los que en esta question han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza , forzosamente se me ha de conceder , que qual fuere la belleza que se amáre , tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras , corporea , é incorporea ; el amor que la belleza corporal amáre como ultimo fin suyo , este tal amor no puede ser bueno , y este es el amor de quien yo soy enemigo : pero como la belleza corporea se divide asimismo en dos partes , que son en cuerpos vivos , y en cuerpos muertos , tambien puede haver amor de belleza corporal que sea bueno. Muestrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones , y de hembras , y esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas , y que todas juntas hagan todo un perfecto , y formen un cuerpo proporcionado de miembros , y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva , consiste en pinturas , estatuas , edificios : la qual belleza puede amarse , sin que el amor con que se amáre se vitupere. La belleza incorporea se divide tambien en dos partes , en las virtudes , y ciencias del anima , y el amor que á la virtud se tiene , necesariamente ha de ser bueno , y ni mas ni menos el que se tiene á las virtuosas ciencias , y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza , la causa que engendra el amor en nuestros pechos : siguese que en el amar la una á la otra , consista ser el amor bueno , ó malo : pero como la belleza incorporea se considera con los ojos del entendimiento limpios , y claros , y la belleza corporea se mira con

los ojos corporales (en comparacion de los incorporeos) turbios, y ciegos; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorporea, que glorifica: siguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca, y mortal belleza que los destruye, que no la singular, y divina que los mejora. Pues de este amor, ó desear la corporal belleza, han nacido, nacen, y nacerán en el mundo, asolacion de Ciudades, ruina de Estados, destruccion de Imperios, y muertes de amigos: y quando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores? qué tormentos mas graves? qué incendio? qué zelos? qué penas? qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa de esto, que como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse, y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en-él los suspiros, las lagrimas, las quejas, y desabrimientos. Pues que sea verdad, que la belleza de quien hablo, no se puede gozar perfecta, y enteramente, está manifiesto, y claro, porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera de él, y no sea toda suya. Porque las entrañas conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna, y caso, y no en poder de nuestro alvedrio, y asi se concluye, que donde hay amor hay dolor, y quien esto negase, negaría asimismo que el Sol es claro, y el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del animo discurriendo, se verá clara la verdad que sigo. Son, pues, las pasiones del animo (como mejor vosotros sabéis) discretos Caballeros, y Pastores, quatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades: las quales pasiones, por ser como vientos contrarios, que la tranquilidad del animo perturban (con mas propio vocablo) perturbaciones son llamadas: y de estas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo. Y asi es el deseo principio, y origen de todas nuestras pasiones, proceden como qualquier arroyo de su fuente. Y de aqui viene, que todas las veces, que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla, y á buscarla, y buscando-

la, y siguiendola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija. Este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstaculo con la razon, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos de él. Y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, antes como del deseo de las cosas (como yá está dicho) todas las pasiones nacen: asi del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derriban: y estos son en los enamorados no menos diversos, que infinitos. Y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos, y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos, que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la qual, ¡ó quantas, y quan duras cosas se encuentran! ¡Quantas veces se cae, y quantas agudas espinas atormentan sus pies, y quantas veces primero se pierde la fuerza, y el aliento, que dén alcance á lo que procuran! Algunos otros hay, que yá de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean, ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras, y tiempo consumido, en la felicidad son miseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que yá estan fuera de la posesion de sus bienes, procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lagrimas, y al cabo en estas miserias ocupandose, se ponen á terminos de perder la vida. Mas no se vén estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha, y espaciosa, la qual despues poco á poco se vá cerrando: de manera, que para volver, ni pasar adelante ningun camino se ofrece. Y asi engañados, y traídos los miseros amantes con una dulce, y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras, que en sus pechos una falsa, y flaca esperanza engendran, arrojanse luego á caminar träs ella, agujados del deseo, y despues á poco trecho, y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lagrimas, á turbar el

ayre con suspiros, fatigar los oídos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lagrimas, con los suspiros, y con las quejas, no puede venir al fin de lo que desea, luego muda estilo, y procura alcanzar por malos medios, lo que por buenos no puede. De aqui nacen los odios, las iras, las muertes, asi de amigos, como de enemigos. Por esta causa se han visto, y se vén á cada paso, que las tiernas, y delicadas mugeres se ponen á hacer cosas tan estrañas, y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por estas se vén los santos, y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto, y descuidado marido. Por venir al fin de este deseo, es traydor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones, y solicita parientas. Mas porque claramente se vea quanta es la miseria de los enamorados, yá se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto impetu al objeto propuesto nos lleva, como aquel, que de las espuelas de amor es solicitado; y de aqui viene, que ninguna alegria, ó contento, pasa tanto del debido termino, como aquella del amante, quando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se vé, porque ¿qué persona havrá de juicio, sino es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes, de tan poco momento, qual las considera un entendimiento desapasionado; y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguen, se ha de decir, que son felices, y bienaventurados: porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos, y sinsabores, con que amor se los agua, y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega, y alcanza la pena. Y es tan mala el alegria de los amantes, que los saca fuera de sí mismos, tornandolos descuidados, y locos: porque como ponen todo su intento, y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado, que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se le sigue, asi de hacienda, como de honra, y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mismos esclavos de mil congojas, y enemigos de sí propios. ¿Pues qué quando sucede, que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los zelos? Allí se les obscurece el Cielo, se les turba el ayre, y todos

los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entonces de quien esperar contento, pues no se le puede dár el conseguir el fin que desean: allí acude el temor continuo, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa, y el verdadero llanto, con otros mil estraños, y terribles accidentes, que le consumen, y atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada les fatigan, si mira, si ríe, si terna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente, todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mismas que atormentan al amante zeloso. Y quien no sabe, que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, quán costosos le son al amante qualesquier otros medios, que el desdichado pone para conseguir su intento. ¿Qué de lagrimas derrama? ¿Qué de suspiros esparce? ¿Quantas cartas escribe? ¿Quantas noches no duerme? ¿Quantos, y quán contrarios pensamientos le combaten? ¿Quantos recelos le fatigan? ¿Y quantos temores le sobresaltan? ¿Hay por ventura Tantalo, que mas fatiga tenga entre las aguas, y el manzano puestto, que la que tiene el miserable amante entre el temor, y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido, los cantares de las hijas de Danao, tan sin provecho derramados, que jamás llegan á conseguir una minima parte de su intento. ¿Hay Aguila que asi destruya las entrañas de Ticio, como destruyen, y roen los zelos del amante zeloso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor continuo los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva, y atormente, que las prestatas, y varias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Minos, ni Radamanto, que asi castiguen, y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga, y apremia el amor al enamorado pecho, que al instufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alcesto, que asi maltraten el anima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor, y se le humillan como vasallos, los quales por dár alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen (ó á lo menos dixeron los antiguos Gentiles) que aquel instinto, que incita, y mueve al enamorado, para amar mas que á su propia vida la agena, era un Dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que asi, forzados de su deidad, no podian dexar de

seguir, y caminar tras lo que él quería. Movióles á decir esto, y á dár nombre de Dios á este deseo, el vér los efectos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estár un amante en un instante mismo temeroso, y confiado, arder lejos de su amada, helarse quando mas cerca de ella: mudo quando parlero, y parlero quando mudo. Extraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dár voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamás promete, ni puedé dár cosa que buena sea. ¡O amarga dulzura, ó venenosa medicina de los amantes no sanos, ó triste alegría, ó flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efectos de este Dios imaginado, estas son sus hazañas, y maravillosas obras. Y aunque tambien puede verse en la pintura con que figuraban á este su vano Dios, quan vanos ellos andaban, pintabanle niño desnudo, alado, vendados los ojos, con arco, y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple, y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo, y pobre de las riquezas del entendimiento. Decían asimismo, que entre las saetas suyas, tenia dos, la una de plomo, y la otra de oro, con las cuales diferentes efectos hacía: porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba; y la de oro, crecido amor en los que heria, por solo avisarnos, que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en valde cantan los Poetas á Atalanta, vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Danae, preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Eneas, descender al Infierno con el ramo de oro en la mano; en fin, el oro, y la dadiva es una de las fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta. Bien al revés de la de plomo, metal bajo, y menospreciado, como lo es la pobreza, la qual antes engendra odio, y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta ahora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo con estár mal con este péfido amor, de quien trato oy, observad en algunos exemplos verdaderos, y pasados los efectos suyos, y vereis, como yo veo, que no vé, ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos, pues, quién sino este amor es aquel, que al justo Loth hizo romper el casto in-

tento, y violar á las propias hijas suyas? Este es, sin duda, el que hizo, que el escogido David fuese adultero, y homicida; y el que forzó al libidinoso Amón á procurar el torpe ayuntamiento de Thamar, su querida hermana, y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traydoradas faldas de Dálida, por donde, perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él, y otros muchos la vida. Este fue el que movió la lengua de Herodes, para prometer á la bayladora niña la Cabeza del Precursor de la vida. Este hace que se dude de la salvacion del mas sabio, y rico Rey de los Reyes, y aun de todos los hombres. Este reduxo los fuertes brazos del famoso Hercules, acostumbrados á régir la pesada maza, á torcer un pequenuelo uso, y exercitarse en mugeriles ejercicios. Este hizo que la furiosa, y enamorada Medea espaciese por el ayre los tiernos miembros de su pequeño hermano. Este cortó la lengua á Progne, Aragne, y á Hipolito; infamó á Pasifae, destruyó á Troya, y mató á Egipto. Este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera Reyna pasase su casto pecho con la aguda espada. Este puso en las manos de la nombrada, y hermosa Sasonisba el vaso mortifero veneno, que le acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el Reyno á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida, y la honra á su amiga. Este, en fin, entregó nuestras Españas á la barbara furia Agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traerlos á la memoria los exemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho, y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada platica, por dár lugar á que el famoso Tirsime responda, rogandoos primero señores, no os entide oir una cancion, que algunos dias hà tengo hecha en vituperio de este mi enemigo, la qual, si bien me acuerdo, dice de esta manera:

Sin que me pongan miedo, el yelo, y fuego,
 El arco, y flechas del Amor tyrano
 En su deshonra, hé de mover mi lengua:
 ¿Que quién há de temer á un niño ciego
 De vario antojo, y de juicio insano,
 Aunque mas amenace daño, y mengua?

Mi gusto crece , el valor desmengua
 Quando la voz levanto
 Al verdadero canto,
 Que en vituperio del Amor se forma,
 Con tal verdad , con tal manera , y forma,
 Que à todo el mundo su maldad descubre,
 Y claramente informa
 Del cierto daño , que el Amor encubre.
 Amor es fuego que consume al alma,
 Yelo , que yela ; flecha que abre el pecho,
 Que de sus mañas vive descuidado:
 Turbado mar do se ha visto calma,
 Ministro de ira , padre del despecho,
 Enemigo de amigo disfrazado,
 Dador de escaço bien , y mal colmado,
 Afable lisonjero,
 Tyrano , crudo , y fiero,
 Y Circe engañadora que nos muda
 En varios monstruos , sin que humana ayuda
 Pueda al pasado sér nuestro volvernos,
 Aunque ligera acuda
 La luz de la razón à socorrernos.
 Yugo que humilla al mas erguido cuello,
 Blanco à do se encaminan los deseos
 Del ocio blando , sin razon nacidos,
 Red engañosa de sutil cabello,
 Que cubre , y prende en torpes actos feos
 Los que del mundo son en mas tenidos.
 Sabroso mal de todos los sentidos,
 Ponzoña disfrazada
 Qual pildora dorada,
 Rayo que adonde toca abrasa , y hiende,
 Ayrado brazo que á traycion ofende,
 Verdugo del cautivo pensamiento,
 Y del que se defiende
 Del dulce alhago de su falso intento.

Daño que place en los principios , quando
 Se regala la vista en el sugeto,
 Que qual el Cielo bello le parece,
 Mas tanto quanto mas pasa mirando,
 Tanto mas pena en publico , y secreto
 El corazon que todo lo padece,
 Mudo hablador , parlero que enmudece,
 Cuerdo que desatina
 Pura total ruina
 De la mas concertada alegre vida.
 Sombra de bien en males convertida,
 Buelo que nos levanta hasta la esfera,
 Para que en la caída
 Quede vivo el pesar, y el gusto muera.
 Invisible ladron que nos destruye,
 Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
 Llevandonos el alma à cada paso.
 Ligereza que alcanza al que mas huye,
 Enigma que ninguno hay que la entienda,
 Vida que de continuo està en traspaso,
 Guerra elegida , y que nace acaso,
 Tregua que poco dura,
 Amada desventura,
 Preñez , que por jamàs á sazón llega,
 Enfermedad que al anima se pega,
 Cobarde que se arroja al mal , y atreve,
 Deudor que siempre niega
 La deuda averiguada que nos debe.
 Cercado laberinto, do se anida
 Una fiera cruel, que se sustenta
 De rendidos humanos corazones,
 Lazo donde se enlaza nuestra vida,
 Señor que al mayordomo pide cuenta
 De las obras , palabras , é intenciones,

Codicia de mil varias pretensiones,
 Gusano que fabrica
 Estancia pobre, ó rica,
 Do poco espanto habita, y al fin muere,
 Querer que nunca sabe lo que quiere,
 Nube que los sentidos obscurece,
 Cuchillo que nos hiere:
 Este es amor, seguidle, si os parece.

Con esta Cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella, y con él dexó admirados algunos de los que presentes estaban, especialmente à los Caballeros, pareciendoles que lo que Lenio havia dicho, de mas caudal, que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo, y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiendose todos en su imaginacion, que sin duda alguna à la de Lenio haria ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad, y en la experiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad, que la lastimada Feolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la Dama, que con Darintho, y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio, mil puntos de los sucesos de sus amores: y esto fue quando llegó à tratar de lagrimas, y suspiros, y de quan caros se compraban los contenidos amorosos. Solas la hermosa Galatea, y la discreta Florisa iban fuera de esta cuenta, porque hasta entonces no se la havia tomado amor de sus hermosos, y rebeldes pechos, y asi estaban atentas, no mas de escuchar la agudeza con que los dos famosos Pastores disputaban, sin que de los efectos de amor que oían, viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir à mejor termino la opinion del desamorado Pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los animos de los circunstantes, poniendose frontero de Lenio, con suave, y levantando tono, de esta manera comenzó à decir.

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado Pastor, no me asegurára que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos ahora se halla; antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dexára con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte à mejor proposito, no quiero dexar con mi silencio à los que nos oyen escandalizados, al Amor desfavorecido, y à tí, pertináz, y vanaglorioso. Y asi ayudado del Amor, à quien llamo, pienso en pocas palabras dár à entender, quan otras son sus obras, y efectos, de los que tú de èl has publicado: hablando solo del amor que tú entiendes, el qual tú difiniste, diciendo, que era un deseo de belleza, declarando asimismo, qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmandolo al cabo con varios, y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la difinicion que del Amor hiciste, sea la mas general que se suele dár, todavia no lo es tanto, que no se pueda contradecir: porque Amor, y deseo son dos cosas diferentes, que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razon està clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir, que se desean, sino que se aman. Como el que tiene salud, no dirà que desea la salud, sino que la ama. Y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean, se pueden decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea, y no se ama. Y asi que por esta razon el amor, y deseo, vienen à ser diferentes efectos de la voluntad. Verdad es, que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dán, està es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve, y nos tira à sí, y nos deleiya, y aplaça; y aquèl placer engendra movimiento en el animo, el qual movimiento se llama deseo; y en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien, y como se hallan diversas especies de

deseos. Y el amor es una especie de desco, que atiende, y mira al bien que se llama bello. Pero para mas clara difinicion, y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide; en amor honesto, en amor util, y en amor deleytable. Y á estas tres suertes de Amor, se reducen quantas maneras de amar, y desear pueden caber en nuestra voluntad: porque el amor honesto, mira á las cosas del Cielo, eternas, y Divinas: El util, á las de la tierra, alegres, y perecederas, como son las riquezas, mandos, y señorios: El deleytable, á las gustosas, y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dixiste. Y qualquiera suerte de estos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada: porque el amor honesto siempre fue, es, y ha de ser limpio, sencillo, puro, y Divino, y que solo en Dios pára, y sosiega. El amor provechoso, por ser, como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleytable, por ser mas natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el Divino Mandamiento, y de Señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la miseria en que havia caído, y la pobreza en que estaba. Y así tomó en el momento las hojas de los arboles que le cubriesen, y sudó, y trabajó, rompiendo la tierra para sustentarse, y vivir con la menos incomodidad que pudiese. Y tras esto, (obediendo mejor á su Dios en ello, que en otra cosa) procuró tener hijos, y perpetuar, y deleytar en ellos la generacion humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes; y así heredamos juntamente todos sus efectos, y pasiones, como heredamos su misma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad, y pobreza, tambien nosotros no podemos dexar de procurar, y desear remediar la nuestra: y de aqui nace el amor que tenemos á las cosas utiles á la vida humana; y tanto quanto mas alcanzamos de ellas, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos. Y de este deseo se sigue, el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo, y verdadero medio, que tales deseos á dichoso fin conduce. Así que este amor deleytable, solo, y sin mezcla de otro accidente,

es digno antes de alabanza , que de vituperio. Y este es el Amor que tú , Lenio , tienes por enemigo ; y causalo que no le entiendes , ni conoces , porque nunca le has visto solo , y en su misma figura , sino siempre acompañado de deseos perniciosos , lascivos , y mal colocados ; y esto no es culpa del amor , que siempre es bueno , sino de los accidentes que se le llegan. Como vemos que acaece en algun caudaloso rio , el qual tiene su nacimiento de alguna liquida , y clara fuente , que siempre claras , y frescas aguas le vá ministrando , y á poco espacio que de la limpia madre se aleja , sus dulces , y cristalinas aguas , en amargas , y rubias son convertidas , por los muchos , y no limpios arroyos , que de una , y otra parte se le juntan. Asi que este primer movimiento (amor , ó deseo , como llamarlo quisieres) no puede nacer sino de buen principio. Y aun de ellos es el conocimiento de la belleza , la qual , conocida por tal , casi parece imposible que de amar se dexee. Y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros animos , que ella sola fue parte para que los antiguos Philosophos (ciegos , y sin lumbré de Fé que los encaminase) llevados de la razon natural , y atraídos de la belleza , que en los estrellados Cielos , y en la maquina , y redondez de la tierra contemplaban ; admirados de tanto concierto , y hermosura , fueron con el entendimiento rastreando , haciendo escala por estas causas segundas , hasta llegar á la primera causa de las causas. Y conocieron que havia un solo principio sin principio de todas las cosas ; pero lo que mas los admiró , y levantó la consideracion , fue ver la compostura del hombre tan ordenada , tan perfecta , y tan hermosa , que le vinieron á llamar mundo abreviado : y asi es verdad , que en todas las obras hechas por el Mayordomo de Dios, Naturaleza, ninguna es de tanto primor, ni que mas descubra la grandeza , y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura , y compostura del hombre , se cifra , y cierra la belleza , que en todas las otras partes de ella se reparte. Y de aqui nace , que esta belleza conocida se ama , y como toda ella mas se muestre , y resplandezca en el rostro , luego como se vé un hermoso rostro , llama , y tira la voluntad á amarle. De do se sigue , que como los rostros de las mugeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones , ellas son las que son de nosotros mas queridas , servidas , y solicitadas , como á cosa en quien consiste la belleza , que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor , y Criador nuestro , que es propia naturaleza

del anima nuestra, está continuo en perpetuo movimiento, y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas, y vanas (y esto sin quitarle la libertad del libre alvedrio) ponerle encima de sus tres potencias, una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban, y de los enemigos que la perseguian. La qual fue la razon que corrige, y enfrena nuestros desordenados deseos. Y viendo asimismo que la belleza humana havia de llevar tras sí nuestros afectos, é inclinaciones, yá que le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle, y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del qual, al varon, y á la hembra los mas de los gustos, y contentos amorosos naturales le son licitos, y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasia que puede haver en el amor natural, que tú, Lenio, vituperas, el qual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo, y nosotros acabaríamos. En este mismo amor de quien voy hablando están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza, que el amante, conforme la casta voluntad de la cosa amada, la suya templa. Es fortaleza, porque el enamorado, qualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama. Es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzandole la misma razon á ello. Es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, ó Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de Imperios, destruccion de Ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de trayciones, transgresor de leyes. Digo que te demando que me digas ¿qual loable cosa hay oy en el mundo, por buena que sea, que el uso de ella no pueda en mal ser convertida? Condensese la Philosophía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos Philosophos han sido malos. Abrasense las obras de los heroycos Poetas, porque con sus sátiras, y versos, los vicios reprehenden, y vituperan. Vituperese la Medicina, porque los venenos descubre: llamese inutil la eloquencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida. No se forjen armas, porque los ladrones, y los homicidas las usan: ni se fabríquen casas, porque puedan caer sobre sus habitantes. Prohibase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad. Ninguno procure tener hijos, porque Edipo, ins-

tigado de cruelísima furia, mató á su padre; y Oreste hirió el pecho de la madre propia. Tengase por malo el fuego, porque suele abrasar las cosas, y consumir las Ciudades. Desdeñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra. Condenense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos, perversamente usados. Y de esta manera qualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder de ella efectos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dexan. Aquella antigua Cartago, émula del Imperio Romano, la belicosa Numancia, la adornada Corintho, la soberbia Tebas, y la docta Atenas, y la Ciudad de Dios Jerusalem, que fueron vencidas, y asoladas: digamos por eso, que el amor fue causa de su destruccion, y ruina. Asi que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de Amor, decirlo de ellos mismos, porque los dones de Amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza: pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los estremos, que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio grangeará nombre de loco, y el justo de iniquo. Del antiguo Cremona Tragico, fue opinion, que como el vino mezclado con el agua es bueno, assi el amor templado es provechoso, lo que es al revés en el inmoderado: la generacion de los animales racionales, y brutos sería ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra quedaria desierta, y vacua. Los antiguos creyeron, que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion, y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dixiste de los tristes, y estraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, teniendolos siempre en continuas lagrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamás una hora de reposo: véamos por ventura, qué cosa puede descarse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga, y trabajos. Y tanto quanto mas es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer, y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del animo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar, y contentarse, sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parté de ello, y con todo eso se compadece de seguirla, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer, ni contentar el deseo, sino con ello mismo se padezca, se lllore, se tema, y se espere? El que de-

sea señoríos, mandos, honras, y riquezas, yà que vé que no puede subir al ultimo grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo qual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga, ni otra satisfacion, sino el mismo amor, y el propio es su propia, y verdadera paga. Y por esta razon es imposible que el amante esté contento, hasta que á la elara conozca, que verdaderamente es amado, certificandole de esto las amorosas señales que ellos saben, y asi estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda, qualquiera que sea, de su amada, un no se qué de risa, de habla, de burlas, que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y asi todas las veces que ven señales en contrario de estas, esle fuerza al amante lamentarse, y affigirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, quando la favorable fortuna, y el blando amor se los concede. Y como sea hazafia de tanta dificultad reducir una voluntad agena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan disoluble nudo, y estrechez, que de las dos sean unos los pensamientos, y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida, satisface, y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lagrimas con razon, y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados, porque si todas sus lagrimas, y suspiros se causaron de ver que no se responde à su voluntad, como se debe, y con la paga que se requiere, havria de considerar primero, adonde levantaron la fantasia, y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que qual nuevos Icaros, caygan abrasados en el rio de las miserias: de las quales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestia, que presupone, como yá otras veces he dicho; pero tambien digo, que el conseguirla sea de grandisimo gusto, y contento, como lo es al cansado el reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto confieso, que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas, y negras, sus tristes, ó dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices. Mas

tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba de esta verdad, vemos que los enamorados, jamás de serlo se arrepienten, antes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: y por esto, ó amadores, no os impida ningun temor para dexar de ofreceros, y dedicaros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejeis, ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas bajas haveis levantado, que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo menos á lo mas: Y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, quando con puro afecto, la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros porque la gloria sea tanta, que quite el sentimiento de todo dolor. Y como á los antiguos Capitanes, y Emperadores, en premio de sus trabajos, y fatigas, les eran segun la grandeza de sus victorias aparejados triunfos: asi á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres, y contentos. Y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incomodos, y disgustos pasados: asi al amante de la amada amado. Los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias, en suma tranquilidad, y alegria se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efectos tristes les condenas, por los gustosos, y alegres les debes absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vás tan engañado en ella, como casi en las demás cosas, que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño ciego, desnudo, con las alas, y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura, y sencilla; ha de ser ciego á todo qualquier otro objeto, que se le ofreciere, sino es aquel á quien yá supo mirar, y entregarse: ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama: ha de tener alas de ligereza para estar pronto à todo lo que por su parte se le quiere mandar: pintarle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho, ha de ser profunda, y secreta, y que apenas se descubra, sino la misma causa, que ha de remediarla. Que el amor hiera con dos saetas, las quales obran en diferentes maneras, es darnos à entender, que en el perfecto amor no ha de haver medio de querer, y no querer en un mismo punto, sino que el amante ha de amar enteramente sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consu-

mió à los Troyanos, engrandeció à los Griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el Reyno à Tarquino, redujo á libertad la Republica. Y aunque pudiera traer aqui muchos exemplos en contrario de los que traxe de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios: solo quiero rogarte, te dispongas á creer, que he mostrado, y que tengas paciencia para oír una Cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo, y si por ella, y por lo que te he dicho, no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que de él he declarado, si el tiempo de ahora lo concede, ó en otro qualquiera que tú escogieres, y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas, y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres: y por ahora estame atento, y escucha.

CANCION DE TIRSI.

Salga del limpio enamorado pecho

La voz sonora, y en suave acento

Cante de amor las maravillas,

De modo que contento, y satisfecho

Quede el mas libre, y suelto pensamiento,

Sin que las sientas con no mas de oillas.

Tú, dulce amor, que puedes referillas

Por mi lengua si quisieres

Tal gracia le concede,

Que con la palma quede

De gusto, y gloria, por decir quien eres,

Que si me ayudas, como yo confio,

Verase en presto buelo

Subir al Cielo tu valor, y el mio.

Es el amor principio del bien nuestro,

Medio por do se alcanza, y se grangea

El mas dichoso fin que se pretende.

De todas ciencias sin igual maestro,

Fuego, que aunque de yelo un pecho sea

En claras llamas de virtud le enciende,

Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende,

Raíz de adonde nace
 La venturosa planta,
 Que al Cielo nos levanta,
 Con tal fruto que al alma satisface,
 De bondad, de valor, de honesto zelo,
 De gusto sin segundo,
 Que alegra al mundo, y enamora al Cielo.

Cortesano, galán, sabio, discreto,
 Callado, liberal, manso, esforzado,
 De aguda vista, aunque de ciegos ojos,
 Guardador verdadero del respeto:
 Capitan, que en la guerra do ha triunfado
 Sola la honra quiere por despojos:
 Flor que crece entre espinas, y entre abrojos,
 Que à vida, y alma adorna
 Del temor enemigo,
 De la esperanza amigo,
 Huesped que mas alegra quando torna,
 Instrumento de honrosos ricos bienes
 Por quien se mira, y medra
 La honrosa yedra en las honradas sienes.

Instinto natural que nos conmueve

A levantar los pensamientos, tanto
 Que apenas llega alli la vista humana,
 Escala por do sube el que se atreve
 A la dulce region del Cielo santo:
 Sierra, en su cumbre deleytosa, y llana,
 Facilidad que lo intrincado allana,
 Norte por quien se guia
 En este mar insano
 El pensamiento sano,
 Alivio de la triste fantasía,
 Padrino que no quiere nuestra afrenta,
 Faról que no se encubre,
 Mas no descubre el puerto en la tormenta.
 Pintor que en nuestras animas retrata

Con apacibles sombras, y colores,
 Ora mortal, ora inmortal belleza;
 Sol que todo nublado desbarata,
 Gusto á quien son sabrosos los dolores:
 Espejo en quien se vé naturaleza
 Liberal, que en su punto la franqueza
 Pone con justo medio,
 Espiritu de fuego,
 Que alumbra al que es mas ciego,
 Del odio, y del temor solo remedio.
 Argos que nunca puede estár dormido
 Por mas que à sus orejas
 Lleguen consejos de algun Dios fingido.

Ejército de armada infantería,
 Que atropella cien mil dificultades,
 Y siempre queda con victoria, y palma,
 Morada adonde asiste el alegría,
 Rostro que nunca encubre las verdades,
 Mostrando claro lo que está en el alma:
 Por donde la tormenta es dulce calma
 Con solo que se espere
 Tenerla en tiempo alguno,
 Refrigerio oportuno,
 Que cura el desdenado quando muere.
 En fin amor es vida, es gloria, es gusto,
 Alma, feliz sosiego:
 Seguidle luego, que el seguirle es gusto.

El fin del razonamiento, y Cancion de Tirsi, fue principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, sino fue en el desamorado Lenio, à quien no pareció tan bien su respuesta que le satisfaciese al entendimiento, y le mudase de su primer proposito. Vióse esto claro, porque yá iba dando muestras de querer responder, y replicar à Tirsi, si las alabanzas que à los dos daban Darintho, y su Compañero, y todos los Pastores, y Pastoras presentes, no lo estorváran. Porque tomando la mano el amigo de Darintho, dixo. En este punto acabo de comocer como la potencia, y sabiduria de amor, por todas las par-

tes de la tierra se estiende ; y que donde mas se afina , y apura , es en los pastorales pechos , como nos lo ha mostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio , y al discreto Tirsi , cuyas razones , y argumentos , mas parecen de ingenios entre Libros , y las Aulas criados , que no de aquellos que entre pagizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto de esto , si fuese de aquella opinion del que dixo , que el saber de nuestras almas , era acordarse de lo que yá sabian , presuponiendo que todas se crian enseñadas : mas quando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó , que nuestra alma era como una tabla rasa , la qual no tenia ninguna cosa pintada , no puedo dexar de admirarme de vér como haya sido imposible , que en la compañía de las ovejas , en la soledad de los campos , se puedan aprender las ciencias , que apenas saben disputarse en las nombradas Universidades : si yá no quiero persuadirme à lo que primero dixé , que el amor por todo se estiende , y à todos se comunica , al caído levanta , al simple avisa , y al avisado perfecciona. Si conocieras , señor , respondió à esta sazón Elicio , como la crianza del nombrado Tirsi , no ha sido entre los arboles , y florestas , como tú imaginas , sino en las Reales Cortes , y conocidas Escuelas , no te maravillaras de lo que ha dicho , sino de lo que ha dexado por decir. Y aunque el desamorado Lenio , por su humildad , ha confesado , que la rusticidad de su vida , pocas prendas de ingenio puede prometer , con todo eso te aseguro , que los mas floridos años de su edad gastó , no en el exercicio de guardar las cabras en los montes , sino en las riberas del claro Tormes , en loables estudios , y discretas conversaciones. Asi que si la platica que los dos han tenido , de mas que de Pastores te parece : contemplalos como fueron , y no como ahora son. Quanto mas , que hallarás Pastores en estas nuestras riberas , que no te causarán menos admiracion si los oyes , que los que ahora has oído : porque en ellas apacientan sus ganados los famosos , y conocidos Franio , Siralvo , Filardo , Silvano , Lisardo , y los dos Matuntos , padre , y hijo , uno en la lira , y otro en la poesía , sobre todo estremo estremados. Y para remate de todo , vuelve los ojos , y conoce el conocido Danton , que presente tienes , donde puede parar tu deseo , si desea conocer el estremo de discrecion , y sabiduría. Responder queria el Caballero à Elicio , quando una de aquellas damas que con él venian , dixo à la otra : Pareceme , señora Nisi-

da, que pues el Sol va yá declinado, que sería bien que nos fuésemos, si havemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. No hubo bien dicho esto la dama, quando Darintho, y su compañero la miraron, mostrando que les havia pesado de que huviese llamado por su nombre á la otra. Pero así como Elicio oyó el nombre de Nisida, le dió en el alma, si era aquella Nisida, à quien el Hermitaño Silerio tantas cosas havia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon, y à Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dixo: Pocos dias hà, señor Darintho, que yo, y algunos de los que aqui estamos, ósmos nombrar el nombre de Nisida, como aquella dama ahora ha hecho, pero de mas lagrimas acompañado, y con mas sobresaltos referido. ¿Por ventura, respondió Darintho, hay alguna Pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nisida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fue criada. ¿Qué es lo que dices, Pastor? replicó el otro Caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dimela, dixo el Caballero, que podria ser se te satisfaciese. A esto replicó Elicio: A dicha, Señor, tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el qual nombre quisiera enubrir hasta otra sazón mas oportuna: mas la voluntad que tengo de saber, por que sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Segun eso tampoco me negarás, dixo Elicio, que esta dama que contigo traes, se llama Nisida, y aún por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido à preguntarmelo. Ella es tan buena, y será tan de tu gusto, replicó Elicio, qual lo verás antes de muchas horas. Todos los que no sabian lo que el Hermitaño Silerio, Elicio, Tirsi, Damon, y Erastro, havia contado, estaban confusos, oyendo lo que entre Timbrio, y Elicio pasaba. Mas á este punto dixo Damon, volviendose à Elicio, no entretengas, ó Elicio, las buenas nuevas que puedes dár à Timbrio. Y aun yo, dixo Erastro, no me detendré un punto de ir á darselas al lastimado Silerio, del hallazgo de Timbrio. Santos Cielos, qué es lo que oygo! dixo Timbrio, y qué es lo que dices,

ees, Pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado, el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que à otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sacame de esta duda luego, así crezcan, y multipliquen tus rebaños, de manera que te tengan embidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dixo Damon, que el Silerio que Erastro dice, es el mismo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida, que sostener, y aumentar la suya propia, porque despues que te partiste de Napoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena de ella, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á terminos que en una pequeña Hermita, que poco menos de una legua está de aqui distante, pasa la mas estrecha vida, que imaginar se puede, con determinacion de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida, no podía ser satisfecho. Esto sabemos cierto, Tirsi, Elicio, Erastro, y yo, porque él mismo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos à entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan estraños accidentes os apartó para apartarle à él à vivir en tan estraña soledad, que te causará admiracion quando le veas. Veale yo, y llegue luego el ultimo remate de mis dias, dixo Timbrio: y así os ruego, famosos Pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio, con decirme adonde está esa Hermita, adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dixo Erastro, pero de aqui adelante vivirá con las nuevas de tu venida: y pues tanto su gusto, y el tuyo deseas, levántate, y vamos, que antes que el Sol se ponga, te pondré con Silerio: mas ha de ser con condicion, que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Napoles te partiste, que de todo lo demás hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes. Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres. Y mas volviéndose à las damas que con él venian, les dixo. Pues con tan buena ocasion, querida, y señora Nisida, se ha rompido el presupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegria que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos à vér à Silerio, à quien vos, y yo debemos las vidas, y el contento que poseemos. Escusado es, señor Timbrio, respondió Ni-

Nisida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo, y que tan bien me está el hacerla: vamos en hora buena, que yá cada momento que tardaré de verle, se me hará un siglo. Lo mismo dixo la otra dama, que era su hermana Blanca (la misma que Silerio havia dicho) y la que mas muestra dió de contento. Solo Darintho, con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un estraño silencio se levantó, y mandó á un su criado, que le traxese el caballo en que alli havia venido, sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas á paso tirado, se desvió de todos. Quando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darintho hasta que le alcanzó, y travando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y alli estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del qual Timbrio se volvió donde los Pastores estaban, y Darintho siguió su camino, embiando á disculparse con Timbrio del haverse partido sin despedirse de ellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda, y Florisa, á las hermosas Nisida, y Blanca se llegaron; y la discreta Nisida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio, y Silerio havia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la Hermita de Silerio; sino que á la misma sazón llegó á la fuente una hermosa Pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurrón al hombro, y cayado en la mano, la qual como vió tan agradable compañía, con lagrimas en los ojos les dixo. Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los estraños efectos, y casos de amor tenga alguna noticia, y las lagrimas, y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar, y detener las mas amorosas lagrimas, y profundos suspiros, que jamás de ojos, y pechos enamorados salieron: acudid, pues, Pastores, á lo que os digo, vereis como con la experiencia de lo que os muestro, hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto volvió las espaldas, y todos quantos alli estaban la siguieron. Viendo, pues, la Pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos arboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, quando volviendose á los que tras ella iban, les dixo: Veis alli, señores, la causa de mis lagrimas, porque aquel Pastor que alli parece, es un hermano mio, que por aquella Pastora, ante quien es-

tá hincado de hinojos, sin duda alguna él dexará la vida en manos de su crueldad. Volvieron todos los ojos á la parte que la Pastora señalaba, y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una Pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendía, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos, y rubios cabellos, cogidos con una verde guirnalda: el Pastor estaba ante ella de rodillas con un cordél echado á la garganta, y un cuchillo desenvaynado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la Pastora de un blanco cendal, que encima de los vestidos traía. Mostraba la Pastora ceño en su rostro, y estár disgustada de que el Pastor allí por fuerza la detuviese. Mas quando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado Pastor, que con abundancia de lagrimas tiernas, y amorosas palabras, le estaba rogando, que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la Pastora desdeñosa, y ayrada se apartó de él, á tiempo que yá todos los Pastores llegaban cerca, tanto que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la Pastora hablaba. O ingrata, y desconocida Gelasia, y con quan justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes? Vuelve endurecida los ojos á mirar al que por mirarte está en el estremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admities á quien te sirve? ¿Y por qué aborreces al que te adora? O sin razon enemiga mia, dura qual levantado risco, ayrada qual ofendida sierpe, sorda qual muda selva, esquiva como rustica, rustica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba. ¿Será posible que mis lagrimas no te ablanden? ¿Que mis suspiros no te apiaden? ¿Y que mis servicios no te muevan? Sí, que será posible, pues así lo quiere mi corta, y desdichada suerte, y aún será tambien posible, que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio de este corazon que te adora. Vuelve, Pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añadir este cordél á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. Estas, y otras semejantes razones decia el lastimado Pastor, acompañadas de tantos sollozos, y lagrimas, que movían compasion á todos quantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel, y desamorada Pastora, dexaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al Pastor,

tor , que por ella en tal estado quedaba : de que no poco se admiraron todos los que su ayrado desdén conocieron; y fue de manera , que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la Pastora. Y así él con el anciano Arsindo , se adelantaron á rogarle , tuviese por bien de volver à escuchar las quejas del enamorado mozo , aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su proposito , antes les rogó , que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor , y de todos los enamorados , por muchas razones que á ello la movian , y una de ellas era haverse desde su niñez dedicado à seguir el exercicio de la casta Diana : añadiendo à estas tantas causas para no hacer el ruego de los Pastores, que Arsindo tuvo por bien de dexarla , y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el qual como vió que la Pastora era tan enemiga del amor como parecia , y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinò de saber quien era, y de seguir su compañía por algunos dias , y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor, y los enamorados tenian: rogandole, que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía , que no sería mas de lo que ella quisiese. La Pastora se holgó de saber la intencion de Lenio , y le concedió que con ella viviese hasta su Aldéa, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se dispidió Lenio de Arsindo , rogandole que le disculpase con todos sus amigos , y les dixese la causa que le havia movido á irse con aquella Pastora : y sin esperar mas , él , y Gelasia alargaron el paso , y en poco rato desaparecieron. Quando Arsindo volvió à decir lo que con la Pastora havia pasado , halló que todos aquellos Pastores havian llegado á consolar al enamorado Pastor, y que las dos de las tres rebozadas Pastoras , la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura (que asimismo el rostro cubierto tenia.) La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las quales así como vieron al desesperado Pastor , que con Gelasia hallaron, un zeloso , y enamorado desmayo les cubrió el corazon , porque Leonarda creyó que el Pastor era su querido Galercio , y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro : y como las dos le vieron tan rendido, y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas

de Galatea , la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de alli à poco rato, volviendo en sí Leonarda , à Rosaura dixo : Ay señora mia, y como creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna , pues la voluntad de Galercio está tan agena de ser mia , como se puede ver por las palabras que aquel Pastor ha dicho á la desamorada Gelasia : porque te hago saber , Señora , que aquel es el que ha robado mi libertad , y aun el que ha de dar fin á mis dias. Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decía : y mas lo fue , quando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda , ella , y Galatea la llamaron , y juntandose todos con Florisa , y Leonarda , Teolinda dixo como aquel Pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado , quando su hermana le respondió , que se engañaba , que no era sino Galercio su hermano. Ay traydora Leonarda , respondió Teolinda , y no te basta haverme una vez apartado de mi bien, sino ahora que le hallo quieres decir que es tuyo? Pues desengañate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra Aldèa , creyendo que este Pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender, que no era sino su hermano Galercio, que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una à la otra; y aun si puede haver mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda , porque aunque nosotras nos parecemos tanto , no tan facilmente se hallan estos milagros en naturaleza : y asi te hago saber , que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad que tus palabras me hacen, yo no pienso dexar de creer, que aquel Pastor que alli veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion, y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar, ó temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegaos, Pastoras , dixo entonces Rosaura , que yo os sacaré presto de esa duda en que estais; y dexandolas à ellas, se fue adonde el Pastor estaba , dando à aquellos Pastores cuenta de la estraña condicion de Gelasia , y de las sin razones que con èl usaba. A su lado tenia el Pastor la hermosa Pastorcilla, que decía que era su hermano, á la qual llamó Rosaura, y apartandose con ella à un cabo , la importunó, y rogó le dixese como se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese: à lo qual la Pastora respondió que se llamaba Gal-

lercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto que apenas se diferenciaban, sino es por alguna señal de los vestidos, ó por el organo de la voz que en algo diferia. Preguntóle tambien, qué se havia hecho Artidoro: respondiò la Pastora, que andaba en unos montes algo de alli apartados repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca havia querido entrar en el Aldéa, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas de Henares havia venido, y con estas le dixo otras particularidades, tales que Rosaura quedó satisfecha de que aquel Pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda havia dicho, y aquella Pastora decia, de la qual supo el nombre que se llamaba Maurisa: y trayendola consigo à donde Galatea, y las otras Pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda, y Leonarda, contó todo lo que de Artidoro, y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sossegada, y Leonarda descontenta, viendo quan descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosa suyas. En las platicas que las Pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyendolo Maurisa, dixo. Si yo no me engaño, Señora, por vuestra causa ha sido aqui mi venida, y la de mi hermano. En que manera? dixo Rosaura. Yo os lo dirè, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondiò la Pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartandose con ella la Pastora, le dixo. Sin duda alguna, hermosa Señora, que á vos, y á la Pastora Galatea, mi hermano, y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Asi debe ser, respondiò Rosaura, y llamando à Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fue avisarles, como de alli á dos dias vendria con dos amigos suyos à llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarían sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo à Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura havia mostrado: Rosaura, y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago de él, la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le havia embiado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza estraña que entre Galercio, y Artidoro havia. Todo el tiempo que Galatea, y Rosaura gastaban en hablar à Maurisa, le entretenian Teolinda, y Leonarda en mirar à Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Ga-

lercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podía apartarlos de mirar. Y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazón yá los Pastores havian consolado à Galercio, aunque para el mal que padecia qualesquier consejos, y consuelos tenia por vanos, y escusados, todo lo qual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura, y Galatea, viendo que los Pastores ázia ella se venian, despidieron à Maurisa diciendole, que dixese à Grisaldo, como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió de ellas, y llamando à su hermano en secreto, le contó lo que con Rosaura, y Galatea pasado havia, y asi con buen comedimiento se despidió de ellas, y de los Pastores, y con su hermana dió la vuelta à su Aldéa. Pero las enamoradas hermanas Teolinda, y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos, y la vida de su vida, entrambas à dos se llegaron á Galatea, y à Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir à Galercio, dando por excusa Teolinda, que Galercio le diria adonde Artidoro estaba. Y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase, viendo la obligacion en que le estaba. Las Pastoras se la concedieron, con la condicion que antes Galatea á Teolinda havia pedido, que era que de todo su bien, ò su mal la avisase. Tornòselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiendose, siguió el camino que Galercio, y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego (aunque por diferente parte) Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, y Orfenio, que à la Hermita de Silerio con las hermosas hermanas Nisida, y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos, y ellas despedidose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura, y Florisa, y asimismo de Elicio, y Erastro, que no quisieron dexar de volver con Galatea, ofreciendose Aurelio que en llegando à su Aldéa iria luego con Elicio, y Erastro à buscarlos á la Hermita de Silerio, y llevaría algo con que satisfacer la incomodidad, que para agasajar tales huespedes Silerio tendria: con este presupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse menos al anciano Arsin-do, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio, y Maurisa, y las rebozadas Pastoras llevaban, de que se maravillaron. Y viendo que yá el Sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del Occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la Aldéa antes que las sombras de

la noche. Viendose, pues, Elicio, y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó, que en tanto que à la Aldéa llegaban, algo cantasen: al son de la zampoña de Florisa, de esta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

ELICIO, ERASTRO.

Elic. El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ò tiene, ó terná el suelo,
El fuego, y el crisol donde se apura
La blanca castidad, y el limpio zelo,
Todo lo que el valor, sér, y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo Cielo,
Juntas en uno alteza, y cortesía,
Venga à mirar à la Pastora mia.

Erast. Venga à mirar à la Pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente,
Que vió otro Sol que daba luz al dia
Mas claro que el que sale del Oriente.
Podrá decir como su fuego enfria,
Y abrasa al alma que tocar se siente,
De vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que vér despues de vellos.

Elic. Y que no hay mas que vér despues de vellos,
Sabenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasión principal de mis enojos,
Vilos, y ví que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias à su llama,
Que me abrasa, y me yela, arroja, y llama.

Erast. Que me abrasa, y me yela, arroja, y llama
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre ser puede la fama

Hacér estraña, y verdadera historia.
 Solos sus ojos do el amor derrama
 Toda su gracia, y fuerza mas notoria
 Daràn materia que levante al Cielo
 La pluma del mas bajo humilde buelo.

Elic. La pluma del mas bajo humilde buelo,
 Si quiere levantarse hasta la esfera,
 Cante la corsesía, y justo zelo
 De esta fenix sin par, sola, y primera.
 Gloria de nuestra edad, honra del suelo;
 Valor del claro Tajo, y su ribera,
 Cordura sin igual, rara belleza
 Donde mas se estremó naturaleza,

Eraf. Donde mas se estremó naturaleza,
 Donde ha igualado el pensamiento el arte;
 Donde juntó el valor, y gentileza
 Que en diversos sugetos se reparte.
 Y adonde la humildad con la grandeza
 Ocupan solas una misma parte,
 Y adonde tiene amor su albergue, y nido
 La bella ingrata mi enemiga ha sido.

Elic. La bella ingrata mi enemiga ha sido
 Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
 Tenerme de un sutil cabello asido
 El libre vagaroso pensamiento.
 Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
 Tal gusto, y gloria en las prisiones sientó,
 Que estiendo el pie, y el cuello á las cadenas,
 Llamando dulces tan amargas penas.

Eraf. Llamando dulces tan amargas penas
 Paso la corta fatigada vida
 Del alma triste, sustentada apenas,
 Y aun apenas del cuerpo sostenida.
 Ofrecióle fortuna á manos llenas
 A mi breve esperanza fé cumplida,
 ¡Qué gusto, pues, qué gloria, ò bien se ofrece
 Do mengua la esperanza, y la fé crece!

Elic. Do mengua la esperanza, y la fé crece
 Se descubre; y parece el alto intento
 Del firme pensamiento enamorado,
 Que solo confiado en amor puro,
 Vive cierto, y seguro de una paga
 Que al alma satisfaga limpiamente.

Eraſt. El misero doliente, á quien sujeta
 La enfermedad, y aprieta, se contenta
 Quando mas le atormenta el dolor fiero,
 Con qualquiera ligero breve alivio.
 Mas quando yá mas tibio el daño toca
 A la salud invoca, y busca entera:
 Asi de esta manera el tierno pecho
 Del amador deshecho en llanto triste
 Dice que el bien consiste de su pena,
 En que la luz serena de los ojos
 A quien dió los despojos de su vida
 Le mire con fingida, ó cierta muestra,
 Mas luego amor le adiestra, y le desmanda,
 Y mas cosas demanda que primero.

Elic. Yá traspone el otero el Sol hermoso,
 Eraſtro, y à reposo nos combida

La noche denegrida que se acerca.

Eraſt. Y el Aldéa está cerca, y yo cansado.

Elic. Pongamos, pues, silencio al canto usado.

Bien tomáran por partido los que escuchando á Elicio, y á Eraſtro iban, que mas el camino se alargára, por gustar mas del agradable canto de los enamorados Pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la Aldéa hizo que de él cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura, y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio, y Eraſtro hicieron lo mismo en las suyas, con intención de irse luego adonde Tirsi, y Dámon, y los demás Pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos, y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca Luna desterrase la obscuridad de la noche. Y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la buelta de la Hermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente Libro.

QUINTO LIBRO DE GALATEA.



HRA tanto el deseo que el enamorado Timbrio, y las dos hermosas hermanas Nisida, y Blanca llevaban de llegar à la Hermita de Silerio, que la ligereza de los pasos (aunque era mucha) no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi, y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que havia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido, despues que se apartó de Silerio; pero todavia (llevados del deseo que tenian de saberlo) se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un Pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes arboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz, y en lo que cantaba, fue de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el Pastor Lauso, el que al son de un pequeño rabél unos versos decia, y por ser el Pastor tan conocido, y saberyá todos la mudanza, que de su libre voluntad havia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar á lo que Lauso cantaba, que era esto.

	¿Quién abrió, y rompió mi pecho,
LAUSO.	Y robó mi voluntad?
¿Quién mi libre pensamiento	¿Dónde está la fantasía
Me le vino à sujetar?	De mi esquivia condicion?
¿Quién pudo en flaco cimiento	¿Do el alma que ya fue mia,
Sin ventura fabricar.	Y dónde mi corazon,
Tan altas torres de viento?	Que no está donde solía?
¿Quién rindió mi libertad	¿Mas yo todo donde estoy?
Estando en seguridad	¿Dónde vengo? ¿Adonde voy?
De mi vida satisfecho?	¿A dicha sé yo de mi?

¿Soy por ventura el que fui,
O nunca he sido el que soy?

Que yá no puede venir.

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido,
Que aquello que en mí se halla
Es sombra de lo que he sido.
No me entiendo de entenderme,
Ni me valgo por valerme,
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion,
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado,
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado.
Veome en este morir,
Y en el pasado vivir,
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte,

En tan estraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que Amor porfia,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria.
Que sino es la de mis ojos,
Que el fuego aumenta, y despojos
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzára,
Todo mi mal feneciera:
Si mi ventura ordenára
Que de ser mi fé sincera
Silena se asegurára.
Suspiros aseguradla,
Ojos míos enteradla,
Llorando en esta verdad
Pluma, lengua, voluntad
En tal razon confirmadla.

No pudo, ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el Pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los Pastores que el camino de la Hermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y asi todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dexar de sentirlo, y de salirles al encuentro, como lo hizo. Con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el qual se acompañó todo el camino, que desde allí á la Hermita havia, razonando en diversos acacimientos que á los dos havia sucedido, despues que dexaron de verse, que fue desde el tiempo que el valeroso, y nombrado Pastor Astraliano havia dexado los Cisalpinos pastos, por ir á reducir aquellos que del famoso hermano, y de la verdadera Religion se havian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente

Damon, que le dixese quien era la Pastora, que con tanta facilidad de la libre voluntad le havia rendido. Y quando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes veras, que á lo menos le dixese en qué estado se hallaba, si era de temor, ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban zelos. A todo lo qual satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que en su Pastora le havian sucedido: y entre otras le dixo, como hallandose un dia zeloso, y desfavorecido, havia llegado á terminos de desesperarse, ó de dár alguna muestra, que en daño de su persona, y en el del credito, y honra de su Pastora redundase, pero que todo se remedió con haverla hablado, y haverle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenía. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solemnizar aquel favor con un Soneto, que de algunos que le vieron, fue por bueno estimado. Pidió entonces Damon á Lauso que le dixese. Y así, sin poder escusarse, le huvo de decir, que era este.

L A U S O.

Rica, y dichosa prenda, que adornaste

El precioso marfil, la nieve pura,

Prenda que de la muerte, y sombra obscura

A la nueva luz, y vida me tornaste.

El claro cielo de tu bien trocaste

Con el infierno de mi desventura,

Porque viviese en dulce paz segura

La esperanza que en mí resucitaste.

¿Sabes quanto me cueftas, dulce prenda?

El alma, y aun no quedo satisfecho,

Pues menos doy de aquello que recibo.

Mas porque el mundo tu valor entienda,

Sé tú mi alma, encierrate en mi pecho,

Verán como por tí sin alma vivo.

Dixo Lauso el Soneto, y Damon le tornó á rogar, que si otra alguna cosa á su Pastora havia escrito se la dixese, pues sabía de quanto gufto le eran á él oír sus versos. A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haverme sido tú maestro en ellos, y el deseo

que tienes de vér lo que en mí aprovechaste , te hace desear oírlos; pero sea lo que fuere , que ninguna cosa de las que yo pudiere te ha de ser negada. Y así te digo , que en estos mismos dias , quando andaba zeloso , y mal seguro , embié estos versos á mi Pastora.

LAUSO A SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza.
El Amor, y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion,
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.

El me fuerza , y ella mueve
A que te adore , y escriba,
Y como en los dos esfriva
Mi fé , la mano se atreve.
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fé , tu hermosura, Amor
Daràn del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me dén)
Bien podré decir el bien
Que ha nacido de mi mal.
El qual bien (segun yo siento)
No es otra cosa , Silena,
Sino que tenga en la pena
Un estraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo huviera sido,
Yá el mal me tuviera loco,
Mas mis sentidos de acuerdo

Todos han dado en decir,
Que yá que haya de morir,
Que muera sufrido , y cuerdo.

Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un zeloso , y desamorado,
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo à los ojos.

Goces , Pastora , mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Grangeado con tus daños.
Sigue tu gusto , Señora,
Pues te parece tan bueno,
Que yo por el bien ageno
No pienso llorar ahora.

Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria , y palma
El no tener libertad.

Mas ay que fortuna quiere,
Y el Amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy

Tras quien ha de condenarme,	Dexame aguda memoria,
Y quando pienso apartarme,	Olvidate, no te acuerdes
Mas quedo, y mas firme estoy.	Del bien ageno, pues pierdes
¿Qué lazos, qué redes tienen,	En ello tu propia gloria.
Silena, tus ojos bellos?	
Que quanto mas huyo dellos,	Con tantas firmas afirmas
Mas me enlazan, y detienen.	El amor que está en tu pecho,
	Silena, que á mi despecho
Ay ojos de quien recelo,	Siempre mis males confirmas.
Que si soy de vos mirado,	¡O perfido amor cruèl!
Es por creçerme el cuidado,	Qual ley tuya me condena
Y por menguarme el consuelo.	Que dé yo el alma á Silena,
Ser vuestras vistas fingidas	Y que me niegue un papel.
Conmigo, es pura verdad,	No mas, Silena, que toco
Pues pagan mi voluntad	En puntos de tal porfia,
Con prendas aborrecidas.	Que el menor de ellos podria
	Dexarme sin vida, ó loco.
¿Qué recelos, qué temores	No pase de aqui mi pluma,
Persiguen mi pensamiento,	Pues tú la haces sentir,
Y qué de contrarios siento	Que no puedo reducir
En mis secretos amores?	Tanto mal á breve suma!

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discrecion, donayre, honestidad, y valor de su Pastora, á él, y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la Hermita de Silerio, en la qual no querian entrar Timbrio, Nisida, y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque havendose adelantado Tirsi, y Damon á vér lo que Silerio hacia, hallaron la Hermita abierta, y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber donde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oídos el son de su harpa, por do entendieron que él no debia estar lejos, y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la harpa, con el resplander claro de la Luna, vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo, y sin otra compañía que la de su harpa, la qual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave harmonía, no quisieron los Pastores llegar á hablarle, y mas quando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó á cantar,

SILERIO.

Ligeras horas del ligero tiempo

Para mí perezosas, y cansadas,

Si no estais en mi daño conjuradas,

Parezcasos yá que es de acabarme tiempo.

Si ahora me acabais, hacedlo á tiempo,

Que están mis desventuras mas colmadas,

Mirad que menguaràn si sois pesadas,

Que el mal se acaba si dá tiempo al tiempo.

No os pido que vengais dulces sabrosas,

Pues no hallareis camino, senda, ó paso

De reducirme al sér que yá he perdido.

Horas á qualquier otro venturosas,

Aquella dulce del mortal traspaso,

Aquella de mi muerte sola os pido.

Después que los Pastores escucharon lo que Silerio cantado havia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demás que allí venian, con intencion que Timbrio hiciese lo que ahora oireis: Que fue, que habiendole dicho de la manera que havian hallado á Silerio, y en el lugar donde quedaba, le rogó Tirsi, que sin que ninguno de ellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco ázia él, ora les viese, ó no, porque aunque la noche hacía clara, no por eso sería alguno conocido, y que hiciese asimismo, que Nisida, ó él, algo cantasen; y todo esto hacía por entretener el gusto, que de su venida havia de recibir Silerio. Contentóse Timbrio de ello, y diciendoselo á Nisida, vino en su mismo parecer; y así, quando á Tirsi le pareció que estaban yá tan cerca, que de Silerio podrian ser oídos, hizo á la bella Nisida que comenzase: la qual, al son del rabél del zeloso Orfenio, de esta manera comenzó á cantar.

NISIDA. Otro bien que ví, y no veo.

Que amor, y fortuna escasa,

Aunque es el bien que poseo, Enemigos de mi vida,

Tal, que al alma satisface, Me dan el bien por medida,

Le turba en parte, y deshace Y el mal sin termino, ó tasa.

En el amoroso estado,	Ay dulce amigo de aquel
Aunque sobre el merecer	Que te tuvo por tan suyo,
Tan solo viene el placer	Quanto él se tuvo por tuyo,
Quanto el mal acompañado.	Y quanto yo lo soy dél,
Andan los males unidos	
Sin un momento apartarse,	Mejoran con tu presencia
Los bienes por acabarse	Nuestra no pensada dicha,
En mil partes divididos.	Y no la vuelva en desdicha
	Tu tan larga esquiva ausencia.
Lo que cuesta (si se alcanza)	A duro mal me provoca
El de amor algun contento,	La memoria que me acuerda,
Declárelo el sufrimiento,	Que fuiste loco, y yo cuerda,
El clamor, y la esperanza.	Y eres cuerdo, y yo estoy loca.
Mil penas cuesta una gloria,	
Un contento mil enojos;	Aquel que por buena suerte
Sabenlo bien estos ojos,	Tú mismo quisiste darme,
Y mi cansada memoria.	No ganò tanto en ganarme
	Quanto ha perdido en perderte.
La qual se acuerda contino	Mitad de su alma fuiste,
De quien pudo mejoralla,	Y medio por quien la mia
Y para hallarle, no halla	Pudo alcanzar la alegría
Alguna senda, ó camino.	Que tu ausencia tiene triste.

Si la estremada gracia con que la hermosa Nisida cantaba, causò admiracion à los que con ella iban, qué causaría en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó, y escuchó todas las circunstancias de su canto, y como tenía tan en el alma la voz de Nisida, apenas comenzó à sus oídos el acento suyo, quando él se llegó à alborotar, y à suspender, y enagenar de sí mismo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nisida aquella, tenía tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. De esta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludandole Tirsi, le dixo: Tan aficionados nos dexaste, amigo Silerio, de la condicion, y conversacion tuya, que atraidos Damon, y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama de ella: dexando el camino que llevabamos, te hemos venido à buscar à tu Hermita, donde no hallandote, como no te hallamos, quedàrà sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu harpa, y de tu estima-

do canto aquí no nos huviera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallarades, pues en mí no hallareis, sino ocasiones que à tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada día de renovarla, no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos, y temores ciertos. Lastima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocían, principalmente en Timbrio, Nisida, y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele à conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les havia rogado: el qual hizo que todos sobre la verde yerva se sentasen, y de manera que los rayos de la clara Luna hiriesen de espaldas los rostros de Nisida, y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando, pues de esta suerte, y después de que Damon à Silerio havia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dár principio à que la de Silerio feneciese, le rogó que su harpa tocase, al son de la qual el mismo Damon cantó este Soneto.

D A M O N.

Si el aspero furor del mar ayrado

Por largo tiempo en su rigor durase,

Mal se podria hallar quien entregase

Su flaca nave al pielago alterado.

No permanece siempre en un estado

El bien, ni el mal, que el uno, y otro vase;

Porque si huyese el bien, y el mal quedase,

Yá sería el mundo á confusion tornado.

La noche al dia, y el calor al frio,

La flor al fruto ván en seguimiento,

Formando de contrarios igual tela.

La sujecion se cambia en señorío,

En placer el pesar, la gloria en viento,

Ché per tal variar natura e bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas à Timbrio que lo mismo hiciese: el qual, al son de la harpa de Silerio, dió principio á un Soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores havia

hecho, el qual de Silerio era tan sabido, como del mismo Timbri-
o.

T I M B R I O.

Tambien fundada tengo la esperanza,

Que aunque mas sople riguroso viento,

No podrá desdecir de su cimiento:

Tal fé, tal suertè, y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado Soneto, porque el oír Silerio su voz, y el conocerle todo fue uno, y sin ser parte à otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fue á abrazar del cuello de Timbrio, con muestras de tan extraño contento, y sobresalto, que sin hablar palabra se transpuso, y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que yá condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas estremos de dolor hacía, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nisida, y su hermana á remediar el desmayo de Silerio: el qual à cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo. ¡O poderoso Cielo! ¿Es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿Es Timbrio el que oygo? ¿Es Timbrio el que veo? Si es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamás, si el Cielo no permitiera que te hallára. Cesen yà tus lagrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues yá me tienes presente, que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamandome el mas dichoso de quantos viven en el mundo, pues mis desventuras, y adversidades han traído tal descuento, que goza mi anima de la posesion de Nisida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio, que la que cantado havia, y la que alli estaba, era Nisida; pero certificóse mas en ello, quando ella misma le dixo. ¿Qué es esto, Silerio mio? ¿Qué soledad, y qué habito es este, que tantas muestras dán de tu descontento? ¿Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal estremo, para que Timbrio, y yo le tuviesemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nisida, respondió Silerio, mas por haver traído tales desengaños, se-

rân celebrados de mi memoria el tiempo que ella me duràre. Lo mas de este tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirandole atentamente al rostro, derramando algunas lagrimas que de la alegria, y lastima de su corazon, daban manifesto indicio. Largo sería de contar las palabras de amor, y contento, que entre Silerio, Timbrio, Nisida, y Blanca pasaron, que fueron tan tier-
nas, y tales, que todos los Pastores que las escuchaban, tenian los ojos bañados en lagrimas de alegria. Contó luego Silerio brevemente la ocasion que le havia movido á retirarse en aquella Hermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la de ellos no havia podido saber nueva alguna, y todo lo que dixo fue ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio el amor, y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca la amistad de su miseria. Y asi como acabó de contar Silerio lo que despues que partiò de Napoles le havia sucedido: y asi rogò á Timbrio que lo mismo hiciese, porque en estremo lo deseaba; y que no se recelase de los Pastores que estaban presentes, que todos ellos, ò los mas sabian yá su mucha amistad, y parte de sus sucesos. Holgòse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los Pastores, que asimismo lo deseaban, que yá porque Tirsi se lo havia contado, todos sabian los amores de Timbrio, y Nisida, y todo aquello que el mismo Tirsi de Silerio havia oído. Sentados, pues, todos, como yá he dicho, en la verde yerva, con maravillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diría: el qual dixo. Despues que la fortuna me fue tan favorable, y tan adversa, que me dexó vencer à mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nisida, con el dolor que pensar se puede, en aquel mismo instante me partí para Napoles, y confirmandose allí el desdichado suceso de Nisida, por no vér las casas de su padre, dondè yo la havia visto, y por las calles, ventanas, y otras partes donde yo la solía vér, no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi alvedrio, salí de la Ciudad, y à cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que yá queria desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dexaba mi cielo. Mas apenas los diligentes Marineros zarparon los ferros, y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, quando se levantò una no pensada, y subita borrasca,

ca, y una fatiga de viento embistiò las velas del navio con tanta furia, que rompiò el arbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos Marineros al remedio, y con dificultad grandisima amaynaron todas las velas, porque la borrasca crecía, y la mar comenzaba á alterarse, y el Cielo daba señales de durable, y espantosa fortuna. No fue volver al Puerto posible, porque era maestral el viento que soplabá, y con tan grande violencia, que fue forzoso poner la vela del trinquete al arbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dexandose llevar donde el viento quisiese; y así comenzó la nave, llevada de su furia, á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que durò el maestral, discurrimos por todas las Islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista de ellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berbería, que los recién derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fue pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra: mas quando de esto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ò el Cielo que escuchó los votos, y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un medio dia tan reforzado, y que tocaba en la quarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mismo puerto de Gaeta, donde haviamos partido, con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías, y promesas, que en el peligro pasado havian hecho. Estuvo allí la nave otros quatro dias, reparandose de algunas cosas que le faltaban: al cabo de los quales tornò à seguir su viage, con mas sosegado mar, y prospero viento: llevando á vista la hermosa ribera de Genova, llena de adornados jardines, blancas casas, y relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del Sol, reververan con tan encendidos rayos que apenas dexan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban: sino à mí que me era ocasion de mas pesadumbre; solo el descanso que tenia, era entretenerme lamentando mis penas, cantandolas, ò por mejor decir, llorandolas al son de un laud de uno de aquellos Marineros. Y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella

ella comenzó á amanecer mi día, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas à los arboles, y los Marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navio tendidos, y el timoreno casi dormido, por la bonanza que havia, y por la que el Cielo aseguraba: en medio de este silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dexaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos, que havré de repetir ahora, porque se advierta de que estremo de tristeza, y quan sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera: era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba esto.

TIMBRIO.

Ahora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento.

Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dár señales
El alma, y el corazón
De vivas ansias mortales.

Llevóme el Amor en buelo
Por uno, y otro dolor
Hasta ponerme en el Cielo,
Y ahora muerte, y Amor
Me han derribado en el suelo.

Amor, y muerte ordenaron,
Una muerte, y Amor tal
Qual en Nisida causaron,
Y de mi bien, y su mal
Eterna fama ganaron.

Con nueva voz, y terrible
De oy mas, y en son espantoso
Hará la fama creíble

Que el Amor es poderoso,
Y la muerte es invencible.

De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazaña los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Que tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido.

Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen, donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi victoria tan subida
Fue con muerte celebrada
De la mas ilustre vida,
Que en la presente, ó pasada
Edad fue, ni es conocida.

De ella llevé por despojos
Dolor en el corazón,
Mil lagrimas en los ojos,

En

En el alma confusion,	Acabad yá mi quebranto.
Y en el firme pecho enojos.	Tú, Mar, mi cuerpo recibe,
O fiera mano enemiga,	Tú, Cielo, acoge mi alma,
Como si allí me acabarás	Tú, Amor, con la fama escribe,
Te tuviera por amiga,	Que muerte llevó la palma
Pues con matarme estorváras	Esta vida que no vive.
Las ansias de mi fatiga.	
O quan amargo descuento	No os descuideis de ayudarme
Trajo la vitoria mia,	Mar, Cielo, Amor, y la Muerte,
Pues pagaré, segun siento,	Acabad yá de acabarme,
El gusto solo de un dia	Que será la mejor suerte
Con mil siglos de tormento.	Que yo espero, y podreis darme.
	Pues si no me anega el Mar,
Tú, Mar, que escuchas mi llanto,	Y no me recoge el Cielo,
Tú, Cielo, que le ordenaste,	Y el Amor ha de durar,
Amor, por quien lloro tanto,	Y de no morir recelo,
Muerte, que mi bien llevaste,	No sé en qué havré de parar.

Acuerdome que llegaba á estos ultimos versos que he dicho, quando sin poder pasar adelante, interrumpido de infinitos suspiros, y sollozos, que de mi lastimado pecho despedia, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento de ellas, vine à perder el sentido, con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo: pero yá despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una muger, vestida en habito de peregrina, y á mi lado estaba otra con el mismo trage adornada, la qual estando de mis manos asida, la una, y la otra tiernamente lloraban. Quando yo me ví de aquella manera, quedé admirado, y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veía, porque nunca tales mugeres havia visto jamás en la nave, despues que en ella andaba. Pero de esta confusion me sacó presto la hermosa Nisida, que aqui está, que era la peregrina que allá estaba, diciendome: Ay Timbrio, verdadero señor, y amigo mio: qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde ahora estais, y para que yo, y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debiamos, y que sin mirar en inconveniente alguno, hayamos querido dexar nuestros amados padres, y nuestros usados trages, con intencion de busca-

ros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra. Quando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante los ojos tenía, y que la continua imaginacion, que de Nisida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisficieron, primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nisida, y Blanca. Mas quando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fue de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado havia hecho. Allí supe de Nisida como el engaño, y descuido que tuviste, ó Silerio, en hacer la señal de la toca, fue la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo, y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creíste. Dixome tambien como despues de vuelta en sí, supo la verdad de la victoria mia, junto con mi subita, y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron estremo de hacer verdaderas las de su muerte. Pero yá que el ultimo termino no la llegaron, hicieron con ella, y con su hermana, por industria de una ama suya, que con ellas venia, que vistiendo en habitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres. Una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Napoles se volvian, y fue á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba yá para partirse, y diciendo al Capitan que querian pasar á España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él; y se embarcaron, con presupuesto de venir á buscarme á Xerez, do pensaban hallarme, ó saber de mí nueva alguna: y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que sería quatro dias, no havian salido de un aposento que el Capitan en la popa les havia dado, hasta que oyendome cantar los versos que os he dicho, y conociendome en la voz, y en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solemnizando con alegres lagrimas el contento de havernos hallado, estabamos mirando los unos á los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva; y no pensada alegría, la qual se acrecentára mas, y llegara al termino, y punto que ahora llega, si de tí, amigo Silerio, allí supieramos nueva alguna: pero como no hay placer que venga tan entero, que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que enton-

ces teníamos, no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas de ella. La claridad de la noche, el fresco, y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas, próspera, y blandamente) el mar tranquilo, y desembarazado Cielo, parece que todos juntos, y cada uno por sí ayudaban á solemnizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, embidiosa de nuestra ventura, quiso turbarla con la mayor desventura, que imaginar se pudiera, si el tiempo, y los prosperos sucesos no la huvieran reducido á mejor termino. Sucedió, pues, que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron mas todas las velas, y con general alegría de todos, seguro, y prospero viage se aseguraban. Uno de ellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió, con la claridad de los bajos rayos de la Luna, que quatro bageles de remo á larga, y tirada boga, con gran celeridad, y prisa, ázia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar, arma, arma, que bageles Turquescos se descubren. Esta voz, y subito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban. Mas el Capitan de ella (que en semejantes ocasiones algunas veces se havia visto) viniendose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bageles, y quantos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bageles, por vér si podría entrarse entre ellos, y jugar de todas vandas la artillería. Acudieron luego todos á las armas, repartidos por sus postas, como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas quando ví que Nisida, y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo, y vocería que en la nave andaba, y viendome á mí rogarles, que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase. Paso, y punto fue este, que desmayó la imaginacion quando de él se acuerda la memoria. Sus descubiertas lagrimas, y la fuerza que yo me hacía por no mostrar las mías, me

tenian de tal manera, que casi me olvidaba de lo que debía hacer, á quien era, y á lo que el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrandolas por defuera, acudí à vér lo que el Capitan ordenaba, el qual con prudente sollicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo, y dando cargo á Darintho, que es aquel Caballero que oy se partió de nosotros, de la guarda del Castillo de proa, y encomendandome á mí el de popa, él con algunos Marineros, y Pasajeros, por todo el cuerpo de la nave, á una, y á otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdicion nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el dia para embestirnos. Hicieronlo así, y el dia venido (aunque ya los haviamos contado) acabamos de vér que eran quinze bageles gruesos los que cercados nos tenian, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso Capitan, ni alguno de los que con él estaban, esperó á vér lo que los contrarios harian, los quales, luego como vino la mañana, echaron de su Capitana una barquilla al agua, y con un Renegado embiaron á decir á nuestro Capitan, que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bageles, y mas que eran todos los mejores de Argél, amenazandole de parte de Arnaut Mami, su General, que si disparaba alguna pieza el navío, que le havia de colgar de una entena en cogiendole, y añadiendo á estas otras amenazas el Renegado, le persuadía que se rindiese: mas no queriendolo hacer el Capitan, respondió al Renegado, que se alargase de la nave, si no que le echaría á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cevando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos la artillería con tanta prisa, furia, y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mismo tan venturosamente, que à uno de los bageles, que por la popa le combatían, echó à fondo, porque le acertó con una bala junto à la cinta, de modo, que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los Turcos, apresuraron el combate, y en quatro horas nos embistieron quatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contandoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré, que despues de havernos com-

batido diez y seis horas, y despues de haver muerto nuestro Capitan, y toda la mas gente del Navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al ultimo entraron furiosamente en el Navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, quando ví que las amadas prendas mias, que ahora tengo delante, havian de ser entonces entregadas, y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y asi llevado de la ira que este temor, y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las barbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que vér á mis ojos lo que esperaba. Pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazandose conmigo tres membrudos Turcos, y yo forcejeando con ellos, de tropél venimos á dár todos en la puerta de la camara donde Nisida, y Blanca estaban, y con el impetu del golpe se rompió, y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que alli estaba encerrado, del qual codiciosos los enemigos, el uno de ellos asió á Nisida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me ví libre, al otro que me tenia hice dexar la vida á mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro, no dexàran la presa de las Damas, y con dos grandes heridas no me derribàran en el suelo. Lo qual visto por Nisida, arrojandose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedia á los dos Turcos la acabasen. En este instante (atráido de las voces, y lamentos de Blanca, y Nisida) acudió á aquella estancia Arnaute, el General de los bageles, é informandose de los Soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nisida, y á Blanca á su galera, y á ruego de Nisida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. De esta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera Capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nisida havia dicho al Capitan, que yo era hombre principal, y de gran rescate: con intencion, que cebados de la codicia, y del dinero que de mí podrian haver, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió, pues, que estando curandome las heridas, con el dolor de ellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte, y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bagel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fue vér en la popa de la galera á Nisida, y Blanca sentadas á los pies del perro General, derramando por sus ojos infinitas lagrimas, indicios del interno dolor que padecian: no el temor de la afrentosa muer-

te que esperaba, quando tú de ella, buen amigo Silerio, en Cataluña me librate: no la falsa nueva de la muerte de Nisida, de mí por verdadera creída: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra qualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causò, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nisida, y Blanca en poder de aquel barbaro descreído, donde á tan cercano, y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor de este sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo à perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud, y vida al Cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró enmedio de la cura, certificando à todos que yá yo de esta vida havia pasado. Oídas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe, que levantandose las dos de do estaban, tirandose de sus rubios cabellos, y arañandose sus hermosos rostros (sin que nadie pudiese detenerlas) vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que à los mismos pechos de los crueles barbaros enternecieron. Con las lagrimas de Nisida que en el rostro me caían, ó por las yá frias, y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio ahora las lastimeras, y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí, y Nisida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que ahora nos hallamos; ni quiero decir por extenso los trances que me contó que con el Capitan havia pasado: el qual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo, porque viniese à condescender con la desordenada voluntad suya. Pero mostrandose ella con él tan esquivada como honrada, y tan honrada como esquivada, pudo todo aquel dia, y la noche siguiente defenderse de las pesadas inportunaciones del Cosario. Mas como la continua presencia de Nisida, iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer (como yá temía) que dexando los ruegos, y usando la fuerza, Nisida perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar. Pero cansada ya la fortuna de havernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos à entender, ser verdad lo que de la inestabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en terminos de rogar al Cielo,

lo, que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas hondas del mar ayraido: el qual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazón que llevabamos el derecho viage de Berbería) movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron, y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al arbol, y á dexarse llevar por donde el viento, y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció, y apartó á diferentes partes los bageles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su Capitan, antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bagel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba. Porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las camaras de popa, proa, y mediana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia, sobrevenir la noche, que en semejantes casos (mas que en otros algunos) el medroso temor acrecienta. Y vino con tanta obscuridad, y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No querais mas saber, señores, sino que los mismos Turcos rogaban á los Christianos que iban al remo cautivos, que invocasen, y llamasen á sus Santos, y á su Christo, para que de tal desventura los librase, y no fueron tan en vano las plegarias de los miseros Christianos (que allí iban) que movido el alto Cielo de ellas dexase sosegar el viento, antes le creció con tanto ímpetu, y furia, que al amanecer del dia (que solo pudo conocerse por las horas del relox de arena, por quien se rigen) se halló el mal gobernado bagel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra, y tan sin poder apartarse de ella que fue forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiesen en una ancha playa que delante se nos ofrecia, que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los Turcos la esclavitud que esperaban. Apenas hubo la galera embestido en tierra, quando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo trage, y lengua dió á entender ser Cathalanes, y ser de Cataluña aquella costa: y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. Quien pudiera exagerar ahora el gozo de los Christianos, que del insufrible, y pesado yugo del amargo cautiverio veían libres, y desembarazados sus cuellos, y las plegarias, y ruegos

que los Turcos, poco antes libres, hacian à sus mismos esclavos, rogandoles fuesen parte para que de los indignados Christianos maltratados no fuesen, los quales yá en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mismos Turcos les havian hecho, saqueandoles su Lugar, como tú, Silerio, sabes. Y no les salió vano el temor que tenian, porque en entrando los del pueblo en la galera (que encallada en la arena estaba) hicieron tan cruel matanza en los cozaríos, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los Turcos en aquel primero impetu fueran muertos. Finalmente, los Turcos que quedaron, y Christianos cautivos, que allí veniamos, todos fuimos saqueados; y si los vestidos que yo traía no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dexáran. Darintho, que tambien allí venia, acudió luego à mirar por Nisida, y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra donde fuese curado. Quando yo salí, y reconocí el lugar donde estaba, y considerè el peligro en que en él me havia visto, no dexó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido, y castigado por lo que no debia, y asi roguè à Darintho, que sin poner dilacion alguna procurase que à Barcelona nos fuésemos, diciendole la causa que me movía á ello: pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un Cirujano visitado. En este entretanto fue Darintho à Barcelona, donde proveyendose de lo que menester haviamos, dió la buelta, y hallandome mejor, y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la Ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nisida, que si sabian de sus padres, á quien yá hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiendole perdon de nuestros pasados yerros. Y todo el contento, y dolor de estos buenos, y malos sucesos, lo ha acrecentado, ó diminuído la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el Cielo ahora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa, sino que dandole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegría presente, y procures darla á quien ha muchos dias, que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás quando mas à solas, y contigo las comuniqué. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso de esta mi peregrinacion; pero dexarlashe por ahora, por no dár con la proligidad de ellas disgusto á estos Pasto-

res, que han sido el instrumento de todo mi placer, y gusto. Este es, pues, Silerio amigo, y amigos Pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado, y por la que ahora paso me puedo llamar el mas lastimado, y venturoso hombre de los que oy viven. Con estas ultimas palabras dió fin à su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos havian tenido; pasando el contento de Silerio à todo lo que decir se puede: el qual tornando de nuevo à abrazar à Timbrio, forzado del deseo de saber quien era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia à los Pastores, se apartó con Timbrio à una parte, donde supo de él, que la hermosa Blanca, hermana de Nisida, era la que mas que à sí le amaba, desde el mismo dia, y punto que ella supo quien él era, y el valor de su persona, y que jamás (por no ir contra aquello que à su honestidad estaba obligada) havia querido descubrir este pensamiento sino à su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Dixole asimismo Timbrio como aquel Caballero Darintho, que con él venia (y de quien él havia hecho mencion en la platica pasada) conociendo quien era Blanca, y llevado de su hermosura, se havia enamorado de ella con tantas veras, que la pidió por su esposa à su hermana Nisida, la qual le desengañó, que Blanca no lo haria en manera alguna, y que agraviado de esto Darintho, creyendo que por el poco valor suyo le desecharan, y por sacarle de esta sospecha, le huvo de decir Nisida, como Blanca tenía ocupados los pensamientos en Silerio. Mas que no por esto Darintho havia desmayado, ni dexado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no se sabia nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer à Blanca, y el tiempo la apartarian de su intencion primera: y con este presupuesto jamás nos quiso dexar, hasta que ayer, oyendo à los Pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conociendo el contento que con ellas Blanca havia recibido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio, pudiese Darintho alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se havia (con muestras de grandisimo dolor) apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio à su amigo, fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiendola, y acetandola por esposa, pues yà la conocia, y no ignoraba su valor, y honestidad, encareciendole el gusto, y placer, que los dos tendrian viendose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió, que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque

él sabia, que al cabo era imposible dexar de hacer lo que él le mandase. A esta sazón comenzaba ya la blanca Aurora á dár señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oídos de todos la voz del enamorado Lauso, el qual como su amigo Damon havia sabido que aquella noche la havian de pasar en la Hermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él, y con los demás Pastores: y como todo su gusto, y pasatiempo era cantar al son de su rabél los sucesos prosperos, ó adversos de sus amores, llevado de la condición suya, y combidado de la soledad del camino, y de la sabrosa harmonía de las aves, que yá comenzaban con su dulce, y concertado canto à saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando.

L A U S O.

Alzo la vista à la mas noble parte,
 Que puede imaginar el pensamiento,
 Donde miro el valor, admiro el arte,
 Que suspende el mas alto entendimiento.
 Mas si quereis saber quien fue la parte
 Que puso fiero yugo al cuello esento,
 Quien me entregó, quien lleva mis despojos,
 Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.
 Tus ojos son, de cuya luz serena
 Me viene la que al Cielo me encamina,
 Luz de qualquiera obscuridad agena,
 Segura muestra de la luz divina.
 Por ella el fuego, el yugo, y la cadena,
 Que me consume, carga, y desatina,
 Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
 Al alma, y vida que te ha dado el alma.
 Divinos ojos, bien del alma mia,
 Termino, y fin de todo mi deseo,
 Ojos que serenais el turbio dia,
 Ojos por quien yo véo, si algo veo.
 En vuestra luz, mi pena, y mi alegría
 Ha puesto Amor, en vos contemplo, y leo

La dulce amarga verdadera historia

Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega obscuridad andaba, quando

Vuestra luz me faltaba, ó bellos ojos,

Acá, y allá, sin vér el Cielo, errando

Entre agudas espinas, y entre abrojos,

Mas luego en el momento que tocando

Fueron al alma mia los manojos

De vuestros rayos claros, vi á la clara

La senda de mi bien abierta, y clara.

Ví que sois, y sercis ojos serenos,

Quien me levanta, y puede levantarme

A que entre corto numero de buenos

Venga como mejor à señalarme.

Esto podreis hacer no siendo agenos,

Y con pequeño acuerdo de mirarme,

Que el gusto del mas bien enamorado

Consiste en el mirar, y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, quien ha sido,

Es, ni será, que con firmeza pura,

Qual yo te quiera, ni te havrá querido,

Por mas que amor le ayude, y la ventura,

La gloria de tu vista he merecido

Por mi inviolable fé, mas es locura

Pensar que pueda merecerse aquello,

Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto, y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el qual de todos los que con Silerio estaban, fue amorosamente recibido, acrecentando con su presencia el alegria que todos tenian, por el buen suceso que los trabajos de Silerio havian tenido. Y estandose los Damon contando, asomó por junto á la Hermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus Pastores traia algunos regalos con que regalar, y satisfacer á los que alli estaban, como lo havia prometido el dia antes que de ellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi, y Damon de verle venir

sin Elicio, y Erastro, y mas lo fueron quando vinieron á entender la causa del haverse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de todos, si no dixera: (encaminando su razon á Timbrio) Si te precias (como es razon te precies) valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, ahora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darintho, que no lejos de aqui queda tan triste, y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le dí, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallamosle Elicio, Erastro, y yo havrá dos horas, en medio de aquel monte, que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos, y dolorosos suspiros, y de quando en quando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban: al son lastimero de las cuales llegamos á él, y con el rayo de la Luna (aunque con dificultad) fue de nosotros conocido, è importunado que la causa de su mal nos dixese: dixonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio, y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del termino en que le tienen sus pensamientos; y pues á tí te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si yá él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo, y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos. Mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enseñame Aurelio á que parte le dexaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los Pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darintho, dexando á Silerio con Nisida, y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra. En el camino que havia desde alli adonde Aurelio á Darintho havia dexado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darintho, y el poco remedio que de ella se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciendoles asimismo, que havia de procurar con toda su industria, y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca descaba, suplicandoles, que todos fuesen en ayudar, y favorecer su intencion,

cion, porque en dexando à Darintho, queria que todos à Silerio rogasen diese el sí de recibir à Blanca por su legitima esposa. Los Pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas platicas llegaron adonde creyó Aurelio, que Elicio, Darintho, y Erastro estarían; pero no hallaron alguno, aunque rodearon, y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto; oyeron un tan doloroso suspiro, que les puso en confusion, y deseo de saber quien le havia dado. Mas sacòles presto de esta duda otro que oyeron no menòs triste que el pasado, y acudiendo todos à aquella parte adonde el suspiro venía, vieron estàr no lejos de ellos al pie de un crecido nogal dos Pastores, el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo, y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lagrimas, y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y así por esto, como por estàr el otro con color perdida, y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quien era: mas quando mas cerca llegaron, luego conocieron que los Pastores eran Elicio, y Erastro; Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion, y tristeza causó en todos los que allí venían la triste semblanza de los dos lastimados Pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenía. Pero el que mas se maravilló fue Aurelio, por vér que tan poco antes los havia dexado en compañía de Darintho, con muestras de todo placer, y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha. Viendo, pues, Erastro, que los Pastores à èl se llegaban, estremeció á Elicio, diciendole: Vuelve en tí, lastimado Pastor, levántate, y busca lugar donde puedas à solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitandola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el Pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantandose Erastro, volví las espaldas para irse, si Tirsi, y Damon, y los demás Pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomandole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y porque conoció á todos los que allí estaban, tuvo cuenta con que su lengua movida, y forzada del dolor no dixese algo que la causa de él manifestase; y aunque esta le fue preguntada por todos los Pastores, jamás respondió sino que no sabía otra

cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro, le havia tomado un reñio desmayo. Lo propio decia Erastro, y á esta causa los Pastores dexaron de preguntarle mas la causa de su passion, antes le rogaron que con ellos á la Hermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarian á la Aldéa, ó á su cabaña, mas no fue posible, que con él esto se acabase, sino que le dexasen volver á la Aldéa. Viendo, pues, que esta era su voluntad, no quisieron contradecirsela, antes se ofrecieron de ir con él, pero de ninguno quiso compañía, ni la llevó, si la porfia de su amigo Damon no le venciera, y así se huvo de partir con él, dexando concertado Damon con Tirsi, que se viesen aquella noche en el Aldéa, ó cabaña de Elicio, para dár orden de volverse á la suya. Aurelio, y Timbrio preguntaron á Erastro por Darintho, el qual les respondió, que asi como Aurelio se havia apartado de ellos, le tomó el desmayo á Elicio, y que entretanto que él le socorria, Darintho se havia partido con toda prisa, y que nunca mas le havian visto. Viendo, pues, Timbrio, y los que con él venian, que á Darintho no hallaban, determinaron de volver á la Hermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro, que quiso seguir á su amigo Elicio, y así, despidiendose de ellos, acompañado de solo su rabél, se apartó por el mismo camino que Elicio havia andado, el qual, haviendose un rato apartado con su amigo Damon, de la demás compañía, con lagrimas en los ojos, y con muestras de grandisima tristeza, así le comenzó á decir: Bien sé, discreto Damon, que tienes de los efectos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que ahora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo, y tengo por de los mas desastrados, que en amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa, que saber la causa del desmayo, y tristeza suya, le aseguró, que ninguna cosa le sería á él nueva, como tocase á los males, que el amor suele hacer. Y así, Elicio, con este seguro, y con el mayor que de su amistad tenía, prosiguió diciendo: Yá sabes, amigo Damon, como la buena suerte mia, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haverla tenido: digo, pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el Cielo, y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea, con tan limpio, y verdadero amor, qual á su merecimiento se debe: juntamente te confie-

so, amigo, que en todo el tiempo que hi que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido à él, con otras muestras que las generales que suele, y debe dár un casto, y agradecido pecho; y así há algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre, y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el más dichoso Pastor, que jamás apacentó ganado, contentandome solo de mirar á Galatea, y de ver, que si me queria, no me aborrecia, y que otro ningún Pastor no se podia alabar, que aun de ella fuese mirado, que no era poca satisfacion de mi deseo, tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmandome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no dá lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado oyo irrevocable senténcia, que el bien se acabe, que la gloria fenézca, que el gusto se cambie, y que finalmente, se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Dámon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea á buscaros á la Hermita de Silerio, en el camino me dixo, como tenia concertado de casar á Galatea con un Pastor Lusitano, que en las riberas del blando Lima gran numero de ganado apacienta: pidióme que le dixese, qué me parecia, porque de la amistad que me tenía, y de mi entendimiento, esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fue, que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad, privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrandola á tan apartadas tierras, y que si lo hacía llevado, y cevado de las riquezas del estrangero Pastor, que considerase, que no carecía él tanto de ellas, que no tuviese para vivir en su Lugar, mejor que quantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de quantos habitan las riberas de Tajo, dexaría de tenerse por venturoso, quando alcanzase á Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió diciendo, que el Rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo havia concertado, y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle, ¿con qué semblante Galatea havia recibido las nuevas de su destierro? Dixome, que se havia conformado con su voluntad, y que disponía la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obe-

diente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de vér á Galatea en poder ageno, y agéna de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lagrimas, derramadas en tanta adundancia, que enterrecido el pecho de su amigo Damon, no pudo dexar de acompañarle en ellas: mas á cabo de poco espacio, comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Elicio, pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo, que Elicio á Galatea hablase, y supiese de ella si de su voluntad consentía en el casamiento que su padre le trataba, y que quando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaría ayuda. Parecióle bien á Elicio lo que Damon decía, y determinó de ir á buscar á Galatea, para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba, y asi, trocando el camino que de su cabaña llevaban, ázia el Aldéa se encaminaron; y llegando á una encrucijada, que junto á ella quatro caminos dividía, por uno de ellos, vieron venir hasta ocho dispuestos Pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno de ellos, que á caballo venía sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demás á pie, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon, y Elicio se pararon hasta que los Pastores pasasen, los quales, pasando junto á ellos, bajando las cabezas cortesmente, les saludaron; sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de vér la estrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por vér qué camino seguian, pero luego vieron que el de la Aldéa tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dixo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo, que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente, que no lejos de él estaba, solía estar muchas veces Galatea, con algunas Pastoras del Lugar, y que sería bien vér si la dicha se la ofrecía tan buena, que allí la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y asi le dixo, que guiasse por donde quisiese. Y sucedióle la suerte como él mismo se havia imaginado, porque no anduviéron mucho, quando llegó á sus oídos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los Pastores fue oída, quedaron enagenados de sí mismos. Entoncez acabó de conocer Damon quanta verdad decian

todos los que las gracias de Galatea alababan: la qual estaba en compañía de Rosaura, y Florisa, y de la hermosa, y recién casada Silveria, con otras dos Pastoras de la misma Aldéa. Y puesto que Galatea vió venir à los Pastores, no por eso quiso dexar su comenzado canto, antes pareció dár muestras de que recibia contento en que los Pastores le escuchasen, los quales asi lo hicieron con toda la atencion posible; y lo que alcanzaron à oír de lo que la Pastora cantaba, fue lo siguiente.

GALATEA.

¿A quien volveré los ojos
En el mal que se apareja,
Si quanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra,
Que si me acaba en mi tierra
¿Qué bien me hará en el agena?

O justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dár
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia.
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimára
Que la vida me faltára,
O por lo menos la lengua.

Breves horas, y cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas, y pesadas.
Gozé de mi libertad
En mi temprana sazón,
Pero yá la sujecion
Anda trás mi voluntad:

Ved si es el combate fiero

Que dán á mi fantasía,
Si al cabo de su porfía
He de querer, y no quiero.
¡O fastidioso gobierno,
Que á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno!

¡Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
¡Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
¡Que estos arboles sombríos,
Y estos anchos verdes prados
No serán yá mas mirados
De los tristes ojos míos!

¿Severo padre, qué haces?
Mira que es cosa sabida,
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces.
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.

Yá triste se me figura
El punto de mi partida,

La dulce gloria perdida,	Todos para mí contrarios,
Y la amarga sepultura.	Los gustos extraordinarios.
El rostro que no se alegra	Del esposo, y sus parientes.
Del no conocido esposo,	Mas todos estos temores,
El camino trabajoso,	Que me figura mi suerte,
La antigua enfadosa suegra.	Se acabarán con la muerte,
Y otros mil inconvenientes,	Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lagrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento à todos los que escuchado la havian, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el Lusitano Pastor, y quan contra su voluntad se hacia. Pero à quien mas sus lagrimas, y suspiros lastimaron, fue à Elicio, que diera èl por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio de ellas; pero aprovechandose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentía, èl, y Damon se llegaron adonde las Pastoras estaban, à las quales cortesmente saludaron, y con no menos cortesía fueron de ellas recibidos. Preguntó luego Galatea à Damon por su padre, y respondiòle, que en la Hermita de Silerio quedaba, en compania de Timbrio, y Nisida, y de todos los otros Pastores, que à Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio, y Timbrio, y de los amores de Darintho, y Blanca, la hermana de Nisida, con todas las particularidades que Timbrio havia contado de lo que en el discurso de sus amores le havia sucedido, á lo qual Galatea dixo: Dichoso Timbrio, y dichosa Nisida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aqui padecidos, con la qual pondreis en olvido los pasados desastres, antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir, que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas ay del alma desdichada, que se vé puesta en terminos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea, ni halle remedio, ni medio alguno para estorvar la desventura que le está amenazando. Pues tanto mas fatigan los dolores, quanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dixo Damon, que no hay duda, sino que el repentino, y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza, y quita todos los caminos de remediarse;

pero

pero con todo eso digo, Galatea, que no dá el Cielo tan apurados los males: que quite de todo en todo el remedio de ellos: principalmente quando no los dexa vér primero, porque parece que entonces quiere dár lugar al discurso de nuestra razon, para que se exercite, y ocupe en templar, ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros animos con algun espacioso temor, sin que se venga á la execucion del mal que se teme; y quando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno, por ningun mal que padezca, debe desesperar del remedio. No dudo yo de eso, replicó Galatea, si fuesen tan ligeros los males que se temen, ó se padecen, que dexasen libre, y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que quando el mal es tal que se le puede dár este nombre, lo primero que hace, es anublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro alvedrio, descaeciendo nuestra virtud de manera, que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, como en tus verdes años puede haber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos, que tu mucha discrecion se estiende á hablar por ciencia de las cosas, que por otra manera ninguna noticia de ellas tienes. Pluguiera al Cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello grangeára dos cosas: quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. Hasta este punto estubo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas vér á Galatea dár muestras del amargo dolor que padecia, le dixo: Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza, puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad, que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos de estas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, Pastora, que presumo yo tanto de mí mismo, que solo me atreva á cumplir con las obras, lo que ahora por palabras te ofrezco, que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me dá aliento, desconfio de mi ventura, y asi la havré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los Pastores, que por esas

riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate, y quite delante de sus ojos el Sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita, y anima á mil honrosas competencias. Así que, hermosa Galatea, en fé de la razon que he dicho, y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el qual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no cayga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad, y honestidad incomparable tuya, te ha de mover á que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo: no quiero, Pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú misma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo, mas estorvólo la repentina llegada de los ocho rebozados Pastores, que Damon, y Elicio havian visto pasar poco antes ázia el Aldéa. Llegaron todos donde las Pastoras estaban, y sin hablar palabra, los seis de ellos con increíble celeridad arremetieron á abrazarse con Damon, y con Elicio, teniendolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto los otros dos (que era el uno el que á caballo venia) se fueron adonde Rosaura estaba, dando gritos por la fuerza que á Damon, y Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los Pastores la tomó en brazos, y pusola sobre la yegua, y en los del que en ella venia, el qual, quitandose el rebozo, se volvió á los Pastores, y Pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aqui se os ha hecho, porque la fuerza de amor, y la ingratitude de esta dama han sido causa de ella: ruegoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, direisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado de ella: y que si el amor, y esta injuria le movieren á querer vengarse, que yá sabe que Aragón es mi Patria, y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzón de la silla, y los demás Pastores no querian dexar á Elicio, ni á Damon, hasta que Artandro mandó que los dexasen, los cuales, viendose libres, con valeroso animo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete Pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traían á los pechos, diciendoles que se tuviesen, pues veían quan

quan poco podían ganar en la empresa que tomaban. Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haver cometido tal traycion. No la llames traycion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y ahora por cumplir con la condicion mudable de muger, la ha negado, y entregadose á Grisaldo, que es agravio tan manifesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegaos, Pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aqui, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa; y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelandose todavia de los malos semblantes con que Elicio, y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo, por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de lo que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse, ni qué hacerse. Pero los estremos que Galatea, y Florisa hacian, por ver llevar de aquella manera á Rosaura, eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifesto peligro de perderla: porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mismo, á todo correr fue siguiendo á Artandro, y desde lejos con mucho animo, y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener, y tornarse á poner en defensa; pero con todo esto no dexàra de sucederles mal á los dos atrevidos Pastores, si Artandro no mandàra á los suyos que se adelantaran, y los dexàran, como hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo, que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los arboles hacian poco efecto las hondas, y piedras de los enojados Pastores; y con todo esto los siguieran, si no vieran que Galatea, y Florisa, y las otras dos Pastoras á mas andar ázia donde ellos estaban se venian, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendian; y adelantandose á recibir á Galatea, ella les dixo: Templad vuestra ira, gallardos Pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos, no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, qual nos la ha mostrado el valor de vuestros animos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dixo Elicio, creí yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabàran aquellos descomedidos Pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabé no tenerla en quanto desco. El amoroso que Artandro tiene, dixo Galatea, fue el que le movió á tal descomedimiento, y asi conmigo, en parte,

te, queda disculpado: Y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y como estaba esperando à Grisaldo para recibirle por esposo, lo qual podria haver llegado á noticia de Artandro, y que la zelosa rabia le huviese movido à hacer lo que havian visto. Si así pasa, como dices, discreta Galatea, dixo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres, y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, quando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon, que es su Patria, quedarseha Grisaldo con solo el desco de vengarse. ¿No hay quien le pueda avisar de este agravio? dixo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche llegue, él tenga de él noticia. Si eso así fuese, respondió Damon, podria ser cobrar su prenda antes que á Aragon llegasen, porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dixo Florisa: y porque no le falte tiempo, y ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la Aldea nos volvamos, porque yo quiero embiar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hagase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un Pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon, y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y yá que se encaminaban al Aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fue conocida, el qual venia en seguimiento de su amigo Elicio. Pararonse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando.

ERASTRO.

Por aspéros caminos voy siguiendo

El fin dudoso de mi fantasia,

Siempre encérrada noche, obscura, y fria

Las fuerzas de la vida consumiendo.

Y aunque morir me veo, no pretendo

Salir un paso de la estrecha via,

Que en fé de la alta fé sin igual mia,

Mayores miedos contrastar entiendo.

Mi fé es la luz que me señala el puerto

Seguro á mi tormenta, y sola es ella.

Quien promete buen fin á mi viage.

Por mas que el medio se me muestre incierto,

Por mas que el claro rayo de mi estrella

Me encubra amor, y el Cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado Pastor, y creyendo que ninguno le oía, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fue parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, yá que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte ahora, haciendome el mal que me amenazas, que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna. Mira, señor, quan obediente he estado á tus leyes, quan pronto á seguir tus mandamientos, y quan sujeta he tenido mi voluntad á la tuya. Pagame esta obediencia con hacer lo que á ti tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía, y la daba á sus frescas, y menudas yervas, á sus humildes plantas, y levantados arboles. No consientas, señor, que al elaro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria. No quites á los Pastores de estos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estimulo, que á mil honrosas, y virtuosas empresas los incitaba. Considera bien, que si de esta á la agena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes: Pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos quantos en ellos habitan, te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo. Advierte, que lo que te suplico estan conforme, y llegado á razon, que irias de todo en todo fuera de ella, si no me lo concedieses. Porque, ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas, y Aldeas nuestras tuvo principio, el donayre, por particular dón del Cielo á nuestra Patria concedido, ahora que esperabamos coger el honesto fruto de tantos bienes, y riquezas, se haya de llevar á estraños Reynos á ser poseído, y tratado de agenas, y no conocidas manos? No quiera el Cielo piadoso hacernos tan notable daño. O verdes prados, que con su vista os alegrabades. O flores olorosas, que de sus pies tocadas, de mayor fragancia erades llenas. O plantas, ó arboles de esta deleytosa selva, haced todos en la

mejor forma que pudieredes, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun genero de sentimiento que mueva al Cielo á concederme lo que le suplico. Decia esto derramando tantas lagrimas el enamorado Pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloràran en las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recibieron con agradable comedimiento; el qual, como vió á Galatea con señales de haverle acompañado en las lagrimas, sin apartar los ojos de ella, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del qual dixo. Ahora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de quien yo entendia, que por particular privilegio havias de està esenta de ellos, veo que con mayor impetu te acometen, y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el Cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza, que no se ha de estender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes por esa misma razon, respondió Galatea, estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuve en lo que desease: mas porque no està bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra quan por los cabellos me lleva tràs sí la obediencia que á mis padres debo, ruegote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa, que antes de tiempo dispierte en mí la memoria del disgusto que temo; y con esto asimismo os ruego, Pastores, me dexéis adelantar á la Aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro, pero la Pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debia de ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se havia puesto. Querian yá los Pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de Caballeros, Pastores, y Damas, que la noche antes en la Hermita de Silerio se quedaron: los quales en señal de grandisimo contento á la Aldea se venían, y trayendo consigo á Silerio, con diferente trage, y gusto de lo que hasta allí havia tenido, porque yá havia dexado el de Hermitaño, mu-

dándole en el de alegre desposado , como ya lo era de la hermosa Blanca , con igual contento , y satisfaccion de entrambos , y de sus buenos amigos , Timbrio , y Nisida , que se lo persuadieron ; dando con aquel casamiento fin à todas sus miserias , y quietud , y reposo à los pensamientos que por Nisida le fatigaban . Y así con el regocijo que tal suceso les causaba , venian todos dando muestras de él , con agradable musica , y discretas , y amorosas canciones : de las quales cesaron quando vieron à Galatea , y à los demás que con ella estaban , recibiendo unos à otros con mucho placer , y comedimiento , dándole Galatea à Silerio el parabien de su suceso , y à la hermosa Blanca el de su desposorio , y lo mismo hicieron los Pastores , Damon , Elicio , y Erastro , que en estremo à Silerio estaban aficionados . Luego que cesaron entre ellos los parabienes , y cortesias , acordaron de proseguir su camino al Aldea : y para entretenerle , rogò Tirsi à Timbrio , que acabase el Soneto que havia comenzado à decir , quando de Silerio fue conocido . Y no escusandose Timbrio de hacerlo , al son de la flauta del zeloso Orfenio , con estremada , y suave voz le cantó , y acabó , que era este .

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
 Que aunque mas sople riguroso viento,
 No podrá desdecir de su cimiento,
 Tal fé , tal fuerza , y tal valor alcanza.
 Tan lejos voy de consentir mudanza
 En mi firme amoroso pensamiento,
 Quan cerca de acabar en mi tormento,
 Antes la vida , que la confianza,
 Que si al contraste del amor vacila
 El pecho enamorado , no merece
 Del mismo amor la dulce paz tranquila.
 Por esto el mio , que su fé engrandece,
 Rabie Caribdis , ò amenace Scila,
 Al mar se arroja , y al amor se ofrece.

Pareció bien el Soneto de Timbrio à los Pastores , y no menos la gracia con que cantado le havia : y fue de manera , que le rogaron que otra alguna cosa dixese ; mas escusóse con decir à su amigo

Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo havia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dexar de hacer lo que su amigo le mandaba: y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la misma flauta de Orfenio cantò lo que se sigue.

S I L E R I O.

Gracias al Cielo doy, pues he escapado

De los peligros de este mar incierto,

Y al recogido favorable puerto

Tan sin saber por donde he yà llegado.

Recojense las velas del cuidado,

Reparese el navio pobre abierto,

Cumpla los votos quien con rostro muerto

Hizo promesas en el mar ayrado.

Beso la tierra, reverencio al Cielo,

Mi suerte abrazo mejorada, y buena,

Llamo dichoso á mi fatal destino.

Y à la nueva sin par blanda cadena

Con nuevo intento, y amoroso zelo,

El lastimado cuello alegre inclino.

Acabò Silerio, y rogò à Nisida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto, la qual, mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dandosela él asimismo con la vista, ella sin mas esperar, con mucho donayre, y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantò este Soneto.

N I S I D A.

Voy contra la opinion de aquel que jura,

Que jamás del amor llegó el contento

A do llega el rigor de su tormento,

Por mas que el bien ayude la ventura.

Yo sé que es bien, yo sé que es desventura

Y sé de sus efectos claro, y siento,

Que quanto mas destruye el pensamiento

El mal de amor, el bien mas lo asegura.

No el verme en brazos de la amarga muerte

Por la mal referida triste nueva,

Ni à los cosarios barbaros rendida;

Fue dura pena, fue dolor tan fuerte,

Que ahora no conozca, y haga prueba,

Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea, y Florisa de la estremada voz de la hermosa Nisida, la qual por parecerle que por entonces en cantar Timbrio, y los de su parte, havian tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo: y asi sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nisida, haciendo señal à Orfenio, que su flauta tocase, al son de ella cantó de esta manera.

B. L. A. N. C. A.

Qual si estuviera en la arenosa Libia,

O en la apartada Scitia siempre elada,

Tal vez del frio temor me ví asaltada,

Y tal del fuego que jamás se entibia.

Mas la esperanza que el dolor alivia

En uno, y otro estremo disfrazada,

Tuvo la vida en su poder guardada,

Quando con fuerzas, quando flaca, y tibia.

Pasó la furia del invierno elado,

Y aunque el fuego de amor quedò en su punto,

Llegò la deseada primavera,

Donde en un solo venturoso punto

Gozó del dulce fruto deseado

Con largas pruebas de un amor sincero.

No menos contentó à los Pastores la voz, y lo que cantò Blanca, que todas las demás que havian oído. Y yá que ellos querian dár muestras de que no toda la habilidad se encertaba en los còrtesanos Caballeros: y para esto casi de un mismo pensamiento movidos, Orompo, Crisio, Orfenio, y Marsilio, comenzaban à templar sus instrumentos, les forzó à volver las cabezas un ruido que à sus espaldas sintieron: el qual causaba un Pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el qual fue

de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravillò Tirsi, porque la noche antes se havia despedido de él, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle, acabar su pesar, y començar su gusto: y que sin decirle mas, con otro Pastor su amigo se havia partido, y que no sabia qué podia haverle sucedido ahora que con tanta prisa caminaba. Lo que Tirsi dixo, movió á querer llamar á Lauso: y así le dió voces que viniese: mas viendo que no las oía, y que yá á mas andar iba trasponiendo un recuesto, con toda ligereza se adelantó, y desde encima de otro collado, le tornó á llamar con mayores voces. Las quales oídas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dexar de volver: y en llegando á Damon le abrazó, con señales de estraño contento, y tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba: y así le dixo. ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos: ó hante desde ayer acá correspondido á ello de manera que halles con facilidad lo que pretenes? Mucho mayor es el bien que traygo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso: pues la causa que á otros suele ser desesperacion, y muerte, á mí me ha servido de esperanza, y vida, y ésta ha sido de un desdén, y desengaño, acompañado de un melindroso donayre, que en mi Pastora he visto, que me ha restituído á mi ser primero. Yá yá, Pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, yá se han desecho en mi sentido las encumbradas maquinas de pensamientos, que desvanecido me traían; yá tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, yá me parecerán lo que son las verdes yervas, y olorosas flores de estos apacibles campos, yá tendrán treguas mis suspiros, vado mis lagrimas, y quietud mis desasosiegos. Porque consideres, Damon, si es causa ésta bastante para mostrarme alegre, y regocijado. Sí es, Lauso, respondió Damon, pero témo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo yá experiencia, que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plegue al Cielo que sea mas firme tu contento de lo que yo imagino, y gozes largos tiempos la libertad que pregoñas, que no solo me holgaria, por lo que debo á nuestra amistad, sino por vér un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea Damon, respondió Lauso, yo me siento ahora libre, y señor de mi voluntad: y porque se

satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira que quieres que haga en prueba de ello: ¿Quieres que me ausente? ¿Quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas, y presentes alegrías? Qualquiera cosa haré por satisfacerte. La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás, quando de aqui á à seis dias te vea en ese mismo proposito: y por ahora no quiero otra cosa de tí, sino que dexes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos Pastores, y Damas nos esperan, y que la alegría que traes la solemnizes con entretenernos con tu canto, mientras que al Aldéa llegamos. Fue contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y así volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon que se volviese; y en llegando, que él, y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dixo. No vengo, señores, para menos que para fiestas, y contentos, por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oír lo que jamás pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los Pastores respondieron á una, que les sería de gran gusto el oírle. Y luego Marsilio, con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la qual Lauso comenzó á cantar de esta manera.

LAUSO.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
 Las manos en humilde modo puestas,
 Y el corazon de un justo zelo lleno,
 Te adoro, Desdén santo, en quien cifradas
 Están las causas de las dulces fiestas,
 Que gozo en tiempo sosegado, y bueno:
 Tú del rigor del aspero veneno,
 Que el mal de amor encierra
 Fuiste la cierta, y presta medicina;
 Tú mi total ruina!
 Volviste en bien, en sana paz mi guerra,
 Y así como á mi rico almo tesoro,
 No una vez sola, mas cien mil veces te adoro.
 Por tí la luz de mis cansados ojos,
 Tanto tiempo turbada, y aun perdida,

Al sér primero ha vuelto que tenia,
 Por tí torno á gozar de los despojos,
 Que de mi voluntad, y de mi vida
 Llevó de amor la antigua tyranía.
 Por tí la noche de mi error, en día
 De sereno discurso
 Se ha vuelto, y la razon que antes estaba
 En posesion de esclava,
 Con sosegado, y advertido curso,
 Siendo ahora señora, me conduce
 Do el bien eterno mas se muestra, y luce.
 Mostráste me, Desdén, quan engañosas,
 Quan falsas, y fingidas havian sido
 Las señales de amor que me mostraban,
 Y que aquellas palabras amorosas,
 Que tanto regalaban el oído,
 Y al alma de sí misma enagenaban
 En falsedad, y burla se forjaban,
 Y el regalado, y tierno
 Mirar de aquellos ojos, solo era
 Porque mi primavera
 Se convirtiese en desabrido invierno,
 Quando llegase el claro desengaño,
 Mas tú, dulce Desdén, curaste el daño.
 Desdén, que sueles ser espuela aguda,
 Que hace caminar al pensamiento
 Trás la amorosa deseada empresa:
 En mí tu efecto, y condicion se muda,
 Que yo por tí me aparto del intento
 Trás quien corria con no vista priesa,
 Y aunque continuo el fiero amor no cesa,
 Mal de mí satisfecho,
 Tendré de nuevo el lazo por cogermé,
 Y por mas ofenderme,
 Encarar mil saetas á mi pecho:
 Tú, Desdén solo, solo tú bien puedes
 Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
 Que pudiera un desdén echarle á tierra.
 Cien mil han sido menester primero,
 Que fue qual suele sin poder sufrillo
 Venir al suelo el pino que le atierra,
 En virtud de otros golpes el postrero.
 Grave desdén de parecer severo
 En desamor fundado,
 Y en poca estimacion de agena suerte,
 Dulce me ha sido el verte,
 El oírte, y tocarte, y que gustado
 Hayas sido del alma en coyuntura,
 Que derribas, y acabas mi locura.
 Derribas mi locura, y dás la mano
 Al ingenio, Desdén, que se levante,
 Y sacuda de sí el pesado sueño,
 Para que con mejor intento sano
 Nuevas grandezas, nuevos loores cante
 De otros, si le halla agradecido dueño,
 Tú has quitado las fuerzas al veleño,
 Con que el amor ingrato
 Adormecia á mi virtud doliente,
 Y con la tuya ardiente
 Soy reducido á nueva vida, y trato,
 Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
 Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado havia para
 poner admiracion en los presentes, que como todos sabían, que
 el día antes estaba tan enamorado, y tan contento de estarlo, ma-
 ravillabales verle en tan pequeño espacio de tiempo, tan muda-
 do, y tan otro del que solía. Y considerando bien esto, su amigo
 Tirsi le dixo. No sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien
 en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser
 tan firme, y seguro como tú imaginas, pero todavia me huelgo
 de que gózes (aunque sea pequeño espacio) del gusto que acarrea
 al alma la libertad alcanzada, pues podria ser que conociendo
 ahora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo á las

rotas cadenas, y lazos, hicieses mas fuerza para romperlos, atraído de la dulzura, y regalo que goza un libre entendimiento, y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano, y antojadizo, que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al Cielo, porque á la pérdida luz me tornase: y pues en ella veo ahora quan poco antes veía, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dixo Tirsi, como no volver á mirar lo que atrás dexas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás qual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y tén por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los desdenes, y arrogancias escusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos: y haceme creer mas esta verdad, saber yo quien es Silena, aunque tú jamás no me lo has dicho; y saber asimismo la mudable condicion suya, sus acelerados impetus, y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos. Cosas, que á no templarlas, y disfrazarlas con la singular hermosura de que el Cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirsi, respondió Lauso, porque sin duda alguna, la singular belleza suya, y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no solo sea querida, sino adorada de todos quantos la miraren; y asi no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mía se haya rendido á tan fuertes, y poderosos contrarios, solo es justo que se maraville de como me he podido escapar de ellos, que puesto que salgo de sus manos tan maltratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria: todavia me parece que puedo triunfar de la batalla. No pasaron mas adelante en su platica los dos Pastores, porque á este punto vieron, que por el mismo camino que ellos iban, venia una hermosa Pastora, y poco desviado de ella un Pastor, que luego fue conocido, que era el anciano Arsindo, y la Pastora era la hermana de Galercio, Maurisa; la qual como fue conocida de Galatea, y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantandose las dos á recibirla, Maurisa llegó á abra-

abrazar à Galatea, y el anciano Arsindo saludò à todos los Pastores, y abrazò à su amigo Lauso, el qual estava con grande deseo de saber lo que Arsindo havia hecho, despues que le dixeron, que en seguimiento de Maurisa se havia partido. Y viendole ahora volver con ella, luego comenzò à perder con él, y con todos el credito que sus blancas canas le havian adquirido, y aun le acabàra de perder, si los que allí venían no supieran tan de experiencia adonde, y à quanto la fuerza del amor se estendia, y asi en los mismos que le culpaban, hallò la disculpa de su yerro. Y parece que adivinando Arsindo lo que los Pastores de él adivinaban; como en satisfacion, y disculpa de su cuidado, les dixo: Oid, Pastores, uno de los mas estraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las agenas se havrà visto. Bien creo que conoceis, y conocemos todos al nombrado Pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no hà muchos dias, que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamàs supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel, que con tantas veras reprehendia à los que de la amorosa dolencia veía lastimados. Este, pues, tan declarado enemigo del amor, ha venido à termino que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas veras le siga, ni aun él tiene vasallo à quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruél Pastora, que al hermano de esta, señalando à Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como viste, con el cordel à la garganta, para fenecer à manos de su crueldad sus cortos, y mal logrados dias. Digo en fin, Pastores, que Lenio el desamorado, muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el ayre de suspiros, y la tierra de lagrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiendole á la mas dura, y esquiva Pastora que se ha visto; y conociendolo él, procura ahora, en quanto dice, y hace, reconciliarse con el amor; y por los mismos terminos que antes le vituperaba, ahora le ensalza, y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no há muchas horas que viniendo yo en compañía de esta Pastora, le hallamos en la Fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de un su-

dor frío, y anhelando el pecho con una estraña prisa: lleguéme á él, y conócile; y con el agua de la fuente le roció el rostro, con que cobró los perdidos espiritus; y juntandome junto á él le pregunté la causa de su dolor; la qual él me dixo sin faltar punto, contandomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta Pastora, en quien creo que jamás cupo señal de compasion alguna: encarecíome la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenía, y la sospecha que en él reynaba, de que el amor le havia traído á tal estado; por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le havia hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y dexandole libre del pasado parasismo, acompañando à esta Pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues há ya diez dias que de ellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que cr eo que mas por cumplimiento, que por otra cosa me combidas à que à nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer, en las agenas, quanto la ausencia que de mí has hecho estos dias lo ha mostrado. Pero dexando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon, y coyuntura, torname à decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si asi es, podré yo afirmar, que ha hecho amor en estos dias de los mayores milagros que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir, y avasallar el duro corazon de Lenio, y poner en libertad el tan sujeto mio. Mira lo que dices, dixo entonces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sujeto, como hasta aqui has significado, ¿cómo el mismo amor ahora te ha puesto en la libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me contradigo; porque digo, ó quiero decir, que el amor que reynaba, y reyna en el pecho de aquella, à quien yo tan en extremo queria, como se encamina à diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efecto que en mí ha hecho, es ponerme en libertad, y á Lenio en servidumbre, y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros; y diciendo esto, volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo, y con ellos dixo lo que con la lengua callaba; porque todos entendieron, que el tercero milagro que pudiera contar, fuera vér enamoras las canas de Arsindo de los pocos, y verdes años de Maurisa. La qual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea, y Florisa, dicien-

doles, como otro dia sería Grisaldo en el Aldéa en habito de Pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podia, à causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenia concertado de casarle, havian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder antes à lo que à Rosaura debia, que no à la obligacion en que à su padre estaba. Todo esto que os he dicho, Pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dixo que os lo dixese, el qual á vosotras con este recaudo venia; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tràs sí el alma de mi desdichado hermano, fue la causa, que él no pudiese venir á deciros lo que he dicho, pues por seguir á ella, dexó de seguir el camino que traia; fiandose de mí, como de hermana. Yá haveis entendido, Pastoras, à lo que vengo, donde està Rosaura para decirselo, ó decidselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aqui me detenga. En tanto que la Pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que havian de llegar à los oidos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no escuchaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura havia sucedido, y como Artandro la llevaba; de que quedó maravillada Maurisa, y al instante quisiera dàr la vuelta à avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntandole qué se havian hecho las dos Pastoras, que con ella, y con Galercio se havian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar de ellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me dà lugar à ello: solo te digo, que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro, por el mas sutil engaño que jamàs se ha visto; y Teolinda la otra, està en termino de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto à la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañia: cosa, que es à Galercio tan pesada, y enojosa, quanto lo es dulce, y agradable la compañia de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas de espacio, quando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza, se impida el

remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque sino há mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haver alejado tanto de estas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los pies como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y asi no quiso mas detenerla, solo le rogó que fuese servida de tornarla á vér lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que haria en el hecho de Rosaura. La Pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiendose de los que allí estaban, se volvió á su Aldéa, dexando á todos satisfechos de su donayre, y hermosura. Pero quien mas sintió su partida, fue el anciano Arsindo, el qual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, quanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron también las Pastoras suspensas de lo que de Teolinda havian oído, y en estremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos Pastores, que enmedio tenian un antiguo Sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Thelesio; y habiendo uno de los Pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron ázia otro que allí junto estaba; donde subidos, de nuevo tornaron à tocarla: à cuyo son, de diferentes partes se comenzaron à mover muchos Pastores, para venir à vér lo que Thelesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los Pastores de aquella ribera, quando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido Pastor de aquellos contornos, ó para traerles à la memoria el día de alguna solemne Fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo, pues, Aurelio, y casi los mas Pastores que allí venían, conocida la costumbre, y condicion de Thelesio, todos se fueron acercando adonde él estaba; y quando llegaron, yá se havian juntado. Pero como Thelesio vió venir tantas gentes, y conoció quan principales todos eran, bajando de la cuesta los fue á recibir con mucho amor, y cortesía, y con la misma fue de todos recibido. Y llegandose Aurelio á Thelesio, le dixo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado, y venerable Thelesio, qué nueva causa te mueve à querer juntar los Pastores de estos prados? Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes

funebres sucesos? ¿Quierémos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Thelesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Pagueos el Cielo, Pastores, (respondió Thelesio) la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, que solo vuestro bien, y provecho pretend. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quieróos traer à la memoria la que debeis tener perpetuamente del valor, y fama del famoso, y aventajado Pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas huviere Pastores, y en nuestras almas no faltáre el conocimiento de lo que se debe à la bondad, y valor de Meliso. A lo menos, de mí os sé decir, que en tanto que la vida me duràre, no dexaré de acordaros à su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía, y virtud del sin par Meliso; y así ahora os la acuerdo, y os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue perder la agradable presencia del prudente Pastor Meliso, por lo que à la bondad suya debeis, y por lo que à la intencion que tengo de servir os estais obligados, os ruego, Pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos, y piadosos sacrificios procurémos aligerar la pena, si alguna padece, à aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dexado. Y diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lagrimas, acompañandole en ellas casi los mas de los circunstantes: los quales, todos de una misma conformidad, se ofrecieron de acudir otro dia adonde Thelesio les mandaba, y lo mismo hicieron Timbrio, y Silerio, Nisida, y Blanca, por parecerles que no sería bien dexar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan celebres Pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Thelesio, y tornaron à seguir el comenzado camino de la Aldéa: mas no se havian apartado mucho de aquel lugar, quando vieron venir ázia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste, y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan transportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los Pastores,

sin que los viese, antes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, quando se arrojó al pie de un verde sauce; y dando un recio, y profundo suspiro, levantó la mano, y poniendola por el collar del pellico, tiró tan recio, que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurión del lado, y sacando de él un pulido rabél, con grande atencion, y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada, y concertada voz, comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le havian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fue este.

L E N I O.

Dulce amor, yá me arrepiento	Do descansan nuestras vidas.
De mis pasadas porfias,	Tú la implaçable tormenta,
Yá de oy mas confieso, y siento	Que al alma mas atormenta,
Que fue sobre burlerías	Vuelves en serena calma.
Levantado su cimiento.	Tú eres gusto, y luz del alma,
Yá el rebelde cuello erguido,	Y manjar que la sustenta.
Humilde pongo, y rendido	
Al yugo de tu obediencia,	Pues esto juzgo, y confieso,
Yá conozco la potencia	Aunque tarde vengo en ello,
De tu valor estendido.	Templa tu rigor, y exceso
	Amor, y del flaco cuello
Sé que puedes quanto quieres,	Aligera un poco el peso.
Y que quieres lo imposible;	Al yá rendido enemigo
Sè que muestras bien quien eres	No se ha de dàr el castigo
En tu condicion terrible,	Como aquel que se defiende,
En tus penas, y placeres.	Quanto mas que aqui se ofende
Y sè en fin que yo soy quien	Quien yá quiere ser tu amigo.
Tuvo siempre á mal tu bien,	
Tu engaño por desengaño,	Salgo de la pertinacia
Tus certezas por engaño	Do me tuvo mi malicia,
Tus caricias por desdén.	Y el estár en tu desgracia,
	Y apelo de tu justicia
Estas cosas bien sabidas	Ante el rostro de tu gracia.
Han ahora descubierta	Que si á mi poco valor
En mis entrañas rendidas,	No le quilata en favor
Que tú solo eres el puerto	De tu gracia conocida

Presto dexaré la vida. Sé que acabarán bien presto.
 En las mano del dolor. O dura Gelasia esquivá,
 Las de Gelasia me han puesto Zahareña, dura, altiva,
 en tan estraña agonía, ¿Por qué gustas, dí, Pastora,
 Que si mas porfia en esto. Que el corazon que te adora
 Mi dolor, y su porfia, En tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fue tanto, que allí quedára deshecho en lagrimas, si los Pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos à Tirsi, sin mas detenerse, se levantó, y se fue á arrojar á sus pies, abrazandole estrechamente las rodillas, y sin dexar las lagrimas, le dixo: Ahora puedes, famoso Pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponía. Ahora digo, que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener al amor por universal señor del mundo. Pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, qué me dexes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Havia yá Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniendole abrazado, con discretas, y amorosas palabras procuraba consolarle, diciendole. La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estár pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimismo una de las principales causas que mueve, y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas quando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira, y compele á que lo haga, quedando mas rico, y satisfecho con el perdon, que con la venganza. Como se vé esto à cada paso en los grandes Señores, y Reyes, que mas gloria grangean en perdonar las injurias, que en vengarlas. Y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces ahora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes de él, que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento, y por el arrepentimiento que tienes, puedes estár confiado, y vivir seguro, que el generoso, y blando amor, te reducirá presto à sosegada, y amorosa vida; que si ahora te castiga con darte la penosa que tienes, hacelo porque le conozcas, y porque des-

pues tengas, y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio, y los demás Pastores que alli estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moría por la cruel Pastora Gelasia, exagerandoles la esquivia, y desamorada condicion suya, y quan libre, y esenta estaba de pensar en ningun efecto amoroso: encareciendoles tambien el insufrible tormento, que por ella el gentil Pastor Galercio padecía: de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le havia puesto en terminos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas huvieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo à Lenio, y sin sucederles otra cosa, llegaron al Aldèa, llevandose consigo Elicio à Tirsi, Damon, Erastro, Lauso, y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio, y Orompo. Florisa, y las otras Pastoras, se fueron con Galatea, y con su padre Aurelio: quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los cipreses, como Thelesio les havia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como yá está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nisida, y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

FIN DEL LIBRO QUINTO

de Galatea.

SEXTO, Y ULTIMO LIBRO DE GALATEA.



Penas havian los rayos del dorado Febo comenzado à despuntar por la mas baja linea de nuestro Ori- zonte, quando el anciano, y venerable Thelesio, hi- zo llegar á los oídos de todos los que en el Aldéa estaban el lastimero son de su bocina: señal que movió à los que le escucharon á dexar el reposo de los pastorales fechos, y acudir à lo que Thelesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Eli- cio, Aurelio, Daranio, y todos los Pastores, y Pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nisida, y Blanca, y los venturo- sos Timbrio, y Silerio, con otra cantidad de gallardos Pastores, y bellas Pastoras, que à ellos se juntaron, y al numero de treinta lle- garian. Entre los quales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria: la qual llevaba consigo á la hermosa, y zahareña Belisa, por quien el Pastor Marsilio tan amo- rosas, y mortales angustias padecia. Havia venido Belisa à visitar à Silveria, y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso asi- mismo hallarse en tan celebres obsequias, como esperaba serian las que tantos, y tan famosos Pastores celebraban. Salieron, pues, todos juntos de la Aldéa, fuera de la qual hallaron á Thelesio, con otros muchos Pastores que le acompañaban, todos vestidos, y ador- nados de manera, que bien mostraban, que para triste, y lamenta- ble negocio havian sido juntados. Ordenó luego Thelesio, porque con intenciones mas puras, y pensamientos mas reposados se hicie- sen aquel dia los solemnes sacrificios, que todos los Pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las Pastoras, y que ellas lo mismo hiciesen: de que los menos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que yá havia visto à la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí, y tan suspenso, qual lo conocieron bien sus ami-

gos, Orompo, Crisio, y Orfenio, los quales viendole tal, se llegaron á él, y Orompo le dixo. Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no des ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho. ¿Qué sabes si el Cielo, movido á compasion de tu pena, ha traído á tal tiempo á estas riberas á la Pastora Belisa, para que la remedies? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este Lugar, que de mi ventura esto, y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razon, que mi sentimiento: y con esto volvió algo mas en sí Marsilio, y luego los Pastores por una parte, y las Pastoras por otra, como de Thelesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los cipreses, llevando todos un maravilloso silencio: hasta que admirado Timbrio de ver la frescura, y belleza del claro Tajo por do caminaba, vueltó á Elicio, que al lado le venía, le dixo. No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas: y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten, y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga: y en las apartadas tierras, ha paseado las del santo Tiber, y las amenas del Pò, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dexar de haver rodeado las frescuras del apacible Sebeto: grande ocasion havia de ser la que á maravilla me moviesé de ver otras algunas. No vás tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discretó Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que dé decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad, y frescura de las riberas de este rio, hace notoria, y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Xanto, y del conocido Anfriso, y el enamorado Alfeo: Porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha linea encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un Cielo luciente, y claro, que con un largo movimiento, y con vivo resplandor parece que combida á regocijo, y gusto al corazon que de él está mas ageno. Y si ello es verdad, que las Estrellas, y el Sol se mantienen, como algunos dicen de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las de este rio sean, en gran parte, ocasion de causar la belleza del Cielo que le cubre, ó creceré que Dios, por la misma razon que dicen, que mora en los Cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra que lo abra.

abrazo vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en sí un don tan raro, y agradable, y el dorado río como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entreteniéndose, forma, como de industria, mil entradas, y salidas, que á qualquiera que las mira, llevan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dexan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira quanto adornan sus riberas las muchas Aldéas, y ricas caserías, que por ellas se vén fundadas. Aqui se vé en qualquiera sazón del año andar la risueña Primavera con la hermosa Venus, en habito sucinto, y amoroso, y Zefiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo à manos llenas varias, y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el Arte, es hecha Artífice, y connatural del Arte, y de entrambas à dos se ha hecho una tercia naturaleza, à la qual no sabré dár nombre. De sus cultivados Jardines, con quien los huertos Esperides, y de Alcino pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos: de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos, y fuentes, que en esta ribera se hallan: no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas rúedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río, y humedecen abundantemente las heras, que por largo espacio están apartadas? Añádese à todo esto, criarse en estas riberas las mas hermosas, y discretas Pastoras, que en la redondéz del suelo pueden hallarse: Para cuyo testimonio, dexando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, há que estás en ellas, y has visto, bastará traer por exemplo á aquella Pastora que allí vé, ó Timbrio; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea; y sin decir mas, dexó admirado à Timbrio de vér la discrecion, y palabras con que havia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea. Y respondiéndole, que no se le podia contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas, y en otras entretenían la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los cipreses, vieron que de él salian casi otros tantos Pastores, y Pastoras, como los que con ellos

ellos iban. Juntaronse todos, y con sosegados pasos comenzaron à entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño, y maravilloso, que aun à los mismos que muchas veces le havian visto, causaba nueva admiracion, y gusto. Levantanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en quatro diferentes, y contrapuestas partes, quatro verdes, y apacibles collados, como por muros, y defensores de un hermoso valle, que enmedio contienen, cuya entrada en él por otros quatro lugares es concedida, los quales mismos collados estrechan de modo, que vienen à formar quatro largas, y apacibles calles, à quien hacen pared de todos lados, altos, é infinitos cipreses, puestos por tal orden, y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos, y de los otros, parece que igualmente ván creciendo, y que ninguna se atreve á pasar, ni salir un punto mas de la otra. Cierran, y ocupan el espacio que entre ciprés, y ciprés se hace, mil olorosos rosales, y suaves jazmines, tan juntos, y entretexidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas, se vén correr por entre la verde, y menuda yerva, claros, y frescos arroyos de limpias, y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate, y fin de estas calles, una ancha, y redonda plaza, que los recueftos, y los cipreses forman, enmedio de la qual está puesta una artificiosa fuente, de blanco, y precioso marmol fabricada, con tanta industria, y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibuli, y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen, y sustentan las frescas yervas de la deleytosa plaza; y lo que mas hace à este agradable sitio, digno de estimacion, y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos, y mansas ovejas, y de otra qualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador, y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos Pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina, y ordena ser digno, y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos, y diversos arboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar, y distancia que havia de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, qual de jaspe, y qual de marmol fabricada, en cuyas blancas piedras

se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecía, y la que mas à los ojos de todos se mostraba, era la del famoso Pastor Meliso, la qual apartada de las otras, à un lado de la ancha plaza de lisas, y negras pizarras, y de blanco, y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mismo punto que los ojos de Thelesio la miraron, volviendo el rostro à toda aquella agradable compañía, con sosegada voz, y lamentables acentos, les dixo: Veis allí, gallardos Pastores, discretas, y hermosas Pastoras; veis allí, digo, la triste sepultura donde se posan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor, y gloria de nuestras riberas: comenzad, pues, á levantar al Cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lagrimas, y profundos suspiros, entonad los santos Hymnos, y devotas Oraciones, y rogadle, tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto, se llegó à un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo de ellas una funesta guirnalda con que coronò sus blancas, y veneradas sienes, haciendo señal à los demás que lo mismo hiciesen. De cuyo exemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Thelesio, llegaron à la sepultura, donde lo primero que Thelesio hizo, fue, inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mismo, y algunos hubo, que tiernos con la memoria de Meliso, dexaban regado con lagrimas el blanco marmol que besaban. Hecho esto, mandò Thelesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hicieron muchas (aunque pequeñas) hogueras, en las quales solas ramas de ciprés se quemaban, y el venerable Thelesio, con graves, y sosegados pasos comenzó à rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro, y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía, alguna breve, y devota Oracion, á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la qual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste, y piadoso acento respondian: Amen, Amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados, y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos arboles, de que el valle estaba lleno; heridas de un manso Zefiro que soplabá, hacían, y formaban un sordo, y tristisimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayu-

da-

daban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Thelesio la sepultura, y tres veces dixo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del Amen, que los Pastores repetían. Acabada esta ceremonia, el anciano Thelesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una, y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir queria; y luego levantando la voz (todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años) con maravillosa elocuencia, comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su animo, la graciosa gravedad de su plática, y la excelencia de su poesía; y sobre todo, la solicitud de su pecho en guardar, y cumplir la santa Religión que profesado havia, juntando á estas otras tantas, y tales virtudes de Meliso, que aunque el Pastor no fuera tan conocido de todos los que á Thelesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedàran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo. Si adonde llegaron, famosos Pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegàra la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas, y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos, y cansados años, no me acortàran la voz, y el aliento, primero este Sol que nos alumbra, le vierades bañar una, y otra vez en el grande Oceano, que yo cesàra de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrandolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca, y cabe parte de esta obligacion, á quien en particular mas obliga, es á los famosos Tirsi, y Damon, como á tan conocidos amigos, y familiares suyos; y asi les ruego quan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo, y cantando ellos con mas reposada, y sonora voz, lo que yo he faltado, llorando con la trabajosa mia. No dixo mas Thelesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los Pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego (sin replicar cosa alguna) Tirsi sacó su rabél, y hizo señal á Damon que lo mismo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio, y Lauso, y todos los Pastores que allí instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste, y

agradable musica, que aunque regalaba los oídos, movia los corazones á dar señales de tristeza, con lagrimas que los ojos derramaban. Juntabanse à esto la dulce harmonía de los pintados pajarillos, que por los ayres cruzaban; y algunos sollozos que las Pastoras (yà tiernas, y movidas con el razonamiento de Thelesio, y con lo que los Pastores hacian) de quando en quando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordándose el son de la triste musica, y el de la triste harmonía de los gilguerillos, calandrias, y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan estraño, y lastimoso concento, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí à poco espacio, cesando los demás instrumentos, solos los quatro de Tirsi, Damon, Elicio, y de Lauso se escucharon, los quales llegando al sepulcro de Meliso, à los quatro lados del sepulcro: señal por donde todos los presentes entendieron, que alguna cosa cantar querian: y así les prestaron un maravilloso, y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi, con levantada, triste, y sonora voz, ayudandole Elicio, Damon, y Lauso, de esta manera comenzó à cantar.

TIRSI.

Tal qual es la ocasion de nuestro llanto,
No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores entonad el triste canto.

Dam. El ayre rompan, lleguen hasta el Cielo
Los suspiros dolientes, fabricados,
Entre justa piedad, y justo duelo.

Elic. Seràn de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

Laus. Meliso, digno de immortal historia,
Digno que goces en el Cielo santo
De alegre vida, y de perpetua gloria.

Tirs. Mientras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso.
Pastores, entonad el triste canto.

Dam. Como puedo, Meliso, recompensar
A tu amistad, con lagrimas vertidas

- Con ruegos píos , y sagrado incienso.
- Elic.** Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y à tierno sentimiento reducidas.
- Lau.** Aquellos claros venturosos dias
Donde el mundo gozò de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables frias.
- Tirs.** ¡O muerte , que con presta violencia,
Tal vida en poca tierra reduxiste!
¿A quien no alcanzará tu diligencia?
- Dam.** Despues (ò muerte) que aquel golpe diste.
Que echò por tierra nuestro fuerte arrimo
De yerva el prado , ni de flor se vistè.
- Elic.** Con la memoria deste mal reprimo
El bien (si alguno llega à mi sentido)
Y con nueva aspereza me lastimo.
- Lau.** ¿Quando suele cobrarse el bien perdido?
¿Quando el mal sin buscarle no se halla?
¿Quando hay quietud en el mortal ruido?
- Tirs.** ¿Quando de la mortal fiera batalla
Triunfó la vid , y quando contra el tiempo
Se opuso , ó fuerte arnés , ò dura malla?
- Dam.** Es nuestra vida un sueño , un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece,
Quando mas firme pareció en su tiempo.
- Elic.** Día que al medio curso se obscurece,
Y le succede noche tenebrosa
Embuelta en sombras que el temor ofrece.
- Lau.** Mas tú , Pastor famoso , en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.
- Tirs.** Despues en el aprisco Veneciano
Las causas , y demandas decidiste
Del gran Pastor del ancho suelo Hispano.
- Dam.** Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado,
Que á Italia hizo , y aun á España triste.
- Elic.** Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente

Tanto tiempo estuviste retirado.

Lau. Sin que las fieras armas del Oriente,

Ni la Francesa furia inquietase

Tu leyantada, y sosegada mente.

Tirs. Entonces quiso el Cielo que llegase

La fria mano de la muerte ayrada,

Y en tu vida el bien nuestro arrebataste.

Dam. Quedó tu suerte entonces mejorada,

Quedó la nuestra à un triste amargo lloro

Perpetua eternamente condenada.

Elic. Vióse el sacro virgineo hermoso coro

De aquellas moradoras de Parnaso

Romper llorando sus cabellos de oro.

Lau. A lagrimas movió el doliente caso

Al gran competidor del niño ciego,

Que entonces de dár luz se mostró escaso.

Tirs. No entre las armas, y el ardiente fuego,

Los triste Teucros tanto se afligieron

Con el engaño del astuto Griego.

Como lloraron, como repitieron

El nombre de Meliso los Pastores,

Quando informados de su muerte fueron.

Dam. No de olorosas variadas flores

Adornaron sus frentes, ni cantaron

Con voz suave algun cantar de amores.

De funesto ciprés se coronaron,

Y en triste repetido amargo llanto

Lamentables canciones entonaron.

Elic. Y así, pues oy el aspero quebranto,

Y la memoria amarga se renueva,

Pastores, entonad el triste canto.

Que el duro caso que à doler nos lleva

Es tal, que será pecho de diamante

El que à llorar en él no se conmueva.

Lau. El firme pecho, el animo constante,

Que en las adversidades siempre tuvo

Este Pastor, por mil lenguas se cante.

Como al desden que de continuo hubo

En el pecho de Filis, indignado,

Qual firme roca contra el mar estuvo.

Tirs. Repítanse los versos que ha cantado,

Queden en la memoria de las gentes,

Por muestras de su ingenio levantado.

Dam. Por tierras de las nuestras diferentes

Lleve su nombre la parlera fama

Con pasos prestos, y alas diligentes.

Elic. Y de su casta, y amorosa llama

Exemplo tome el mas lascivo pecho,

Y el que en ardor menos cabal se inflama.

Lau. Venturoso Meliso, que à despecho

De mil contrastes fieros de fortuna

Vives ahora alegre, y satisfecho.

Tirs. Poco te cansa, poco te importuna

Esta mortal bajeza que dexaste

Llena de mas mudanzas que la Luna.

Dam. Por firme alteza la humildad trocaste,

Por bien el mal, la muerte por la vida,

Tan seguro temiste, y esperaste.

Elic. Desta mortal (al parecer) caída,

Quien vive bien, al cabo se levanta,

Qual tú, Meliso, á la region florida.

Donde por mas de una inmortal garganta,

Se despide la voz que gloria suena,

Gloria repite, dulce gloria canta.

Donde la hermosa faz serena

Se ve, en cuya vision se goza, y mira

La suma gloria mas perfecta, y buena.

Mi flaca voz á tu alabanza aspira,

Y tanto quanto mas crece el deseo,

Tanto, Meliso, el miedo le retira.

Que aquello que contemplo ahora, y veo

(Con el entendimiento levantado)

Del sacro tuyo sobre humano arreo,

Tiene mi entendimiento acobardado,

Y solo paro en levantar las cejas,

Y en recoger los labios de admirado.

Lau. Con tu partida en triste llanto dexas

Quantos con tu presencia se alegraban.

Y el mal se acerca, porque tú te alejas.

Tirs. En tu sabiduría se enseñaban

Los rústicos Pastores, y en un punto

Con nuevo ingenio, y discrecion quedaban.

Pero llegóse aquel forzoso punto,

Donde tú te partiste, y do que damos

Con poco ingenio, y corazon difunto.

Esta amarga memoria celebramos

Los que en la vida te quisimos tanto,

Quanto ahora en la muerte te lloramos:

Por esto al son de tan confuso llanto,

Cobrando de continuo nuevo aliento,

Pastores, entonad el triste canto.

Lleguen do llega el duro sentimiento,

Las lagrimas vertidas, y suspiros,

Con quien se aumenta el presuroso viento.

Poco os encargo, poco sé pedir,os,

Mas haveis de sentir, que quanto ahora

Puede mi atada lengua referiros.

Mas pues Febo se ausenta, y descolora,

La tierra que se cubre en negro manto,

Hasta que venga la esperada Aurora,

Pastores, cesad yá del triste canto.

Tirsi, que comenzado havia la triste, y dolorosa Elegía, fue el que le puso fin, sin que le pusiesen (por un buen espacio) á las lagrimas todos los que el lamentable canto escuchado havian. Mas á esta sazón el venerable Thelesio les dixo: Pues havemos cumplido (en parte) gallardos, y comedido; Pastores, con la obligacion que al venturoso Meliso tenemos, poned por ahora silencio á vuestras tiernas lagrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes suspiros, pues ni por ellas, ni ellos, podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dexar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavía es menester templar la demasia de sus accidentes, con la razon que al discreto acompaña; y aunque las lagrimas, y suspiros serán señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman con los pios sacrificios, y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar

Oceano por los ojos de todo el mundo hecho lagrimas se destilase. Y por esta razon, y por la que tenemos de dar algun alivio à nuestros cansados cuerpos, será bien (que dexando lo que nos resta de hacer para el venidero dia) por ahora visiteis vuestros zurrone, y cumplais con lo que naturaleza os obliga; y en diciendo esto, dió orden como todas las Pastoras estuviesen á una parte del valle, junto à la sepultura de Meliso, dexando con ellas seis de los mas ancianos Pastores que alli havia, y los demàs poco desviados de ellas, en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrone traían, y con el agua de la clara fuente, satisficieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que yá la noche vestía de una misma color todas las cosas debajo de nuestro Horizonte contenidas, y la luciente Luna mostraba su rostro hermoso, y claro, en toda la entereza que tiene, quando mas el rubio hermano sus rayos le comunica; pero de alli á poco rato (levantandose un alterado viento) se comenzaron á vér algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta Diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra. Señales por donde algunos Pastores que alli estaban, en la rustica Astrología Maestros, algun venidero turbion, y borrasca esperaban. Mas todo paró en no mas de quedar la noche parda, y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerva, entregando los ojos al dulce, y reposado sueño, como lo hicieron todos, sino algunos que repartieron, como en centinelas, la guarda de las Pastoras, y el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero yá que el sosegado silencio se estendió por todo aquel sagrado valle; y yá que el perezoso Morfeo havia con el bañado ramo tocado las sienes, y parpados de todos los presentes; á tiempo que à la redonda de nuestro Polo buena parte las errantes estrellas andado havian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante, de la misma sepultura de Meliso se levantó un grande, y maravilloso fuego, tan luciente, y claro, que en un momento todo el obscuro valle quedó con tanta claridad, como si el mismo Sol le alumbrara: por la qual improvisa maravilla, los Pastores que despiertos junto á la sepultura estaban, cayeron atonitos en el suelo deslumbrados, y ciegos, con la luz del transparente fuego: el qual hizo contrario efecto en los demás que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó de ellos el pesado sueño, y

aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos , y viendo la estrañeza de la luz que se les mostraba , confusos , y admirados quedaron , y así qual en pie , qual recostado , y qual sobre las rodillas , puesto cada uno (con admiracion , y espanto) el claro fuego miraba. Todo lo qual visto por Thelesio , adornandose en un punto de las sacras vestiduras , acompañado de Elicio , Tirsi , Damon , Lauso , y de otros animosos Pastores , poco á poco se comenzó á llegar al fuego , con intencion de con algunos licitos , y acomodados exorcismos , procurar deshacer , ò entender de donde procedía la estraña vision que se les mostraba. Pero yá que llegaban cerca de las encendidas llamas , vieron que dividiendose en dos partes , enmedio de ellas parecía una tan hermosa , y agraciada Ninfa , que en mayor admiracion les puso , que la vista del ardiente fuego : mostraba estár vestida de una rica , y sutil tela de plata , recogida , y retirada á la cintura , de modo , que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos , ó calzado justo dorados , llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores : sobre la tela de plata traía otra vestidura de verde , y delicado cendal , que llevado á una , y á otra parte , por un vientecillo que mansamente soplabá , estremadamente parecía : por las espaldas traía esparcidos los mas luengos , y rubios cabellos , que jamás ojos humanos vieron , y sobre ellos una guirnalda , solo de verde laurél compuesta : la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla , y vencedora palma , y la izquierda con otro de verde , y pacífica oliva. Con los quales ornamentos , tan hermosa , y admirable se mostraba , que á todos los que la miraban tenía colgados de su vista , de tal manera , que desechando de sí el temor primero , con seguros pasos al rededor del fuego se llegaron , persuadiendose que de tan hermosa vision , ningun daño podia sucederles. Y estando (como se ha dicho) todos transportados en mirarla : la bella Ninfa abrió los brazos á una , y otra parte , y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen , y dividiesen , para dár lugar á que mejor pudiese ser mirada. Y luego levantando el sereno rostro (con gracia , y gravedad estraña) á semejantes razones dió principio. Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones , discreta , y agradable compañía , podeis considerar , no en virtud de malignos spiritus ha sido formada esta figura mia , que aqui se os representa ; porque una de las razones es

por donde se conoce ser una vision buena , ó mala , es por los efectos que hace en el animo de quien la mira , porque la buena , aunque cause en él admiracion , y sobresalto , el tal sobresalto , y admiracion , viene mezclado con un gustoso alboroto , que á poco rato le sosiega , y satisface , al revés de lo que causa la vision perversa , la qual sobresalta , descontenta , atemoriza , y jamás asegura : esta verdad os aclarará la experiencia quando me conozcais , y yo os diga quien soy , y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros. Y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quien yo sea ; sabed , discretos Pastores , y bellas Pastoras , que yo soy una de las nueve Doncellas , que en las altas , y sagradas cumbres de Parnaso tienen su propia , y conocida morada : mi nombre es Caliope , mi oficio , y condicion , es favorecer , y ayudar á los Divinos Espíritus , cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa , y (jamás como debe) alabada ciencia de la Poesía. Yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo Ciego , natural de Esmirna , por él solamente famosa. La que hará vivir el Mantuano Titiro por todos los siglos venideros , hasta que el tiempo se acabe. Y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente , los escritos tan asperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin soy quien favoreció á Catulo , la que nombró á Oracio , eternizó á Propercio , y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca , y la que hizo bajar á los oscuros Infiernos , y subir á los claros Cielos al famoso Dante : soy la que ayudó á texer al Divino Ariosto la variada , y hermosa tela que compuso : la que en esta Patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán , y con el famoso Garcilaso ; con el docto , y sabio Castillejo , y el artificioso Torres Naharro , con cuyos ingenios , y con los frutos de ellos quedó vuestra Patria enriquecida , y yo satisfecha. Yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana ; y la que no dexó jamás el lado de Don Fernando de Acuña ; y la que me precio de la estrecha amistad , y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace , cuyas obsequias por vosotros celebradas , no solo han alegrado su espiritu (que ya por la region eterna se pasea) sino que á mí me han satisfecho , de suerte , que forzada he venido á agradeceros tan loable , y piadosa costumbre , como es la que entre vosotros se usa : así

os prometo (con las veras que de mi virtud pueden esperarse) que en pago del beneficio, que à las cenizas de mi querido, y amado Meliso haveis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten Pastores, que en la alegre ciencia de la Poesía á todos los de la otra ribera se aventajen: favoreceré asimismo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera, que nunca deis torcido voto, quando decreteis quien es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien que honra tan particular, y señalada, y que solo es merecida de los blancos, y canoros Cisnes, la vengan á gozar los negros, y roncós cuervos; y así me parece que será bien daros alguna noticia ahora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ella sujetas: los quales, si todos, ó alguno de ellos, su buena ventura le traxere á acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombraré, son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna, que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dexar esta declaracion en duda: porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos, tengan en qué exercitarse, de los quales darán testimonio sus obras: irelos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en verme acordado de él primero, que de otro: porque, como digo, á vosotros, discretos Pastores, dexo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe. Y para que con menos pesadumbre, y trabajo, á mi larga relacion esteis atentos, haréla de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad de ella. Calló diciendo esto la bella Ninfa, y luego tomó una harpa que junto á sí tenía (que hasta entonces de ninguno havia sido vista) y comenzandola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el Cielo, y que la Luna con nuevo, y no usado resplandor alumbraba la tierra: los arboles, á despecho de un blando Zéfiro que soplabá, tuvieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que allí estaban, no se atrevian á bajar los parpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la Ninfa gozaban, y aunque

quisieran todos, que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oír solamente, con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la harpa la bella Musa: la qual, despues de haver tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginar se puede, en semejantes versos dió principio.

CANTO DE CALIOPE.

Al dulce son de mi templada lira
 Prestad, Pastores, el oido atento,
 Oyreis como en mi voz, y en él respira
 De mis hermanas el sagrado aliento:
 Vereis como os suspende, y os admira,
 Y colma vuestras almas de contento,
 Quando os dé relacion aqui en el suelo
 De los ingenios que yá son del Cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
 A quien la Parca el hilo aun no ha cortado,
 De aquellos que son dignos justamente
 De en tal lugar tenerle señalado:
 Donde á pesar del tiempo diligente,
 Por el laudable oficio acostumbrado
 Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
 Sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo titulo merece
 Gozar de alta, y honrosa preeminencia,
 Un Don Alonso es en quien florece
 Del sacro Apolo la Divina Ciencia.
 Y en quien con alta lumbré resplandece
 De Marte el brio, y sin igual potencia,
 De Leyva tiene el sobrenombre ilustre,
 Que á Italia ha dado, y aun à España lustre;

Otro del mismo nombre, que de Arauco
 Cantó las guerras, y el valor de España,
 El qual los Reynos donde habita Glauco
 Pasó, y sintió la embravescida saña.

No fue su voz , no fue su acento Rauco,
 Que uno , y otro fue de gracia estraña,
 Y tal que Ercilla en este hermoso asiento
 Merece eterno , y sacro monumento.

Del famoso Don Juan de Silva os digo,
 Que toda gloria , y todo honor merece,
 Así por serle Febo tan amigo,
 Como por el valor que en él florece.
 Serán desto sus obras buen testigo,
 En las cuales su ingenio resplandece
 Con claridad , que al ignorante alumbra,
 Y al sabio agudo á veces le deslumbra.

Crezca el numero rico desta cuenta,
 Aquel con quien la tiene tal el Cielo,
 Que con Febo aliento le sustenta,
 Y con valor de Marte acá en el suelo.
 A Omero iguala si á escribir intenta,
 Y á tanto llega de su pluma el buelo
 Quanto es verdad que á todos es notorio
 El alto ingenio de Don Diego Osorio.

Por quantas vias la parlera fama
 Puede loar un Caballero ilustre,
 Por tantas su valor claro derrama,
 Dando sus hechos à su nombre lustre.
 Su vivo ingenio su virtud inflama
 Mas de una lengua á que de lustre en lustre,
 Sin que cursos de tiempos las espanten
 De Don Francisco de Mendoza canten.

Feliz Don Diego de Sarmiento ilustre,
 Y Carvajal , famoso producido
 De nuestro coro , y de Hipocrene lustre,
 Mozo en la edad , anciano en el sentido.
 De siglo en siglo irá , de lustre en lustre
 (A pesar de las aguas del olvido)
 Tu nombre con tus obras excelentes

De lengua en lengua , y de gente en gentes.

Quieroos mostrar por cosa soberana

En tierna edad maduro entendimiento

Destreza , y gallardia sobre humana,

Cortesía , valor , comedimiento.

Y quien puede mostrar en la Toscana,

Como en su propia lengua , aquel talento

Que mostró el que cantó la casa deste,

Un Don Gutierre Carvajal es este.

Tú Don Luis de Vargas , en quien veo

Maduro ingenio en verdes pocos dias,

Procura de alcanzar aquel trofeo

Que te prometen las hermanas mias.

Mas tan cerca estás dél , que á lo que creo

Yá triunfas , pues procuras por mil vias

Virtuosas , y sabias , que tu fama

Resplandezca con viva , y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa

Adornan mil espiritus divinos,

Que hacen nuestra edad mas venturosa,

Que aquella de los Griegos , y Latinos.

Dellos pienso decir sola una cosa

Que son de vuestro valle , y honra dinos,

Tanto quanto sus obras nos lo muestran,

Que al camino del Cielo nos adiestran.

Dos famosos Doctores , presidentes

En las ciencias de Apolo , se me ofrecen,

Que no mas que en la edad son diferentes,

Y en el trato , é ingenio se parecen.

Admiran los ausentes , y presentes,

Y entre unos , y otros tanto resplandecen

Con su saber altisimo , y profundo,

Que presto han de admirar á todo el mundo.

Y el nombre que me viene mas á mano

Destos dos que á loar aqui me atrevo,
 Es del Doctor famoso Campuzano,
 A quien podeis llamar segundo Febo.
 El alto ingenio suyo , el sobre humano
 Discurso , nos descubre un mundo nuevo
 De tan mejores Indias, y excelencias,
 Quanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el Doctor Suarez (que de Sosa
 El sobrenombre tiene) el que se sigue,
 Que de una , y otra lengua artificiosa
 Lo mas cendrado , y lo mejor consigue.
 Qualquiera que en la fuente milagrosa,
 Qual él la mitigó , la sed mitigue,
 No tendrá que embidiar al docto Griego,
 Ni á aquel que nos cantó el Troyano fuego.

Del Doctor Baza , si decir pudiera
 Lo que yo siento dél , sin duda creo,
 Que quantos aqui estais os suspendiera:
 Tal su ciencia , su virtud , y arreo.
 Yo he sido en ensalzarle la primera
 Del sacro coro , y soy la que deseo
 Eternizar su nombre en quanto al suelo
 Diere su luz el gran Señor de Delo.

Si la fama os traxere á los oídos,
 De algun famoso ingenio , maravillas,
 Conceptos bien dispuestos , y subidos,
 Y ciencias que os asombren en oillas,
 Cosas que pàran solo en los sentidos,
 Y la lengua no puede referillas,
 El dár salida á todo dubio , y traza,
 Sabed que es el Licenciado Daza.

Del Maestro Garay las dulces obras
 Me incitan sobre todos á alabarle.
 Tú , Fama , que al ligero tiempo sobras,
 Ten por heroyca empresa el celebrarle,

Verás como en el mas fama cobras,
 Fama , que está la tuya en ensalzarle,
 Que hablando de esta fama en verdadera
 Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio , que al mayor humano
 Se dexa atrás , y aspira al que es Divino,
 Y dexando á una parte el Castellano,
 Sigue el heroyco verso del Latino:
 El nuevo Omero , el nuevo Mantuano
 Es el Maestro Cordova , que es dino
 De celebrarse en la dichosa España,
 Y en quanto el Sol alumbrá , y el mar baña.

De tí , el Doctor Francisco Diaz , pueda
 Asegurar á estos mis Pastores,
 Que con seguro corazon , y ledo,
 Pueden aventajarse en tus loores:
 Y si en ellos yo ahora corta quedo,
 Debiendose á tu ingenio los mayores,
 Es porque el tiempo es breve , y no me atrevo
 A poderte pagar lo que te debo.

Lujan , que con la Toga merecida
 Honras el propio , y el ageno suelo,
 Y con tu dulce Musa conocida
 Subes tu fama hasta el mas alto Cielo;
 Yo te daré despues de muerto vida,
 Haciendo que en ligero , y presto buelo
 La fama de tu ingenio unico solo
 Vaya del nuestro hasta el contrario Polo.

El alto ingenio , y su valor declara
 Un Licenciado tan amigo vuestro,
 Quanto yá sabeis que es Juan de Vergara,
 Honra del siglo venturoso nuestro.
 Por la senda que él sigue abierta , y clara,
 Yo misma el paso , y el ingenio adiestro,
 Y adonde él llega de llegar me pago,

Y en su ingenio, y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime,

Y tenga en precio mi atrevido canto,

El qual hará que ahora mas le anime,

Y llegue allí donde el deseo levanto,

Y es este que me fuerza, y que me oprime

A decir solo dél, y cantar quanto

Canto de los ingenios mas cabales,

El Licenciado Alonso de Morales.

Por la difícil cumbre và subiendo

Al Templo de la Fama, y se adelanta

Un generoso mozo, el qual rompiendo

Por la dificultad que mas espanta,

Tan presto ha de llegar allá, que entiendo,

Que en profecía yá la fama canta

Del lauro que le tiene aparejado

Al Licenciado Hernando Maldonado.

La sabia frente de laurél honroso

Adornada veréis, de aquel que ha sido

En todas Ciencias, y Artes tan famoso,

Que es yá por todo el Orbe conocido.

Edad dorada, siglo venturoso,

Que gozar de tal hombre has merecido,

Qual siglo, qual edad ahora te llega,

Si en tí está Marco Antonio de la Vega?

Un Diego se me viene á la memoria,

Que de Mendoza es cierto que se llama,

Digno que solo dél se hiciera historia,

Tal, que llegára allí donde su fama,

Su ciencia, y su virtud, que es tan notoria,

Que yá por todo el Orbe se derrama,

Admira los ausentes, y presentes,

De las remotas, y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,

¿Qué digo un conocido? un verdadero
 Amigo, con quien solo se entretiene,
 Que es de toda ciencia tesorero,
 Y es este que de industria se detiene
 A no comunicar su bien entero,
 Diego Durán, en quien continuo dura,
 Y durará el valor, sér, y cordura.

¿Quién pensais que es aquel, que en vos sonora
 sus ansias canta regaladamente?

Aquel, en cuyo pecho Febo mora
 El docto Orfeo, y Arion prudente.
 Aquel que de los Reynos del Aurora,
 Hasta los apartados de Occidente
 Es conocido, amado y estimado
 Por el famoso Lopez Maldonado.

¿Quién pudiera loaros, mis Pastores,
 Un Pastor, vuestro amado, y conocido,
 Pastor mejor de quantos son mejores,
 Que de Filida tiene el apellidó!
 La habilidad, la ciencia, los primores,
 El raro ingenio, y el valor subido
 De Luis Montalvo le aseguran
 Gloria, y honor, mientras los Cielos duran.

El sacro Ibero, de dorado Acanto,
 De siempre verde yedra, y blanca oliva,
 Su frente adorne, y en alegre canto
 Su gloria, y fama para siempre viva.
 Pues su antiguo valor ensalza tanto,
 Que al fértil Nilo de su nombre priva
 De Pedro de Liñán la sutil pluma,
 De todo el bien de Apolo cifra, y suma.

De Alonso de Valdès me está incitando
 El raro, y alto ingenio, á que dél cante,
 Y que os vaya, Pastores, declarando,
 Que à los mas raros pasa, y và adelante.

Halo mostrado yá, y lo và mostrando
 En el facil estilo, y elegante
 Con que descubre el lastimado peñao,
 Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admireos un ingenio en quien se encierra
 Todo quanto pedir puede el desco,
 Ingenio, que aunque viva acá en la tierra,
 Del alto Cielo es su caudal, y arreo.
 Ora trate de paz, ora de guerra,
 Todo quanto yo miro, escucho, y leo,
 Del celebrado Pedro de Padilla,
 Me causa nuevo gusto, y maravilla.

Tú, famoso Gaspar Alfonso, ordenas,
 Segun aspiras á immortal subida,
 Que yo no pueda celebrarte apenas,
 Si te he de dár loor á tu medida.
 Las plantas fertilisimas amenas,
 Que nuestro celebrado monte anida,
 Todas ofrecen ricas laureolas
 Para ceñir, y honrar tus sienes solas.

De Christoval de Mesa os digo cierto,
 Que puede honrar vuestro sagrado valle,
 No solo en vida, mas despues de muerto
 Podeis con justo titulo alaballe.
 De sus heroycos versos el concierto,
 Su grave, y alto estilo pueden dalle
 Alto, y honroso nombre, aunque callára
 La fama del, yo no me acordára.

Pues sabeis quanto adorna, y enriquece
 Vuestras riberas, Pedro de Ribera,
 Dadle el honor, Pastores, que merece,
 Que yo seré en honrarle la primera.
 Su dulce Musa, su virtud ofrece
 Un sugeto cabal donde pudiera
 La fama, y cien mil famas ocuparse

En solo sus lores estremarse.

Tú que del uso el singular tesoro
Trajiste en nueva forma á la ribera
Del fertil rio, à quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera.
Con el debido aplauso, y el decoro
Debido à tí, Benito de Caldera,
Y á tu ingenio sin par prometo honrarte,
Y de lauro, y de yedra coronarte.

De aquel que la Christiana Poesia
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama, y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria.
De donde nace, à donde muere el dia
La ciencia sea, y la bondad notoria
Del gran Francisco de Guzmán, que el arte
De Febo sabe asi como el de Marte.

Del Capitan Salcedo està bien claro
Que llega su Divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo, y raro
Que puede imaginar el pensamiento.
Si le compáro, à él mismo le compáro,
Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor, que la medida
Ha de mostrar ser falta, ó ser torcida.

Por la curiosidad, y entendimiento
De Thomás de Gracian, dadme licencia,
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud, valor, y ciencia
El qual si llega á su merecimiento,
Será de tanto grado, y preeminencia,
Que á lo que creo pocos se le igualen,
Tanto su ingenio, y sus virtudes valen,
Ahora, hermanas bellas, de improvise